

LEROUX

El Capitan
HYX

P02623

.E6

C35



1020027015



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GASTON LEROUX

EL CAPITAN HYX



Núm. Clas. N
Núm. Autor L 6181c
Núm. Adq. 30445
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Cualific. scj
Código _____

Aventuras extraordinarias de M. HERBERT DE RENICH

GASTÓN LEROUX



EL CAPITAN HYX

TRADUCCIÓN DE
MANUEL PUMAREGA



85570

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

M. AGUILAR ^{ado.} 1625 MONTERREY, MEXICO

EDITOR

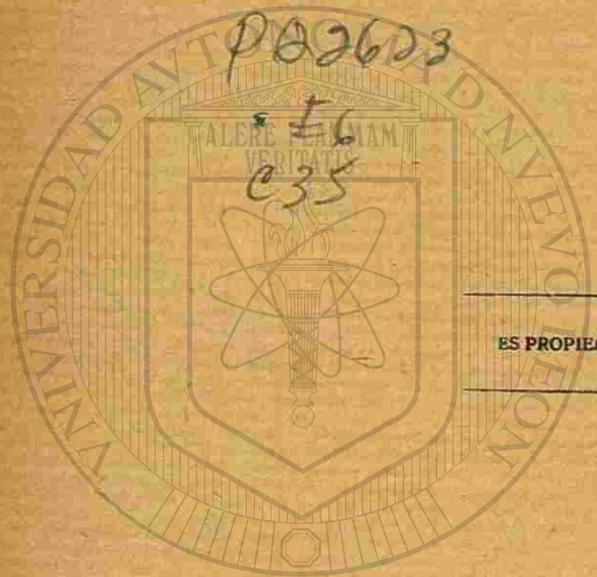
MARQUÉS DE URQUIJO, 39

MADRID

30445

843

Lo.



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de J. Pueyo, Luna, 20
Teléfono 10864 — MADRID

I

Las manos bajo la lámpara.

En primer lugar he de decirlo, yo, Carolus Herbert de Renich, del país neutral de Gutland, en Luxemburgo, que soy un hombre honrado, incapaz de mentir.

Bien sentado esto, empezaré por declarar que aunque hubiera de vivir una eternidad, me acordaría hasta el fin de los tiempos del minuto de azoramiento y de dolor (al que habían de seguir tantos otros terribles minutos) durante el cual reconoel sobre una de las mesas del casino de Funchal y a la luz de una lámpara cuya pantalla me ocultaba el resto de su divina persona, las largas manos, pálidas y menudas, venadas de azul, de la mujer que yo había amado tanto cuando aún no era más que la bella Amalia Edelman.

No tenía necesidad de inclinarme para ver su rostro. Sabía que estaba allí, que no había error posible, a causa de cierto anillo de esclavitud que yo le había ofrecido en otros tiempos, cuan-

do ella era aún una niña magnífica... ¡Y siempre lo llevaba! Por lo demás, yo no podía hacer ningún movimiento. Mi emoción era tal, que me quedé paralizado, incapaz de comprender por qué especie de sortilegio estas manos a las que yo creía tan alejadas al Norte de la tierra ensangrentada de Europa, estas manos únicas en el mundo por su belleza y su transparencia aristocrática, se encontraban allí, empujando monedas de oro con negligencia en una mesa del casino de la capital de la isla Madera, llamada la Isla Feliz (entre los $16^{\circ}39'30''$ y $17^{\circ}16'38''$ de longitud Oeste de Greenwich y entre los $32^{\circ}37'18''$ y $32^{\circ}49'44''$ de latitud Norte) y en la más hermosa noche de Pascuas que he visto en mi vida (esto acontecía exactamente en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1915, entre las diez y media y a lo sumo las once).

Siempre me ha admirado que hubiera gentes que dijeran: "¡Yo hago lo que quiero!" y gentes que se lo creyeran. Todos los días podemos encontrar cien ejemplos que demuestran que uno no es más que un muñeco entre los hilos de un oscuro pero seguro destino. "Se hace de nosotros lo que se quiere." ¿Quién es este *se*? ¡El *se* que aquella noche *ha querido* hacerme ver aquellas manos!

Pensad que ya estaba levantado para partir, que el criado me metía prisa porque en la rada la sirena del vapor que debía conducirme a Southampton había dejado oír su segunda llamada. ¡Mi equipaje estaba a bordo! Reflexionad que normalmente en mi apresuramiento no de-

bía mirar del lado de aquellas manos!... ¡Y sin embargo, las he visto y me he quedado! Y cuando ahora considero para qué formidables acontecimientos *se* me ha referido con aquellas manos, no puedo creer en un azar trivial y sin ley. Y esta idea devoradora de que el *se* del destino necesitaba que yo viese ciertas cosas para referirlas después y también para hacerme realizar ciertas tareas de pesadilla, esta idea es la que me hace doblarme hoy sobre mis cuadernos, sobre tantas notas dispersas, testimonios irrecusables de una aventura sin igual, con el fin de empezar un relato *¡que tal vez no acabaré!*... En todo caso he tomado mis precauciones y si por alguna razón, harfo fácil de prever, yo llegara a desaparecer, los duplicados de mis documentos llegarían a la gran prensa francesa y le permitirían revelar hechos que aun en esta época de caos y de horror no dejarán de asombrar al mundo... *¡Todas las batallas de la guerra mundial no son conocidas!*... ¡Pero lo serán! ¡Es preciso, es preciso! ¡He ahí por qué *se* me hizo ver las manos!

No las había vuelto a ver desde hacia cinco años que las había dejado como un bobo para dar la vuelta al mundo. Y ahora, en cierto dedo llamado anular, había cierto anillo que yo no había deslizado. Aparte de eso, no habían cambiado nada. ¡Cómo las había amado y besado yo con tierno y respetuoso amor en los días ridículos de mi sentimental juventud! ¡Ay! ¡Aún no había recorrido la cuarta parte de la vuelta al mundo, cuando supe que esas manos ya no me per-

feneciant Desde entonces me paseaba sin objeto a través de los continentes y de los vastos mares, llevando por única compañía esta sola frase que sonaba como la bola de un cascabel en mi cráneo vacío: "¡La hermosa Amalia Edelman, del dulce país neutral de Gufland, en Luxemburgo, se llama ahora la señora del vicealmirante Heinrich von Treischke, de Wilhelmshaven, en Alemania!..."

Así, pues, las manos jugaban y jugaban con el oro, lo que en los tiempos que atravesamos era una cosa bastante rara... Pero después he pensado que quizás obedeciera a una orden el que el importantísimo personaje que era la señora de von Treischke tirara el precioso metal delante de ella para demostrar de verdad que a ellos no les faltaba en Alemania. Estaba rodeada de una multitud de gente, porque ganaba de una manera llamada insolente y cada cual murmuraba su nombre dando detalles sobre su llegada a Madera (en esta época Portugal no había declarado aún la guerra a Alemania), sobre sus deslumbrantes *toilettes* y sobre su suerte, que no se desmentía desde los ocho días que hacía que esta noble dama había desembarcado en la isla.

Sabed (¿por qué habría de ocultarlo?) que debíamos habernos casado. Ella era muy rica. Su padre poseía inmensas tierras que descendían hasta las orillas del Mosela. Sus vinos eran célebres. Yo vivía entonces con mi anciana mamá. Teníamos algunos bienes. Aparte de la afición que tenía por casarme con Amalia Edelman, no

me sentía atraído por nada y seguramente hubiera permanecido en el país si no hubiésemos tenido la desgracia de poseer en la familia un primo, armador de Amberes, que me embarcó en uno de sus barcos "para hacerme dar la vuelta al mundo", cosa que él juzgaba absolutamente necesaria para mi felicidad en la vida. Siempre he sospechado que nuestro pariente debía estar de acuerdo con el viejo Edelman, que veía con poco entusiasmo la inclinación de su hija por el pequeño Carolus Herbert de Renich.

El viejo Edelman y el primo armador llevaban mucho tiempo tratando de negocios, y ambos eran algo crápulas. En fin, bien me han hecho llorar los dos y también Amalia, que tan pronto olvidó nuestros juramentos y que tanto se apresuró después a dar una niña y dos mocitos al almirante von Treischke.

En cuanto a éste, creería perder el tiempo si tuviera la pretensión de daros alguna idea de su naturaleza, su carácter y su escaso talento. Basta escribir su nombre para quedar informado. Nadie ignora la parte que ha sabido apropiarse (la del tigre) en el conocido asunto del asesinato de miss Campbell, ni la manera, completamente digna de la *kultur*, con la cual ha establecido sólidamente el régimen del terror en toda la costa, después de la caída de Amberes, y lo ha llevado hasta el fondo de los conventos de Brujas (si me atengo a la última carta de mi querida mamá). Pero, por ahora, dejemos a este hombre... y volvamos a Amalia.

En el fondo, cuando analizo los sentimientos que me inmovilizaban ante la mesa de juego de Funchal, debo sinceramente hacer tomar parte al temor que experimentaba de descubrir que mi ídolo se hubiera transformado en una *frau* (1) importante a consecuencia de una maternidad tan apresurada como repetida.

Una angustia especial me punzaba el corazón. ¡Ya no debía ser digna de sus manos! ¡Ay! ¡Ay! ¡Pronto había de probarme que la señora de Heinrich von Treischke era todavía más hermosa que Amalia Edelman!... Cuando cansada de ganar se levantó, y la muchedumbre elegante se apartó respetuosamente para hacerle sitio, entonces se me apareció! Hube de apoyarme en el muro para dejarla pasar. Ella pasó rozándose y no me vió. ¿Cómo no oíría esta mujer los martillazos de mi corazón?... ¡Pasó como una sombra ligera, sólo ligada al mundo por el brillo prestado de sus aderezos!

¡Cuán bella estaba, cuán bella estaba mi bienamada, con su rostro pálido, tan pálido, y sus grandes y hermosos ojos melancólicos, tan extrañamente fachonados como de una polvareda de estrellas!...

Evidentemente, Amalia no debía de ser feliz, a juzgar por un semblante y unos ojos semejantes. Confesaré que personalmente me sentí ferozmente encantado. De pronto, unas frases siniestras, pronunciadas cerca de mi en inglés

(1) Matrona.

con marcado acento irlandés, me sacaron brutalmente de mi éxtasis. Traduje textualmente:

—¡Sigala!... No la pierda de vista... Se dará el golpe mientras esté en la misa del gallo.

—¿Y la señora de compañía?

—¡Yo me encargaré de ella!

bre de la capa en el momento en que éste salía a los jardines tras los pasos de Amalia y de su señora de compañía.

Adelantándole, iba a ver al fin su rostro, pues en estos jardines, que figuran entre los más hermosos del mundo, había una luz de fiesta difundida por todas las luces de Navidad, que en esa noche transforman toda la isla en un brasero maravilloso. Pero mi decepción fué grande cuando un ademán del hombre hizo caer bruscamente el capuchón sobre una especie de gorra marina, envolviendo tan bien toda la cabeza que sólo tuve tiempo de percibir dos ojos o, mejor dicho, dos cuencas extraordinarias a causa de su profundidad sin brillo...; sí, en órbitas profundas como las que se ven en las cabezas de los muertos, el hielo inmóvil de la mirada parecía muerto también, seco para siempre...

Esta rápida visión de los ojos muertos bajo el capuchón, me aterró más que si hubiera visto pupilas llameantes. Este hombre, envuelto tan singularmente en su capa y que se deslizaba delante de mí a la sombra de las dos mujeres, se me aparecía ahora como la Tristeza en marcha; la Tristeza, que se disponía silenciosamente a robar y tal vez a asesinar... Me quedé helado hasta los tuétanos, y palpé el revólver en mi bolsillo.

Me detuve cuando se detuvo el hombre.

La señora de Treischke y su acompañante acababan de subir a su *carro* con deslizadores de hierro que iba a conducir las por el pavimento puntiagudo engrasado con sebo a la *cafedral*,

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

ii

Los ojos bajo el capuchón.

ENTRE la columna que me ocultaba y la pared en que estaba apoyado, había un estrecho espacio, por el cual se deslizó mi mirada para llegar hasta el hombre que había pronunciado esta última frase. Estaba envuelto en una capa y me volvía la espalda. Yo no veía a su interlocutor. Sali entonces, sin hacer ruido, de mi escondite, con el corazón muy desordenado y las sienas atormentadas, porque no dudaba que los bandidos perseguían el botín de juego llevado por la dichosa Amalia (¿cómo hubiera podido concebir unos designios distintamente temibles contra una mujer a la que creía sin enemigos?), y mi deseo era naturalmente prevenirlo antes posible a Amalia, sin llamar la atención de los individuos cuyo horroroso proyecto había sorprendido.

En torno a la salida de la señora del almirante von Treischke se produjo un movimiento que me fué muy favorable, y logré alcanzar al hom-

cuyo camino tomaban, como Amalia, otros muchos jugadores. Las campanas de todas las iglesias y los cohetes de media noche, disparados en los atrios sagrados, llamaban a los fieles por todas partes.

Hice un movimiento para lanzarme al *carro* de Amalia antes de que partiera arrastrado por sus dos activas vacas, precedido por el chico espanfamoscas y seguido por el boyero alerta con su larga pica. Pero en seguida pensé que no me sería difícil encontrar a Amalia en la misa, y que lo más urgente era no soltar a mi hombre.

Me imaginé que éste subiría también a un *carro* para seguir a las dos mujeres, pero no fué así. Volvió a los jardines, se subió a un banco y miró largo rato hacia la parte de la rada. Luego descendió, y tranquilamente fué a apoyarse contra el *Dragón*, y escarbando en su bolsillo sacó una gran navaja y la abrió. Después, como si no fuviera nada más urgente que hacer, se entrefuvo en marcar la piel del *Dragón*, que es un árbol que tiene una corteza de blandura completamente extraordinaria, y adonde van a distraerse los jugadores que han perdido, hundiendo melancólicamente la punta de su cortaplumas para ver fluir de esta carne herida la savia "como si fuera sangre". Cuando hubo acabado sus entalladuras, el hombre se alejó; yo me acerqué al árbol y examiné su nueva herida, describiendo una gran V, y debajo esta fecha: "Navidad, 1915". Cuando alcé la cabeza el hombre había desaparecido.

III

Lluvia de rosas y lluvia de lágrimas.

No me entrefuve en buscar a este hombre. Amalia debía estar ya en la catedral. Salté a uno de esos trineos de mimbre con los cuales se descienden las colinas en Madera tan rápidamente cuando no se tiene miedo de romperse los miembros y se encuentra demasiado largo el camino en espiral del *carro*. De este modo, a los pocos minutos caía en pleno Funchal y en plena procesión sagrada de antorchas.

En otros tiempos hubiera admirado estas *festas* de Navidad; pero entonces las encontré enojosas. Había abandonado el trineo; ahora corría de lleno por los adoquines engrasados, que suelen ser tan crueles para el rostro; cien petardos se rompían en mis piernas. Los cohetes pasaban silbando por delante de mis narices; caminaba como ebrio por entre aquel ramillete de artificios. Tropecé con tocadores de guitarra, que seguían rasgando sus instrumentos y golpeándome las pantorrillas. Yo maldecía la ar-

moniosa alegría de estas noches divinas. Pasé sin defernerme por delante de tres iglesias abiertas de par en par al regocijo de la calle. Podían verse al mismo tiempo los bailes del exterior y las prosternaciones del interior, y los cantos y los cortejos pasaban en increíble mezcla de la nave a la plaza pública. Pero esto no me interesaba. Yo sabía que la señora del almirante von Treischke no podía estar más que en la catedral, y en el mejor sitio.

Por fin llegué a ella en el momento en que el obispo, las autoridades civiles y militares, los altos funcionarios con togas violetas, las penitentes encubiertas y las estatuas de los santos con sus más bellos aderezos llegaban también después de haber atravesado la ciudad entre la gloria de las antorchas... Deslizándome en el atrio entre el cortejo oficial me vi conducido milagrosamente a través de la ardorosa muchedumbre hasta el pie de los altares y también hasta los pies de mi bienamada Amalia, que, católica ferviente, oraba con la mayor devoción.

La señora de compañía se hallaba prosternada en las losas junto a ella y a su derecha. El bolsillo de Amalia, en el que yo había visto que sus bellas manos guardaron el bofn del juego, estaba depositado en una silla delante de ella. Sabiendo lo que acababa de oír tan providencialmente, lo encontré bastante expuesto. Por otra parte, no me atrevía a turbar la oración de Amalia por un motivo tan profano. Estando yo allí pensé que en todo caso su cara persona no

corría ningún peligro, y eso era lo principal. Por lo demás, en vano examinaba a todos los que nos rodeaban; no descubría nada sospechoso. Me imaginé que esos individuos cuyos proyectos temía, se reservaban para las aperturas de la salida.

Entretanto, me acerqué más aún a la que quería proteger, y cuando tocaba su reclinatorio ella apartó de entre sus manos un semblante inundado de lágrimas, me miró me reconoció con espanto y se puso a temblar. ¡Pensad que yo me encontraba, por lo menos, tan conmovido como ella! Pero cuando pronunció estas palabras: "¿Cómo es que está usted aquí? ¡Rezaba por usted!", caí de rodillas y yo también me oculté la cabeza entre las manos, y yo también lloré.

En el mismo momento, según es costumbre allí, desde lo alto de las bóvedas cayeron pétalos de flores lanzados por manos invisibles, cual si el cielo coronara nuestro dolor y recompensara nuestra sensatez, pues la alegría que sentíamos al encontrarnos era pura.

Oí que Amalia decía a su acompañante:

"Vuelva ahora al hotel y prepare los juguetes de los niños. Yo seguiré rezando todavía un rato."

La señora de compañía se marchó con el bolsillo del tesoro. Yo no vi en ello ningún inconveniente. Podían robar el bolsillo; podían asesinar a la señora de compañía; hay minutos en la vida en los que uno no se para en estas contingencias.

Y ciertamente Amalia no rezó más. Después de haber enjugado nuestras lágrimas nos pusimos a charlar deliciosamente bajo la mirada de los ángeles de piedra que parecían lanzarnos rosas. Siempre he sido—no tengo por qué ocultarlo—un sentimental. Esta hora que pasé allí había de hacérmela pagar caro el cielo que me la concedía, como más adelante se verá. Pues bien, no siento haberla gozado. ¿Qué nos dijimos? No lo sé; porque nos dijimos toda suerte de cosas excepto que nos amábamos.

De pronto descubrí ante nosotros, bajo el púlpito y subido en un taburete que le hacía sobresalir por encima de la muchedumbre, al hombre del capuchón, que clavaba en nosotros sus grandes ojos muertos.

—Vámonos—dije—; vámonos en seguida, Amalia; voy a acompañarla a su hotel.

—Si—dijo ella—; quiero que vea usted a mis tres querubines.

Unos instantes después estábamos fuera. El hotel en que Amalia se alojaba se encontraba muy cerca. Aunque la cuesta que conducía a él era bastante penosa, Amalia quiso hacer el camino a pie. La ciudad estaba iluminada como en pleno día y no me opuse a su deseo. Hice bien, pues en seguida Amalia se apoyó en mi brazo.

—Festejaremos juntos la Nochebuena—dijo—; le presentaré al tío, el doctor Ulrich von Hahn, que quedará encantado de cenar con uno de mis buenos amigos, qué digo, con mi mejor amigo de Gullandi

Me oprimió ligeramente el brazo, enrojeciendo. Pero vuelvo a repetir que todo esto era purísimo. Había por medio un marido y tres hijos, y eso es más sagrado que los votos más solemnes de la vestal antigua. Lo digo tanto por ella como por mí. Sólo los sentimientos son los sentimientos, como dicen los franceses.

—¿Pero qué le pasa a usted para volverse de ese modo?—acabó por preguntarme al verme mirar hacia atrás por tercera o cuarta vez.

—Nada, créame; miro las luces de los barcos en la bahía...

¡Pero mentía! Miraba en la esquina de un callejón la silueta misteriosa y atenta del hombre de los ojos muertos...

Apresuré el paso, y cuando estuvimos en el hotel dí cuenta a Amalia del incidente del casino.

—¿Si es el bolsillo lleno de oro lo que esas gentes querían—exclamó—, quizás hayan asesinado a mi señora de compañía!

Y me reprochó, con no poca justicia, que no la hubiera avisado antes... Atravesó con gran rapidez un salón de baile, en el que varias parejas inglesas se abrazaban bajo los ramos de muérdago colgados del techo. Yo corría tras ella, hasta que llegamos a un salón reservado en el que encontramos a la señora de compañía ocupada muy tranquilamente en llenar media docena de zapatitos con juguetes de todas clases, que sin duda acababa de traer por la chimenea el buen hombre de Noel.

Amalia lanzó un suspiro de alivio y se dejó caer en una silla.

El bolsillo estaba allí con todo su tesoro.

Al otro extremo de la mesa se encontraba también un anciano de mejillas sonrosadas, con una enorme cabeza canosa y lentes, que leía en voz alta a la señora de compañía una página que acababa de escribir y que nosotros tuvimos que soportar hasta el fin; recuerdo que aquella elucubración terminaba, poco más o menos, así: "Pronto se realizarán estas palabras del venerable poeta Manuel Geibel: ¡Obra de Alemania será el devolver la salud a toda la tierra!"

Cuando este hombre ridículo hubo acabado de leer su prosa estúpida, Amalia me lo presentó. Era el sabio tío, el doctor Ulrich von Hahn, que me estrechó la mano amistosamente, me declaró que estaba escribiendo un nuevo evangelio para los jóvenes de Alemania, del cual acababa de darme un extracto, y, finalmente, me invitó a compartir con él y su sobrina la cena de Navidad.

Parecía encantado de tener un nuevo invitado para proseguir su ciencia teutona, y me acercó una cesta llena de plátanos, mangas, guayabas, ananás y "frutos de las flores de la Pasión".

—Mientras traen la morcilla—dijo.

Entonces pudo hablar Amalia y pidió noticias de los niños. La señora de compañía, que era muy fea, pero que tenía unos ojos muy buenos y dulces, respondió con voz simpática que los niños, a los que acababa de visitar en su cuarto, dormían "como angelitos".

Amalia me dijo a media voz: "La mayor, que tiene cuatro años, se llama Dorotea; de los ni-

ños, que tienen tres y dos años, el primero se llama Heinrich, como su padre, y el segundo, Carolus... como usted." A esto ambos nos pusimos más encarnados que la flor roja del malvavisco.

Amalia se levantó. "Venga a verlos", dijo. La seguí. Subimos al primer piso, donde se encontraba su departamento. En el momento de penetrar en el cuarto de los niños me hizo señas de que anduviera de puntillas. Cuando empujó la puerta contuvimos el aliento. Amalia llevaba en la mano una lámpara cuya luz había amortiguado bajo la pantalla...; yo caminaba detrás de ella.

"¿Dónde están?", exclamó de pronto con voz sorda y ya inquieta. En efecto, los pequeños lechos estaban vacíos. Se precipitó al cuarto contiguo llamando a la nodriza; pero ésta no respondió.

El lecho que la habían preparado estaba también vacío con las ropas levantadas como la de los niños. Amalia empezó a llamar: ¡Dorotea! ¡Heinrich! ¡Carolus!... Pero ninguna voz le respondió.

Entonces, como es natural, Amalia perdió la cabeza lo mismo que yo y otras muchas personas que nos rodearon al oír los gritos de la madre y sus llamadas insensatas...

Pero el desastre de la razón de Amalia pareció llegar a su apogeo cuando descubrimos que la ventana del cuarto en el que dormía la nodriza estaba entreabierta a los jardines colgantes, los cuales, de terraza en terraza, descendían

hasta la orilla del mar... y que en esta ventana aparecía afada una cuerda...

Así, pues, mientras nosotros recibíamos pétalos de rosas en nuestros cabellos, allá en la catedral, robaban aquí a los niños...

Amalia, presa del delirio, se precipitó, entre horrorosos gritos de desesperación, fuera del departamento. Yo estaba todavía en la ventana cuando la vi en la calle dirigiendo frases incoherentes a dos agentes de la fuerza pública, a los que reconocí por su uniforme portugués. Y Amalia les suplicaba que salvaran a sus hijos, y reforciéndose las manos se ponía de rodillas.

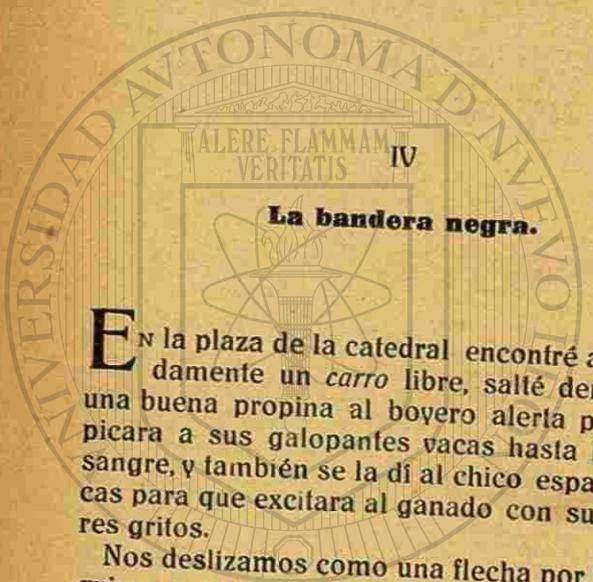
Estos dos agentes la hicieron subir a un *carro* que estaba parado cerca de allí y los tres partieron a gran velocidad hacia la parte del mar.

En el mismo instante oí gritos detrás de mí. Me volví. ¡Eran clientes del hotel que armaban un gran alboroto alrededor del cuerpo maniataado de la nodriza, al que acababan de encontrar en el cuarto de baño!

Se le quitó la mordaza que la ahogaba y pudo hablar. Refirió que la habían despertado los gritos de los niños, que se había precipitado a su cuarto, pero que en seguida la habían sujetado dos personajes que la habían "reducido a nada" atracándola de golpes, atándole los miembros y meliéndole una servilleta en la boca. Esta pobre mujer temblaba todavía. Yo la hostigué a preguntas de tal modo que acabé por deducir de sus enmarañadas respuestas que creía haberse encontrado frente "a dos agentes de la policía portuguesa". No necesité más para com-

prender que las dos mujeres habían sido víctimas de dos falsos agentes y deducir que el atentado contra los niños acababa de completarse en este mismo instante con el rapto de su madre.

Loco a mi vez, me precipité fuera del hotel y corrí hacia el mar en la dirección que había visto tomar al *carro*.



La bandera negra.

EN la plaza de la catedral encontré afortunadamente un *carro* libre, salté dentro y dí una buena propina al boyero alerta para que picara a sus galopantes vacas hasta hacerlas sangre, y también se la dí al chico espantamoscas para que excitara al ganado con sus mejores gritos.

Nos deslizamos como una flecha por los adosquines puntiagudos, engrasados, hasta llegar al puerto.

¡Ay! En vano busqué en el muelle huellas de los raptos y de sus víctimas. Aquí todo era fiesta y en las terrazas de los cabarets ni siquiera se contestó a mis preguntas.

Corrí hasta el extremo de la escollera. Estaba desierta. Al pie de la escalera de piedra en donde se embarca en las canoas que conducen a los vapores de la bahía, no había ninguna embarcación.

Sin embargo, creí distinguir un gran movi-

miento en la sombra lejana de la playa. Reanudé mi carrera. Llegado a la arena me vi inmediatamente rodeado de grandes barcas que venían de ciudades alejadas y que salían con gran rapidez del mar arrastradas por vacas que habían ido a buscarlas hasta el agua. Estas barcas traían a Funchal legumbres, pescado, verdaderos cargamentos de terneras, corderos y cerdos. Todo esto, animales y gentes, formaba una música diabólica, pues al mismo tiempo se oían a bordo de cada barca sonidos de guitarra y cantares de Navidad. ¡Sin interrumpir un comercio necesario, estas buenas gentes festejaban el nacimiento del Señor!...

En el límite de la luz veía yo en el agua la sombra espesa de un gran crucero auxiliar inglés que había llegado aquella tarde. En cuanto a mi vapor, ¡hacia dos horas que había partido con mi equipaje! ¿Qué hacía yo en esta playa? ¡Todo lo había perdido, incluso Amalia! Mi desesperación no tenía límites.

De pronto, entre tantas barcas danzantes descubrí una pequeña canoa automóvil a cuya popa reconocí sin gran esfuerzo al Hombre de la capa.

La embarcación debía doblar la escollera. De nuevo corrí hacia el malecón. No me cabía la menor duda de que el Hombre de la capa había dirigido todo este horrible drama en el que me debatía como si me afectara tanto como a Amalia, y me imaginé que quizás las víctimas estuviesen prisioneras en el fondo de esa misma canoa. Para mi suerte o mi desgracia, una pe-

queña canoa de vapor que hacía el servicio entre los vapores y la escollera, abordaba a las últimas gradas de la escalera en el momento en que yo llegaba a ella.

Me precipité a la embarcación y prometí cuanto quisieran a los dos hombres que la tripulaban si alcanzaban a la canoa, automóvil que en ese momento pasaba a medio cable de nosotros. Fué una magnífica persecución. Nos dirigimos hacia el Noroeste, dejando tras nosotros los últimos ruidos de la fiesta, los claros repiques de las iglesias, que aún resonaban allá, en las hondonadas de los montes, como campanillas de mulas apresuradas. Visiblemente sacábamos ventaja a la canoa. ¿Adónde íbamos?... ¿Quién hubiera podido decirlo?...

El Hombre del capuchón, que se hallaba delante de nosotros en la popa de su barca, parecía ocuparse de nosotros tanto como si no estuviéramos allí lanzando nuestra humareda detrás de él... Pero he aquí que cuando empezábamos a distinguir hacia Occidente un promontorio que sostenía una estrella (Porto Santo y su faro, vanguardia de las Desiertas, islas abandonadas del archipiélago), el Hombre de la capa se agachó y una luz estrió la noche al ras de las aguas; oímos una fuerte detonación y recibimos un choque que hizo estallar entre una explosión a nuestro frágil esquife...

¡Yo me vi lanzado de golpe al mar! Milagrosamente no estaba herido. Nadé cuanto pude aferrándome a un madero durante varias horas. En cuanto a mis dos compañeros, ¡habían des-

aparecido! Y sin duda yo iba también a dejarme ir al fondo, agotadas mis fuerzas, cuando un extraño remolino me condujo, casi a pesar mío, al flanco de una prodigiosa caparazón, que por el relieve de sus dos torrecillas comprendí que se trataba de la superestructura del más vasto submarino que haya salido de las canteras de los hombres desde que se hacen la guerra en el seno de las aguas. Casi inmediatamente la tapa de una de estas torrecillas se abrió, y antes de que hubiera podido descubrir una criatura humana, un asta empezó a emerger de la noche bajo las primeras miradas del sol... Al extremo del asta se desplegó una gran bandera negra marcada en el centro con una gran V roja...

el mar, y cierto es también que nunca he tenido ojo de marino.

¿Cuáles eran mis pensamientos en este momento preciso? ¡Dios mío! ¡Eran completamente lúgubres! ¡La situación, por misteriosa que pareciera, me parecía muy clara en lo que me concernía!

Lo que había sucedido cuando daba caza a la canoa automóvil, me había demostrado bastante brutalmente que mi vida apenas se tenía en cuenta en esta frágica y singular aventura, y que estaban completamente decididos a sacrificarla antes que permitir que me mezclara en cosas que no me importaban.

Se creían desembarazados de mi importuna curiosidad. ¿Qué sucedería si se descubriera mi extraña obstinación en perseguir hasta el flanco de este monstruo submarino el secreto de un hombre que parecía querer el abismo como único cómplice?

¡Como suele decirse, estaba aviado!

Por otra parte, la única probabilidad que tenía de que no me descubrieran residía en la rapidez con que el barco que me conducía se sumiera en el mar. Y débil y agotado como lo estaba, me sentía incapaz de sostenerme en el agua más de unos minutos. El lejano pico de una de las Desiertas, iluminado por los primeros fulgores de la aurora, parecía no haber surgido bruscamente de la sombra sino para hacerme medir el inmenso espacio que me separaba de toda tierra. No podía esperar ningún auxilio.

Y, sin embargo, observad la fuerza del amor.

Un hombre de pie en el mar.

LUEGO apareció un hombre. Inmediatamente le reconocí... Ya no llevaba la capa, y tenía la cabeza descubierta; pero las dos cuencas profundas de sus ojos fúnebres, de párpados rojos, no podían permitirme ninguna vacilación sobre la personalidad del extraño individuo que tenía delante de mí. El no me veía; miraba por encima de mí hacia alta mar.

Por otra parte, yo me había tendido de plano al ras de la misma caparazón del submarino gigante, ocultándome tras el puente metálico, que sobresalta del casco más de un metro. El hombre no hubiera podido descubrirme sino inclinándose. Estaba apoyado en el asta de la bandera y probablemente su mirada muerta veía cosas que yo no era capaz de distinguir aún, pues hizo una señal con la mano hacia las aguas, que me parecían desiertas.

Cierto es que la noche se extendía aún sobre

en esta terrible situación no pensaba en mi muerte próxima, sino en la suerte de la infortunada a la que había querido salvar. ¿Por qué este rapto abominable? ¿Habría que ver en este asunto increíble la venganza de un amante traicionado? Conocía demasiado a Amalia para detenerme un segundo en una hipótesis tan injuriosa para su virtud. ¿Y el robo de los niños? ¿Qué significaba también el robo de los niños? ¿No sería más que un ardid destinado a facilitar el rapto de la madre?...

¿Dónde se encontrarían ahora los cuatro? Después de haber asistido en cierto modo a toda la empresa del Hombre de los ojos muertos, no dudaba de que estuviesen allí, bajo esta caparazón, bajo este casco de acero que me ofrecía un refugio momentáneo. ¡En esta prisión submarina es donde habían sido encerrados con algún designio seguramente espantoso, terrible!

¡Y yo no podía hacer nada por ellos!... Y la prisión con su secreto, y Amalia y sus tres hijos, y el Hombre de los ojos muertos, iban a sumirse calladamente en las profundidades del abismo.

El hombre no dejaba de apoyarse en el negro pabellón. No era muy alto, pero tenía una musculatura de coloso, unos hombros potentes y un torso de gorila moldeado en un jersey de lana azul, en el que se destacaba la letra V en lana roja. Tenía brazos y manos de hombre de los bosques. Si yo hubiera pensado luchar con el que entonces consideraba como el carcelero en jefe de la señora del contralmirante von Treischke y de sus hijos, el espectáculo de toda esta

musculatura me hubiera anunciado ciertamente los peligros de la empresa.

Pero de todos modos eso hubiese sido una locura, pues a este hombre le bastaba hacer una señal o dar una voz para verse auxiliado inmediatamente por todas las almas malditas con las que había debido de amueblar el esqueleto de su barco de pirata.

¡Sí, indudablemente debía de ser un pirata! ¡El pirata moderno! ¡El pirata submarino! ¡Dios mío! ¡Si no se tratara más que de un rescate, no hubiera dudado en entregarme!...

En el momento en que llegaba a esta parte de mis reflexiones, el Hombre de los ojos muertos se apartó un poco, dándome una esperanza inmensa...

Si se alejara algo más, volviéndome la espalda, podría intentar introducirme en la nave sin que nadie se diera cuenta, y quizás pudiera entonces esconderme en ella hasta el momento en que, encontrándonos más cerca de tierra, fuera posible la evasión de los cinco.

Cuando se está en la situación en que yo me encontraba, las fantasías más locas parecen inmediatamente realizables. Hace cinco minutos todos estábamos perdidos. Y ahora, porque este hombre había dado cinco pasos, ¡todos estábamos en mi imaginación salvados!

Pero puede suceder que cuando el cuerpo no es más que una pavesa, el cerebro le alza con más facilidad y le hace realizar gestos maravillosos. ¡Dios mío! ¡Qué momento! Siempre veré este inmenso casco verde, humedecido aún por

la onda marina que chapoteaba a su alrededor; salpicado aquí y allá de manchas amarillentas, cerca de mí, el sonrosado cono de acero de un torpedo de flanco, en el que se enganchaba la aceitosa cabellera de una larga alga de las profundidades; luego, sobre mi cabeza, la línea curva y aguda del puente desierto, que se perfilaba en el horizonte aclarado ya... Y, en fin, esa bandera negra, que tremolaba de una manera tan siniestra bajo el frío de la mañana... ¡Y ese hombre solo, totalmente solo, de pie sobre este extraño pedestal, inmóvil entre el móvil elemento; ese hombre que con sus ojos muertos miraba surgir el sol de las aguas!

Bajo sus crespos cabellos aparecía una frente abombada y corta de bestia fiera, y, sin embargo, su aire (que no le abandonaba nunca) no era feroz, sino fríste. Había cruzado los brazos y le oí gemir:

—¡Oh Sol! ¿Cómo te atreves a alumbrar aún esta tierra maldita?

VI

Las puertas bajo el mar.

EL hombre se alejó otro poco..., lun poco... Pero aún se volvía algo hacia mí y al menor movimiento podía descubrirme...

Sin embargo, ahora se hallaba muy preocupado por cierta espuma blanca y cierto ruido zumbante de hélice procedentes del mar, despierto y súbitamente sonrosado. Una canoa rosada apareció en el mar también rosado, con su cañoncito rosa a popa, el lindo cañoncito que nos había liquidado tan primorosamente.

Pues yo reconocía la embarcación automóvil a la que había dado caza tan desgraciadamente. Esta vino a deslizarse contra el flanco, contra el otro flanco del sumergible. ¿De qué nueva expedición llegaba?

Estaba ocupada por dos viejos marineros que me sorprendieron por su tristeza, como me había sorprendido el Hombre de los ojos muertos; tras ellos aparecía un chino horrible que me pa-

reció muy alegre y que hacía sonar extrañamente un herramental que se entrechocaba en el fondo de un saco peludo que arrojó al puente del submarino con asombrosa habilidad.

El Hombre de los ojos muertos se había adelantado a recibirlos. Ahora me volvía la espalda por completo y había descendido del puente a la misma superficie del submarino; los de la canoa habían saltado también al casco y tiraban hacia sí de su pequeña embarcación. Me volvían la espalda, lo mismo que el Hombre de los ojos muertos. Sólo quedaba frente a mí el horrible y alegre semblante del chino.

Del interior del barco no llegaba ningún ruido.

Con grandes precauciones me había subido al puente y ahora me encontraba tras la torrecilla. Allí descubrí la escala central. Y nueva sorpresa: no reconocí allí los instrumentos ordinarios de dirección y visión que ocupan tanto sitio en este reducido espacio. Tampoco había huellas de periscopio. Se trataba, pues, simplemente de un agujero por el que se descendía a esta cosa misteriosa e inmensa. Por la longitud de emergencia juzgué, en efecto, que el submarino debía tener por lo menos doscientos metros de largo. Y pronto había de comprobar que su disposición no tenía relación alguna con la de los submarinos ordinarios.

Era tal mi infortunio que consideré como un favor del destino la posibilidad de lanzarme a este antro, o, mejor dicho, al vientre de esta prodigiosa ballena de acero, de la que, menos afor-

tunado que Jonás, tal vez no había de salir nunca vivo...

Durante este tiempo precioso, los hombres arrimaban su canoa y la amarraban en una cavidad que acababan de descubrir, abriendo una plancha en el mismo flanco del casco verde.

Ello fué que el Hombre de los ojos muertos llamó al chino en el mismo instante en que éste se dirigía hacia la torrecilla y yo temblaba más que nunca de verme descubierto. Supe aprovechar una ocasión incomparable *y me precipité dentro del monstruo!*

En las primeras gradas de la escala me paré a escuchar: nada, ni el menor ruido; me deslicé hasta el suelo de hierro de una salita estrecha y desnuda, guarnecida únicamente de carabinas alineadas contra los muros, como aparecía los fusiles en las salas de armas.

No me detuve a saber si estaban cargadas o no, ni a si podía esperar sacar de ellas alguna ventaja para mi defensa personal.

Ante todo, mi seguridad exigía que encontrara una salida y un sitio donde ocultarme. Esta salita formaba un hexágono perfecto, tan perfecto, que yo no descubría ninguna puerta.

Las seis planchas contra las cuales estaban alineadas las carabinas, quizás eran las mismas puertas que yo buscaba; pero ignoraba por completo el secreto de su funcionamiento, y a buen seguro me hubiera quedado en el fondo de esta mazmorra donde el Hombre de los ojos muertos, los dos marineros tristes y el alegre chino

me hubiesen descubierto fatalmente al volver al sumergible—cosa que no podía fardar—cuando de nuevo me vi sacado de este mal paso por un incidente inesperado.

Una de las planchas, que, como me había imaginado, formaban puertas, se abrió, y al mismo tiempo me ocultó. Entonces oí una voz fresca de mujer que preguntaba en español:

—¿Es tierra?

Y seguidamente ascendía la escala que conducía a la torrecilla.

Como la puerta había quedado entreabierta, no me detuve a mirar si esta dama española era bonita o fea y me precipité por un corredor blanco e iluminado de una manera tan resplandeciente por lámparas eléctricas, que me quedé deslumbrado y emocionado hasta lo indecible.

¡Hubiera querido tanto que reinara una obscuridad impenetrable!

Sin embargo, eché a correr de puntillas, jadeando, con la frente cubierta de sudor, si bien mis miembros seguían helados.

¿Cómo no me desvanecí? Estaba sostenido por esta idea: encontrar un hueco obscuro, *bien tranquilo*, en el que pudiera desvanecerme en paz.

¡Qué submarino tan extraordinario! ¡No recordaba en nada la disposición interior de los barcos de esta clase!... Antes hubiera creído hallarme en una galería de hotel que en un corredor de barco...

¡Pero este corredor no tenía salida!... ¡La verdad era que no sabía abrir la plancha que lo ce-

raba! Esto debía ser sencillo, tal vez eléctrico... ¡Pero había que saberlo, había que saberlo! ¡Y los otros volverían sin duda por allí!...

Mis manos se deslizaban a lo largo de las paredes claveteadas sin encontrar el secreto de una salida. Volví, a pesar del peligro de semejante regreso, hacia la puerta de la salita de armas hexagonal, cuya plancha había quedado entreabierta. ¡Quizás esta plancha me revelara el secreto de las puertas!

De hecho, alargaba ya la mano hacia la puerta cuando, sin que la hubiera tocado, se cerró ante mis narices, dejándome encerrado en el corredor blanco; pero yo había sentido que en ese mismo instante había pisado un botoncito de acero que debió originar el funcionamiento de la puerta. No me engañaba. Repetí la presión y la puerta se abrió suavemente, pero no me entrefuere en volver a cerrarla. Oía ya voces en la torrecilla.

Los que yo temía iban a estar sobre mi dentro de medio minuto; escapé de nuevo, empapado de sudor y helado, buscando con ojos alocados a lo largo de las paredes de hierro y al ras del férreo suelo un botoncito de acero...

¡Cielos! ¡Ya veo uno!... Apoyo el pie. ¡Una puerta se abre! Ahí hay un hueco obscuro. ¿No es eso lo que yo buscaba? Me precipito dentro tirando de la puerta hacia mí; pero me es imposible cerrarla por completo.

¿Había que oprimir el botón exterior? ¡Pero yo no puedo estar a la vez en el exterior y en el interior!

Y las voces se acercan. Pronto estarán a mi altura. Reconozco la fresca voz española que dice: *¿Cuánto tiempo falta para llegar?* (1), y oigo una voz inglesa que dice con mareado acento irlandés y acompañada de una risa singular: *It is noble to suffer without complaining!* (Noble es sufrir sin quejarse), y otra voz de lengua alemana, con acento de Limburgo, que pregunta: *Wie lange bleiben wir unterwegs?* (¿Cuánto tiempo estaremos en camino?), y el mismo acento irlandés de antes que responde sin abandonar ese aire burlón tan irritante: *Never fear! The wind is favourable, and ours is a stout seaboat and very remarkable for its speed!* (¡No temáis nada! ¡El viento nos es favorable y nuestro barco es sólido y marcha con una velocidad muy considerable!)

No me cabía duda: este Hombre terrible y triste de los ojos muertos tenía un temperamento de humorista y respondía con burlas a las preguntas más razonables.

Lo peor del caso era que toda esta estúpida conversación poliglota, que no conducía a nada y no me informaba, como un instante pude esperar, sobre el viaje que íbamos a hacer juntos, tenía lugar a unos pasos de mí, delante de una puerta entreabierta.

¿Qué podían estar haciendo mientras oía a la vez que sus interpelaciones sin interés el ronquido particular del *water-ballast* (2) que se lle-

(1) En castellano en el texto.

(2) Depósito del lastre de agua.

naba, indicando inconfundiblemente que íbamos a navegar sumergidos?

¡Oh! ¡Bien insignificante era su tarea! Estaban arrol'ando la gran bandera negra en su asta y se disponían a introducirla en una vaina de cuero. Yo veía esto por el ligero intersticio entre la puerta y la pared. Me encontraba en la obscuridad más opaca y ellos en la deslumbrante claridad de las lámparas eléctricas.

A esto llegó un nuevo personaje que hablaba francés con marcado acento gascón, como se oye a veces en Bayona y en los puertecitos de la costa silvestre. Inmediatamente dirigió algunos cumplidos (bien se conocía que era francés) a la gitana (así llamaré a la poseedora de la fresca voz española hasta más amplia información), le pidió noticias de su salud y se informó de cómo había pasado la noche.

Hubiera querido ver la cabeza del francés y la de la gitana; pero no me quedó tiempo, pues mi puerta se abrió bruscamente y sólo me dió lugar a pegarme materialmente al fondo del oscuro agujero.

Entonces pude ver que uno de estos hombres depositaba su bandera a dos dedos de mí y luego se reliraba y cerraba la puerta, esta vez por completo.

¡Por fin iba a poder desvanecerme tranquilamente!

Al menos así lo creía yo; pero al tenderme con esta intención en el suelo de hierro, hallé bajo mis manos numerosos rollos de tela flexible que no eran otra cosa (en seguida me di cuenta

de ello) que pabellones, todos los pabellones necesarios para las señales que los navíos de todas las naciones pueden necesitar hacerse.

¡Me encontraba, pues, en el departamento de los pabellones!... Este era un dato interesante. Allí podía quedarme durante mucho tiempo. ¡Durante todo el tiempo que durara la sumersión! ¿Y se sabe cuánto tiempo puede permanecer bajo el agua un submarino como aquel en el que acababa de introducirme?... Yo no lo sabía. Pero me imaginaba que podía ser infinito. ¡Infinito para las agotadas fuerzas de un hombre que tiene hambre! ¡Porque yo empezaba a sentir un hambre terrible, lo que decididamente me impedía desvanecerme!

Estaba persuadido de que si la puerta de mi refugio se abría de nuevo, ya no dejaría alejarse al Hombre de los ojos muertos. A pesar del miedo que me inspiraba le gritaría: "¡Tengo hambre! ¡Deme de comer! ¡Después les daré explicaciones!"

Desesperadamente me iba a precipitar sin ninguna precaución contra la puerta.

En verdad, si hubiera oído pasos en el corredor, hubiese golpeado y llamado. ¡De tener que morir, prefería morir después de haber comido!

Pensaba en el pastel de Navidad, que aquel sabio glotón del doctor Hahn había debido devorar solo, a pesar de la gravedad de los acontecimientos, pues en fin de cuentas no se le había vuelto a ver en toda esta persecución.

Deslicé las manos por la plancha de hierro de la puerta, poniéndome de rodillas; ya no me

atreví a ponerme de pie. ¡Creo que me hubiera caído de hambre! Ya no sentía el menor frío desde que me había despojado de mi camisa y la había reemplazado con algunos pabellones cogidos al azar en la obscuridad, y con los cuales me había envuelto el forso.

¡Por el contrario, ahora sentía en la cabeza un fuego abrasador! Apoyé la frente en la puerta y me eché a llorar: ¡tengo hambre!...

En el mismo instante, mis manos tropezaron en el suelo de hierro con esa especie de botón que abría las puertas de este malhadado submarino. ¡Había, pues, botones de éstos tanto en el interior como en el exterior! Después supe, por lo demás, que este sistema de cerrar y abrir las puertas no tenía nada de misterioso, y que sólo se trataba de un progreso eléctrico sobre la cerradura antigua y el cerrojo prehistórico. Así, pues, la puerta se abrió.

Me deslicé al luminoso corredor como un animal furtivo, andando a cuatro manos, y presto a volver a mi agujero al menor ruido sospechoso... porque ahora que sabía abrir las puertas no contaba con que se viniera en mi auxilio, sino que esperaba poder socorrerme yo mismo... y pasar desapercibido hasta la próxima escala, a la vista de tierra.

¿Sería el hambre? ¡Me parecía sentirme menos enamorado de Amalia, e incluso resentido hacia un amor inconsiderado y sin esperanza, por haberme reducido al estado en que me encontraba!... Pero ahora ¡abramos las puertas! ¡Abramos las puertas bajo el mar!...

30445

¿Qué palacio submarino es éste?

AL salir de este corredor, me detuve ante varias "escalas" o estrechas escaleras que iban a permitirme descender a las diferentes partes de la prodigiosa nave. Entonces debía encontrarme lejos de los departamentos de la tripulación, de los cuadros de oficiales y de toda la vida activa de bordo, porque no percibía ninguna voz ni ningún ruido. Así también, en mis paseos matinales por los mayores barcos que unen los continentes, yo podía errar sin encontrar alma viviente a través de las rampas y las salas magníficas y los grandes salones desiertos.

En realidad, aquí antes hubiera creído viajar en un transatlántico que en un submarino. Después de descender al azar dos escalas y atravesar dos pisos, empujé con precaución una puerta de servicio, con la esperanza de dar con algún departamento en el que mi hambre intentara satisfacerse; pero de pronto, me encontré

en un suntuoso y vasto comedor, tal como los que se ven en los grandes paquebotos que os conducen en seis días del canal de San Jorge a Nueva York, y no pude contener un grito de admiración. ¡El lujo submarino del capitán Remo había sido superado!

¿Quién de nosotros no ha leído esa obra maestra de Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y quién no se ha entusiasmado, en su infancia, por el *Nautilus*, salido de la imaginación milagrosa y profética del adorable narrador? ¡Cuán grande nos parecía este antepasado de los sumergibles! De qué fuerza secreta disponía... ¡Qué asombroso mecanismo, victorioso de los elementos, regia su misterioso capitán... ¡En esta obra querida de mi juventud fué en lo que pensé en seguida al penetrar en esta sala de un palacio encantado que se paseaba bajo el mar!

Pero pronto me vi obligado también a reconocer que la ciencia humana había acabado por superar la fantasía del narrador... La imaginación de Julio Verne no se había atrevido a dar más que setenta metros de longitud a su *Nautilus*, y el "bao" del navío, en su mayor anchura, era, si mal no recuerdo, de ocho metros. Era un simple cigarro junto a lo que los alemanes y los ingleses han hecho después... después de la gran guerra sobre todo. ¡Ciertos submarinos alemanes salidos de las canteras de Wilhelmshaven, tienen sus ciento treinta metros y llevan doscientos hombres de tripulación... En fin, hacen cosas que no podía hacer el *Nau-*

tilus, que no era más que un barco: *ruedan* a voluntad en el fondo del mar... ¡Sí; tienen ruedas y pueden ser sucesivamente *barcos* o *carruajes*!

En suma, me encontré en una nave de este género, pero todavía más vasta y que parecía no haber sido construida únicamente con fines de guerra, puesto que lo que en ese momento veía era de un lujo extraordinario. Me encontraba a bordo de un gran yate submarino, construido sin duda alguna por cuenta de algún multimillonario, que seguramente había imaginado hacer la guerra por cuenta propia, con medios que superaban con mucho a los del adversario, y sin tener que dar cuentas a nadie, puesto que no enarbolaba la bandera de nadie, sino sólo su propia bandera negra, marcada con una gran V roja.

En todo caso, cualquiera que pudiera ser la nacionalidad del propietario de este barco magnífico, me persuadí de qué me había engañado atribuyendo al Hombre de los ojos muertos un grado y una importancia que pronto perdía en mi espíritu. El dueño del navio no podía ser sino un gran señor, que quizás ignoraba la extraña y criminal tarea que su subalterno había realizado en Funchal apoderándose como un bárbaro o un salteador de una mujer inocente y de tres pequeñuelos...

Todo este lujo me devolvía las esperanzas. ¡Había creído caer entre piratas incapaces de piedad, y me encontraba en plena civilización!... Pero ¿qué veo? ¡Frutas, allí, en aquella mesa de

ágata..., frutas en fuentes! ¡Dios mio, plátanos!... ¡Plátanos!...

¡Ya era hora! ¡Me comí todos los plátanos!...

Pero mientras comía no podía negarme a contemplar las maravillas que me rodeaban... ¡Cosa singular: ya no temía verme sorprendido!... Por el contrario, no me hubiera disgustado ser conducido inmediatamente ante el dueño de todas estas riquezas para confesarle mi admiración.

Pasé las manos por el mármol que revestía las altas columnas que sostenían el techo de esta asombrosa sala. Eran en un todo parecidas a las columnas de la gran escalera de la Opera de París. El techo estaba decorado con una sorprendente batalla que desnudas sirenas de gran belleza libraban en el seno de las aguas profundas, entre las algas y todo el misterio de la flora acuática...

Frente a mí tenía un tapiz inapreciable que representaba la *Batalla naval de los cuatro días*, ganada por Ruyter a los ingleses en 1666, obra maestra de Guillermo de Velde, que quiso asistir al combate para pintarla, y del que se ha dicho que "quizás naciera algún día un nuevo Rafael, pero que nunca volvería a verse otro Van de Velde". (A propósito de esto pensé: el dueño de la nave no debe ser inglés, al haber colocado así en un sifio de honor este cuadro de la derrota inglesa, a no ser que sea un gran artista que no se defenga en estos detalles.)

Seguí pensando de este modo bastante tonantemente (sin dejar de comer mis plátanos), pues

cada vez me sentía más aturdido e incapaz de una gran penetración de espíritu. Harto sorprendido por lo que veía, volvía a la infancia con los asombros peculiares a esa edad.

Después de acariciar el mármol de las columnas me incliné para pasar los dedos por el suelo, formado de mosaico. Aquello era verdadera piedra y no una engañosa pintura. Había una infinita variedad de cuadros de colores naturales (mármol, pórfido, jaspe, ágata, etc.), que formaban dibujos, o, mejor dicho, los cuadros más divertidos del mundo (una batalla de fibrones, por ejemplo, con unos buzos)... Innece-sario es decir que los muebles estaban a tono y que también en ellos la riqueza y el gusto superaban a toda imaginación. No podían ser sino del Renacimiento italiano en este marco de columnas, pilastras, frisos, cornisas y arcadas. Los armarios y los aparadores recordaban en pequeño los renovados edificios de la antigüedad.

Una escalera de mármol de doble revolución conducía a una galería superior. La ascendí, arriesgándolo todo. Y desde arriba oí este fragmento de conversación, del que, por lo demás, no comprendí nada, entre dos criados que atravesaban la sala que se encontraba debajo de mí.

El primero decía: "Parece ser que el chino es único en su género; ha costado mucho traerle de China." Y el otro respondía: "¡Oh! Para esa tarea yo no necesitaría ni al chino ni al padre Latuile."

Pude verles la cara. Eran tan poco regocijantes que no di curso a la idea que había tenido en un principio de revelar mi presencia fosiendo, y luego de darme a conocer hacerme conducir ante el soberano de este castillo fantástico...

No es que sus semblantes fueran espantosos; pero *todavía* eran demasiado tristes y hablaban de una manera demasiado lúgubre, aun para un hombre que como yo no comprendía lo que decían. Seguidamente salí por la galería superior de esta sala y me encontré entonces en el laberinto de los callejones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YÉS"
3716 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII
 ALERE FEAMMAM
 VERITATIS
La ventana enrejada.

BIEN digo: ¡laberinto! Me había perdido, como me ha sucedido con frecuencia en los grandes paquebotes cuando me metía a visitarlos solo de arriba a abajo. Entonces me extraviaba inevitablemente en el enmarañamiento de escalas y en la innumerable sucesión de los puentes y en el cruce de los callejones. Sin embargo, aquí no percibía la potente trepidación que hace estremecerse a todos los barcos en su rápida carrera; sin duda marchábamos por electricidad y ahora debíamos de estar sumergiéndonos más a juzgar por el suave balanceo de vaivén que experimentábamos en el ala extendida de nuestros timones horizontales (¿quién no conoce después de la gran guerra el *A B C* de la navegación submarina?). ¿Qué era de esa sensación de malestar que parece ser que se experimenta (de creer a lo que se nos ha referido con tanta frecuencia) en los submarinos ordinarios, en los que apenas queda sitio para el confort y en los

que se vive, si a eso puede llamarse vivir, de la manera más incómoda del mundo?

Este barco caminaba a gran velocidad y también debía de administrar golpes temibles. Pero sin dejar de arrollar el Océano y a veces, sin duda, a los que se encontraba, facilitaba a sus habitantes el placer de un paseo.

¡Paseémonos, pues!... ¡Vayamos de descubrimientos!... La fruta que he comido me ha devuelto por unos minutos la ilusión de haber recobrado mis fuerzas... Podré esperar sin demasiada fiebre al final de la aventura.

¡Oh! Bien me imagino este final: me van a "trincar" de un momento a otro; nos explicaremos y, como después de todo, no tengo nada que reprocharme más que un acto de valor, no temo encontrarme frente al dueño del barco, que sabrá tratarme como hombre honrado y ayudarme, no me cabe duda, a salvar a Amalia y a sus hijos de los designios inexplicables del Hombre de los ojos muertos.

Debo de encontrarme aún en la parte del navío reservada al dueño y a sus huéspedes, pues aparte de los dos criados de calzón corto, medias de seda y librea (con una gran *V* dorada en la espalda) y de un mayordomo que atravesaron el corredor por delante de mí sin sospechar mi presencia, sigo sin encontrar a ningún hombre de la tripulación y no percibo ninguno de los ruidos que anuncian los "puestos de la tripulación" o los cuartos de servicio.

He subido... he bajado... he vuelto a subir.

Los huéspedes de este palacio submarino de-

ben dormir aún o descansar en sus catres... ¿Qué digo catres? No debe de haber "camarotes" en esta parte del navío, sino verdaderas habitaciones grandes y hermosas, dignas del comedor.

¡Qué lujo! ¡Qué confort! ¡He echado una mirada a los cuartos de baño! ¡Extraordinario!... ¡Todos de mármol! Dentro de un momento seguramente podré tomar un buen baño caliente y me haré dar fricciones con un guante de crin y agua de Colonia. ¡También habrá a bordo un pedicuro!...

Estas rampas que ven deslizarse mi carrera vagabunda y asombrada, ¡cómo deslumbran por su blancura y su limpieza, pulidas y guarnecidas de cobres bruñidos primorosamente!

Ante mí aparece toda una sucesión de puertas en las que están inscritos números, letras, indicaciones, de las que no comprendo nada.

Sin embargo, aparte de todos los demás pensamientos y de mi ardiente deseo de descubrir las cocinas, tengo "un pensamiento clavado en la cabeza" que no me abandona: el de la señora del almirante von Treischke y sus tres pequeños... ¿Dónde estarán?... ¿Iré a oír de pronto sus voces?... ¿Me encontraré, quizás, al empujar la primera puerta frente a ellos y su angustia?...

¡No! ¡No! El Hombre de los ojos muertos ha debido guardarlos en secreto en algún sitio, sin duda para revenderlos a buen precio al mismo vicealmirante von Treischke. Esas son, a no dudar, costumbres de pirata. Los berberiscos no obraban de otro modo, y a mi juicio el Hombre de los ojos muertos debía ser capaz de todo...

De pronto se me ocurre que muy bien puede suceder que Amalia y sus hijos no se encuentren a bordo del submarino... ¿Quién sabe si la canoa que volvía con los dos marineros fristes y el alegre chino no venía de conducirla a algún paraje desierto de la costa de la isla de Madera o mejor aún a un rincón de esas islas Desiertas abandonadas por la humanidad y en la que la conservarían prisionera con sus hijos?... ¡Atención, alguien viene!

Me defengo al extremo del callejón... Dos tripulantes descienden por una escala. Llevan medias azules, el cuello descubierto y grandes V rojas en el pecho. Tienen caras de *biftecks*. ¡Ah, éstos viven bien! ¡No tienen el aire friste! Por el contrario, parecen intensamente radiantes, como les sucede a esos sólidos semblantes de la vieja Inglaterra cuando han vaciado algunas ardientes botellas de *whisky*.

Mientras descendía la escala el primero decía al segundo: "*El padre Latuile es un haragán y un farsante y le está bien empleado lo que le pasa.*" El segundo le contestó: "*Eso creo yo también.*"

Y ya no oí más, pues se sumieron en las profundidades del barco.

Decididamente—pensé—aquí se ocupan mucho del padre Latuile. ¿Por qué no me había mostrado a estos hombres?... Porque había querido saber lo que decían. Y lo que habían dicho que aparentemente no tenía ninguna importancia, me había aferrado por el tono ronco y salvaje de los interlocutores. Y además, ¿por qué no decirlo?... su radiante alegría, sus espléndidas

caras de *biftecks* me habían impresionado tanto como la vista de la incurable tristeza de los otros... Sí; esa alegría causaba miedo!...

Continuemos nuestro camino o, mejor dicho, nuestros caminos, que se entrecruzan ahora por arriba, por abajo, sobre mi cabeza, bajo mis pies... Estoy al borde de una especie de hueco central en cuyo fondo percibo dos ascensores.

Uno de ellos se pone en marcha; yo me escapo sumiéndome en una nueva galería.

¡Lo que más me asombra es el aire tan bueno que se respira aquí!

¿Dónde está la humareda envenenada de la gasolina?

En *nuestro submarino*—hablo de él como si me perteneciera, cosa que no quiera Dios, pues ahora sé demasiadas cosas—; pues bien, en nuestro submarino se respira sencillamente el aire de alta mar! ¿No es esto extraordinario?... ¡Y a no sé cuántos pies bajo el nivel del mar!...

Recuerdo que en este preciso momento me hallaba tan entusiasmado (debido en gran parte a una gran fiebre naciente), que seguramente si me hubiera encontrado de pronto frente al capitán, hubiera exclamado antes que nada: "¡Bravo!" Y a fe mía que quizás no fuera un mal principio de conversación.

Mas en el momento más álgido de mi embriaguez íntima (no hay que olvidar que el desorden de mis sentimientos era entonces paralelo a mi desorden físico), la obscuridad invadió súbitamente el corredor en que me encontraba.

Me deluve en la obscuridad... y una puerta re-

sonó... Me pegué a la pared; la puerta volvió a cerrarse; pero yo percibía delante de mí las sombras de dos hombres que acababan de surgir en la galería. Ambos caminaban hablando hacia el cuadro claro que se recortaba al extremo de la galería, la cual recibía aún la luz del hueco de los ascensores.

Y he aquí lo que les oí, ¡oh, textualmente!... Son frases que después han vuelto a mi memoria con gran frecuencia:

El primero decía: "¡El padre Latuile es un idiota con haber apagado la luz de la galería, puesto que el fotógrafo no está todavía ahí!"

Y el segundo respondía: "No me hable del padre Latuile; ¡no sirve para nada! ¡Yo no le dejaría ni que me sacara un diente!"

Y el otro prosiguió: "¡Ah! ¡Ah! está el fotógrafo!"

En el cuadro de claridad del extremo del corredor acababa de aparecer, en efecto, un hombre que llevaba bajo sus brazos enormes aparatos fotográficos y que se unió a las sombras de los otros dos hombres, los cuales desanduvieron el camino recorrido en la obscuridad, volviendo sobre sus pasos con el fotógrafo.

Y los tres desaparecieron por aquella puerta que un momento antes se había abierto para dejar paso a las sombras de los dos primeros hombres. Mis ojos empezaban a acostumbrarse a la obscuridad; pero los oídos volvían a zumbarme a causa de la fiebre y de las extrañas frases oídas y de cierta angustia nueva...

Casi sin darme cuenta de lo que hacía, avan-

cé aún unos pasos en la galería obscura, y de pronto me encontré a la izquierda en una especie de reducto que comunicaba con la galería y cerrado al fondo y a la izquierda por una reja bastante visible, pues tras esta reja había una pequeña luz.

Me sumí en el reducto y no me detuve hasta llegar a la reja, clavando los ojos en la lucecita que me revelaba aquí y allá un trozo de uniforme de oficial de la marina alemana, de modo inconfundible... Incluso creí distinguir la letra y la cifra del submarino que pasaba por haber hundido el *Lusitania*.

Aferrado a mi reja, intentaba comprender; pero no podía, y, sin embargo, ya me estremecía con un horror sin nombre, y sin saber todavía nada, abría la boca para gritar de espanto...

De pronto surgió una gran llama blanca, o más bien azulada, deslumbrante, cegadora, acompañada de una sorda explosión. Esta claridad duró una décima de segundo, y yo me desplomé todo lo largo que era sin haber tenido tiempo de gritar, labrumado por lo que había visto en esa décima de segundo!

¿Cuántas horas permanecí sin conocimiento en el reducto? Después supe que cuando abrí los ojos serían las nueve de la noche... Yo seguía tendido en el fondo de la obscuridad; pero sobre mi cabeza se destacaba muy claramente la reja, iluminada ahora por toda la luz de la sala de que me separaba; así ocurre en los palcos enrejados del teatro; pero ¡para qué abomina-

nable espectáculo de pesadilla había penetrado yo en este palco!...

El recuerdo de lo que había visto me arrojó de este lugar maldito y me dió nuevas fuerzas para huir del horrible misterio.

¡Ah! Ya no miré a través de la reja...

Por lo demás, me llevaba para siempre, firmando y dando diente con diente, la imagen del Apocalipsis aparecida en la décima de segundo que había bastado al "fotógrafo" para tomarla al magnesio!

Pero ¿en qué círculo del infierno había, pues, caído para presenciar semejante trabajo fotográfico?... ¿Qué tarea realizaban estas gentes en el fondo de las aguas? ¡Ay! ¡Ay! Una tarea que tal vez la habían aprendido de sus mismas víctimas...

¡Pero huyamos!... ¡Huyamos de la cámara negra del fotógrafo de la Muerte!...

nían ninguna venganza que saciar conmigo!
De pronto me detuve, como fulminado por un pensamiento terrible... ¡Amalia!... ¡Amalia, mujer del vicealmirante Heinrich von Treischke!

¿Es que... es que no pudiendo alcanzar al hombre que había sabido establecer un régimen tan sólido de terror en Flandes y en la costa... los verdugos de este barco maldito irían a atreverse a ensañarse con una mujer?

¡Oh! ¡Pero no! ¡Eso era imposible! ¡Amalia era inocente! ¡Amalia era dulce! Y en fin, *no pertenecía a la raza culpable!* ¡Era de origen neutral! ¡Era luxemburguesa!

¡He ahí lo que tal vez no sabían! ¡He ahí lo que era preciso decir... en seguida... en seguida!...

¡Oh! ¡La idea, la terrible idea de que se pudiera arrastrar a mi dulce Amalia a esa horrible cámara!...

Golpeé con la frente las paredes, me dejé rodar hasta el pie de una escala, y de pronto me quedé acurrucado a la sombra de una puerta que se abría a una vasta pieza llena de hombres arrodillados que dejaban oír un armonioso susurro.

Serían sus doscientos los que estaban rezando.

Por encima de ellos reconocí al Hombre de los ojos muertos, que presidía esta extraña reunión, esta terrible "oración nocturna".

El era el que dirigía la repetición de los versículos del Apocalipsis, que en seguida volvieron a mi memoria en cuanto oí algunas frases.

IX

La oración nocturna.

Ast, pues, lejos de la reja fatal, iba corriendo como un bicho raro, pues continuaba envuelto en mis pabellones.

Cuanto antes, cuanto antes quería ser conducido ahora a presencia del hombre que presidía tales horrores.

En primer lugar, quería revelarle su hazaña, gritarle que su obra (que hacía bien en ocultarla en el fondo del abismo para que no ofendiera la luz de los cielos) era una obra de maldito: que cualesquiera que hayan sido los crímenes de los otros, él había perdido el derecho de invocar la conciencia humana y la justicia eterna desde el día en que se había mostrado más verdugo que todos los verdugos. Después le intimaría a que me desembarcara lo antes posible.

¡Yo era neutral! ¡Yo no tenía por qué mezclarme en las sangrientas querellas del mundo! No tenía nada que ver con las venganzas criminales que tenían lugar aquí... ¡Estas gentes no te-

Y esto hubiera acabado de espantarme por completo si ya no lo hubiese estado, porque, en verdad, hubiérase dicho que, en su éxtasis, San Juan había visto y previsto los tiempos actuales y que se había declarado, en nombre del Señor, el anunciador de estos implacables vengadores del derecho ultrajado y de la naturaleza humana violada por un monstruo que, en mi calidad de neutral, yo no podía nombrar.

Entre cada versículo, repetido a coro, uno de aquellos hombres se levantaba, pronunciaba una terrible "declaración", decía "¡Lo juro!", hacía la señal de la cruz y volvía a arrodillarse.

De este modo, un anciano de barba gris se levanta y dice en francés:

"Escuchadme. Juro que yo tenía una hija y varios nietos, única alegría de mi vida. ¡Dios mío, tú me los habías dado! ¡Pero ellos, los monstruos, me los han quitado!... Cuando se fueron pude volver a mi aldea incendiada, a mi casa en ruinas. Entonces encontré en la cueva los cadáveres de mi hija y de mis cuatro nietos tendidos en un charco de sangre... *Mi hija tenía cortados un seno y un brazo, mi nieta tenía un pie seccionado, los pequeños tenían abierta la garganta* (1). Su padre ha muerto en la guerra. Dios mío, sólo quedo yo para vengarte, Dios mío, de los que harían odiar tu nombre en la tierra. ¡Así sea!"

Y volvió a arrodillarse.

(1) Esto ha sucedido en Sommeilles (Mosa) el 6 de septiembre de 1914.—(Informe oficial francés.)

Y todos repitieron: "¡Así sea!"

Luego, a una señal del Hombre de los ojos muertos, todos dijeron:

"¡El que hirió con el hierro perecerá con el hierro! Esta es la voluntad de Dios, que ha instituido la ley del Talión para librar al mundo del Dragón que ha querido devorarlo."

Después reconocí estos versículos de los capítulos XIII y XIV del Apocalipsis de San Juan, que todos recitaron a coro:

"Se dió a la "Bestia" una boca que pronunciaba discursos llenos de orgullo y blasfemias y se le dió el poder de hacer la guerra durante cuarenta y dos meses... Pero éste beberá también del vino de la ira de Dios, vertido puro en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre en presencia de los santos ángeles y del Cordero. ¡Así sea!"

Otro viejecito se levantó y dijo:

"¡Dios mío! Yo tenía un hijo y te lo había dado; era sacerdote en Buken. Ellos han venido, y delante de mí, que estaba atado, le cortaron la nariz y las orejas (1), luego le siguieron torturando durante más de veinticinco minutos y después le fusilaron... *¡Ya lo sabes, Dios mío, dame para vengarte el valor de hacerles morir después de haberles cortado la nariz y las orejas!* ¡Así sea!"

Todos: "¡Así sea!"

Y repitieron este otro versículo del Apocalipsis:

Y el humo de su tormento se elevará en los siglos

(1). Informe oficial belga.

de los siglos, y no hallarán reposo de día ni de noche los que adoraron la Bestia y su imagen y tomaron la señal de su nombre. ¡Así sea!

Luego tocó el turno a los jóvenes ingleses de la región del Este, cuyas mujeres y novias murieron bajo las bombas lanzadas por las naves aéreas.

Otro refirió en su oración que había perdido a su mujer y a sus hijos en plena *Cité*, cuando volvían en un ómnibus del teatro. Iba a ponerse a silbar alegremente el *Tipperary* con su familia, cuando cayó una bomba que redujo casi a polvo a todo el mundo. Sólo este hombre había resultado ileso y no dudaba de que semejante milagro hubiera sido producido por el Señor para que el superviviente vengara a todos los demás.

Y todos volvieron a decir: "¡Así sea!"

Y reanudaron los versículos con nuevas fuerzas, cada vez más amenazadoras:

"¡Oí al Ángel de las Aguas, que decía: ¡Señor! Tú que eres, que fuiste, que serás, tú eres justo porque has pronunciado estos juicios: ¡porque ellos han derramado la sangre y por eso tú le has dado a beber sangre, porque ellos lo merecen!"

Entonces, otros dos se levantaron para declarar que con sus propios ojos y sin poder auxiliarlos habían visto perecer a sus mujeres y a sus hijos entre las olas que fragaron al *Lusitania*, mientras los verdugos del mar se relan y se burlaban y rechazaban hacia el abismo a los que intentaban aferrarse a su barco de asesinos!

Entonces el Hombre de los ojos muertos preguntó:

"Hermanos míos, ¿quiénes sois?"

Y todos respondieron:

"¡Somos los ángeles de las aguas y herimos en el nombre del Señor!"

Y el Hombre de los ojos muertos alzó entonces los brazos y dijo:

"¡Señor, danos fuerzas para arrojar el Espanto con el Espanto!"

Y todos:

"... ¡y para librar al mundo del mal! ¡Así sea!"

Alguien toca el órgano.

ESTAS últimas palabras habían sido pronunciadas con tal fuerza y toda esta oración la habían dicho con el tono de un fanatismo tan sombrío, que también salí huyendo de allí, menos tranquilo que nunca sobre la suerte que nos esperaba a mí y a los que hubiera querido salvar conmigo.

Después de lo que había visto en la ventana enrejada, yo los llamaba a todos verdugos dentro de mi corazón.

Siempre he profesado que no hay que responder al mal con el mal, cualquiera que pueda ser la catástrofe inicial, y que a pesar de las predicciones vengadoras del Apocalipsis es un gran pecado creer que los buenos triunfarán con las mismas armas que los malos.

Bien sé que todo el mundo no piensa como yo; pero tampoco todo el mundo goza para razonar de la tranquilidad relativa de un neutral. Digo *relativa*, porque ciertamente en el mismo

momento en que huía de los últimos ecos de la terrible oración de la tarde, me sentía agitado por mil sentimientos totalmente capaces de turbar la serenidad de mi filosofía.

El más angustioso de estos sentimientos era el que me hacía temer que, a pesar de mi reconocida neutralidad, mi audacia al penetrar en esta funesta nave y la curiosidad que había demostrado sobre lo que allí pasaba, incitaran a los "Ángeles de las aguas" a tratarme como a su peor enemigo.

Sin embargo, no podía esperar ocultarme de ellos mucho tiempo, y como las fuerzas me abandonaban se acercaba el momento en que fatalmente sería descubierto y tendría que explicarme...

Había, pues, huído de la parte del barco que me parecía reservada a la tripulación y volví a encontrarme, después de vagar al azar, en un corredor que reconocí por haberlo recorrido ya en el momento en que penetré en el inmenso comedor cuya vista me había arrancado exclamaciones de asombro a causa de su lujo de mármol y piedras preciosas.

Encontré el cuarto de servicio, y en éste, que estaba desierto, los restos de una magnífica comida. Me apresuré a aprovecharme de la ausencia de los servidores (que quizás se habían ido también a la oración nocturna) y devoré literalmente lo que quedaba en los platos.

El dorado vino de una botella acabó de reconfortarme, y cuando empujé la puerta del prodigioso comedor había reconquisado suficien-

lemente mi equilibrio moral para poder afrontar los acontecimientos cercanos sin temblar como un niño.

En el mismo instante oí unos sonidos admirables que parecían descender del cielo. Alcé la cabeza y descubrí grandes órganos que aún no había visto y que se encontraban sobre la galería que daba la vuelta a la inmensa pieza.

Anteriormente no había hecho más que girar alrededor de esta galería. Los órganos se alzaban en el extremo opuesto. Mis pasos quedaron en suspenso ante la onda de armonía que se desprendía de aquéllos.

No reconocía aquella música. No pertenecía a ninguna escuela. En todo caso yo no había oído nunca nada semejante... Si un ángel hubiera llorado por la miseria del mundo, nada hubiera sido más desesperadamente dulce, ni más magníficamente melancólico, ni a la vez más fríste y más desgarrador. Y yo fui quien lloró...

Por lo demás, yo he sido siempre muy sensible a los sonidos. Pero en el estado de enervamiento en que me encontraba se comprenderá fácilmente que no haya podido contener mis lágrimas.

¿Quién tocaba de este modo?... Debía ser un gran artista; pero ante todo debía ser alguien que había sufrido mucho. En todo caso, este sufrimiento que se lamentaba de modo tan grandioso, no clamaba venganza como la aferrada oración que había oído un momento antes.

Y esto me hacía olvidarme de tal modo de los horrores con que me había tropezado desde

que había empezado mis andanzas por los meandros del misterioso barco, que tras el primer momento de sorpresa no vacilé en avanzar hacia aquel sufrimiento. En seguida me imaginé que no tenía nada que temer del ser que había sabido idealizar así el dolor, y sin dejar de llorar, pero palpitando con una esperanza sin límites, hollé las gradas de la escalera que conducía a la galería.

Y me deslicé hacia los órganos sin hacer ruido, para no interrumpir un lamento tan admirable, mas también para no dejar de ver y tocar a aquel de quien yo esperaba la salvación.

Pero he aquí que súbitamente, tras un último gemido que pareció venir a expirar en mi frente, la voz del órgano se calló.

Entonces eché a correr.

Dí la vuelta al órgano.

¡Nadie!...

El enorme instrumento se estremecía aún con su último suspiro y el teclado había quedado descubierto. ¡Pero el que había tocado, el que había sufrido en estas teclas, se había marchado ya!...

de seda de violentos colores, se hallaba una mujer, e inmediatamente pensé que debía ser mi española de por la mañana...

Por lo demás, habló en seguida en español, y el joven que se hallaba tendido a sus pies sobre el tapiz y le sujetaba y acariciaba amorosamente las manos, le respondió en la misma lengua.

Sin embargo, por su voz y su acento me quedé convencido de que me hallaba enfrente del francés, gascón o vasco al que había oído interesarse con tanta solicitud por la salud de la "gítana". Esta decía:

—Sí; esta noche ha sido muy dulce la canción del capitán. ¡Me gusta que toque así, porque hay noches en que me causa espanto, más que con nada, a veces, con su música! Por lo demás, está en uno de sus buenos días... Esta noche, como me quejara en la mesa de que no se me hubiera permitido desembarcar, aunque sólo hubiera sido por una hora, media hora... siquiera unos minutos... y que a causa de eso estaba tan triste que se me saltaban las lágrimas, me cogió la mano, la besó y me dijo: "Un poco de paciencia todavía, Dolores, y acabarán sus males... Dentro de poco podrá usted ser feliz en tierra todo el tiempo que quiera..."

—¿De verdad? ¿Ha dicho eso?...

—Sí, te lo juro; no son mentiras para hacerte tener paciencia, amor mío... Es verdad que me lo ha dicho...

—Sí, pero ¿se sabe nunca con tu capitán...?

—¡No hables mal del capitán Hyx! ¡Es muy bueno! ¡Estoy segura!

MIRE alrededor de mí intentando descubrir el camino por donde había podido escaparse, y mi vista se detuvo al punto en la abertura de una pequeña escalera de caracol que daba a otra pieza.

Descendí unos escalones y me encontré en una especie de salón de fumar decorado al estilo oriental, que me pareció de proporciones harfo exiguas después de la visión del famoso comedor.

Alargué la cabeza por encima de la rampa de la escalera para ver si descubría a mi personaje.

Al momento vi a dos seres, jóvenes y hermosos, que parecían tan ocupados de sí mismos que inmediatamente deduje que no había la menor posibilidad de que alguno de los dos fuera mi organista.

Graciosamente tendida en un diván, reposando su hermosa cabeza morena en almohadones

Aquí pongo en el acto, yo, Carolus-Herbert de Renich, que escribo estas líneas y escuchaba esas palabras, pongo aquí sin titubear la verdadera ortografía del nombre del capitán: ¡Hyx! Estas tres letras que equivalen a la X (1), a la incógnita de las ciencias matemáticas, estas tres letras que yo había visto repetidas con harta frecuencia en el curso de mi vagabundaje por el navío, ya en las paredes de hierro, ya en los muebles, formaban, pues, el nombre del desconocido que mandaba este barco.

¡El capitán Hyx!...

¡Era entonces el capitán Hyx el que hacía un momento había arrancado al órgano ese dulce dolor sublime! ¡Gran talento de aficionado tenía el capitán Hyx!... ¡Pero oigamos a Dolores! ¡Sí; oigamos con toda atención a Dolores, oigámosla, que acaso me hará saber todavía algo muy importante!...

Pero... Dolores no dice nada. Pasa sus bellas manos por los cabellos de ese joven y sólo se ocupa de su amor.

De cuando en cuando ambos vuelven la cabeza hacia una puerta, por la cual parecen esperar a alguien, y luego, seguros de que la puerta sigue cerrada, se besan en el pelo y en las manos como locos... El la llama Dolores... Ella le llama Gabriel... ¡Dios santo, qué hermosos son!...

—Sé cuánto le debo al capitán Hyx—dice él.

—Todo—interrumpe ella—. ¡Le debes todo! No lo olvides...

(1) *Hyx* es la representación gráfica de la pronunciación francesa de la letra *x*.—(N. del T.)

—¡Le debo *tu vida!* Por consiguiente, le debo la mía. ¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Es inútil interrumpirme para decirme eso!

—Hago lo que me da la gana—replicó vivamente Dolores—, y te interrumpiré cuanto guste y sólo hablarás cuando yo quiera y te callarás si tu voz me molesta; ¿no es así, Gabriel?

—¡Sí, Dolores; todo lo que tú quieras! ¿Tengo derecho a decir que el capitán Hyx...?

—¡No!

Gabriel apretó los puños.

—¡Oh, cuánto le querría si me dejara volver a San Juan de Luz! ¿Qué pensarán allí de mí?

—¡Pues que has muerto!... ¿Qué puede importarte eso, puesto que no tienes padres?

—¡Pensarán que he desertado! Eso es lo que pensarán. ¿Le has dicho que esta idea me volvía loco?

—Sí; y me ha contestado que te tranquilizara y como yo insistiera, ha añadido: "¡Ese muchacho va a acabar por fastidiarme! ¡No sospecha que nunca ha cumplido mejor sus deberes militares!" De manera que cálmate.

Gabriel se había erguido.

—¡Se burla de mí! En primer lugar, ¿es que sé yo quién es él? ¡Nadie sabe aquí quién es! ¿Sé yo pues, si tiene derecho a hablar como lo hace?... ¿Qué diré yo si vuelvo a Francia con las manos vacías? ¡Después de semejante ausencia!... ¡Pasaré por traidor!... ¡Que no siga, pues, mezclándose en nuestros asuntos!... ¡Si te ha salvado, que no sea para perdernos!... ¿Qué es lo que se le pide? Que nos desembarque en San Juan a los dos, jurán

dole que no volveremos a ocuparnos de él *ni de nadie...* ¿Le has dicho que si nos desembarcamos nosotros no haríamos nada *que pudiera desagradarle?*

—Sí; pero no se lo cree. Y hasta creo que es completamente inútil insistir...

En fin—exclamó el otro lleno de rabia—, ¿no te ha dicho cuánto tiempo podrá durar esto todavía? ¡Cuando vine aquí llamado por ti misma, fué para salir contigo aquella misma noche!... ¡Y desde entonces estamos prisioneros del mar en el fondo de esta caldera de demonios! ¡Y además, mira, no me gusta nada la manera de trabajar de este hombre! ¡Oh, no!

—¡Cállate! ¡Oh, cállate! ¡Podrían oírte!

—¡Ah, trabajar sobre el agua... sobre el agua! ¡Coger a los boches bajo el sol... como un soldado que soy yo y no como un verdugo que es él! ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo me permitirá este hombre volver a trabajar bajo el sol?

—¿Te quieres callar, di? ¿Te quieres callar? ¡Vienen!... Ten cuidado. Es el irlandés.

Se oían pasos, en efecto.

Gabriel escuchó y dijo:

—No. Reconozco el paso del doctor.

Empujaron la puerta y entró un hombre de barba grisácea que podría tener unos cincuenta años. Llevaba un vago uniforme de oficial de marina, y en el cuello de su guerrera se veían pequeñas V de oro. Se dirigió derechamente a la pareja de enamorados con la mano tendida. Tenía una sonrisa benévola y triste.

—¿Y qué, doctor—preguntaron los otros dos

haciéndole sentarse junto a ellos—, qué hay de nuevo?

—Creo que hay algo de nuevo, hijos míos—repuso el otro—; pero no podría deciros con exactitud en qué consiste. Lo cierto es que el capitán me ha parecido hallarse de un humor excelente...

—¿Eh? ¿Qué te decía yo, Gabriel?...

—¡Le he hablado de ustedes!

—¡Ah, ah, cuéntenos!

—Le he hablado también de mí... A mí, hijos míos, me pasa lo que a ustedes... ¡no puedo más! ¡Esto es completamente superior a mis fuerzas. Yo había contado demasiado con... mi valor, si ustedes quieren. Pues bien, le he dicho: "¡No puedo continuar aquí!" Y esto, en cuanto he sabido que se había embarcado a ese horrible chino.

—¿Se ha atrevido usted a decirle eso?—exclamó Dolores; y añadió, conteniéndose de súbito:

—¡Oh! Hablemos más bajo.

—¡Oh!, podemos estar tranquilos! Ha vuelto a sus departamentos y se ha puesto a trabajar después de haberme dado las buenas noches... Les aseguro que apenas se ocupa de nosotros; creo que tiene que hacer algo más que espiarlos. Eso sin contar con que lo que podamos decir le es completamente indiferente.

—Tanto más cuanto que siempre sabe lo que pensamos—añadió Dolores—. Hasta en eso es completamente extraordinario... Pero ¿qué le ha contestado a usted, doctor?

—Me ha dicho: "Había previsto su petición,

por lo que quedará usted libre dentro de unos días... Puedo incluso anunciarle que tiene usted ya cinco substitutos."

—¿Cinco?—exclamaron los dos jóvenes.

—Sí, cinco! Al parecer, va a haber mucha tarea para los médicos dentro de poco tiempo...

—¿Aquí?—preguntó Dolores estremeciéndose.

—¡Oh, aquí... o en otra parte!—repuso el doctor enigmáticamente.

—¿Aquí? ¡Yo creía que aquí sólo había tarea para los verdugos!—exclamó Gabriel con voz sorda.

—¡Pero cállate, desgraciado!—exclamó Dolores tapándole la boca con la mano—. ¡Bien sabes que te prohíbo que hables así de los *Angeles de las aguas!*... Pero vamos a ver, doctor: a usted le ha dicho que quedaría libre dentro de unos días. Pero bueno, ¿y nosotros?

—¡Ustedes también!... ¡Ustedes también!...

—¿Lo ves, lo ves, Gabriel?—dijo Dolores apretándose contra el joven—. ¡Ten paciencia! ¡Ten paciencia! ¿No ha dicho más que eso?...

—Sólo ha puesto una condición a mi libertad

—continuó el doctor—, y es que le dé mi palabra de hombre honrado de que tendré el valor de publicar en los periódicos todo lo que he visto aquí.

—¿Es posible?

—Incluso ha añadido: "Espero que quienes han tenido corazón para leer las torturas y las matanzas de Lovaina y Aerschot, no pensarán desmayarse de horror al leer que ha habido al-

guien que se prepara a vengar a las víctimas y a causar espanto a los verdugos."

—*Que se prepara...*—dijo Gabriel con lúgubre ironía—. Pues entonces, ¿qué es lo que ha hecho hasta ahora?

—Hasta ahora... hasta ahora creo que puedo jurarle que...—profirió la trémula voz del doctor.

—¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué sabe usted... usted mismo?

—¡No! ¡No! ¡Bien sabe usted lo que espera para comenzar... para comenzar de verdad los grandes suplicios!

—¡Vaya! ¡Esto promete! ¡Y usted se pone en salvo!... ¡Aquí no hay más que crímenes y miedo! El médico se desconcertó.

—No le condene usted sin haberle escuchado—dijo.

—¡Oh, es verdad!—suspiró Dolores exhalando al mismo tiempo el humo odorante de su cigarrillo—. Mientras no se ha escuchado al capitán no puede decirse nada. ¡No puede decirse nada!

—Yo, después de que me habla—suspiró a su vez el doctor—, inclino la cabeza y me digo que quizás no soy más que un niño o un cobarde.

—Eso no es verdad; ¡usted es un valiente!—exclamó Gabriel estrechándole las manos—. Y en cuanto a su capitán Hyx, no puede ser más que un loco (y es lo menos que puedo decir) para haber imaginado semejante tarea de sangre y de tinieblas.

—¡Basta, Gabriel, basta!—suplicó Dolores.

—¡No lo juzgue usted!... ¡No lo juzgue usted! En primer lugar, usted tiene menos derecho que nadie a hacerlo. ¿No le ha salvado a su prometida? Escúcheme, hijo mío: si un día le hubieran traído a Dolores con los miembros arrancados y los senos mutilados... como han hecho con mi hija...

El desgraciado no pudo continuar... Hundió la cabeza entre sus manos y se puso a sollozar en silencio.

Los otros dos, inmóviles, respetaban su dolor. Por último, el doctor se levantó bruscamente exclamando:

—¡Les digo a ustedes que hay momentos en que me considero un cobarde!
Y desapareció.

—¡Todo esto es espantoso!— suspiró Gabriel—. Nada quita que yo vuelva siempre a la misma conclusión: si uno quiere vengarse honradamente, no hay más que coger un fusil a la luz del sol.

—¡Sin duda, sin duda! Y a mí me parece, como a ti, que todo esto que nos rodea es horrible— repuso como un eco la dulce voz de Dolores—. Ciertamente puede pensarse eso; pero yo te suplico que no lo digas... ¿Me vas a comprender de una vez para siempre? Cierra los ojos y los oídos hasta nueva orden, y, sobre todo, *no juzgues*, como dice el doctor... Verdaderamente, eras más razonable cuando viniste aquí... acuérdate...

—Sí; porque aún me encontraba bajo el dominio de la desesperación. ¡Te había creído perdido!...

—¡Ah!, ¿lo ves? ¡Imagínate que me hubieras perdido realmente por culpa de ellos, por sus crímenes!...

—¡Dolores! ¡Dolores!— protestó Gabriel sacudiendo su hermosa cabeza de cabellera de león—... ¿No has encontrado nunca en el recodo de un corredor un *testimonio vivo* que se llevaba a su calabozo? ¡Entonces nunca has visto el horror pintado en un semblante!

—Escucha: yo no he visto nunca nada de esos horrores porque he obedecido siempre al capitán Hyx, que es bueno, y me ha recomendado que permanezca siempre en los departamentos grandes o que fume directamente el ascensor y siga por el décimo corredor, la segunda escalera y la primera escala si quiero ir a tomar el aire sobre el puente cuando se emerge... "De este modo— me dijo el capitán— no se expondrá usted a pasar por delante de las ventanas enrejadas..." Por lo tanto, no he visto... pero he oído... sí, he oído, una noche, una hermosa noche, unos ocho días después de que el capitán me libró de la muerte. Yo sabía que al día siguiente estarías junto a mí... que estaríamos juntos durante mucho tiempo lejos de todo peligro... ¡Tenía el corazón tan tranquilo, tan serena el alma, tras toda esa horrible historia en que había creído darme la muerte! Pronunciaba tu nombre y me dejaba mecer por el mar, calmar por la hora propicia... El cielo, en el que se encendían las primeras constelaciones, me parecía repleto de esperanzas. ¡Ay! Ignoraba que mi madre, creyéndose muerta, había partido ya hacia aquel bello

cielo... En fin, me sentía feliz, tan feliz, que no quise abandonar el puente sin rezar una oración de gracias a la Virgen y a Santiago de Compostela... Luego descendí ligera como un niño y, olvidando todas las recomendaciones que se me habían hecho, me puse a vagar por este prodigioso navío que empezaba a sumirse en el mar; también él parecía prepararse a reposar unas horas. Todo ruido había cesado a bordo; ya no oía la respiración, el latido potente de sus máquinas... Nos deslizábamos por la sombra misteriosa de las aguas como en un sueño... De pronto estalló un coro de demonios; un horrible clamor formado por cuatro voces distintas me desgarró los oídos y me suspendió el alma. ¡Pero no huí! Creí que habría ocurrido algún accidente terrible y me precipité hacia donde se hacía oír aquel horrible lamento cuádruple... Pero una mano despiadada me detuvo brutalmente, una mano que me rechazó, me hizo retroceder, me arrastró como un harapo a lo largo del dormitorio y me arrojó jadeando de espanto en este rincón del salón; mira, aquí, aquí... en este diván... Era él, el hombre cuyo rostro no había visto todavía, el hombre cuyo rostro quizás no lo vea nunca, mi salvador, él era quien me traía así... Yo no reconocía su voz... ¡Era terrible... y me reprochaba mi desobediencia!... Me recordaba que se me había prohibido pasar por allí... ¡Y sobre todo me decía, con una especie de rabia reconcentrada, que aquellos gritos no le concernían a una señorita como yo!... Pero por terrible que fuera su voz, aún resonaban en mis oídos

aquellos gritos todavía más terribles, y estremeciéndome, me atrevi a preguntarle si había ocurrido algún accidente... Entonces él se encogió de hombros con desprecio por una cosa tan insignificante como yo, que no comprendía nada, y me dijo: "No; no ha ocurrido ningún accidente... Pero vuelvo a repelirle que esos gritos no le interesan a usted." Y se marchó. Al día siguiente caí enferma con fiebre. El buen doctor me cuidó, y en un momento de crisis de piedad, como las tiene a menudo, me lo explicó todo! Era horrible en verdad; pero mucho menos terrible, sí, mucho menos terrible de lo que se hubiera uno podido imaginar al oír tales gritos... El doctor me dijo, y estoy segura de que se le puede creer, que sólo se trata aún de prisioneros a los que se lleva a las ventanas enrejadas para que vean lo que se hará con ellos exactamente algún día para vengar a tal o cual persona que han sido tratados del mismo modo por los boches en Bélgica o en algún otro sitio... Esto se les muestra en los cadáveres de los boches muertos horriblemente en las batallas honorables que les declara *El Vengador*. Y se fotografian esos horrores para que los prisioneros mismos envíen las fotografías a Alemania con el objeto de espantar y hacer reflexionar a los verdugos... ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Qué piensas tú? ¡Causarles miedo!... Es lo que yo decía hace un momento... Pero estoy bien segura (¡no te apesadumbres de ese modo!) de que el capitán no ha de pasar de ahí... de causarles miedo...

—Pues bien, yo te digo—exclamó Gabriel—

que eres una niña y que eres tú la que no te atreves a pasar de ahí en tus pensamientos... ¿Cómo puedes imaginarte, vuelvo a repetirte, que se haya montado semejante sistema para causarles miedo? ¡Y esos gritos no se lanzan ante simulacros de suplicios! ¡No sabes lo que dices!... ¡Ya ves cómo se marcha el doctor! ¡Se marcha huyendo del asesino!

—¡Silencio! ¡Silencio!— prosiguió la joven—. Un día pronuncié yo esa misma palabra "asesino" a causa de eso y delante del doctor. Y apenas había salido esa palabra de mi boca cuando el capitán, alzando un fapiz, se irguió ante mí y me condujo de la mano como a una niña a la *oración nocturna*. ¡Ah! ¡Todos esos hombres que antes eran buenos y que ahora tienen más sed de sangre que los tigres de la selva!... Su oración me espantó todavía más que los gritos... ¡Si es que era posible!... ¡Si es que era posible!... Miré al hombre cuyo rostro no se conoce y sólo tuve fuerzas para gemir: "¡Es horrible!" El Hombre me arrastró de nuevo rudamente tras de sí y me condujo a la "capilla"... Entonces, ¡oh, entonces!... ¿Tú no has ido nunca a la capilla?... ¡Entonces no puedes saber! ¡No has oído hablar nunca a este hombre en la "capilla"?... ¡Entonces no juzgues!... Nadie tiene derecho a juzgarle sino Dios. ¿Comprendes? ¡Dios y la Virgen!... Yo salí de la capilla sollozando y besándole las manos... Y luego has llegado tú... y no he querido ver nada más que nuestro amor... Y ya no he querido oír los gritos, ni he querido juzgar a este hombre... ¡Así, pues, haz como yo, Gabriel

mío! Tápate los oídos, mide tus palabras y ten paciencia... ¡Paciencia!

Pero Gabriel dijo:

—No sé lo que habrá podido contarte el capitán HÏx para conmoverte de tal modo; pero yo dudo que me hubiera convencido... ¡Siempre habrá cosas que un hombre valeroso, un hombre verdaderamente valeroso, no hará ni podrá ver hacer!

Entonces Dolores pareció perder por completo la paciencia. Tiró bruscamente su cigarrillo y dijo:

—¡Sí; tienes razón!... Hay cosas que un hombre valeroso, verdaderamente valeroso, no puede hacer ni ver hacer, aun cuando haya sufrido mucho, por mucho que los otros le hayan hecho llorar... Así, pues, estoy segura de que si a ti, Gabriel, a ti, que eres el hombre más valeroso que yo conozco, te hubieran presentado mi cadáver mutilado, con los senos arrancados, como decía el doctor...

Gabriel dió un salto. Atenazó de un modo terrible la mano de Dolores, y con los ojos llameantes y la boca ardiente, exclamó:

—¡Oh, te juro por la Virgen que no hubiera tenido un segundo de reposo mientras no hubiera respondido llaga por llaga al asesino o asesinos de Dolores! ¡Bien lo sabes tú; bien sabes que hubiera enrojecido mis brazos hasta el codo con su sangre y que, rugiendo de alegría, les hubiera arrancado las entrañas!

—¡Pues entonces, Gabriel mío, inquiétate algo menos por el trabajo de estas gentes!

—¡Pero lo que yo hubiera hecho en ese caso no tiene nada que ver con estas gentes! ¡Yo lo hubiera hecho sin reflexionar, como un insensato, como un loco de la venganza; pero no hubiera hecho de la tortura ni una ciencia ni una ley!... Eso es lo que yo encuentro horrible... ¡Horrible!... ¡Dolores! ¡Dime que tú también lo encuentras horrible!...

Ella no contestó y le besó en los párpados.

—¡Gabriel tiene razón! — exclamé yo.

Pero no me oyeron debido a que se estaban besando...

Yo estaba convencido de que no encontraría ocasión mejor que ésta para descubrirme. En suma, éstos parecían ser los únicos habitantes de este barco maldito que lamentaran los crímenes que en él se cometían. Su corazón era sensible. Yo podía esperar que comprenderían mi miserable aventura y me ayudarían a salir de ella.

¡Acaso me dieran también noticias de la pobre Amalia y de sus tres pequeñuelos!...

En fin, si me aconsejaban presentarme a ese extraordinario capitán Hyx estaba casi seguro de que intentarían defender mi causa. En resumidas cuentas, estos jóvenes, a primera vista, me parecían completamente simpáticos, y aunque no me había sabido muy bien la cólera de Gabriel a propósito de la singular imaginación que había tenido Dolores de evocar su cuerpo mutilado, yo me quedé convencido de que no encontraría otras almas más dulces a bordo del *Vengador*.

Había hecho ya un movimiento para entregarme, cuando se abrió una puerta y vi avanzar al Hombre de los ojos muertos.

— Ahí está el Irlandés — dijo la joven, y no parecía quererle mucho, pues le tendió la mano sin ninguna efusión. El otro se la estrechó enérgicamente a la vez que preguntaba:

—¿Cómo se encuentran ustedes?

—Estamos fatigados, vamos a acostarnos — repuso Gabriel—. ¿No hay novedad?

—Ninguna.

—¿Por qué no se nos ha dejado desembarcar en Madera? Nada tenían que temer de nosotros en Madera...

El Hombre de los ojos muertos repuso con una sonrisa perversa:

—¡Oh! Nos hemos detenido tan poco tiempo en las aguas de Madera... El tiempo justo para traerle al capitán Hyx unos toneles de un buen vino añejo que les hará saborear a ustedes uno de estos días. Tengan paciencia. ¡Es vino para ustedes!...

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué quiere usted decir? — exclamaron los dos jóvenes a la vez.

Pero el otro se había marchado ya.

Gabriel y Dolores se miraron. La joven dijo:

—¿Por qué nos habrá hablado de ese modo? ¿Qué habrá querido decir? ¡Este teniente Smith siempre tan enigmático!... ¡Quizás haya querido hablar del vino de la venganza!...

Entonces fué cuando, no pudiendo contenerme más, revelé mi presencia. Hice ruido en la escalera y me deslicé a lo largo de la rampa de

un modo bastante singular. Ellos lanzaron un grito mientras yo prorrumpí en un "¡chis!"

—¡Por favor, cállense, o estoy perdido!

Ellos me miraban con ojos desorbitados.

Un hombre ataviado con pabellones como lo estaba yo, envuelto en señales multicolores y con el inquieto semblante que ofrecía sin duda bajo el desorden de mis cabellos aplastados, no podía por menos de obtener un éxito seguro de espanto o de hilaridad en la sociedad en que súbitamente hacía irrupción.

Gabriel y Dolores, tras haber sentido miedo, se echaron a reír como chiquillos que eran.

Yo me di cuenta de que se figuraban que era una farsa. Pero pronto les desengañé refiriéndoles mi historia en unas cuantas frases muy sentidas.

Les dije en primer lugar que me confiaba a ellos porque no dudaba de su corazón caballeresco y les revelé que aquel horroroso Irlandés de los ojos muertos había cometido en Funchal un verdadero crimen apoderándose, con la complicidad de algunos acólitos, de una mujer inocente de todos los crímenes que en aquel momento ensangrentaban la tierra. ¡No sólo habían raptado aquellos miserables a la mujer, sino también a sus tres hijitos!.. Y todo ello con un fin que solamente debía conocer aquel horrible Irlandés, pues parecía ser que no se había vanagloriado ante nadie de su fechoría.

—Hace un momento—les dije—oí cómo les hablaba. ¡Qué bien se ha guardado de darles a conocer su monstruosa tarea! Queriendo salvar

a esa infortunada mujer y a su familia, me vi llevado a saltar a una barca y a perseguirla.

Al llegar aquí me detuve un momento para respirar: de tal suerte me ahogaba la emoción. Por lo demás, percibía que era escuchado con gran simpatía.

—Continúe — me dijo la joven—... Continúe, buen hombre.

Yo me arrodillé ante Dolores, y después de haberle narrado los incidentes de la persecución y de mi naufragio y también de mi entrada furtiva en el submarino, exclamé:

—¡Señorita, estoy seguro de que usted me ayudará a arrancar a esta pobre mujer y a sus pobres pequeñuelos de entre las garras de estos bandidos!

—¿Quién es ella?... ¿Cómo se llama?—preguntó Gabriel, que no había dicho nada todavía.

—No es alemana — repuse yo volviéndome hacia Gabriel—... ¡Lo juro!... Es una buena burguesa, como yo, del buen país de Gutland...

—Pero ¿cómo se llama su marido?—insistió Gabriel.

—¡No es ni más ni menos que el almirante Heinrich von Treischke!

No había acabado de pronunciar estas últimas palabras, cuando ambos jóvenes me cogieron con una brutalidad extraordinaria y me gritaron, o, mejor dicho, me vociferaron en pleno rostro:

—¿La mujer del almirante von Treischke? ¿La mujer del almirante von Treischke está aquí? ¿La mujer de ese bandido... de ese miserable...

de ese asesino!.. (y otros términos equivalentes).

En el entretanto acudieron servidores atraídos por el ruido y los dos jóvenes me entregaron a ellos con amenazas de salvajes, cuyo sentido yo no acababa de comprender, pero que iban dirigidas, sin duda, al amigo del almirante von Treischke. De hecho sólo percibi bien una frase lanzada por Dolores en el momento en que era arrastrado lejos de la estancia entre una lluvia de golpes:

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía—por qué ha tocado tan bien esta noche el capitán!

XII

No es el confort lo que falta en las prisiones del «Vengador».

EL acontecimiento había sido tan contrario a lo que yo me esperaba, que en mi tristeza me preparé a todas las catástrofes.

La brutalidad con que se me hizo atravesar una gran parte de aquel monstruoso navio de piratas, la rápida carrera que hube de seguir a lo largo de interminables corredores y, en fin, la violencia con que tras abrirse una última puerta fui arrojado entre las manos de un demonio de negro, que me recibió con una risa diabólica, todo ello me confirmó en la idea de que había sonado mi última hora, y cerrando los ojos, dichoso por no tener que pensar más, ni luchar, ni huir, ni imaginar, ni ver, ni oír, ni saber nada del mundo y sus atrocidades, de sus querellas y sus guerras, de sus barbaries y sus venganzas, me desvanecí de nuevo, y esta vez con la única esperanza de no salir ya de la nada en que me sumía con éxtasis.

A la mañana siguiente me desperté tranquila-

de ese asesino!.. (y otros términos equivalentes).

En el entretanto acudieron servidores atraídos por el ruido y los dos jóvenes me entregaron a ellos con amenazas de salvajes, cuyo sentido yo no acababa de comprender, pero que iban dirigidas, sin duda, al amigo del almirante von Treischke. De hecho sólo percibi bien una frase lanzada por Dolores en el momento en que era arrastrado lejos de la estancia entre una lluvia de golpes:

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía—por qué ha tocado tan bien esta noche el capitán!

XII

No es el confort lo que falta en las prisiones del «Vengador».

EL acontecimiento había sido tan contrario a lo que yo me esperaba, que en mi tristeza me preparé a todas las catástrofes.

La brutalidad con que se me hizo atravesar una gran parte de aquel monstruoso navio de piratas, la rápida carrera que hube de seguir a lo largo de interminables corredores y, en fin, la violencia con que tras abrirse una última puerta fui arrojado entre las manos de un demonio de negro, que me recibió con una risa diabólica, todo ello me confirmó en la idea de que había sonado mi última hora, y cerrando los ojos, dichoso por no tener que pensar más, ni luchar, ni huir, ni imaginar, ni ver, ni oír, ni saber nada del mundo y sus atrocidades, de sus querellas y sus guerras, de sus barbaries y sus venganzas, me desvanecí de nuevo, y esta vez con la única esperanza de no salir ya de la nada en que me sumía con éxtasis.

A la mañana siguiente me desperté tranquila-

mente en una de las más coquetas habitaciones, amueblada con una linda camisa de cobre, una mesa, un focador, un armario y una cómoda de madera de arce, en la que un ayuda de cámara hindú se disponía a colocar prendas apropiadas y ropa blanca limpia.

—El señor debe tener mucho apetito—me dijo en cuanto se dió cuenta de que me había despertado—. Voy a por el desayuno del señor. ¿Tengo que avisar también al doctor? No se impacienta el señor. ¡En seguida vuelvo!

¡Demonio! ¿Pero dónde me encontraba yo?... Me froté los ojos e hice esfuerzos por aclarar mis ideas.

Al principio esperé que todos los horrores y todas las desgracias que habían llenado mi vida desde hacía cuarenta y ocho horas no serían tal vez nada más que imágenes de pesadilla de las que mi memoria no tardaría en liberarse.

Pero el ayuda de cámara entró con el doctor y a éste le reconocí en seguida.

Al mismo tiempo mi mirada acababa de descubrir sobre la puerta de mi cuarto una linda V, semejante a las que aparecían bordadas en el cuello de la marinera del doctor y semejante igualmente a las que recordaba haber visto en sueños... ¡Y en el acto hollé de nuevo la espantosa realidad!

Este hombre que acababa de cogerme la muñeca y me tomaba el pulso, era el mismo hombre que yo había visto llorar la víspera ante Dolores y Gabriel, esos otros dos personajes de mi pesadilla.

¿Por qué pesadilla?... ¡No había tal pesadilla!... ¡La oración nocturna!... ¡El capitán Hyx!... La... ventana enrejada... ¡Todo aquello era cierto... todo aquello existía!... ¡Todo aquello me rodeaba!... ¡Yo vivía!... ¡Iba a vivir entre todo aquello... o morir!...

—Todavía tiene usted algo de fiebre, señor—me dijo el doctor—; pero sólo de usted depende que se pase rápidamente. En suma, está usted dotado de excelente salud... Ha pasado usted muy buena noche... Sin que usted se diera cuenta, le he aplicado una inyección de suero que le ha devuelto casi todas sus fuerzas mientras dormía... Tome tranquilamente su desayuno matinal; no se irrite usted: eso no sirve de nada... Y espero que todo le saldrá mucho mejor de lo que usted haya podido temer.

—Doctor—exclamé yo—, si hay aquí algún hombre justo no tengo nada que temer.

—Entonces, tanto mejor, señor. Pero su historia no me interesa. Siempre que sea posible no refiera sus pequeños asuntos a nadie, y no hable sino cuando le pregunten. Aparte de esto tiene usted absoluta libertad para conversar con sus compañeros sobre cuantas cosas acudan a su espíritu... Pero crea usted a mi vieja experiencia: más vale hablar de literatura o de música...[®]

—No sé, doctor, de qué compañeros quiere usted hablar, y en cuanto a mis palabras, no soy nada locuaz. Sólo hay una cosa que podría interesarme: ¿puede darme usted noticias de la salud de una persona por la que siento mucho

interés, y que ha sido la causa involuntaria de todas mis desgracias?

—¿Se refiere usted, sin duda, a la señora del almirante von Treischke?

—¡Ah! ¿Está usted al corriente? Está aquí, ¿verdad?

—Sí; está aquí. Esta mañana fui llamado a su lado.

—¡Dios mío! — exclamé yo palideciendo —. ¿Qué le ha sucedido? ¿La habrán torturado los asesinos?

Esta última frase se me escapó con tan desesperada fuerza que, aun cuando hubiera pensado en lo que tenía de audaz e imprudente, hubiese sido incapaz de contenerla.

No bien la hubo oído el doctor, miró en torno suyo para cerciorarse de que estábamos solos y de que el criado no se hallaba tras la puerta, y luego me dijo en voz baja, ligeramente febril:

—La esposa del almirante von Trieschke ha sido respetada. Pero ha pronunciado usted una palabra que aquí está borrada de los vocabularios. Sobre todo, con sus compañeros hable de otra cosa, hable de otra cosa. ¿Me ha comprendido? ¿Me ha comprendido?

—¡Oh! — dije yo sacudiendo la cabeza —. ¡Si habéis torturado a Amalja, sois todos unos bandidos! ¡Yo he asistido a la oración nocturna! ¡He visto la ventana enrejada!

—¡La ve todo el que quiere! Pero se da por supuesto que no se hable de ello en la medida de lo posible, en la medida de lo posible...

—¡Quienes han imaginado la ventana enreja-

da, sépalo, doctor, sépalo usted bien, quienquiera que sean y sea lo que fuere lo que puedan decir, constituyen la vergüenza de la humanidad!...

Como bajara la cabeza, le pregunté con una angustia que hacía temblar mi voz:

—¿Qué van a hacer ustedes con la señora del almirante? ¿Qué van a hacer con ella?

El doctor no me contestó.

—¡Oh! ¡Míreme a la cara!... ¿Por qué vuelve la cabeza?... ¿Por qué? ¡Quiero saberlo! ¡Si es usted un hombre honrado, muéstreme sus ojos!...

¡Pero se marchó sin mostrármelos!

Era un tipo extraño, como una especie de viejo *gentleman*, de aspecto un tanto previsor y con una perfecta benevolencia difundida en toda su simpática fisonomía. Pero parecía mirar constantemente en torno suyo, como si descubriera una nueva desgracia. Con su remolino de cabellos grises en su cráneo semicalvo, semejaba al rey Lear después de la pérdida de su reino.

Su brusca partida me dejó en un estado de inquietud indecible respecto a Amalja. A continuación entró el criado hindú, sonriéndome en toda la extensión de su faz hermosa y admirable, pero con un aire absolutamente satisfecho de sí mismo. Se llamaba Buldeo — me dijo —, "para servirme". Era oriundo de las cercanías de Delhi, pero desde su más tierna infancia había sido llevado por un Sahib al corazón de las montañas de Garo, en donde bailan a coro, por la noche, los elefantes salvajes (según me refirió más tarde). Me ayudó hábilmente a ataviarme.

Exhibió con orgullo el contenido de los cajones, y me enseñó tres pantalones, muy bien colocados sobre su tabla en un armario, y dos americanas y un *smoking* colgados de las perchas.

Me los probó. A decir verdad, me venían como anillo al dedo. Observamos que los pantalones eran algo largos, pero ahora está bastante de moda el llevarlos con una arruga en el empeine. Quise saber de dónde procedía todo aquel guardarropa y aquella fina lencería, y me contestó que todo aquello había llegado destinado a mí aquella misma mañana por los cuidados del ayuda de cámara personal del capitán Hyx.

Reflexionándolo bien, tan delicada atención hubiera contribuido seguramente a tranquilizarme, si la brusca parlada del doctor, su esquiva mirada cuando le había hablado de Amalia, y sobre todo el recuerdo de las fieras palabras de Dolores, no me hubieran hecho imposible todo equilibrio mental.

Yo oscilaba entre el terror y la cólera, y ya no sabía, en verdad, a qué carta quedarme, cuando un pequeño mensajero vino a traerme justamente una carta de la señora del almirante von Treischke. En el sobre reconocí la letra de Amalia, y podéis imaginaros el trémulo apresuramiento con que rasqué aquel papel, que llevaba también, como cuantas cosas nos rodeaban, la V escarlata que se me figuraba escrita con la sangre de los desgraciados que habían agonizado en los costados del barco maldito.

La señora del almirante me invitaba a cenar para aquella misma noche.

Se había enterado de mi presencia a bordo por el doctor, que acababa de verla, y le había aconsejado que me escribiera para calmarme.

En lo que a ella y sus hijos concernía, desde el rapto brutal de que habían sido víctimas, se habían visto tratados con el mayor cuidado.

Me daba las gracias por el valor que había demostrado persiguiendo a sus raptos hasta el seno de las aguas, y no me ocultaba la esperanza que tenía de que todo aquello terminaría bastante pronto y bastante bien. Ella se explicaba la desagradable aventura por la necesidad que tendrían los enemigos de Alemania de asegurarse preciosos rehenes, con la intención quizás de canjearlos por prisioneros a los que tenían en mucho.

Los niños se encontraban bien. La niña había tenido algo de inflamación a la garganta. Todos ellos, Dorotea, Heinrich, Carolus, me abrazaban. En cuanto a la madre, como decorosamente no podía abrazarme, me enviaba la enterrecidísima expresión de su reconocida amistad. Pero, por mi parte, yo besé con fervor su firma.

¡Ah! ¡Pobre Amalia aterrorizada!... La escribí una carta, en la que me proclamaba el más feliz de los mortales por haberla seguido en su desgracia, y en el momento en que escribía esto así lo pensaba... aunque estuviera horriblemente agitado y casi tan inquieto por mi suerte como por la suya... ¡Mientras su carta me la representaba, por el contrario, tan tranquila, tan confiada y tan serena! ¡Ah! ¡Monstruos, monstruos! ¡Dios mío! ¿Cómo salvarla de allí? ¡Dios mío! ¡No es

posible que esté con esas gentes!.. Ciertamente, Señor, que dijiste: "Aquel que hiera con la espada, por la espada perecerá", pero no lo has dicho para que se utilice la espada, sino para que se la deje en la vaina, Señor...

¡Señor, inspírame y salva a Amalia!..

Mientras tanto pensé en aparecer convenientemente ante ella, si por casualidad me la encontraba antes de la cena...

Lavado, afeitado, vestido con un traje azul marino, que a decir verdad se hubiera creído hecho para mí, con una corbata de seda por la que hubiera pagado muy bien cuarenta francos en la rue de la Paix de París, sólo me faltaba, para ser un hombre de mundo perfecto, un afilerador de corbata; pero no se había pensado en este detalle, lo cual perjudicaba en verdad a la corrección de mi indumentaria... pues un hombre de mundo no está vestido mientras no se haya puesto un afilerador de corbata; por lo menos, así sucede en Renich.

Sea como fuere, mi cuerpo (sólo hablo en verdad de mi cuerpo) había tenido lugar de quedar satisfecho cuando salí de mi pequeña habitación con permiso de Buldeo.

—¿Adónde puedo ir?—le había preguntado a este perfecto servidor.

—A todas partes donde pueda el señor—me había respondido él.

No tardé en comprender el significado preciso de estas palabras cuando me hube chocado con algunas puertas cerradas y con muros de cuero barnizado y bruñidos, que formaban una

blanca prisión de las más agradables a la vista bajo el resplandor de las lámparas eléctricas, pero prisión al fin y al cabo.

Yo me imaginé fácilmente que aquél era el rincón femible y vigilado en que aguardaban los cautivos en un marco moderno, higiénico y elegante, a que se hubiese decidido su suerte.

En este mismo aderezo, o mejor dicho, en esta complacencia, en esta concesión inefable y suprema a los hábitos de lujo y de confort y a los gustos de la civilización, había una especie de horrible sadismo por parte de los verdugos, sadismo que, a mi parecer, los hacía todavía más odiosos.

En el curso de mi paseo por los corredores que nos estaban reservados, adiviné muchos cuartos como el mío, llenos de angustias y sufrimientos más crueles aún que los míos, porque al fin y al cabo yo no podía olvidar que era neutral, y a pesar de todas las amenazas, de los pronósticos más fatídicos y las más negras inquietudes, aún quedaba en el fondo de mi alma una esperanza que yo no soltaba y a la que me aferraba desesperadamente.

Pronto me encontré en una especie de salón de fumar en el que sobre una mesa central oblonga y cubierta de un tapiz verde, se encontraba una gran cantidad de periódicos y revistas en todos los idiomas. Apoyados contra la pared había anaqueles que exhibían una respetable colección de obras cuya lectura debía de ayudar a pasar los horas de espera... ¿de espera de qué?

¡Oh! ¡Horror!

Cuando entré en este salón de lectura, dos personajes cuyo uniforme me reveló en el acto que eran oficiales de la marina alemana, discutían entre sí en voz baja, fumando excelentes cigarros habanos a los que no habían quitado la sortija, al contrario de lo que suelen hacer las personas de buena educación para no incurrir en el ridículo pecado de la ostentación.

Al ruido que hice yo volvieron ligeramente la cabeza; yo saludé discretamente, pero ellos no contestaron a mi saludo, sin duda porque yo no les había sido presentado e ignoraban a qué clase de la sociedad podría pertenecer.

Es posible también que me tomaran por un espía.

Tanto es así, que se pusieron a hablar en voz alta y a pronunciar palabras sin importancia, lo cual no dejaba de ser una torpeza y me invitaba a deducir que aquello de que hablaban en voz baja tenía cierto valor oculto.

El primero, aquel que se hallaba más cerca de mí, tenía una gran cabezota mofletuda, con los ojos saltones y la nariz respingada; el otro tenía una cara angulosa de ave de rapiña desplumada como la que se ha visto en algunas caricaturas del kronprinz; ambos tenían la cara afeitada, salvo los labios superiores que habían conservado un bigote de puntiagudas guías sostenidas con cosmético. El primero era rojo, como una bola ignea, y parecía pronto a incendiar el vasto mundo con su cabeza; el segundo era verde, como la muerte algo avanzada. Después de pronunciar sus insignificantes palabras, se echaron

a reír sin dejar de fumar. Luego hubo un silencio y después el primero pronunció las siguientes frases con un ritmo que no me era desconocido: "Con gayos afavios—un galante caballero—por el sol y a la sombra—viajó largo tiempo—cantando una canción—en pos del Eldorado."

A lo que el otro contestó con la segunda estrofa: "Mas llegó a enfurecerse—tan audaz caballero—y su corazón una sombra—cubrió sin que hubiera encontrado—un lugar de la tierra—que se pareciera al Eldorado."

Tras lo cual ambos se echaron a reír y desaparecieron.

Habría habido que ser más ignorante que un burro de carga para no reconocer en su singular poema la pequeña elucubración del autor de *Eureka*.

Me habían largado esto en el texto inglés, aunque ellos eran alemanes, y comprendí lo que habían querido decir con su historia del audaz caballero que había muerto antes de haber encontrado lo que buscaba. No cabía duda... Me tomaban por un espía y seguramente por un inglés o un americano.

¡Que se me creyera de la banda de corsarios enrolada por el capitán Hyx para su tarea infernal! ¡Solo la idea me ponía frenético! Así que decidí tener una explicación decisiva a la primera ocasión que se presentara.

No obstante, aparte de este incidente personal y de la irritación que me había causado, me sentía poseído por un sentimiento de inmensa

estupefacción ante la desenvoltura de aquellos personajes y su concienzuda manera de fumar el cigarro. Yo me imaginé que no temerian que la amenaza de tortura que se hallaba suspendida sobre su cabeza fuera ejecutada nunca...

Entretanto había reaparecido mi fiebre; las sienes me lastan, lenta sed. Un mayordomo hindú, que se parecía a Buldeo como una gota de agua a otra, pero que no era Buldeo, pasó en aquel momento y yo me aventuré a pedirle que me trajera de beber.

Inmediatamente me trajo un vaso y una *botella de champagne!*

Decididamente no se nos privaba de nada...

Otro mayordomo hindú trajo una mesa de juego y *cartas*... Y a decir verdad, los cuatro personajes que aparecieron a poco y que se sentaron en silencio alrededor de la mesa, tenían el aire severo, pálido y concentrado de los prisioneros a los que aguarda el cadalso y que se juegan su última partida.

Uno de ellos reclamó las fichas en alemán frunciendo el ceño y reprendió con voz severa al mayordomo por su negligencia.

Casi inmediatamente se pusieron a jugar al póker con un encarnizamiento, una astucia, una cautela, una falsedad, una brutalidad, una audacia incomparables...

También yo soy un apasionado del póker.

Hipnotizado por la fantástica partida que se jugaba allí, me aproximé. Entre dos jugadas, al suscitarse una discusión sobre el valor de un color en un encuentro de dos juegos iguales, yo

no pude abstenerme de dar mi opinión. De este modo hallé ocasión de presentarme, y sin más explicaciones, referí brevemente que habiendo naufragado en una lancha había sido recogido por un submarino de nacionalidad desconocida en el que me habían tratado de la mejor manera del mundo, pero donde no conocía a nadie.

Los cuatro jugadores se presentaron a su vez, no sin haber cambiado miradas en las que yo descubrí mutuas recomendaciones de prudencia; eran cuatro oficiales alemanes, que me revelaron sus nombres y sus títulos sin añadir más nada y que me preguntaron muy cortésmente si me agradaría mezclarme a la partida.

Yo les dije que eso sería para mí una gran distracción; pero que por desgracia carecía en absoluto de dinero por el momento, a lo que se me contestó con suma cortesía que bastaría mi palabra y que ya se arreglarían las cuentas en tierra!

—¿Cómo en tierra?— exclamé yo—. ¿Pues cuándo creen ustedes que se nos depositará en tierra?

—Pero *mein Gott!*— exclamó uno de ellos—. ¡Pues cuando se haya acabado la guerra, cosa que no ha de tardar si así le place a Su Majestad!

Ni siquiera se apercibieron de la extraordinaria agitación que me habían producido semejantes palabras. Evidentemente, evidentemente, estos individuos no debían de creer las historias de tortura que corrían a bordo ni habrían tenido ocasión de asistir a ciertos espectáculos detrás de cierta reja... o quizás pensaban que personal-

mente no tenían nada que temer por razones que yo no elucidaba aún.

... O tal vez creyeran, como lo había sugerido vagamente la temblorosa Dolores, tal vez creyeran que sólo se quería meterles miedo..., idea estúpida, idea estúpida para quien había tenido ocasión de desvanecerse en cierto reducto enrejado... ¡Ah! ¿Cuáles podrían ser los pensamientos de estos hombres que jugaban tan tranquilamente mientras que allá, detrás de las paredes, cierto chino que yo conocía debía hallarse ocupado en clasificar sus instrumentos para próximas operaciones?... *Aparentemente estos personajes no se ocupaban nada más que de su juego.*

(Aquí no quise tomar parte en la jugada, aunque tenía dos ases desde el principio, para poder reflexionar mejor.)

Mientras se proseguía la partida vi pasar al salón de lectura a una veintena de personajes, casi todos los cuales eran oficiales alemanes, bien del ejército de tierra o bien de la marina, y media docena de paisanos que no se expresaban sino en alemán y que pronto hicieron rancho aparte en una pequeña mesa, pero que no eran los menos alegres.

Por sus conversaciones, que llegaban frecuentemente a mis oídos, pude deducir que eran grandes comerciantes del Norte de Alemania y creí adivinar que todos ellos eran burgomaestres, es decir, alcaldes de sus ciudades.

La coincidencia que les reunía en torno a la misma mesa bajo las aguas, era cuando menos bastante singular, y por mi parte hubiera basta-

do para quitarme algo de la alegría de mi carácter.

Pero estos personajes no tenían ningún aire de asombrarse de su aventura y referían "buenos golpes comerciales" o historias municipales que les hacían reventar de risa...

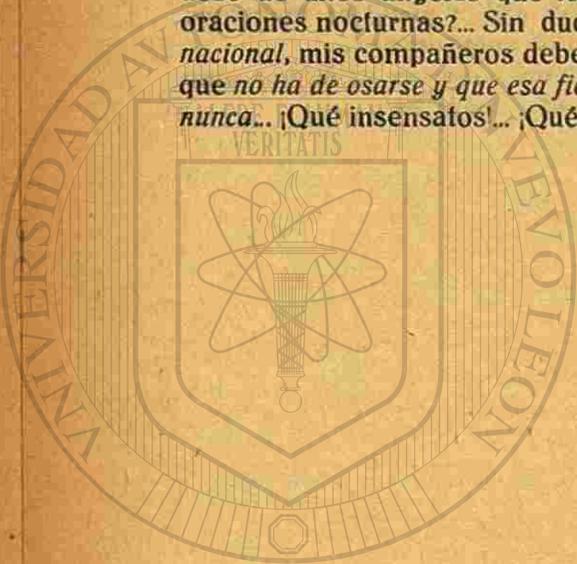
¡Esto era demasiado! Querían disimular ante el extranjero que les parecía yo.

De cualquier modo, yo estaba aturdido y mis compañeros de juego se aprovechaban para hacer buenas jugadas a granel.

Cuando me levanté de la mesa debía cinco mil marcos. Firmé un reconocimiento de mi deuda poniendo mi firma y mi dirección. Luego me despedí y volví a mi cuarto, haciendo que Buldeo me llevara a él un par de huevos al plato. Mi apetito era insignificante y sentía necesidad de quedarme solo para reflexionar... ¡para reflexionar!...

¿No era mi deber prevenir a mis compañeros de cautiverio de que quizás tenían una falsa idea de lo que les aguardaba?... Porque después de reflexionar yo estaba persuadido como Gabriel de que *no se había montado semejante negocio* para acabar en una simple comedia... ¡Y también Dolores debía estar persuadida de ello!... Sólo que mentía para calmar a Gabriel... En fin, ¡yo había visto!... ¡yo había visto una cosa atroz!... ¡Sólo había visto cadáveres, cierto! ¡Y qué cadáveres!... Pero ¿debería creer, como me incitaban las palabras de Dolores, que estos cadáveres habían entrado ya cadáveres en la cámara de tortura..., y que todo este horror no era más que

un trabajo preparatorio en espera de que empezara la verdadera fiesta de los Angeles de las Aguas? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saberlo tratándose de unos ángeles que tenían semejantes oraciones nocturnas?... Sin duda, *en su orgullo nacional, mis compañeros deben de imaginarse que no ha de osarse y que esa fiesta no empezará nunca...* ¡Qué insensatos!... ¡Qué insensatos!...



XIII

La tranquilidad de Amalia me aterra.

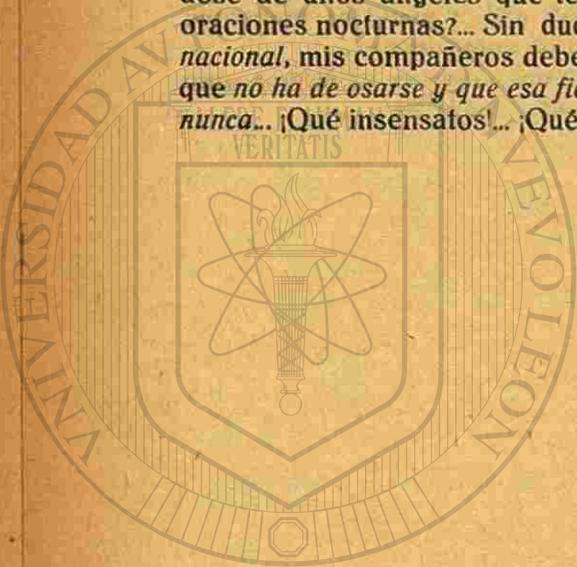
AQUELLA misma noche, cuando fui introducido en el departamento de Amalia, encontré a mi bien amada con la expresión tranquila, la tez fresca, el cuerpo descansado. Conservaba no muy arrugado el extraño atavío que llevaba la noche de los últimos acontecimientos de Madera. La primera impresión que esto me causó me desconcertó mucho más que si se me hubiera aparecido excitada por la desesperación.

Imaginaos que estaba sentada en un sillón, en una actitud llena de languidez, contemplando a sus tres hermosos niños, que jugaban en silencio a sus pies.

¡Infortunada criatura, que, pura de todo crimen, no podía sospechar el horrible destino que se le preparaba!

Sus bellas manos jugaban con la cabellera de dorados rizos de la niña. Cuando me vió se incorporó y me dijo textualmente:

un trabajo preparatorio en espera de que empezara la verdadera fiesta de los Angeles de las Aguas? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saberlo tratándose de unos ángeles que tenían semejantes oraciones nocturnas?... Sin duda, *en su orgullo nacional, mis compañeros deben de imaginarse que no ha de osarse y que esa fiesta no empezará nunca...* ¡Qué insensatos!... ¡Qué insensatos!...



XIII

La tranquilidad de Amalia me aterra.

AQUELLA misma noche, cuando fui introducido en el departamento de Amalia, encontré a mi bien amada con la expresión tranquila, la tez fresca, el cuerpo descansado. Conservaba no muy arrugado el extraño atavío que llevaba la noche de los últimos acontecimientos de Madera. La primera impresión que esto me causó me desconcertó mucho más que si se me hubiera aparecido excitada por la desesperación.

Imaginaos que estaba sentada en un sillón, en una actitud llena de languidez, contemplando a sus tres hermosos niños, que jugaban en silencio a sus pies.

¡Infortunada criatura, que, pura de todo crimen, no podía sospechar el horrible destino que se le preparaba!

Sus bellas manos jugaban con la cabellera de dorados rizos de la niña. Cuando me vió se incorporó y me dijo textualmente:

—¡Quién lo creería! ¡Vaya una aventura!— y se sonrió.

A lo primero yo me quedé como clavado en el suelo, y después, como me indicara con su agraciado y tranquilo ademán una silla en donde me invitaba a sentarme, exclamé:

—¡Se sonríe usted, Amalia! ¡Se sonríe usted!

Al nombre de Amalia, que en otro tiempo había pronunciado yo con tanta libertad, los tres niños, asombrados de oír a un extraño llamar así a su madre, alzaron la cabeza y me miraron con curiosidad.

Entonces la madre dijo:

—Amigo mío, me parece que está usted muy agitado. Sin embargo, ya ha recibido usted mi carta, que debería haberle tranquilizado un poco sobre la suerte de todos nosotros. Bien mirado, no puede pasarnos nada peor que lo que nos pasa, y lo que nos pasa es en verdad bastante aceptable si es que no ha de durar mucho tiempo. En cuanto a mí, agradezco con egoísmo a la Providencia que haya conducido hasta estos lugares a un compañero de cautiverio que me hará soportar mi infortunio con paciencia... Aquella noche nefasta que descubrí en Funchal que me habían robado a mis hijos, creí haberlo perdido todo. Ya los he encontrado. ¡Alabado sea el Señor! Y puesto que también le he encontrado a usted, ¿de qué podría quejarme?...

Al pronunciar estas últimas palabras seguía sonriendo, ¡oh ángel! ¡Incomparable dulzura de un alma que considerando toda rebelión un crimen, se acomoda a todos los acontecimientos,

que según el dogma que había instruido y doblegado su juventud, no podían provenir nada más que de Dios! ¡Así se acomodó también— pensé yo— a su matrimonio con von Treischkel! Y esto, a la vez que era para mí un motivo de inmensa amargura, me procuraba un inefable consuelo.

Mas, juntando las manos, lancé un suspiro, pues, a pesar de cuanto ella pudiera decir, yo la veía ya como un cordero en la piedra del sacrificio. Acto seguido, ella me cortó la palabra viendo que sin duda iba a seguir compadeciéndola, y señalando a los niños me dijo:

—¿Es que quiere usted hacerles llorar?

Entonces me los presentó, pues el drama había impedido hacer esto en Funchal. Para cada uno de ellos tuvo palabras que hicieron reír a los pequeños. Luego me presentó a mi vez como un amigo de su familia y un camarada de su infancia y les pidió que me trataran con los respetos debidos a un viejo pariente; pero inmediatamente yo abracé al pequeño Carolus, que me pareció el más vivaracho; apenas si se parecía al almirante von Treischke, cuyo vivo retrato era Heinrich y cuya dura mirada se perpetuaba en la pequeña Dorotea. De todos modos, Dorotea era muy linda. En fin, eran tres querubines que adoraban a su madre y que no sospechaban ciertamente la desgracia que la amenazaba.

Al pensarlo me subió a la garganta un sollozo que no pude contener... Inmediatamente Amalia se irguió y ordenó a los niños que nos dieran las buenas noches y se retiraran a su cuarto.

—¡Les encontramos aquí en un estado!... Como es natural, les habían tratado a los pobrecillos con cierta brutalidad y la doncella me dijo que nada había logrado tranquilizarles, ni siquiera los bombones. ¡No dejaron de gritar hasta que nos vieron al tío Ulrich y a mí!...

—¡Cómo! ¿Está con usted el tío Ulrich?—exclamé yo.

—Pues claro... ¿No lo sabía usted?... ¡Mientras estuvieron allí estos señores han robado a toda la familia!... ¡Oh! ¡Han hecho bien la operación!... ¿Qué quiere usted? Después de todo, así es la guerra, y podríamos haber caído peor... A bordo de este submarino se está bien, se tiene todo el confort posible... Tengo un gran deseo de visitarlo de arriba abajo y espero que éste será un favor que no tardará en concederme su capitán... Ha de saber usted, Carolus, que yo estoy muy al corriente de los nuevos inventos relativos a los submarinos, y que mi marido, que era el jefe de la defensa móvil de Wilhelmshaven, me hacía prever para fines de este año la construcción de navíos tan vastos como pueda serlo éste y con todo el lujo y el confort del barco de escuadra... Aquí tenemos la prueba ahora que nuestros enemigos se nos han adelantado; eso es todo... Tiene usted que calmarse, amigo mío. ¡Nunca le he visto tan nervioso!...

Y cogiéndome la mano entre las suyas quiso consolarme lo mismo que como madre había consolado a sus hijos.

¡Adorable Amalia! Sólo mis lágrimas le respondieron.

Ella las vió, y soltándome las manos exclamó con un mohín malicioso:

—¡Está usted insoportable!... Mire, mejor sería que me refiriera usted su aventura, porque, después de todo, aún no sé sino vagamente lo que le ha sucedido...

Iba a comenzar el relato de mi propio infortunio, cuando fué empujada una puerta por un viejecito muy vivaracho, vestido con *smoking*, que acto continuo me tendió la mano con suma cordialidad: era el tío Ulrich von Hahn, de la Universidad de Bonn.

—¿Pero cómo?—exclamó a continuación al fijarse en mis húmedos ojos—. ¿Llora usted como un niño? ¡Porque se ha osado poner una mano sacrilega en una de las familias más sagradas de Alemania, se lamenta usted como si todo estuviera perdido! Pero ¿qué es lo que usted se piensa? Y ¿qué es lo que usted teme?... Yo le juro que en este momento los bandidos que han intentado este golpe están más preocupados que nosotros. ¿No ve usted los cuidados de que nos rodean? ¿No son otras tantas excusas que se buscan ya para atenuar su crimen? ¿Cree usted que nos tratarían así si es que no tuvieran miedo? ¡Tranquílese, pues, señor Carolus Herbert, del dulce país de Gutland, en Luxemburgo!... ¿Usted no es alemán, verdad?... ¡Por eso se lamenta usted! ¡Pero nosotros le protegeremos!...

Toda esta gloriosa alocución no me sorprendió en boca del orgulloso e insoportable anciano; pero tampoco me convenció. Obstinado, moví la cabeza.

—No es por mí por quien temo—dije.

—Carolus Herbert siempre ha pensado más en los demás que en sí mismo—dijo la buena de Amalia—, y la prueba es que está aquí.

Esto era recompensarme de sobra con una frase por todos mis sufrimientos. Con una mirada expresé a Amalia mi agradecimiento.

Entonces dos criados hindús trajeron una mesa deliciosamente provista de entremeses, *delicatessen*—como dicen los alemanes—y botellas. En seguida advertí que se había puesto cubierto para cinco personas.

—¿Esperan ustedes a alguien?—pregunté.

—Sí—repuso Amalia—. A dos amigos de mi marido que hemos tenido la alegría de encontrar aquí: el teniente de navío von Busch y el alférez von Freemann, dos hombres encantadores!...

—¡Encantadores! ¡Encantadores! ¡Y excelentes camaradas! ¡Y cultos, y distinguidos, y muy alegres! ¡Palabra! Nos hubieran podido ayudar muy bien a "levantar la moral" si es que hubiera hecho falta—exclamó el tío Ulrich—. ¡Pero ya están ahí; les oigo venir! ¡Oculte sus lágrimas, Carolus Herbert! ¡Póngase a tono!

Yo vi entrar a mis dos oficiales de por la mañana, aquel que parecía una ignea bola y el que tenía un rostro de muerte verde. Pero es exacto que ambos tenían un aire muy decidido y acariaban con buen humor las negras guías de su bigote erizado por el cosmético.

Yo enrojecí en el acto, pues había creído que aquella misma mañana me habían tomado por un espía, y no me disgustó en modo alguno la

presentación que ponía fin a tan enojosa equivocación.

Antes de ponernos a la mesa, el tío llenó los vasos de un fogoso vino blanco, seco y pálido, que cada cual hubo de llevarse a la boca mientras el profesor de la Universidad de Bonn pronunciaba el siguiente brindis:

—Señora, señores, bebo y bebamos por la patria alemana, que con una confianza repleta de esperanza vuelve los ojos hacia su señor imperial, que hasta ahora no ha dirigido una palabra a su pueblo y al mundo que no respire la fuerza, el valor, la piedad y la justicia, que no ha realizado un acto que no contribuya a la paz y la alegría del mundo bajo el cetro del pensamiento y la fuerza alemanes! ¡Hoch! ¡Hoch! ¡Hurrah!...

Inmediatamente yo dejé mi vaso en la mesa sin haber bebido.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó el tío Ulrich, cuya nariz enrojeció, mientras que a su lado "la Muerte verde" lividecía y la "Bola roja" palidecía.

—¡Yo soy del dulce país de Gutland, en Luxemburgo—dije yo con el corazón sublevado por lo que acababa de oír—, y no beberé por semejantes deseos porque soy neutral!...

Amalia dijo:

—Tiene razón. Es neutral... Si yo no estuviera casada con von Treischke haría lo mismo... ¡Señores, sentémonos!...

La dulce autoridad con que les impuso silencio aplacó a aquellos energúmenos. Ellos no podían olvidar quién era el marido de Amalia,

Por el contrario, se acordaban de ello con humildad y notorio servilismo, haciendo reverencias y saludos a propósito de la menor cosa, a propósito, por ejemplo, del salero o de una botella. Todo esto me hubiera hecho sonreír en en otras circunstancias.

En el fondo, estos grandes vencedores del mundo tienen alegrías de esclavos. No eran tan galantes con Amalia como doblaban el espinazo ante la señora de von Treischke. ¡A una mirada suya me hubieran degollado!

Lo malo fue que esta fregua apenas duró, pues, consumida la sopa, el tío Ulrich volvió a las andadas. Esta vez yo no pude contenerme ya, y como los dos oficiales de marina aplaudieran sus frases arrogantes, me levanté, fui a mirar detrás de la puerta para ver si no se ocultaba algún espía, y volví diciendo:

—¿Es que no saben ustedes lo que pasa aquí?

Mi voluntad por guardar silencio había huido a vuelo tendido, y el agudo placer de hacer estremecerse a aquellos bravucones, a la vez que la honrada necesidad de informar definitivamente a Amalia y ver si sería posible encontrar ayudas de buena voluntad en bien de todos, me indujo a revelar sin más fardanza a la compañía mis descubrimientos.

Al principio se me escuchó con interés, sin dejar de pasarse los platos unos a otros. Cada vez que aparecía un criado, yo interrumpía mi relato. Luego lo reanudaba con prudencia, y con una emoción que me temo pusiera un temor algo ridículo en mi voz,

Tanto es así, que en el momento más patético, cuando llegué a hablar de la *ventana enrejada*, los tres hombres se focaron la frente mirándome. Y casi inmediatamente, aun antes de que hubiera podido hacerles saber (sin más amplios detalles) que allí era donde se ejecutaba a los prisioneros condenados a muerte, Amalia se levantó, declaró que ya no tenía apetito, que sentía un gran dolor de cabeza, y se excusaba por dejarnos antes de terminar de cenar, pero que había calculado mal sus fuerzas.

Yo me levanté a mi vez y quise besarle la mano en prueba de abnegación y para pedirle perdón, pues me daba cuenta de que se hallaba terriblemente enojada por lo que a ella le parecía también una insensatez...

Amalia se me escabulló ante mis narices encogiéndose de hombros.

En cuanto ella se marchó el tío se abalanzó a mí y me reprochó mis desconsideradas palabras. Pero entonces, delante de los tres hombres, ¡yo dije todo! ¡todo!, y les supliqué que acabaran por comprender que ellos y la almiranta von Treischke y sus hijos se hallaban en manos de verdugos que habían jurado vengar en ellos las peores torturas, los crímenes que habían ensangrentado Bélgica y Flandes, y los departamentos franceses y todos los mares del mundo.

Pero los dos oficiales de marina, después de haber encendido tranquilamente un largo cigarro, cogieron cada uno de un brazo al tío Ulrich y se lo llevaron sin volver a mirarme, lan-

zando al tecno, con desenvoltura, bocanadas de humo.

A todo esto, habiendo aparecido Buldeo, le pedí que me condujera a mi cuarto; me ayudó a desnudarme y me acosté.

Como es natural, no pude dormirme.

Estaba furioso contra la estupidez de los "boches" (así los llamaba yo en mi furor infinito), que no podían imaginarse que se osara tocar a sus temibles personajes (esto era muy propio de la mentalidad alemana), y sentía un dolor inmenso al pensar en Amalia, que con tanta dureza me había tratado porque había ido a turbar su quietud.

Sólo logré adormecerme por la mañana y no me desperté hasta después de mediodía, sintiendo un hambre de lobo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIB. LECTIVA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

XIV

Con el cerebro del revés.

Oh! ¿Cómo podría expresar con palabras los sentimientos o, mejor dicho, las sensaciones que se apoderaron de mí en el transcurso de la velada siguiente cuya extraña y abominable obsesión jamás ¡ay! lograré sacudir?

Mientras uno se encuentra frente a un horror lógico, es decir, explicable—por censurable que pueda ser—se puede gritar, lamentarse, sufrir, pero al fin y al cabo el cerebro tiene probabilidades de resistir, de conservar el equilibrio, la sagrada facultad de razonar, es decir, de *pensar*. Pero situado en el centro de lo inexplicable (sea en el dominio del horror o en cualquier otro)... ¡y ya no puede "pensar" porque zozobra!

Entonces se encuentra en la situación de esas gentes que se hallan tranquilamente sentadas en un sillón sobre un piso sólido y que, merced a un juego que se ha exhibido a menudo en las exposiciones y en las grandes ferias, ven que las paredes de la habitación en que se encuentran se ponen de pronto a oscilar *realmente* en torno

zando al tecno, con desenvoltura, bocanadas de humo.

A todo esto, habiendo aparecido Buldeo, le pedí que me condujera a mi cuarto; me ayudó a desnudarme y me acosté.

Como es natural, no pude dormirme.

Estaba furioso contra la estupidez de los "boches" (así los llamaba yo en mi furor infinito), que no podían imaginarse que se osara tocar a sus temibles personajes (esto era muy propio de la mentalidad alemana), y sentía un dolor inmenso al pensar en Amalia, que con tanta dureza me había tratado porque había ido a turbar su quietud.

Sólo logré adormecerme por la mañana y no me desperté hasta después de mediodía, sintiendo un hambre de lobo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIB. LECTIVA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

XIV

Con el cerebro del revés.

Oh! ¿Cómo podría expresar con palabras los sentimientos o, mejor dicho, las sensaciones que se apoderaron de mí en el transcurso de la velada siguiente cuya extraña y abominable obsesión jamás ¡ay! lograré sacudir?

Mientras uno se encuentra frente a un horror lógico, es decir, explicable—por censurable que pueda ser—se puede gritar, lamentarse, sufrir, pero al fin y al cabo el cerebro tiene probabilidades de resistir, de conservar el equilibrio, la sagrada facultad de razonar, es decir, de *pensar*. Pero situado en el centro de lo inexplicable (sea en el dominio del horror o en cualquier otro)... ¡y ya no puede "pensar" porque zozobra!

Entonces se encuentra en la situación de esas gentes que se hallan tranquilamente sentadas en un sillón sobre un piso sólido y que, merced a un juego que se ha exhibido a menudo en las exposiciones y en las grandes ferias, ven que las paredes de la habitación en que se encuentran se ponen de pronto a oscilar *realmente* en torno

suyo. Entonces también ellas pierden *mentalmente* el equilibrio y empiezan a gritar de sorpresa y a gesticular como si verdaderamente necesitaran asirse a algo.

¡Ah! ¡Asirse a algo... Pero ¿a qué hubiera podido asirme yo después de esta memorable velada que tengo que contaros?

La cosa empezó de una manera muy simple. Yo me había vestido para cenar, lo mismo que la víspera.

Buldeo fué el que me introdujo en un gran salón blanco, cuyas paredes estaban exornadas con retratos de los más famosos Hohenzollern. La imagen de Guillermo II ocupaba el puesto de honor.

Una gran mesa dispuesta para la cena ocupaba el fondo del salón. Había además seis mesas pequeñas. Una docena de personajes se hallaban ya sentados detrás de la gran mesa, a la izquierda, recostados contra la pared y alineados como colegiales en el refectorio.

Además un grupo de oficiales alemanes, de pie en el centro del salón, charlaban justamente con von Busch (la Bola roja) y von Freemann (la Muerte verde).

Estos últimos me saludaron muy correctamente y continuaron su conversación sin volver a ocuparse de mí. Buldeo, que había cambiado su blanco traje de mayordomo por el de *maitre d'hôtel*, me indicó el puesto que debería ocupar yo durante la cena.

Se hallaba en una pequeña mesa provista de una decena de cubiertos.

En todas las mesas había flores. El resplandor de las luces eléctricas era agradablemente atenuado por la corola de papel de seda transparente que las envolvía.

Poned en el centro de este cuadro encantador el brillo de los uniformes, el reflejo de los alfileres de corbata y la blancura de las pecheras, pues también hicieron su aparición algunos personajes de etiqueta.

Yo era el único que estaba de *smoking*. Desde las primeras palabras que cogí al vuelo comprendí que aquellos individuos se disponían a conmemorar aquella noche algún solemne aniversario glorioso para la familia imperial y para todo el *Deutschland*.

El salón se llenaba. Las conversaciones eran por lo general de un tono más bien alegre. Sin embargo, yo creí o me imaginé que algunos de aquellos accesos de alegría eran poco naturales y había cierta ficción en algunas sonrisas demasiado prolongadas que descubrían excesivamente los dientes.

Por ejemplo, los alcaldes de las ciudades del Norte de Alemania a los que yo había visto la víspera en la biblioteca y que tan ruidosamente habían pedido que se les sirvieran *delicatessen*, pues bien, estos señores burgomaestres, considerados desde más cerca (tuvieron que comer a mi mesa) parecían tener frentes que no guardaban relación con sus sonrisas...

Pero el tío Ulrich von Hahn hizo su entrada. Apareció con el cabello rizado, reluciente, cubierto de pomada y de cosmético, con las mejillas

llas chispeantes. Yo me dispuse a acercarme a él para pedirle noticias de Amalia; pero comprendí que en aquel momento sería una indiscreción, pues su llegada había sido acogida con frenéticos aplausos.

Todas las manos se tendieron hacia él y se le puso en el puesto de honor ante el retrato del emperador.

Entonces todo el mundo se sentó y la cena dió comienzo. En la mesa grande sólo había oficiales. En las mesas pequeñas se encontraban los paisanos. A mí no se me prestó más atención que si no existiera.

Dos criados hindúes trajeron triunfalmente un *espadón*. Era un animal magnífico que fué depositado, entre el entusiasmo de todos, en el centro de la mesa de honor delante del ilustre profesor Ulrich von Hahn...

Como ocurre siempre en Alemania a propósito de todo y a propósito de nada al hallarse en torno a una mesa en que hay de comer y de beber, esto dió lugar a una manifestación patriótica. Todo el mundo se había levantado... El profesor Ulrich extendió el brazo sobre el enorme animal como si se dispusiera a bendecirlo. Designando la especie de espada ancha, cortante, acerada, dura como el acero y de unos tres metros de larga, que el animal exhibía de plano ante sí, el profesor Ulrich von Hahn declaró con solemnidad:

—Este arma, unida a la magnitud de este magnífico pez, y a su fuerza y agilidad extraordinarias, hace que sea un enemigo temible incluso

para los mayores animales marinos. Su forma ha podido servir de modelo a la galera antigua y Eliano comparaba su arma con el espolón de un trirreme. ¡Este el primero de los submarinos vivientes! Nosotros le llamamos el *Schwert-Fisch* (es decir, el pez espada). Los franceses le llaman el *espadón*, pero también el *Emperador*...

Esto dicho, el amable profesor tosió, sonrió con malicia, se pasó la mano por el cabello, alzó hacia su frente sus lentes de oro y dijo:

—¡Demos las gracias a Nuestro Señor porque en este día de glorioso aniversario haya tenido la delicada atención de hacer llegar hasta nosotros, pobres prisioneros, un pez tan temible... para los demás..., *tan bueno para nosotros...* y al que los franceses han puesto un nombre tan bello!

Podéis imaginaros lo espiritual que se encontró la alocución. Aquellos personajes pafalearon lanzando hurras.

Sin embargo, después de reflexionar, algunos se abstuvieron rotundamente de tocar aquel glorioso manjar y se negaron a comer un animal que el ilustre profesor von Hahn había llamado el *Emperador*.

Sus camaradas, sonriendo ante aquellos escrúpulos, intervinieron para que los otros no dejaran sus platos vacíos ante un manjar tan delicioso; pero los primeros replicaron en voz muy alta que preferían pasar por cándidos antes que por súbditos irrespetuosos de Su Majestad.

Y ya veis hasta dónde llega la estupidez teutona o, mejor dicho, la puerilidad alemana, para

hablar con la corrección que exige mi deber de neutral, puerilidad que se encuentra siempre en el fondo de sus instintos guerreros más feroces: bastó esa frase para que todo el mundo se pri-
vara del *espadón!*

Los criados se llevaron el glorioso pescado.

En el fondo, mis burgomaestres estaban furiosos; pero no se atrevieron a decir nada. ¡Y no fui yo el que reclamé!

Como el tío Ulrich, excitado por un resultado tan inesperado, seguía dando libre curso a su elocuencia, yo deseé con toda la fuerza de mi apetito renaciente que encontrara otros temas de conversación que no fueran la gastronomía, pues como no es nada raro que las carnes y las salsas vayan a buscar sus títulos, denominaciones y etiquetas a las gradas del trono, en el seno de las cortes y, por lo general, en los palacios de los príncipes más grandes, podíamos exponernos, siempre por respeto, a salir de la mesa y morirnos de hambre.

Por fortuna (por fortuna para nosotros, porque, como se verá, fué para desgracia suya), por fortuna, von Hahn se puso a hablar de política, es decir, que en su calidad de profesor de filosofía e historia emprendió una lección fulminante sobre los formidables destinos del mundo germano.

Apenas si podrían imaginarse todas las audaces sandeces que pudo pronunciar sin molestarle siquiera en desalojarse la boca. Tan pronto se mostraba profético como idílico. He de confesar, por lo demás, que manejaba el idilio

con cierta voz profunda y humedecida por el vino blanco, que llevaba al enternecimiento.

Mientras fuertes mandíbulas trabajaban, algunos ojos se volvieron para ocultar su humedad patriótica. Cuando el tío Ulrich evocó a las madres y las hermanas "que en medio de sus lágrimas no dejaban ningún día de llevar, en gracia al valor de ellos, la flor más preciosa a las guirnaldas que ceñían la frente de la Alemania victoriosa", yo miré al burgomaestre armador, que se encontraba enfrente de mí, y le oí verter lágrimas en su plato, conmovido por aquel galimatías.

El hombre se dió cuenta de que yo había sorprendido su emoción y se enjugó los párpados apresuradamente con la mano izquierda.

Entonces fué cuando me di cuenta de que le faltaba la mano derecha y le propuse cortar la carne. El me contestó con mucha amabilidad que gracias al sistema de tenedor-cuchillo que se le había procurado a bordo conseguía cortar sus alimentos casi tan fácilmente como *antes*.

—Hace mucho que está usted privado de su mano?—le pregunté yo.

—No—repuso, pero ya con cierta sequedad—
Apenas un mes.

—¿Ha sido usted herido en la guerra?

—Sí; en la guerra.

Y pude ver que se había puesto furioso.

Yo no insistí en un tema de conversación que tan desagradable le parecía al pobre hombre, cosa que yo comprendía perfectamente.

No obstante, para reaccionar sin duda contra

la emoción que le había oprimido momentos antes con la evocación de las madres y las hermanas de su país, se puso a referir a sus vecinos algunas anécdotas picantes.

Entonces yo me fijé de una manera estúpida en aquella docena de personajes que había encontrado al entrar sentados detrás de la mesa y alineados como en un refectorio contra la pared, y que no se habían levantado cuando todo el mundo se levantó (pues yo había observado esto y nadie les había dicho una palabra). Y tras ellos, mis ojos vieron muletas apoyadas contra la pared. Estos personajes tienen brazos y muñecas. No falta ninguna mano encima de la mesa; pero... pero... *sin duda deben faltar piernas por debajo* (pues si no, ¿de qué servirían las muletas?)

Pero ¿y qué? ¿Qué de extraordinario tiene que haya en algún sitio un grupo de lisiados? Estos individuos han sido hechos prisioneros sin duda y han sido heridos combatiendo... ¡Eso es todo, ¡Eso es todo!

Porque, después de todo, si esas gentes hubieran sido mutiladas en el fondo de cierta sala, detrás de cierta ventana enrejada, ya no tendrían hambre ni sed, ni valor ni entusiasmo para escuchar las orgullosas borricadas del célebre profesor Hahn... O de lo contrario, ¡locura, llévame en tus alas de fuego lejos de este cenáculo monstruoso!

¡Rehenes! ¡Son rehenes como los demás, a los que se cuida escrupulosamente!

¡Reid, pues, rehenes! ¡Bebed, pues, rehenes! ¡Lanzad hurras, rehenes! ¡Un buen día os harán

una hermosa fotografía detrás de la ventana enrejada!

—Señor, querido señor, ¿desea usted algo?

Son mis vecinos, que se inquietan por mis pensamientos. Parece ser que he hablado en voz alta y he dicho cosas incomprensibles.

Quisiera irme, quisiera irme a acostar; pero me quedo.

¡No puedo dejar esta bella y resonante reunión de prisioneros condenados al martirio y al champañal!

¡Al champaña primero! ¡Esta es la hora del champañal! ¡Llena los vasos, caldea las gargantas y los corazones!... Un oficial bebe: "¡Por Nuestra Señora del vino de Champaña!" (Así designa a la catedral de Reims, o lo que de ella queda.)

—¿Desea el señor pastel de crema y dulces?

Es Buldeo, que se ha acercado a mí. Desde el principio de la cena dirige el servicio con una gran autoridad silenciosa. Y ahora se inclina a mi oído:

—Me parece que al señor le convendría volver a su cuarto. ¡Si el señor quiere que le acompañe!

Yo sólo tuve fuerzas para sacudir la cabeza energicamente. ¡Quiero seguir! ¡Quiero seguir! ¡Para continuar escuchando!...

Pero Buldeo insiste:

—¡El señor está más blanco que el mantel! ¡No quisiera que el señor se encontrara mal aquí! ¡Temo que el señor calcule mal sus fuerzas!

Yo le hago señas de que se aleje con un gesto

febril, pero liberador... Justamente en aquel momento entraba en el salón el Hombre de Funchal, el teniente Smith, el que yo llamaba el Irlandés. Conservaba su aire de alejamiento de las cosas de este mundo, a causa de su mirada de muerto.

Ya he dicho que aquellos personajes habían tomado ya grandes vasos llenos de champaña, cosa que sin duda había influido algo en la emoción que había hecho verter lágrimas furtivas al burgomaestre armador que sólo tenía una mano, y creo también que fué el abuso de esta bebida generosa lo que le hizo levantarse de pronto como un loco, con el vaso en su única mano, y proponer un brindis resonante por el "encantador teniente Smith y por su encantadora cabeza de los ojos muertos".

—¡Nos cuida tan bien — exclamó el burgomaestre delirante — que sería imperdonable no beber a su salud!

Yo me esperaba gritos, protestas o aplausos irónicos, o, más simplemente aún, que se hiciera callar a aquel personaje por el honor y la dignidad del profesor Hahn, de la Universidad de Bonn, al que aquel energúmeno había cortado literalmente la palabra. Pero en el acto advertí que sólo se prestó atención a lo que iba a contestar el teniente Smith.

—Señor — repuso al fin la voz lúgubre del teniente Smith —, señor, de paso beba usted ya a la salud del capitán Hyx, que me ha encargado de darles a ustedes las buenas noches en su nombre.

Entonces fué cuando se oyó la voz insoporta-

ble del tío Ulrich, que estaba sufriendo por no haber proclamado una sola estupidez en los cinco minutos escasos que llevaba callado.

Siempre le veré sacando su repleto y pequeño busto, de cortos brazos, por encima de la mesa, en la que se apoyaba como los oradores en las conferencias mundanas, y preguntando con aquel acento suyo que quería hacer encantador:

—¿Y es a mí, al profesor von Hahn, de la universidad de Bonn, a quien el capitán Hyx tiene la amabilidad de dar las buenas noches? No; no puede ser. ¡Pero ya comprendo! ¡No se atrevería!... Hay audacias que no le están permitidas ni al más insensato.

Entretanto, a cada lado del profesor, von Busch y von Freemam (el uno más rojo que nunca y el otro más verde que una rana descompuesta), se esforzaban por hacerle callar honorablemente. ¡Pero vaya usted a hacer callar a un profesor de facultad a la hora de los brindis!

—Teniente Smith — exclamó el ilustre von Hahn —, decid de mi parte a vuestro capitán Hyx que hace bien en guardar las conveniencias con los guerreros de Su Majestad Guillermo II y tratarlos como a los primeros gentileshombres del vasto mundo. Hay quienes se imaginan aún que pertenecemos a los tiempos en que los peluqueros se exponían a morir de hambre en nuestro país. ¡Mire usted en torno suyo! ¡Qué magnífica elegancia! Fuerza y civilización: ¡he ahí lo que representamos nosotros, los bárba-

ros de Germania, los soldados de Arminio que han salvado al mundo! (El pobre hombre estaba algo "lanzado".) Vaya usted a decir a su señor que la espada germánica es infalible como el martillo de Tor. Conviene que sepa esto en este hermoso día. Vaya a decirle que hemos fijado de modo inmutable la oscilante fortuna de la guerra y que innumerables coronas han venido a exornar nuestras banderas. Vaya a decirle que hemos encontrado los viejos senderos de la victoria y que no puede sobrevenirle mayor desgracia que ponerlo en duda, siquiera sea un minuto... Vaya a decirle también que su vino de Champaña es la mejor cualidad bruta.

—¡Venga usted mismo a decirle todo eso!—acabó por responder secamente el lúgubre teniente Smith.

¡Ay! A pesar de las discretas advertencias de von Busch y von Freemann, el profesor no supo resistir a esta invitación y siguió al teniente Smith, desapareciendo con él.

Buldeo cerró tranquilamente la puerta y ordenó que se trajera el café y los licores.

¿Por qué esta nueva angustia en un corazón al que ya no abandona la inquietud? ¿Por qué no pueden apartarse mis ojos de esta puerta, que acaba de cerrarse tan simplemente, tan naturalmente?

Delante de la puerta permanece Buldeo, que cuida de todo. Es un *maitre d'hôtel* perfecto, con su caja de cigarros en la mano. ¿Por qué siento un súbito temor de que no se dirija de pronto hacia mí, con su paso tranquilo y callado, y me

tienda la caja ofreciéndome esos cigarros que los otros fuman tan pronto?

¿Por qué en torno mío, en el salón tan alborotado momentos antes, son tan raras las conversaciones? ¿Por qué desde hace un minuto todas estas gentes no tienen ya nada que decirse? ¿No será quizás porque piensen todos en lo mismo... en eso que pienso yo? ¿Es posible?

Yo los miro... Yo los miro... Las mudas bocas han conservado el grosero pliegue de la sonrisa y el orgullo; pero las frentes son más sombrías que nunca... o tal me parece a mí. Y todas estas gentes se han puesto a leer periódicos, degustando su café y vaciando copifas de licor, trago tras trago.

En fin, yo me imagino que es un silencio singularmente penoso para todo el mundo, y le agradezco a von Buch que le rompa de una vez para siempre a propósito de no sé qué y tratando de no sé qué asunto. E inmediatamente todos se pusieron a hablar a la vez, como si tuvieran prisa por recuperar el tiempo perdido. Algo análogo acontece en las jaulas llenas de pajarillos.

Mas ¡oh estupefacción! ¿Por qué no se echan a reír ahora *si han oído el grito que acabo de oír yo*, el grito agudo, el grotesco clamor que se ha deslizado por una puerta entreabierta allá, al extremo de la estancia, al final de la mesa de honor, un *cómico grito de desesperación* que recuerda la voz del Herr Professor cuando perora estando afónico?

¡En fin! Las gentes que se encuentran al extre-

mo de la mesa de honor han debido de oír ese grito, ese grito que me ha hecho volverme bruscamente, ha estado a punto de hacerme reír de sorpresa y ahora me hace temblar de espanto...

Pero parece ser que yo soy el único que se conmueve...

La puerta ha sido cerrada vivamente por alguien que pasaba, y el ruido de las conversaciones ha alcanzado un diapasón absolutamente inusitado.

Sin embargo, un burgomaestre se levanta junto a mí, me saluda en el mismo momento en que yo le pregunto si no ha oído nada, se dirige hacia la famosa puerta sin contestarme, la abre y desaparece.

Al abrirse esta vez la puerta no ha dejado llegar hasta nosotros ningún grito.

Pero otro comensal se levanta, y solemnemente, tieso como una I, andando rigidamente como el ebrio que tiene un miedo atroz a dar un mal paso del que no ha de levantarse, llega a la puerta, la empuja y se precipita en la galería mientras que la puerta se cierra por sí misma pero después de habernos lanzado de nuevo el singular clamor.

¡A la verdad, a la verdad, ésta es sin duda la voz ridícula y desesperada del profesor von Hahn! Mi boca balbuce palabras incoherentes... Mi brazo designa la puerta... Mis pasos me conducen irresistiblemente hacia ella...

¡Y, sin embargo, nadie me presta atención!... ¡Nadie me interroga!... Nadie responde a estas palabras que salen de mi garganta como un es-

terror: "¿Han oído ustedes? ¿Han oído ustedes?"

¡Ellos se ríen!... ¡Ahora se ríen con más fuerza! *¡Behen champaña con más frenesí!* Algunos hay que empujan la puerta sin decir nada y desaparecen en la "galería que grita", como si no se dieran cuenta de nada..., como si no oyeran nada...

Desaparecen por ella con un paso espectral y marchan tiesos como íes, con la frente alta...

Y cada vez que han abierto la puerta, el clamor inquietante ha penetrado en el salón, cayendo sobre todas las frentes sombrías; y, sin embargo, todas las bocas han seguido charlando, riendo, bebiendo...

Ahora estoy cerca de la puerta, sin fuerzas para hacer un gesto... y, sobre todo, sin comprender... sin comprender...

Espero a que uno de estos personajes, como ha ocurrido ya seis veces, se levante y abra la puerta por sí mismo y penetre en la galería. Entonces veré lo que *puedo* hacer...

Ante todo quisiera comprender. Tengo la sensación de que si no comprendo en seguida, voy a hundirme en el caos. Porque después de todo, ellos han oído... *¡Y si han oído tienen que saber!*... ¿Por qué entonces hacen como si no supieran?... *Y, sobre todo, ¿por qué hay algunos que se levantan para ir hacia donde se oye el grito mientras que los otros siguen obrando como si no hubieran oído?*

¡Escuchad!... ¡Escuchad!... Quisiera saber si se sigue gritando detrás de la puerta... Debe tratarse de una puerta muy bien forrada, construida

expresamente para no dejar pasar el sonido del dolor *sino cuando se desee escucharlo...*

¿Por qué la abren entonces si saben que tras ella resuena el sonido del dolor, y en cuanto este sonido llega, se ponen a cantar para ahogarlo?...

A decir verdad, me repugnan tanto estos personajes que prefiero no verlos más, y recurriendo a la poca energía y coraje que me quedan, abro bruscamente la puerta y me precipito a mi vez en la "galería que grita"... o, mejor dicho, que gritaba, porque ahora está silenciosa, silenciosa... iluminada apenas por un resplandor muy tenue, muy lejano.

Así avanzo hasta el tenue resplandor y me encuentro en un reducido espacio en donde reconozco a los seis personajes que han empujado la puerta momentos antes que yo.

Están sentados absolutamente inmóviles... con las manos en las rodillas, como los dioses egipcios en el fondo de los hipogeos de la antigua Tebaida.

Ciertamente no se mueven más que si fueran de piedra, y un gran criado hindú, al que yo no había visto a lo primero, me acerca una silla rogándome que me siente.

Yo me siento como los otros. ¿En dónde estamos? No se ven más que nuestras sombras de piedra sentadas, iluminadas por esta dulce luz rosada que cae del techo.

Mas de pronto, algo deslumbrante aparece ante nosotros, algo que yo reconozco en el acto, detrás de una reja...

Es una sala con cuatro pilares cuadrados, una sala que yo conozco, toda blanca, como una clínica; pero una sala cuya vista no causa esta noche absoluto espanto..

Ante todo, ¿por qué no he de confesar que sólo el recuerdo de mi primer desvanecimiento ante cierta reja, que no es ésta misma, puesto que se llegaba libremente a ella del lado de los corredores, en tanto que ésta me parece el callejón sin salida de nuestra prisión..., por qué no he de confesar que sólo ese recuerdo me ha hecho moverme en mi silla como alguien que se dispone a emprender la fuga?

¡Ah! ¡La primera vez los pilares estaban menos blancos!

¡Ay! ¡Quisiera partir y no me muevo! Y lo mismo me ha pasado desde el comienzo de esta incomprendible velada... ¡Ay! ¡Quisiera comprender y saber por qué hace un momento la galería ha gritado por la garganta del profesor von Hahn, pues al fin y al cabo juraría haber reconocido a través del clamor de dolor la voz gutural del fio Ulrich!

Había cerrado los ojos y vuelvo a abrirlos.

¡Todo está blanco!... ¡Blanco! ¡Blanco!... ¡Es preciso que mire! ¡Es preciso que mire!... ¿Por qué no he de mirar?... ¡Los otros miran!... Es una linda salita de clínica "antes de la operación"... o después porque descubro al Chino inclinado sobre las losas... y tiene en la mano una esponja rosada...

En primer término, tras la reja que me separa de la clínica, se halla colocada una larga mesa

ovalada, cubierta de un fapefe deslumbrante en la que el Chino, que acaba de levantarse, se pone a clasificar ciertos instrumentos de trabajo relucientes.

Hoy el Chino está embellecido. Ya no tiene aquella indumentaria sórdida que le hacía parecerse a los mendigos de los barrios peligrosos de Cantón. Se ha ataviado para la ceremonia. Tiene buen aspecto, con su cabeza afeitada, su larga coleta que le cae hasta la mitad de la pierna por encima de su especie de casulla, con su guerrera y su ceñido pantalón celeste y sus babuchas en forma de galera...

Tiene gestos meticulosos para clasificar sus instrumentos, los cuales me son igualmente conocidos. Sin embargo, no ha sido en mis correrías a través del antiguo Oriente donde los he visto por primera vez y he aprendido a conocer su espantosa "utilidad".

Fué al venir de comprar una corbata en un gran almacén de la orilla izquierda de París, en que, al encontrarme por pura casualidad ante el edificio de las Misiones, penetré en un jardín lleno de sombra y de frescura, sintiéndome feliz al descubrir un rincón tan tranquilo, después del embrufecedor tumulto de los grandes almacenes. Desde el jardín, que era público, penetré en una especie de locutorio que estaba enrejado también, y alrededor del cual se había dispuesto en vitrinas muy científicamente una exposición permanente de los instrumentos de suplicio más interesantes, ilustrados por el martirio de los más célebres misioneros.

Apenas me había inclinado sobre aquellos objetos fúnebres y sagrados, cuando un joven sacerdote que se preparaba, según me dijo él mismo con un encantador entusiasmo lleno de dulzura, a ir a convertir los países en que se fabricaba toda aquella "cerrajería de arte", se puso a mi disposición para instruir mi aturdida ignorancia.

Y así es como pude reconocer entre las manos del Chino los instrumentos que había manejado ante mí, con su amable sonrisa mística, el joven sacerdote misionero que me encontré una mañana en que venía de comprarme una corbata (1).

He ahí las cinco varillas de bronce, de veinte centímetros de largas, que han de intercalarse entre los dedos de cada mano y de cada pie y que luego se atan sólidamente de cada lado, de modo que compriman fatalmente las falanges. Se pone al mártir de rodillas, se le ata a un pilar, y luego se tira de las varillas por medio de cuerdas con sacudidas bruscas, y a cada tirón las falanges crujen, dolorosamente distendidas, hasta que quedan arrancadas.

¡Ah! ¡Ah! ¡He ahí las pequeñas pinzas para arrancar las uñas y los ojos!... ¡Las reconozco!... ¡Las reconozco!

Estas están muy limpias, fregadas, en condiciones, y las otras, las que me enseñaba el mi-

(1) Este Museo de los Suplicios es real. Allí es donde el firmante de estas líneas ha podido reconocer la exactitud de las impresiones y del relato de Herbert de Renich.

sionero, estaban mohosas aún por la sangre del martirio, pero son la misma clase de pinzas especiales, con su ingeniosa forsión y que parecen cogerle y pellizcarlo a uno desde lejos.

¡Y quizás se crea que voy a seguir mucho tiempo contemplando esto!...

Pero ¿por qué siguen estas gentes sentadas tranquilamente a mi alrededor?... ¿Por qué?

¡No esperes a comprender!... ¡Huyel!...

¡Ah! ¡He ahí las pequeñas aceiteras (como las de nuestros mecánicos) para verter aceite hirviendo (según me dijo el misionero) en las llagas de la carne ensangrentada!...

¡Ah! ¡He aquí también sólidas planchas provistas de puntas de hierro y hojas de cuchillos tan brillantes, tan relucientes! Pero no sé para qué podrá servir. ¡El misionero no me lo ha dicho! ¡Ni quiero saberlo! ¡No quiero saber más nada!... ¡Quiero huir!...

—¡Vámonos! ¡Vámonos! — exclamé en voz alta.

—¡A fe mía! ¡Vámonos! — dijo uno de los oficiales que estaban allí —. Vámonos con este caballero, puesto que ya no hay nada que ver.

—¿Y qué es lo que han visto ustedes? ¿Qué es lo que han visto ustedes?

—¡Oh! ¡Ha sido muy rápido, a decir verdad!... ¡El Chino le ha cortado la lengua al Herr Professor!...

¡Yo huyo! ¡Yo huyo!...

¡Horror y monstruosidad! ¡Maldito sea el capitán Hyx! (Lo escribo como lo pienso.) ¡Imagínalos que el tío Ulrich ya no tiene lengua!... Qui-

zás otros encuentren esto risible; pero yo os digo que esta acción es abominable!...

¡Acaso se le devuelva algún día si es sensato! ¡Pero a decir verdad, será ya un regalo inútil, un recuerdo muerto para encerrarlo en un relicario, porque ya no se moverá nunca en su boca, la lengua aquella con que el profesor Ulrich von Hahn, de la universidad de Bonn, pronunciaba tan bellos discursos sobre el martillo de Tor y sobre la espada invencible del descendiente de Arminio!...

en cuando un billete y dando su opinión sobre las jugadas.

Como era natural, se produjo una discusión sensacional sobre una jugada que hizo saltar la banca de von Busch, el cual fué reemplazado por su inseparable amigo von Freemann.

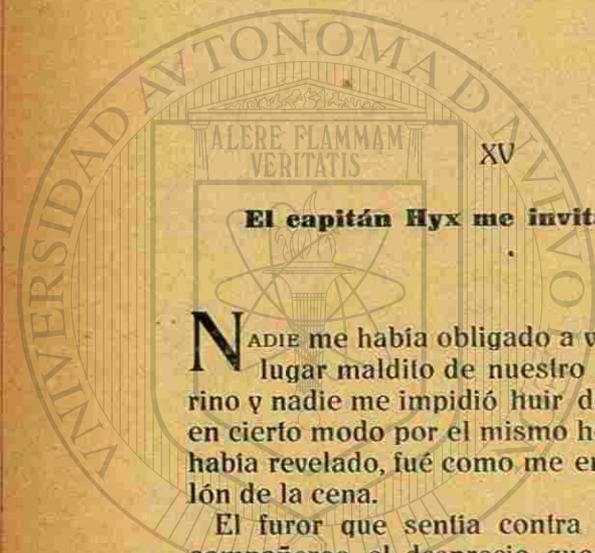
Yo tenía los ojos fuera de las órbitas. Creo que hice oír un sordo rugido (en la incapacidad en que me encontraba para expresarme de otro modo). Lo cierto es que Buldeo se acercó a mí y cogiéndome bajo el brazo me hizo salir de la estancia con autoridad.

—Venga el señor conmigo... ¡Venga!... ¡Ahí tiene usted lo que yo me temía!...

—¡Condúzcame en seguida junto a la señora del almirante von Treischke!—exclamé.

—No es ésta hora en que reciba la señora almiranta—me replicó Buldeo, que parecía muy enojado, y, por otra parte, el señor no está en condiciones de ir a visitarla. Es preciso que el señor reflexione. Es preciso que vea al doctor... El doctor le dará buenos consejos al señor... El señor no debería ocuparse más que de lo que le concierne... ¿Por qué ha ido el señor al espectáculo?...

En este momento pasaba yo ante una puerta entreabierta, tras la que reconocí el salón en que me había recibido Amalia, y me precipité en su interior, llamándola por su nombre de pila como en otro tiempo. En los momentos de dolor se olvida la etiqueta. Pero ninguna voz me contestó. Abri sucesivamente todas las puertas del departamento: ¡el departamento estaba vacío! Entonces le miré a Buldeo.



El capitán Hyx me invita a comer.

NADIE me había obligado a venir hasta aquel lugar maldito de nuestro infierno submarino y nadie me impidió huir de él, y empujado en cierto modo por el mismo horror que se me había revelado, fué como me encontré en el salón de la cena.

El furor que sentía contra mis impasibles compañeros, el desprecio que me inspiraban, así como la rabia desesperada que me causaba el no poder comprender, no hicieron más que aumentarse cuando después de atravesar el desierto comedor penetré en el salón de fumar, en el que se hallaban una veintena de aquellos individuos entregándose a las dulzuras del *baccarat*.

Von Busch tenía la banca: la partida parecía de las más animadas; sobre la mesa había billetes y botellas de champaña.

Allí se encontraban los jóvenes de muletas, en pie detrás de los jugadores, arrojando de vez

—Sí—me dijo con fristeza aquel dulce hombre.— Sí. En vano buscará usted aquí a la señora del almirante von Treischke y a su familia: *¡el teniente Smith ha venido a buscarla de parte del capitán Hyx!...*

¡Yo ya no pude oír más! ¡Ahora sabía lo que se hacía con los desgraciados a quienes el teniente Smith venía a buscar de parte del capitán Hyx!...

Giré sobre mí mismo y Buldeo me recibió en sus brazos. Debo decir sin demora, por lo demás, que Buldeo me prodigó las mejores palabras susceptibles de devolverme el gusto por la vida; por ejemplo, me confió que *por lo que él sabía del programa del día aún* no debía haberle ocurrido ninguna desgracia a la señora del almirante... y que podía estar tranquilo por lo menos hasta el día siguiente por la noche...

A la vez que me comunicaba estas confortables noticias me llevó a mi cuarto, en donde encontré, colocada en sitio visible sobre el velador, una carta dirigida a mí: "Señor Carolus Herbert, del país neutral de Gulland (Luxemburgo), a bordo del *Vengador*." ¡A bordo del *Vengador*! Así, pues, he aquí lo que significaba esa V que encontraba yo por todas partes... Después de todo lo que había sabido, la palabra me hubiera asombrado menos de no hallarse escrita en francés. Rompí el sobre temblando: era una invitación para comer a la mañana siguiente que me enviaba el capitán Hyx.

.....
El primer rostro que descubrí cuando a me-

diodía del día siguiente los criados me abrieron las puertas del famoso comedor del *Vengador*, fué el rostro alegre y radiante de mi Amalia. Las melancólicas sombras que tantas veces la habían asaltado desde su matrimonio, parecían haberse disipado para siempre. Semejante transformación no me pareció natural y en el acto me imaginé que la señora almiranta afectaba sentimientos ficticios destinados a mejorar una situación que, creyera lo que creyese, seguía siendo a sus propios ojos por lo menos amenazadora.

Si hubiera conocido la terrible desgracia sobrevinida al tío Ulrich, ¿en qué abismo de desesperación no habría caído?

¡Dios mío! ¡Y se reía!

¿Y con quién se reía? ¡Con Dolores!...

Sí; inmediatamente reconocí la deliciosa cabeza de Nuestra Señora de Guadalupe, que se inclinaba hacia Amalia y le devolvía sonrisa por sonrisa.

Ciertamente, daba gloria verlas a las dos al extremo de aquel diván en que se hacían carantoñas, y tanto encanto y juventud cambiados entre uno y otro semblante con tan radiante cortesía, eran a propósito para reanimar un corazón como el mío, tan horriblemente inquieto.

¡Ay! ¡Aun entonces no pude por menos de estremecerme!

¡Trampas! ¡Trampas! ¡Eternas trampas de este navío infernal!...

¿No había yo visto aquella boquita escarlata de la lánguida y amable Nuestra Señora de

Guadalupe crispase en torno a ciertas palabras amenazadoras para la señora almiranta?

Al descubrirme, Amalia se ha levantado y amablemente se acerca a mí con la mano tendida.

—Venga a que le presente—dice.

—Conozco a la señorita—dije yo con tono algo seco, después de haberme inclinado muy correctamente, sin embargo, ante Dolores—. A ella ha sido a quien me dirigí en mi desgracia y ella fué la que me entregó a la brutalidad de los marineros.

—¿Cómo! ¿De veras?—suspiró Dolores con un aire cándido que hubiera desarmado a otro que no fuera yo—. *Es una cosa inaudita* (1). Y ¿por qué le han tratado brutalmente, señor?

—¡Para encarcelarme!—repuse yo con el aire más frío y más solemne.

—¿Para encarcelarle?—exclamó Dolores echándose a reír—. Pero ¿es que no estamos todos encarcelados?...

—Mi amigo Herbert de Renich—dijo Amalia con su sonrisa más animadora (sin duda quería que Dolores y yo hiciéramos las paces)—, mi amigo es un mortal muy susceptible. Lo que por lo demás es muy comprensible, puesto que es neutral. ¡No quiere saber nada de guerra, ni de prisioneros, ni de rehenes! ¡No por eso ha dejado de comprometer su neutralidad para venir en mi auxilio! Por mí se ha colocado en la eno-

(1) En castellano en el texto.

josa situación de que le trataran brutalmente y le encarcelaran. Y eso no lo olvidaré yo nunca. Pero, a decir verdad, querido Carolus, "puesto que cárcel tenemos, ireconozca que las hay menos magnificas!"

Y al decir esto me indicaba con un gesto exultante todos los esplendores de aquel salón, en el centro del cual se hallaba colocado un suntuoso servicio.

Pero con voz sorda y el ceño tan fruncido que ella cambió en el acto de expresión, yo le repliqué:

—¡Amalia! ¡Mejor quisiera verla en un calabozo de la cárcel común de Luxemburgo!

—¡No vaya usted a empezar otra vez a ponerme mala con sus historias!—exclamó entonces ella con una cólera sincera que me destrozó el corazón—. ¡Si ha venido usted aquí para quitarme el valor, hubiera sido mejor que me hubiese abandonado a mi misteriosa suerte!

—La señora almiranta tiene razón—asintió Dolores, haciéndome señas para darme a entender que hacía mal en alarmar así a una pobre mujer—. Ciertamente es que está prisionera de guerra y fuera de las leyes de la guerra. Pero yo conozco al capitán Hyx: es un hombre demasiado galante para no tratar a un rehén como la señora del almirante von Treischke con todos los honores debidos...

—¿Y al profesor Ulrich von Hahn?—exclamé yo. (A pesar de mi resolución de no decir aún nada de lo que sabía, no podía contenerme. Esta Dolores acababa por exasperarme con su

galante capitán Hyx y con su aparente dulzura para una mujer cuyo cautiverio había acogido con una alegría feroz.)—¿Es que al profesor von Hahn se le trata también con todos los honores debidos a su rango?..

—¿Por qué no?—replicó Dolores con aquella cándida expresión que acababa por impresionarme seriamente.

Pero no tuve tiempo de entrar en ninguna explicación, porque mientras tanto un criado anunció al capitán Hyx, el cual hizo su entrada.

XVI

El capitán Hyx.

EL capitán Hyx tenía sobre los ojos un antifaz de terciopelo negro. Era un hombre de estatura ligeramente superior a la media, de andar firme y elegante a la vez, a pesar de que tenía una ligera tendencia a la gordura.

El óvalo de su rostro era distinguido: la boca, fina; la barbilla debía haber sido en la plenitud de su madurez de un perfil bastante "autoritario"; pero ahora sus líneas estaban algo borradas.

Bajo el antifaz adivinábase un perfil recto, firme, estético. Las miradas que atravesaban los agujeros del antifaz no tenían nada de fulgurantes. Eran más bien amables, o por lo menos tal me parecieron a mí en aquel momento.

Podía decirse del capitán Hyx que era *todavía* un hombre muy guapo. La doble voluta de su espeso cabello, armoniosamente dividido por una raya central, apenas empezaba a tornarse gris.

No tenía nada de lo que yo esperaba encontrar en el director de una obra tan formidable como la que había encerrado en los flancos del *Vengador*.

—Sí; yo me esperaba necesariamente algo de fatal, de teatral incluso. Mas este hombre, de no haber tenido su máscara, me hubiera parecido, sin duda, el más sencillo de los anfitriones.

Además, lo primero en que pensó después de habernos dado la bienvenida, fué en excusarse por la necesidad en que se veía de llevar siempre sobre los ojos aquel negro antifaz que le daba, según decía él, un aire muy ridículo.

—Parece siempre que estoy disfrazado y que represento una comedia en Venecia. Pero ¿qué quieren ustedes?... No he encontrado otro modo de disimular suficientemente mi rostro de tal suerte que no se me reconozca... No es éste el menor suplicio que se me ha infligido entre otros muchos—añadió con un tono de plácida melancolía —; *pero yo no tengo derecho a ser reconocido por nadie!*

Me dió a mí las gracias por haber aceptado su invitación, y se excusó por la necesidad en que se había visto de alojarme con los prisioneros ordinarios; pero me confesó que por el momento quedaba muy poco sitio a bordo del *Vengador*. Al mismo tiempo me hizo saber que la señorita Dolores, que era la misma bondad personificada, no había vacilado en sacrificar la mitad de su departamento para que la señora del almirante von Treischke pudiera alojarse allí

con sus hijos, lejos de la sociedad de los oficiales alemanes, "sociedad a menudo molesta", añadió dulcemente el capitán Hyx, y a veces "ruidosa".

—¿Pero el tío Ulrich podrá venir a vernos?—preguntó entonces Amalia.

—No veo ningún inconveniente en ello, señora—se le contestó.

Yo miré al capitán Hyx; no advertí en él ningún estremecimiento, ni el menor rubor bajo su antifaz, y sobre todo no dió muestras del menor embarazo.

Al mismo tiempo ofreció su brazo a Amalia para pasar a la mesa; yo ofrecí el mío a Dolores y nos pusimos a comer haciéndonos mil cortesías.

Para demostrarme a mí mismo que todavía era capaz de pronunciar algunas palabras seguidas sin demasiada incoherencia, aventuré un cumplido sobre el lujo del salón en que nos encontrábamos y sobre la distribución de nuestro navío submarino. A lo que Dolores, que parecía muy informada, repuso inmediatamente que el *Vengador* había costado doscientos millones.

—¿Doscientos millones?

—¡Doscientos millones!...

—Es usted muy rico, señor—dije yo simplemente.

—¡Oh!—repuso el capitán clavando la vista en su plato—. Tengo algunas rentas.

Advertí que había enrojecido levemente.

¡Doscientos millones! El doble de lo que cues-

la hoy un *superdreadnought*... (1). Si este hombre que se hallaba frente a mí era lo bastante rico para permitirse semejante aparato, y si deseaba guardar para sí el secreto de su femible y lujosa fantasía, hacía bien en no mostrarse sin su careta, porque aún son muy raros en el globo los capitalistas de tamaña envergadura.

—¿Y sabe usted una de las razones por que ha costado tan caro?—preguntó aún Amalia, que decididamente ardía de entusiasmo por aquel *Vengador*.

—A fe que no lo sé—repuse yo—, pero espero, querida Amalia, que tendrá usted la bondad de decírmelo...

—Pues bien. Es que ha sido construido en seis meses, en las circunstancias más difíciles y en el mayor secreto... De hecho—añadió volviéndose hacia el capitán Hyx— una cosa es cierta, y es que nosotros no hemos sabido nada... ni siquiera mi marido, que, sin embargo, me decía: "Estamos al corriente de todo lo que se fabrica para los aliados en todas las partes del mundo; les es imposible guardar el secreto del invento más pequeño, y nosotros sabemos aprovecharnos de él, aun antes de que ellos hayan pensado en realizarlo..." ¡Y mi marido estaba bien colocado para saberlo todo! ¡No necesito decírselo a ustedes!

—¿Ha descendido usted alguna vez con su marido en un submarino, señora?

(1) Acorazado.

—Ya lo creo, capitán. Así, que comprenda usted la impaciencia que tengo por visitar éste, que es tan distinto de los otros.

—Verdad es que el *Vengador* es el doble más grande que el mayor de los submarinos de ustedes, y que se mueve casi enteramente por la electricidad.

—¿Tienen ustedes que volver a la superficie para coger aire?

—Tenemos aire comprimido en cantidad considerable, y podemos fabricar aire si queremos.

—¡Oh, capitán!—exclamó Amalia—. ¡Usted no sabe lo feliz que es!... En los nuestros, cuando el aire se caldea, se vicia y se mezcla al olor del aceite de la máquina. La atmósfera se vuelve terrible. Los recién embarcados experimentan a menudo un invencible deseo de dormir, y tienen que apelar a toda su voluntad para seguir despiertos. La historia de que en los submarinos no existe el mareo, es una patraña. Cuando hace mal tiempo, o nos encontramos cerca del enemigo *permanecemos* mucho tiempo sumergidos, de suerte que el aire es extraordinariamente malo. Todos los hombres, salvo los que están de servicio, reciben la orden de acostarse y permanecer absolutamente tranquilos, sin hacer nada más que las maniobras indispensables, pues todos los movimientos tienen por consecuencia que los pulmones absorban oxígeno, y el oxígeno debe economizarse! Es como el hombre sediento que en el desierto se esfuerza por no absorber su última gota de agua hasta el último momento posible. No puede encenderse

fuego, porque el fuego consume el oxígeno, y la potencia eléctrica de los acumuladores es demasiado preciosa para malgastarla en la cocina. Por lo tanto, teníamos que comer fiambres durante *nuestros* cruceros. Ya le he dicho a usted que a bordo de nuestros navíos no había comedor; incluso hay algunos que carecen de cocina. ¡Ah! ¡La vida no es en ellos muy divertida, querido capitán!...

¡Le llamaba "querido capitán"! ¡Y encontraba la vida divertida a bordo del *Vengador*! En cuanto a mí, no me estaba quieto en la silla, y miraba con consternación a Amalia, que sin dejar de charlar hacía los honores a una admirable frucha, cuya presencia en aquella mesa no me parecía el menor de los misterios que nos rodeaban...

—¡Oh, señora! —profesó amablemente el capitán—. ¿Hace mucho que no le ha conducido su marido a bordo de un submarino?

—Pero, capitán, mi última visita a Wilhemshaven data de dos meses antes de la guerra...

—¡Sí!... Pues bien, señora, *después de la guerra le pedirá usted a su marido* que le deje visitar los últimos navíos salidos de sus arsenales. Ya no los reconocerá usted... Y estoy seguro de que sus ingenieros habrán encontrado sitio para instalar una cocina y un comedor en los *semi-monstruos* que están en vías de construir. A decir verdad, no creo que se lleve en ellos una vida mucho más agradable, a causa del horrible olor de la máquina y del inmenso espacio ocupado por las provisiones y los combusti-

bles; pero, de todos modos, se podrá hacer asar una chuleta.

¿Había oído yo bien? *Después de la guerra le pedirá usted a su marido...* Estas silabas, que no le habían causado ningún efecto a Amalia, a mí me aturdían. ¿Debería dejarme arrastrar por la prodigiosa esperanza que difundían en mí? ¿Sería verdad que Amalia no estaba, amenazada? ¿O se burlaría cruelmente de nosotros el capitán Hyx, adormeciendo nuestra confianza, jugando con nuestra buena fe? ¡Formidables incógnitas!... ¡Peligrosa esperanza!... Se comprenderá fácilmente que después del espectáculo absolutamente excepcional al que yo había asistido, y que había terminado con la ablación de la lengua del tío Ulrich, yo no podía acceder a ser tranquilizado por nada.

He intentado hacer comprender los sentimientos que yo experimentaba sucesivamente frente a aquella singular silueta enmascarada, que *por el momento* no me resultaba demasiado antipática (ni lo bastante antipática, es cierto) a pesar de sus crímenes.

Os juro que en el minuto en que ofreció por ejemplo una inflamada rosa a Amalia, la cual había aspirado su aroma sonriendo, guardándosela luego en su corpiño, difícilmente podría yo admirar que tan agraciada atención (la del capitán enmascarado) disimulaba el propósito más horrible.

¡Porque después de todo, nada le obliga a este hombre a ofrecer rosas, nada le obliga a invitar a nadie a su mesa!

¿Qué es lo que será este hombre?

Tiene el aspecto de un burgués muy *chic*, que intriga a una dama y algunos amigos en una cena después del baile de la Opera. Dentro de un momento va a quitarse la careta y nosotros nos echaremos a reír... *a no ser que nos haga conducir a su blanca clínica entre el Chino, el fotógrafo y el padre Latuile, del que yo no conozco todavía más que los rojos pies...*

¡Señor! ¿Cómo acabará todo esto?

¿A qué país, a qué raza pertenecerá? Al principio he podido tomarle por un americano del Este; luego, reflexionándolo bien, por un inglés de los condados del Norte; después, por un español, pues ha hablado en español con una pureza y una facilidad que puede envidiarle Dolores. Aún no ha tenido ocasión de hablar en francés. Pero dentro de un momento le hablaré yo en francés y ya veremos cómo me contesta.

Amalia, sin sospechar lo que pasaba en mi interior, seguía sin interesarse por otra cosa que por los misterios científicos del *Vengador*, como si no hubiera otros más temibles que penetrar...

—Pero entonces—dijo—, ¿cómo se las arreglan ustedes para marchar casi en absoluto por la electricidad?... ¿Soy indiscreta?

—Sí; pero a las mujeres bonitas les está permitido todo—repuso el capitán—. Sólo que no la contestaré nada más que a medias... *Sepa usted tan sólo que a medida que nuestra electricidad nos suministra velocidad, nuestra velocidad nos suministra electricidad...*

—Pero en ese caso, ¿es que han encontrado ustedes el movimiento continuo?—exclamó Amalia, a la que rara vez había yo visto en un estado de excitación semejante.

El capitán HÛx movió la cabeza y contestó atrayendo la atención de las damas hacia un magnífico trozo de ternera asada, preparado como en una posada aldeana “por mi cocinera francesa”—dijo.

Yo me imaginé que debía tratarse de un sistema que utilizara el frotamiento de los flancos del navío con el agua; pero he de confesar que pensamientos demasiado angustiosos y que no tenían nada que ver con la solución de un problema puramente científico me impidieron profundizar en este misterio de mecánica.

Por lo demás, por lo que a esto respecta, estaba decidido a no asombrarme ya de nada, y aquellos de mis contemporáneos que han presenciado los rápidos milagros de la navegación submarina y aérea, milagros que contradicen cotidianamente las verdades científicas de la víspera, o por lo menos de hace diez años, se encontrarán a buen seguro en el mismo estado de espíritu que yo.

De súbito se produce un incidente. Amalia ha preguntado:

—¿Cómo se le ha ocurrido de pronto la idea de tener en seis meses un navío como el *Vengador*?

El capitán se ha estremecido visiblemente. Muy pálido bajo su antifaz, se ha inclinado hacia Amalia.

—En efecto, *de pronto...*—repitió—, de pronto fué como se me ocurrió esta idea del *Vengador*.

Y luego, dominando una emoción soberana, se recobró y empezó rápidamente a dar explicaciones... explicaciones técnicas, que explican un poco el submarino, pero que no le explican a él, al capitán Hyx.

—Figúrese usted que cuando se me ocurrió *de pronto* esa idea, busqué en Inglaterra, en Francia, en América, en el mundo entero "que todavía no es alemán" un constructor, el genial constructor de "mi idea del *Vengador*". En aquella época se hablaba mucho de Simón Lecke, el gran constructor de los navíos americanos de Bridgeport, el ingeniero e inventor al que sus amigos llaman hoy el nuevo Edison. Simón Lecke se hallaba entonces en posesión de un paquete de trozos de papel que representaban un valor de quince millones y llevaban las firmas del almirante Barandon (entonces jefe de Krupp Germania Werit), de Otto Extus (subdirector de la misma sociedad) y del vicealmirante von Treischke, su marido de usted, señora. Estos quince millones (en papel) representaban el precio de un invento que no se le ha pagado nunca. Respecto a esto, he aquí las declaraciones de Simón Lecke: "Recientemente he podido ver algunos submarinos alemanes, entre otros el V.-G., y fácilmente he podido darme cuenta de que exteriormente todos llevan los detalles del invento que yo estuve a punto de ceder al Kaiser. Mi superestructura flotante ha sido instalada en todos los submarinos prusianos y creo

poder afirmar que están provistos igualmente de ruedas creadas por mí que permiten al navío rodar por el fondo del mar y evitar de este modo las minas. Tienen asimismo mi omniscopio, mi departamento de buzos y mi hidroplano. Hace unos diez años había yo remitido a la casa Krupp, además de mis patentes, mis fotografías y mis planos cuidadosamente numerados, así como la lista de las patentes extranjeras. Los directores me dieron su palabra de honor de no divulgar nada. Más tarde, cuando yo protesté contra la no ejecución de los compromisos contraídos por el Kaiser, el jefe del negociado de patentes me contestó simplemente: "Le está a usted prohibido sacar patente en Alemania de nada concerniente a la guerra." Y así fué como se dejó incumplida la palabra dada y se rompió el papel que llevaba la firma de los representantes del Kaiser y del honor alemán..." Esos quince millones—continuó el capitán Hyx—fui a ofrecérselos yo mismo a Simón Lecke para que accediera a consagrar su genio a la realización de la idea que acababa de ocurrírseme *de pronto* respecto al submarino el *Vengador*. No puedo entrar en el detalle de las conversaciones que tuvimos a este respecto; pero cuando yo le dije, a condición de que guardara el secreto más absoluto, *de lo que se trataba en realidad*, aquel hombre honrado me dijo: "¡Se han hecho cosas mucho mejores después! En todo caso se está a punto de hacer cosas mucho mejores. ¡Vaya usted a ver a Edison!" Yo fui, pues, a ver a Edison, que empezó por declararme que traba-

jaba, en efecto, por resolver ciertos problemas submarinos, cuya solución, a su juicio, pronto había de hacer imposible toda guerra marítima. En consecuencia, añadió que si iba a buscarle con el propósito de hacer la guerra, podía irme con mis millones. Pero *si Edison es un gran pacifista, yo soy un gran filántropo*, y acabé por entenderme con uno de los principales ingenieros de su casa... Perdón, señoras: ¿quieren ustedes encender un cigarrillo?

Las damas aceptaron con presteza. En cuanto a mí, sentí que me ahogaba la frase: *¡el capitán Hyx un filántropo!*

XVII

Visión sobre el abismo.

AQUELLO fué más fuerte que todo: no pude contener la palabra que, repetida por mi boca, estalló: ¡Un filántropo!...

Todos se quedaron mirándome. Yo sentía pesar sobre mí la irritación creciente de nuestro huésped. Esperé una réplica fulminante; pero no hubo tal cosa. El capitán Hyx, poniendo fin a la conversación, dió una breve orden a consecuencia de la cual el famoso tapiz de la Victoria de Ruyter se alzó como un telón, tras lo cual un maravilloso espectáculo desfiló ante nuestros extasiados ojos.

Acababa de hacerse maniobrar las planchas del casco del *Vengador*, y ya no estábamos separados de las profundidades submarinas nada más que por un inmenso cristal ovalado, contenido en potentes armaduras de cobre.

La electricidad había atenuado su resplandor en el salón, y el océano se nos apareció bajo la intensa irradiación de una luz prodigiosa.

jaba, en efecto, por resolver ciertos problemas submarinos, cuya solución, a su juicio, pronto había de hacer imposible toda guerra marítima. En consecuencia, añadió que si iba a buscarle con el propósito de hacer la guerra, podía irme con mis millones. Pero *si Edison es un gran pacifista, yo soy un gran filántropo*, y acabé por entenderme con uno de los principales ingenieros de su casa... Perdón, señoras: ¿quieren ustedes encender un cigarrillo?

Las damas aceptaron con presteza. En cuanto a mí, sentí que me ahogaba la frase: *¡el capitán Hyx un filántropo!*

XVII

Visión sobre el abismo.

AQUELLO fué más fuerte que todo: no pude contener la palabra que, repetida por mi boca, estalló: ¡Un filántropo!...

Todos se quedaron mirándome. Yo sentía pesar sobre mí la irritación creciente de nuestro huésped. Esperé una réplica fulminante; pero no hubo tal cosa. El capitán Hyx, poniendo fin a la conversación, dió una breve orden a consecuencia de la cual el famoso tapiz de la Victoria de Ruyter se alzó como un telón, tras lo cual un maravilloso espectáculo desfiló ante nuestros extasiados ojos.

Acababa de hacerse maniobrar las planchas del casco del *Vengador*, y ya no estábamos separados de las profundidades submarinas nada más que por un inmenso cristal ovalado, contenido en potentes armaduras de cobre.

La electricidad había atenuado su resplandor en el salón, y el océano se nos apareció bajo la intensa irradiación de una luz prodigiosa.

—La luz fría de nuestros proyectores—exclamó detrás de nosotros el capitán Hix mientras nosotros nos precipitábamos contra el cristal como insectos incapaces de resistir a la atracción del foco que va a consumirlos... —Otro invento francés que sólo los alemanes han sabido utilizar—continuó—. Ellos la emplean a bordo de sus zepelines. A mí me sirve para iluminar mi camino bajo el agua. Mientras que todos los submarinos germánicos navegan como malhechores que no pueden vivir sino en las tinieblas, en el seno de una obscuridad profunda, yo llevo conmigo la claridad hasta el fondo del abismo...

—¿Y estos cristales pueden resistir?—suspiró de angustia a la vez que de asombro mi bella Amalia.

—¡A presiones formidables! Por lo que a esto respecta, el capitán Nemo tenía razón. Y nuestros ingenieros modernos no han hecho más que superarle... ¿No decía que en los experimentos de pesca con luz eléctrica realizados en 1864 en medio de los mares del Norte se habían visto planchas de cristal, que teniendo solamente siete milímetros de espesor, resistían una presión de diez y seis atmósferas, aun dejando pasar potentes rayos? Y los cristales del *Nautilus* tenían veintiún centímetros de espesor en el centro, es decir, treinta veces el espesor en cuestión. En cuanto a los míos, tienen cincuenta veces ese grueso...

—¿Y pueden ustedes descender?...

—¡Oh! ¡Podemos permitirnos sumersiones que

usted no podría sospechar!... ¡En eso radica mi fuerzal... ¡La fuerza de poder ir adonde quiera, de tener por dominio el espacio prohibido a todos los demás..., a todos los demás, que no osan, que no pueden descender, a causa de la presión del agua, a más de cincuenta, sesenta-setenta metros!... Yo, cuando se cierran todas las planchas con una triple coraza de acero Edison, reunida por las T y las X, armadura que nada puede plegar, y con mi sistema de "cojines sucesivos de aire comprimido de potencia desigual", ¡entonces puedo descender a tanta profundidad como la sonda!

Palabras formidables que yo no creí y que me parecieron dictadas por el orgullo; pero que encontré excusables ante el espectáculo que se nos ofrecía.

Admitiendo que el *Vengador* pudiera descender a dos o tres mil pies, esto me pareció ya magnífico y absolutamente suficiente.

En aquel momento solamente nos encontrábamos, al parecer, a unos trescientos metros bajo el nivel del mar; navegábamos a muy poca marcha por entre un verdadero banco de atunes. Los innumerables movimientos de aquel rebaño marino, su terror, su aturdimiento, le hacían reflejar en millones de rayos la luz que le hería. La espalda de aquellos peces enormes, matizada de ese azul subido que toma el acero bruñido, sus vientres argentados, lanzaban desellos que se cruzaban de la manera más singular con flechas de sombras igualmente rápidas.

Algunos de aquellos animales, los menores de los cuales tenían sus dos metros de largo, se acercaron hasta nuestro cristal entreabriendo sus voraces fauces y nos miraron con sus grandes ojos redondos, brillantes, inmóviles y pérfidos.

De pronto el enorme rebaño pareció presa de vértigo. Se dispersó en varios batallones que rodaron locamente unos sobre otros. Un monstruo era la causa de aquel pánico. Se deslizaba por entre ellos, con el vientre al aire, abriendo una boca espantosa; todos nosotros le reconocimos: era un fiburón!

Entonces retrocedimos lanzando un grito: el animal podía tener diez metros. ¿No podría destrozar de un coletazo el cristal que nos separaba de él?

¿Fue debido a este temor? ¿O es que el capitán Hyx se apiadó de nuestra emoción? Lo cierto es que oprimió un botón eléctrico e inmediatamente las planchas interiores se cerraron como párpados de acero sobre el globo de nuestro prodigioso ojo de cristal.

Entonces nos encontramos en una semiobscuridad; yo creí que inmediatamente se nos devolvería el resplandor de la luz eléctrica; pero el capitán nos pidió que no nos moviéramos.

—¡El espectáculo no ha terminado!—dijo.

Casi al mismo tiempo oímos una explosión y no tuvimos tiempo de preguntar la causa de ella, pues los párpados de acero volvieron a abrirse y las aguas luminosas reaparecieron.

¡Pero ahora estaban enrojecidas!

Hubiérase dicho un mar de sangre, en el que se extendía, sacudido por los últimos temblores de la agonía, el animal que nos había aterrorizado unos segundos antes y que había hecho huir, presa de un espanto sin nombre, a toda la población acuática.

El vientre del animal no era ya más que un horrible guiñapo destrozado; por la enorme herida se le salían las entrañas.

—Un pequeño obús de mis ametralladoras submarinas ha saldado las cuentas al señor —dijo el capitán Hyx con una leve risa satisfecha.

Y acariciándose la barbilla, que, como ya he dicho, la tenía algo rellena, añadió:

—¡Oh, también a los monstruos les llega su hora!

Hubo un silencio y luego prosiguió:

—Este no era uno de los menos temibles. Su fuerza debía de ser formidable. Y en cuanto a su velocidad, ¿no saben ustedes que se ha calculado que un fiburón de ese tamaño y esa fuerza no tardaría más de treinta semanas, marchando noche y día, en dar la vuelta al globo?... Y es que presenta una insensibilidad tan completa a la fatiga, que a algunos se les ha visto seguir a navíos de Europa a América, dando mil vueltas, pero sin soltarlos un minuto. Fíjense en su boca. ¿Han visto ustedes qué boca? El contorno de esa boca suele ser igual a la tercera parte de la longitud del animal... ¡Tres metros de circunferencia de la boca para un animal de diez metros!

Es como para hacer soñar a los mayores apetitos de la tierra. ¿Y los dientes? Dientes triangulares, agudos, cortantes, en sierra... Seis hileras de dientes en el adulto. ¡Qué dentadura! No las fabrican aún como ésas en la Friedrichstrasse! Una piel capaz de rechazar las balas (¡un escudo ideal para los caballeros del Rhin!), una voracidad insaciable, una audacia que nada intimida, la ferocidad del tigre, la fuerza del cachalote: ¡tal es el tiburón, terror de su universo! Pero llega un momento, sin embargo, en que sobre los restos del monstruo se canta el oficio de difuntos...

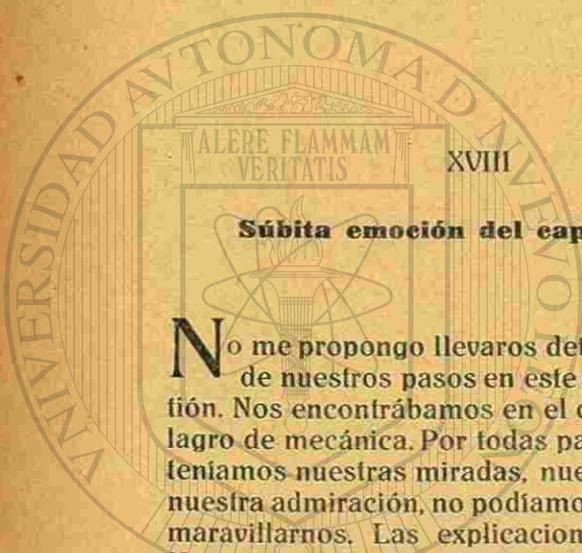
Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con una voz tan sorda y retumbante, tan inesperada en un hombre que más bien tenía la palabra almibarada: con una voz, en fin, tan obscuramente amenazadora, que Amalia y yo nos lanzamos una de esas miradas en las que nuestra doble angustia, separada un instante, volvía a encontrarse por entero. Decididamente, ¿es que este hombre tan atento no había invitado a Amalia nada más que para divertirse causándole el miedo?

Pero de pronto se cerraron bruscamente las planchas, poniendo fin al espectáculo del mar ensangrentado; las luces volvieron a iluminar el interior del salón, y de nuevo sonó dulcemente la voz encantadora y persuasiva del capitán:

—Señoras, querido señor Herbert de Renich, yo no puedo negarles nada, y puesto que la señora almiranta me ha hecho el honor de expre-

sar este deseo, visitemos todo el navío, como ella quiere.

Yo me apresuré a acceder. Cuanto mejor conoce uno su cárcel, más probabilidades tiene de poder dejarla.



Súbita emoción del capitán Hyx.

No me propongo llevaros detrás de cada uno de nuestros pasos en este paseo de digestión. Nos encontrábamos en el centro de un milagro de mecánica. Por todas partes en que deteníamos nuestras miradas, nuestra atención y nuestra admiración, no podíamos por menos de maravillarnos. Las explicaciones del capitán Hyx, por mesuradas que pudieran ser, venían a aumentar nuestro asombro.

Y, sin embargo, no había en todo aquello nada que pudiera "trastornar el cerebro humano" desde que el genio del hombre del siglo xx le ha preparado a todas las sorpresas científicas, a todas las victorias del Espíritu sobre el Elemento.

El cuarto de máquinas del *Vengador*, del que, por lo demás, sólo se nos permitió tener una visión fugaz, me turbó mucho menos las meninges que cierto comedor coquetón de blanca cárcel, en el que se bebía champaña mientras

se entreabría una puerta a la galería que gritaba.

Y, sin embargo, no era un espectáculo trivial el de aquella cámara de máquinas, tan vasta como una fábrica, con sus puentes aéreos, sus ruedas inmensas, sus engranajes, sus árboles de inducción, que comunicaban el movimiento a doce hélices, que, unidas a la acción de sus diez turbinas, daban al *Vengador* una instantánea rapidez de movimiento en todos sentidos (altura y profundidad) desconocida hasta hoy.

El *Vengador*, según nos dijo el capitán Hyx, podía marchar a más de cuarenta millas por hora sumergido.

Allí trabajaba un equipo de unos treinta mecánicos bajo la dirección de un ingeniero, al que fuimos presentados. En el momento en que nos cruzábamos en una pasarela, el ingeniero me miró con atención y pronunció algunas palabras en un lenguaje que me era desconocido y que parecieron producir cierta impresión en el capitán Hyx. Unos minutos después, como yo pareciera interesarme particularmente por un aparato singular que ocupaba todo un ángulo del departamento de máquinas y que presentaba un extraño conjunto de bobinas, tan gruesas como las columnas de un templo, rodeado todo ello de un inimaginable enmarañamiento de brazos de palancas y de bielas, como nunca lo había yo visto, el capitán me tocó en el hombro y nos hizo señas de que le siguiéramos.

Pronto abrió una puerta y nos encontramos en un corredor.

¿Habría sido yo indiscreto? ¿Me habría encon-

trado de pronto ante el gran secreto de Edison y del capitán Hyx? ¿Me habría inclinado con excesivo interés sobre aquel misterio de la ciencia?

Amalia y Dolores no se habían dado cuenta de nada.

El capitán Hyx me dijo mirándome con una atención que me desagradó:

—Ese ingeniero, cuyo nombre es Mabell, se me ha dado como un amigo de Edison. Edison, súbdito americano, sentía escrúpulos por trabajar personalmente en los planos definitivos de un navío que había de hacer una guerra terrible a una nación con la que su país no había roto ninguna relación diplomática. Por eso me cedió a Mabell, su primer auxiliar, que es canadiense y tenía motivos personales para no querer a *los hijos del Dragón*. El ha sido el que nos ha construido bajo el mayor misterio, y en seis meses, la morada de *los Angeles de las Aguas*.

—¡Es una obra magnífica! —dije yo, impresionado por el tono singular que había tomado el capitán, así como por aquel lenguaje apocalíptico (*los hijos del Dragón, los Angeles de las Aguas*), que todavía no había oído yo en su boca—. Lo que me asombra es que se les haya podido facilitar todas las piezas que han necesitado sin que se haya descubierto el secreto de su montaje.

—¿Quisiera usted tal vez saber en dónde ha tenido lugar este montaje? —me preguntó bruscamente el capitán.

¿Cuál sería el motivo de este súbito mal humor? Yo exclamé:

—¡No, no! No quiero saber nada!

—Sin embargo, ¿no le desagradará saber cómo el *Vengador* no tiene nada que temer de sus enemigos?

—Si no le molesta a usted...—dije yo con un tono muy seco esta vez, pues los aires del capitán Hyx empezaban a impacientarme.

Amalia se apercibió e intervino de nuevo:

—Capitán, ¿puede usted conducirnos al cuarto de maniobra? Tanto peor si soy indiscreta, pero siento una gran curiosidad por darme cuenta de cómo pueden ver ustedes sin periscopio.

Al oír esto, el capitán se apresuró muy galantemente a conducirnos al cuarto de maniobra, que era una pieza magnífica en el mismo centro del navío, *lejos de los quioscos*.

Esta sala estaba atestada de pequeñas mesas, en las que se hallaban dispuestos numerosos instrumentos cuyo empleo preciso nos explicó atentamente el capitán Hyx.

También había allí una instalación de telegrafía sin hilos *submarina*. ¿Con quién comunicaría? ¿Y dónde? He ahí lo que no se nos dijo.

Para mostrar su ciencia, Amalia se entretuvo en nombrar todos los instrumentos cuya utilidad había conocido de labios del mismo vicealmirante.

Muchos de los órganos de maniobra y dirección eran iguales que en los otros submarinos. Por ejemplo, experimentó un gran placer en darnos un pequeño curso sobre el giroscopio, destinado a corregir y controlar las indicaciones del compás.

Por todas partes se veían palancas, llaves, botones eléctricos... Aquí los botones que regían el lastre de agua. Bastaba oprimir un botón para que penetrara el agua y otro para que saliera.

A su lado se encontraban los manómetros de tubo y aguja que permiten comprobar instantáneamente la altura a que llega el agua en los depósitos; las palancas, que bastaba apretar para poner en comunicación los depósitos de agua con los tubos de aire comprimido y expulsar así el líquido para dar más ligereza al navío.

—En este momento hemos vuelto a sesenta metros bajo el nivel del mar—nos dijo el capitán, después de haber cambiado algunas palabras incomprensibles con el oficial que estaba inclinado sobre una pantalla—. Ya saben ustedes que ningún submarino se arriesga apenas a esta pequeña profundidad, y que en todo caso no podría tener la pretensión de ver lo que pasa sobre el nivel del agua. ¡Los periscopios sólo son posibles con unos cuantos metros de tubería! Y, sin embargo, inclinense ustedes sobre esta pantalla y verán *la superficie del agua* como si pasearan ustedes por el puente superior de un transatlántico...

¡A decir verdad, el capitán no exageraba! Y las imágenes de la vida sobre las aguas se nos aparecieron en la pantalla como si hubiéramos estado al aire libre.

Nosotros estábamos estupefactos.

Amalia (cada vez más enervada, pues yo veía ahora que tenía como yo otras preocupacio-

nes que la de instruirse sobre la mecánica y la óptica) solicitaba explicaciones con un ardor de los más halagadores para el amor propio del capitán.

—Hemos reemplazado los periscopios—dijo el capitán—*con ojos que se pasean sobre el mar*. Esta vez no es a un francés ni a un americano a quien debemos *en principio* el invento. Cierto es que ha sido también el admirable Edison el que ha puesto en práctica *el ojo eléctrico*; pero él no ha hecho más que utilizar los datos de un sabio ruso, M. Roosing, que ha conseguido grandes progresos en el problema de la visión a distancia, problema que se presenta en este momento como análogo al de la fotografía, o mejor dicho, la cinematografía a distancia. En suma, la imagen que ven ustedes en la pantalla no es simplemente el *reflejo* de las cosas tal como lo facilitaba el periscopio por mediación de los espejos inclinados; esta imagen es la *fotografía* de las cosas. Nuestro "ojo eléctrico" no es otra cosa que una *estación emisora* de fotografía, o mejor dicho, de cinematografía eléctrica, y nosotros estamos ahora en la *estación receptora*. ¿Cómo puede la estación emisora, "que se pasea sobre el agua", trabajar *automáticamente* para nosotros, fotografiar para nosotros, ver para nosotros? Quizás Edison se lo diga a ustedes algún día; yo no puedo hacer más que permitirles comprender "desde lejos" el mecanismo merced al cual hemos podido tirar a un rincón el anticuado y *peligroso* periscopio. En fin, para decirles también que las cajas flotantes

encargadas de registrar la visión y expedírnosla por los hilos eléctricos que nos unen a ellas, están tan bien disimuladas o, mejor dicho, "disfrazadas", que es absolutamente imposible que llamen la atención, o por lo menos que despierten desconfianza. Unas tienen forma de medusas, otras de algas, otras se presentan como esponjas. Pues bien, esas cosas informes y flotantes de que no se desconfía son nuestros ojos, nuestros ojos eléctricos. ¿No encuentra usted esto admirable?

—¡Admirable!—repitió Amalia—. Yo sé que en Alemania buscan desde hace mucho tiempo el modo de substituir el periscopio... Mi marido decía...

Pero Dolores, inclinándose de pronto al oído de Amalia, mientras el capitán se había alejado unos pasos, la dijo vivamente:

—¡Hable lo menos posible de su marido!... El capitán está muy nervioso desde hace unos instantes...

Amalia y yo miramos en el acto a Dolores con expresión ansiosa e interrogativa; pero la joven española se llevó un dedo a los labios, lo que en todas las lenguas del mundo significa que se guarde silencio... y Amalia y yo no hicimos más que seguir al capitán, guardándonos para nosotros nuestros tristes pensamientos. Sin embargo, nos estrechamos la mano para probarnos lo que siempre podíamos contar el uno con el otro en el momento de peligro.

El paseo continuó rápidamente, técnicamente y sin gracia, pero con la cortesía más extrema-

da, más fría y más impresionante por parte del capitán Hyx.

De hecho yo me decía que él no se encontraba ya con nosotros en el sentido moral de la palabra.

Pensaba en cosas que nosotros ignorábamos y que acaso no fueran nada tranquilizadoras para nosotros.

Por ejemplo, se atravesaba la sala de los torpedos automóviles; era ésta una sala alargada, elíptica, llena de aquellos artefactos monstruosos suspendidos de argollas que se deslizaban sobre varillas y estaban prontos a ser lanzados a los tubos que dejaban ver su entrada de ávida boca... Pues bien, el capitán anunciaba simplemente: "La cámara de los torpedos" y volvía a sus pensamientos... mientras que Dolores, muy amablemente, daba algunos detalles ociosos, como: "En los tubos submarinos el lanzamiento del torpedo se verifica por medio de un escape de aire comprimido. Casi siempre el motor del torpedo se pone en marcha en el momento del lanzamiento; una vez en marcha, el torpedo se arma automáticamente (pues debe permanecer en estado inofensivo mientras se encuentra a bordo); si no hace blanco el torpedo sigue su camino hasta recorrer una distancia que se regula antes del lanzamiento y luego se hunde para que no caiga en manos del adversario... Cada uno de estos aparatos cuesta sus treinta mil francos, pero puede partir por la mitad un barco de sesenta millones..." Cosas, en fin, que todo el mundo conoce, pero que nos-

otros escuchábamos pensando también en otra cosa.

Así, una de las cosas en que pensaba yo era en la ventana enrejada, con la que podríamos tropezarnos *por casualidad* al pasearnos por los corredores... siendo ésta la causa de que yo examinara con ansiedad sin cesar creciente, los ángulos de las galerías y los escasos objetos que pudieran servirme de señal, dispuesto a precipitarme delante del capitán y gritarle: "¡Por ahí no! ¡Por ahí no!"

Dolores proseguía imperturbablemente como si hubiera sido encargada de adormecer nuestra angustia:

—Ya comprenderán ustedes que siendo más "rápido" que todos, descendiendo a más profundidad que ninguno, el *Vengador* no tiene que temer el torpedo de nadie, y por el contrario, todos han de temer los suyos. En fin, *nosotros* tenemos armas defensivas formidables... Por medio de ondas de aire comprimido que rodean al submarino, *podemos* desviar un torpedo que nuestros micrófonos o nuestra luz iría nos hayan permitido descubrir en el momento que llega a *nosotros*.

Así hablaba ahora Dolores, como si le causara también un gran orgullo el poderío del *Vengador* y su invulnerabilidad en el combate. Pero ¿quién hubiera podido analizar a fondo en este extraño navío los diversos sentimientos que se compartían el alma desconocida de sus habitantes?...

Cuando consulto mis notas relativas a este

paseo que tantos recuerdos imborrables había de dejarme, veo que pasamos a visitar las torrecillas "acorazadas" que por medio de gatos hidráulicos surgían a voluntad de la verde caparazón del *Vengador* cuando navegaba por la superficie o a ras del nivel del agua: estas torrecillas estaban armadas de potentes cañones que superaban con mucho el tipo de los cañones de 65 milímetros, de que los alemanes acababan de dotar a sus últimos modelos de submarinos...

Luego descendimos a los "compartimentos de los buzos", que eran una serie de salas que podían comunicar directamente con el mar, no sólo por medio de "agujeros para hombres", sino también mediante vastas puertas capaces de dar paso "a los materiales que podemos necesitar en nuestras tareas submarinas", declara el capitán Hyx, que parece recobrar de pronto el uso de la palabra, después de haber cerrado bruscamente una puerta que Dolores había abierto sin su permiso, puerta que me había parecido dar a una inmensa sala llena de sombras y reflejos de acero (visión rápida en el fondo de la noche de instrumentos monstruosos y singulares, cañones con las bocas tapadas, de un aspecto absolutamente quimérico).

—Mis compartimentos de buzos les permiten a éstos salir del navío cuando reposa sobre sus ruedas en el fondo del mar. Por lo demás, también nuestros enemigos poseen este dispositivo, el cual se lo robaron a M. Simón Lecke. Yo les deseo tan sólo que tengan una organización tan completa como la mía.

Al decir esto nos hizo entrar en una especie de guardarropa, en donde pudimos ver alineados cerca de quinientos equipos completos de buzos.

—Cuando nuestros buzos salen al mar pueden cortar fácilmente cables, instalar minas y torpedos bajo los barcos enemigos, establecer comunicaciones telefónicas, bien con la tierra, bien con acorazados que flotan en la superficie. En el caso en que el submarino no pudiera remontarse a la superficie a consecuencia de una avería, toda la tripulación podría salir al aire libre provista de cascos respiratorios y salvavidas. Por lo demás —añade el capitán— podemos salir del navio de otro modo si es absolutamente necesario. Como ustedes comprenderán, yo no he querido ser la primera víctima de mi desmedido poder. A causa precisamente de su enorme desplazamiento de agua, el *Vengador* no puede ir a todos los sitios a que necesita afacar. Pero su capitán tiene que contar con todo el dominio del mar. También él ha tenido un sueño de hegemonía. Y como a menudo puede necesitarse otro más pequeño que uno... ¡miren!

Al decir esto, nos introducía en una sala donde se hallaban colocados en soportes en forma de cuna dos pequeños submarinos, cada uno de los cuales apenas tenía treinta metros de largo.

—Verdaderos torpedos automóviles—nos dijo el capitán—. Se monta en ellos como si se penetrara en un obús. Son al mismo tiempo instrumentos cortantes armados de tijeras, a los que no resiste nada y que no temen ninguna red.

Estos aparatos pueden ir a pasearse por los puertos lo mismo que nos paseamos nosotros en este momento por el *Vengador*... Están nuevecitos... Acaban de entregármelos y espero que dentro de poco tendrán ustedes el placer de verles por sí mismos a la obra.

¿Necesitaré decirles cuán singularmente sonaron estas palabras en nuestros oídos?

Pero el capitán nos introdujo en una sala con figura.

—Aquí es donde se encierra mi automóvil-hidroplano—dijo.

Nosotros nos acercamos al objeto; este auto, que lo mismo puede ir por el agua y por el aire que correr por la tierra, es un verdadero vagón de lujo por sus dimensiones y su distribución. Está construido poco más o menos con arreglo al modelo de los grandes aeroplanos rusos que pueden transportar una decena de viajeros. Delante existe un reducido compartimento para el mecánico; el del centro, más vasto, es un salón que se convierte según las horas en comedor o en dormitorio; el último compartimento está reservado al servicio de la cocina... Los tres compartimentos van armados de ametralladoras.

—Aquí tienen ustedes algo que nos basta en absoluto para nuestras expediciones terrestres—acabó de explicar el capitán—. Esta nave aérea, que puede ir por el agua y replegar las alas y correr por las carreteras como un automóvil, nos ha sido utilísima en nuestra expedición de los burgomaestres.

—¿Su expedición de los burgomaestres?—interrogó Amalia.

—Sí—responde el capitán cerrando una portilla del asombroso aparato—. Teníamos que apoderarnos de algunos burgomaestres de las ciudades del Norte de Alemania que habían de servirnos de rehenes, pues teníamos malas noticias de los alcaldes franceses de las provincias invadidas y de algunos burgomaestres de Bélgica.

¿Y entonces?—volvió a preguntar Amalia abriendo desmesuradamente sus bellos y amedrentados ojos.

—Pues bien... desde que se encuentran aquí los burgomaestres alemanes, las noticias que recibimos de allá son mejores.

—Sí, sí—dijo ella suspirando—, ya comprendo...

¡La desventurada creía comprender!... ¿Qué es lo que comprendía? ¡Cuán poco! ¡Cuán poco!... Para que lo comprendiera todo sería preciso que hubiera visto como yo a cierto burgomaestre con una mano de menos, que se levantaba livido bajo la mirada del Irlandés, que venía a transmitirle el saludo del capitán Hyx. ¡Ah, mísero!...

¡Oh! Hemos ante el hueco de un ascensor... Yo me acuerdo que este ascensor no se encuentra lejos, quizá, de cierta galería que conduce a cierta reja... ¡Ah! ¿No iremos a quedarnos aquí, eh?... Bien, entramos en el ascensor... descendemos... una puerta... ¡Ah! Ya estamos de nuevo en los departamentos privados: la biblioteca del capi-

tán y después la prodigiosa sala con columnas de mármol. Es ésta una biblioteca excelente, con sus profundos divanes para dormir ante todos estos libros que ciertamente nadie debe leer... Son gruesos volúmenes de una ciencia austera... de filosofía... mucha filosofía... y el estante de libros de "filantropía" es sin duda el mejor surtido. No he de decir sus títulos, pero en aquellos momentos de matanzas y horrores me hicieron sonreír, palabra.

—Esta es mi biblioteca privada. ¡Viaja siempre conmigo! Lo mismo que mi salón y mis colecciones... mis cuadros, mis estatuas... ¡Es mi palacio terrestre que me lo he traído conmigo bajo las aguas!

Y el capitán Hyx nos rogó que nos sentáramos.

Pero en fin de cuentas, ¿quién es este hombre que tenía semejante palacio en la tierra? Sin duda será un personaje muy conocido... uno de esos multimillonarios o millonarios de los que hay pocos en el mundo...

En este momento fué cuando se produjo un incidente que me dió mucho que pensar aún acerca del carácter y la naturaleza de nuestro misterioso huésped, y que trastornó a la pobre Amalia hasta un punto que yo no sabría describir (lo que contribuiría a probar, entre paréntesis, que ella había adivinado muchas cosas o muchas posibilidades de cosas).

En el umbral de la biblioteca apareció un mayordomo que dejó caer unas cuantas palabras rápidas en esa lengua que yo no comprendía

y que me parecía peculiar a los habitantes del *Vengador*.

Al punto, el capitán Hyx se levantó visiblemente emocionado y profirió una orden. Entonces fué introducida una doncella que también parecía hallarse sumamente turbada.

—¡Mi doncella! —exclamó Dolores—. ¿Qué es lo que sucede?

Amalia compartía ya instintivamente la agitación general y exclamó: "¡Mis hijos!", pues había dejado a sus hijos en el departamento de Dolores al cuidado de la doncella que le habían proporcionado a ella desde que se encontraba en el *Vengador*.

De los niños era, en efecto, de quien se trataba. El capitán Hyx nos lo hizo saber inmediatamente con una voz cuya sincera emoción le era imposible disimular.

—Esta joven no sabe qué ha sido de los niños. Y la otra doncella, tampoco... Los está buscando... ¿No había usted prohibido a los niños que salieran de su departamento, señora?

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos! —clamó la desventurada—... ¿Dónde están mis hijos?... ¡Quiero ver a mis hijos!...

Amalia se precipitó a la doncella como una loca; por fortuna en aquel momento apareció su doncella, que la gritó en alemán:

—Ya han aparecido los niños... *Estaban con el fotógrafo... El fotógrafo fué quien vino a buscarlos... El mismo los ha vuelto a traer...*

No por eso Amalia dejó de proseguir su camino gritando que quería ver a sus hijos.

Las dos doncellas la siguieron.

—Sobre todo—les dijo en alemán el capitán Hyx—cuiden de que los pequeños no salgan nunca más de los departamentos privados... Que no se vayan nunca a jugar a los corredores, o de lo contrario, yo no responderé ya de nada.

Y se enjugó con el pañuelo la sudorosa frente. Yo le pregunté, jadeante:

—¿Es que los niños corrían algún peligro real?

—¡Muy real, por desgracia! —repuso él con voz sorda—... ¿Qué quiere usted que le diga yo, por ejemplo, a un pobre padre de familia que al fondo de un corredor encontrara al alcance de su mano *esas tres lindas cabecitas alemanas*, la querida progenie del almirante von Treischke, el cual es muy célebre, ¿verdad que no lo ignora usted, señor neutral?, en la última historia de los últimos crímenes de la guerra del mundo? ¿Qué quiere usted que le dijera yo a ese pobre hombre *que llora una progenie mutilada*, si de súbito le enloquece el furor y sólo deja tras de sí tres pequeños cadáveres?

—Pero, caballero—exclamé yo—. ¿Por qué se ha apoderado usted de esos niños si tanto teme que les sobrevenga algún mal?

—¡Para que no les sobrevengan más males a los otros, caballero! ¡Ah! Pero ¿es que cree usted que yo no quiero a los niños tanto como usted, señor Carolus Herbert de Rénich?

Yo tuve que bajar la cabeza bajo la mirada fulgurante del capitán.

Dolores temblaba junto a mí ante esta escena.

—¡Cállese! Cállese, señor Herbert—me dijo en voz baja —... Usted no sabe nada... no le excite... usted no puede comprender...

Y el capitán prosiguió con tono contenido:

—Sí, estaban con el fotógrafo. El fotógrafo fué a por ellos por orden mia. Pero debería haber operado a domicilio... Es una locura haberles hecho recorrer tanto camino a través de los corredores más peligrosos...

De pronto, yo recordé lo que había podido ver detrás de las primeras rejas sobre las operaciones fotográficas de la "sala blanca"... y al acordarme del cliché al magnesio quise levantarme para ir a buscar a Amalia, pero la horrible hipótesis que acababa de entrever me quebraba las piernas; y volví a desplomarme en mi asiento...

—¿Qué tiene usted?—me preguntó nuestro huésped.

Yo balbuceé aterrorizado que *me daban miedo las fotografías del fotógrafo del padre Latuile.*

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando parándose ante mí el capitán me clavó sus más sombría mirada.

—¡Cálmese! ¡Cálmese, señor Herbert de Renich! Serán lindas fotografías "vivas" que tranquilizarán al padre acerca de la excelente salud de sus hijos... y que quizás—esperémoslo, señor Herbert, esperémoslo—quizás le hagan reflexionar sobre el régimen a seguir para que los pequeños continúen estando bien... ¿Puede imaginarse, por ejemplo, nada más nefasto para la salud de los hijos del almirante von Treischke que un nuevo crimen submarino como el del *Lusitania*?

Yo no lo creo. Y cuando ese temible hombre de guerra haya recibido las fotografías quizás lo comprenda como yo... ¿Qué quiere usted que le diga, mi querido señor Herbert de Renich? Yo soy un filántropo y empiezo a estar harto de ver hacer la guerra a los bebés...

¿Qué podría yo contestar a esto? Me callé, aunque en verdad más aterrado que nunca.

El Hombre se paseaba ahora de un lado a otro con la frente repleta de pensamientos. Luego se detuvo y dijo lanzando un profundo suspiro:

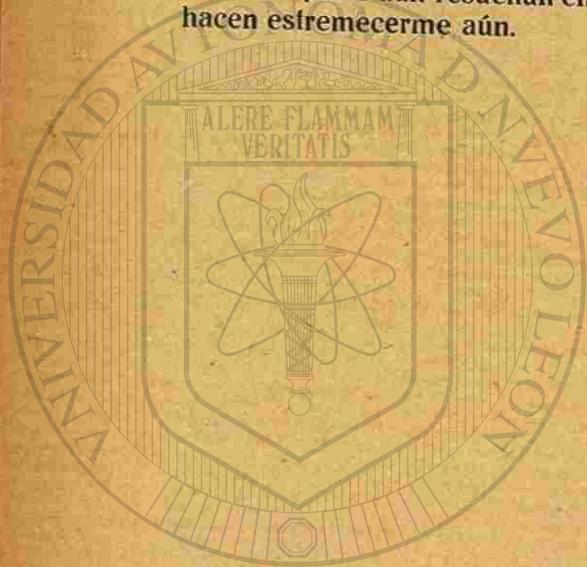
—Evidentemente, son niños... niños pequeños... No se debe tocar a los niños... Sólo los *Ángeles de las Aguas* tienen derecho a tocar a los niños... Lea el Apocalipsis, lea las Escrituras y dígame lo que hacían de la progenie de las ciudades malditas los ángeles que caían sobre la tierra en el nombre del Señor... Sea como fuere, tranquilícese... los niños del almirante von Treischke, por los que usted se interesa, no correrán aquí ningún peligro, *al menos por mi parte... y si son prudentes...* (que se guarden de jugar por los corredores, en donde pueden tener malos encuentros). Yo no los he cogido nada más que como *espantajo* para meter miedo a los verdugos de niños que tienen pequeños...

—¿Y a la madre?—exclamé yo—. ¿La cree usted menos inocente que los niños?... Capitán, dígame que no tocará usted a una mujer más que a unos niños...

—Pero, caballero, ¿quién le ha permitido a usted interrogarme?

Nadie podría imaginarse el tono despectivo con que fueron pronunciadas estas palabras.

Por mi parte aun resuenan en mis oídos y me hacen estremecerme aún.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

XIX

Una promesa del capitán Hyx.

Y como si hubiera oído lo que acababa de pasar entre el capitán y yo la almiranta von Treischke, empujando ante sí a la pequeña Dorotea, a Enriquito y a Carolus (a éste le había puesto sin duda este nombre en recuerdo mío), se presentó mostrando la desesperación más noble y más conmovedora.

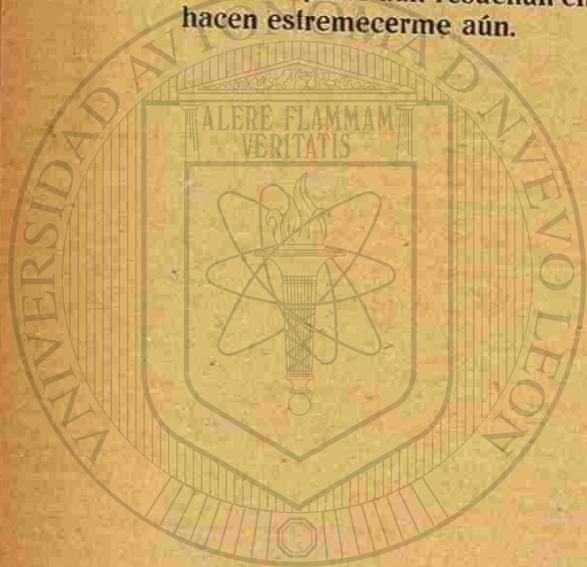
Los transportes que la habían agitado antes de que encontrara a sus hijos habían sido causa de que se la hubiera soltado su admirable cabellera, que caía ahora en doradas ondas sobre sus hombros.

Entregada por completo a su emoción y a las terribles hipótesis que poco a poco habían acabado por invadir su espíritu, no se había tomado el trabajo ni el tiempo de reconstruir el edificio de su peinado, apareciéndose nos en el más lamentable y más bello desorden.

Sus ojos, llenos de lágrimas, tenían una expresión angelical que yo no les había visto nun-

Nadie podría imaginarse el tono despectivo con que fueron pronunciadas estas palabras.

Por mi parte aun resuenan en mis oídos y me hacen estremecerme aún.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

XIX

Una promesa del capitán Hyx.

Y como si hubiera oído lo que acababa de pasar entre el capitán y yo la almiranta von Treischke, empujando ante sí a la pequeña Dorotea, a Enriquito y a Carolus (a éste le había puesto sin duda este nombre en recuerdo mío), se presentó mostrando la desesperación más noble y más conmovedora.

Los transportes que la habían agitado antes de que encontrara a sus hijos habían sido causa de que se la hubiera soltado su admirable cabellera, que caía ahora en doradas ondas sobre sus hombros.

Entregada por completo a su emoción y a las terribles hipótesis que poco a poco habían acabado por invadir su espíritu, no se había tomado el trabajo ni el tiempo de reconstruir el edificio de su peinado, apareciéndose nos en el más lamentable y más bello desorden.

Sus ojos, llenos de lágrimas, tenían una expresión angelical que yo no les había visto nun-

ca, y una angustia sublime parecía divinizar este rostro ideal.

En cuanto se halló ante el capitán Hyx, cayó de rodillas, lo mismo que sus hijos, y le dijo con una voz y un acento que hubieran ablandado el corazón de un figre:

—Señor, aquí tiene mis hijos. ¡Se los confío a usted! Ellos no han hecho aún ningún mal en la tierra. Son seres inocentes, a los que yo les he enseñado a amar cuanto les rodeaba. Su corazón es sencillo como el mío. Le querrán a usted como a un padre, si usted se deja querer y enfermece... Sin duda ha sufrido usted mucho, y entonces tiene usted mucho que perdonar. Pero usted cree que debe odiar, y yo he visto hace un momento, por la forma en que ha temido usted que les hubiera pasado algo a mis pequeños, que no es usted insensible... Por lo demás, a los niños no se les odia. Sin embargo, parece ser que los niños corren peligro aquí. Por eso se los confío a usted. Yo tengo confianza en usted. No quiero juzgarle. Eso no es cosa mía... Yo no sé quién es usted; pero a buen seguro no es usted un verdugo de niños... No creo que porque ellos hayan cometido horrores, vaya usted a mostrarse más despiadado aún...

—Señora — dijo el capitán Hyx con su más tranquila y fría voz, mientras Dolores y yo derramábamos a su lado torrentes de lágrimas—, levántese usted, se lo suplico...— y la ayudaba, con gestos de una nobleza incomparable, a adoptar ante él una actitud menos humilde—. Siéntese usted junto al señor Herbert de Renich,

su amigo, al que precisamente le estaba diciendo hace un momento que no dependía, en verdad, de mí el que se tocara a un cabello de sus hijos.

—¿De quién depende entonces? — exclamó ella más aferrada que nunca—. ¿Sabe usted, señor, que ésas son palabras terribles? ¿Es que depende de alguien el que se toque a mis hijos?...

—¡Señora, depende de su padre! — replicó el capitán Hyx con una voz cada vez más lejana, y con esa vaga actitud adoptada generalmente por los Poncio Pilatos en el momento en que se prepara un gran crimen.

Antes de que hubiéramos podido oponernos a ello, Amalia había vuelto a caer de rodillas ante el capitán, y alzaba las manos hacia él en un gesto de súplica que el arte ha consagrado en los más bellos lienzos en que ha representado el dolor humano.

—¡Su padre!... ¡Su padre! ¡Ah, señor, ya sé lo que quiere usted decir!... Su padre lleva un nombre sobre el que se ha acumulado todo el peso del horror del mundo por crímenes que son menos los suyos que los de una casta que ha erigido el espanto en sistema. *Pero su padre no es un hombre malo.* ¡Cuántas veces he podido doblegarle yo!... Que se me conceda hablar a su padre, y el hombre que es usted me agradecerá que le haya ahorrado "actos" inútiles. ¿No sabe usted que si su padre me ha alejado de su lado y me ha hecho embarcarme para una orilla lejana ha sido porque no tenía energía para ne-

garme nada, y porque no podía oír mi voz, que no cesaba de reprocharle *sus crímenes alemanes*? Más eficaz que cuanto usted pudiera hacer, sería mi voz hablando a "su padre".

—Pues bien, señora—interrumpió de pronto el capitán Hyx con un tono que a mí me pareció por lo demás sumamente singular—, pues bien, haremos cuanto sea posible por que a la mayor brevedad pueda usted hablar con "su padre".

—¡Ah, prométame eso!—exclamó la desventurada arrastrándose como una esclava a sus pies—. Prométame que no tocará usted ni tocará nadie a ninguna de estas queridas cabecitas mientras yo no haya hablado al padre, y le bendeciré a usted... Escuche... Escuche... ¡Oh, escúcheme bien! Hay que ser lógicos, ¿no es verdad?... Yo veo bien que, a pesar de su bondad (repito que usted es bueno, yo lo sé), es usted terriblemente lógico. ¡oh, hombre temible!... Pues bien, yo he de decirle también lógicamente: Puesto que no es por su gusto diabólico por lo que se iragan crímenes aquí, sino por la salvación del mundo (¿le he comprendido?, ¿le he comprendido? ¡Ah! Una madre lo comprende todo cuando va en ello la vida de sus hijos); pues bien, puesto que es así... no puede haber nada más eficaz para detener el crimen germano que la voz de Amalia, de Amalia Edelman, que no es una voz alemana, hablando al oído del almirante von Treischke, su marido, cuyos hijos son los prisioneros de usted. Pero júreme, señor, júreme que no se emprenderá nada contra ellos antes de que yo vuelva, pues tendré el

valor y la confianza de abandonarlos, puesto que es inevitable, y en seguida volveré, después de haberle hablado a él... Y le prometo que volveré con un tratado de paz submarina que garantizará la vida de los no combatientes y las de las mujeres y los niños, en fin, todas las vidas que no pertenecen ni han pertenecido nunca a la guerra, y que son existencias sagradas que un guerrero noble y honorable debe respetar; ésta ha sido siempre mi opinión y el motivo fundamental de la cólera que me ha inspirado mi marido. ¡Señor, júremelo!... Mi marido me quiere... ¡Señor, mi marido me adora! ¡Sin duda me escuchará!... Pero que la palabra de usted, pronto... se lo pido de rodillas... mire... lloro a sus pies... que su palabra proteja a mis hijos hasta entonces... Eso es cuanto le pido. Después, ¡Dios mío!, si no he tenido éxito, siempre nos quedará tiempo para morir a mis hijos y a mí, *si es que nuestra muerte puede serle útil en algo, señor...*

¡Ah! ¡Con qué acento pronunció esto: "si es que nuestra muerte puede serle útil en algo, señor"!

Dolores y yo nos habíamos levantado, y, movidos por un mismo impulso, nos habíamos acercado sollozando a suplicar al capitán Hyx.

Por otra parte, Dolores, no pudiendo soportar la siniestra mirada que le lanzó el Hombre, el amo de todos nosotros, suspiró y se ocultó el rostro entre las manos.

Y yo exclamé:

—Capitán, conceda usted a esta madre lo que

pide. Si regresa sin haber tenido éxito, yo también estaré aquí para morir con ella.

El capitán dijo:

—Señora, le reitero mi promesa de no hacer nada sin que haya hablado usted a su marido.

Dijo esto muy claramente, pero con suma frialdad. De todos modos, tenía un modo tan solemne de expresarse, que a mí me chocó y me inspiró confianza.

Sin embargo, cuando se volvía para marcharse, después de habernos saludado sin preocuparse más de aquella pobre mujer y de sus tres hijos, Amalia se arrastró aún hacia él y le gritó:

—¡No! ¡No! No le dejen marcharse así. Le he dicho que jurara y no ha jurado... ¡Présteme el juramento que le pido, y sólo entonces estaré tranquila!

—¿Por quién quiere usted que le preste juramento, señora?

—¡Dios mío! —clamó ella—. ¡Dios mío!... Por el suplicio del tío Ulrich, que le ha pagado su deuda y ya no le debe nada... Júreme que respetará a mis hijos mientras yo no haya hablado a mi marido.

—Señora —dijo el capitán—, es cosa convenida y se lo juro a usted como desea.

Luego llamó y recomendó al *maître d'hôtel* que condujera a Amalia y a sus hijos a su departamento y cuidara que no les faltase nada...

XX

El tío Ulrich pasa otro mal cuarto de hora.

Así que Amalia estaba al corriente del matrimonio del tío Ulrich!

Debía haberse enterado de la horrible cosa en aquel mismo instante —pensé yo—, para que hubiera cambiado de actitud tan categórica y rápidamente. Ahora podía yo explicarme su súbita desesperación y el nuevo delirio con el que reclamaba promesas y juramentos de seguridad para la vida de sus hijos...

—¿Cree usted que cumplirá su juramento? —me preguntó levantándose con mi ayuda, cuando el capitán nos hubo dejado.

—Yo creo que sí —dije yo—. Me ha parecido sincero. Por lo demás, creo sobre todo que le ha adivinado usted: es un terrible *utilitario*, o por tal se tiene al menos. Le ha convencido usted de que nada puede serle más *útil* que una entrevista de usted con su marido. El le ha prometido esta entrevista, y puede usted estar tranquila hasta entonces. Yo también estoy tranquilo,

querida Amalia, yo que estoy decidido más que nunca a compartir todos sus frances y sus desgracias.

—¿Y qué piensa de esto la señorita Dolores?— preguntó Amalia.

Pero la señorita Dolores ya no se encontraba a nuestro lado. También ella se había marchado. Ya no se encontraba con nosotros más que el obsequioso *maitre d'hôtel*, que se ponía "a la disposición de la señora" para conducirla a sus departamentos.

Así, pues, emprendimos el camino, durante el cual yo interrogué a Amalia acerca del tío Ulrich. Ella no me confesó. Quizás no tuviera fuerzas para hacerlo. De cualquier modo, al llegar a su departamento, empujó una puerta que daba a un pequeño gabinete, al fondo del cual yacía en una cama de campaña el tío Ulrich, a cuya cabecera se encontraba el médico de a bordo.

Este buen hombre, docto entre los doctos (hablo del tío Ulrich), no aparecía muy cambiado después de su última aventura. Algo paliducho, pero con las mejillas rellenas, la barbilla sólida, los cabellos siempre rizados.

El tío Ulrich reposaba tranquilamente.

Pero su boca entreabierta no dejaba ver su lengua, y con razón.

El excelente médico de a bordo, que se había levantado a nuestra llegada, nos hizo saber que había aplicado una inyección de morfina al paciente, que éste casi no tenía ya fiebre y que de aquí a algunos días las cosas reanudarían su

curso normal, salvo, por supuesto, la elocuencia, cosa de la que el querido *professor* habría de abstenerse, por desgracia, en lo sucesivo, "lo cual—añadió—no deja de ser enojoso para un *professor*".

—¡No!—exclamó una voz detrás de nosotros.

Y figuraos nuestro estupor, sobre todo el mío: ¡esta voz era la de Amalia! Después de habernos lanzado este "no" furioso, fué a encerrar a sus hijos en su cuarto y volvió a nosotros, que nos habíamos quedado parados ante su inesperada protesta.

Sin preguntarse un segundo si el brillo de su exaltación podría sacar al ilustre von Hahn de su saludable reposo, Amalia se entregó a una "salida" contra el profesor, que me decía mucho sobre los sentimientos ocultos de Amalia respecto a la raza germánica, la cual, no obstante, le había dado un marido.

¡Ah! ¡Seguía siendo luxemburguesa! ¡Y con mucha más firmeza que otras muchas mujeres de nuestro país (y de alta posición, si os place) que no se han casado en Alemania!

¡Ay! La debilidad que tenemos nosotros, pobres gentes de un pueblo pequeño, nos ha impuesto silencio en minutos terribles en que podíamos sentir deseos de hablar. No hemos sufrido como los belgas, porque no hemos combatido (no pudiendo hacerlo); pero hemos sido humillados, y yo me inclino a pensar que esta humillación nacional debió de influir algo en la santa cólera que animó de pronto a la señora del almirante von Treischke contra el pro-

fesor Ulrich von Hahn, de la universidad de Bonn.

En todo caso, esta razón se unía a todas las demás que tenía para rebelarse contra el orgullo y la locura alemanes, que la habían conducido a ella y a sus hijos al fondo de este horrible drama.

—¡No, no!— exclamó Amalia en un estado de súbito furor que la ponía al borde de la locura—. ¡No! ¡No hay que lamentar que este señor no pueda hablar en lo sucesivo! Ciertamente, cuando hace un momento pude apreciar la desgracia que le ocurría, pude emocionarme también un instante y sentir compasión ante una crueldad tan precisa, tan audaz y tan feroz. Yo soy mujer; pero el capitán Hyx (ahora lo digo como lo pienso, tal como lo pienso), el capitán Hyx tenía muchas razones para hacer que le arrancaran la lengua... ¡Ella es la verdadera culpable!... ¡Ah! ¡Que coja a todos los profesores, a todos, y que me deje a mis hijos! Y que les arranque la lengua a todos para que mis hijos no les oigan nunca más recitar sus locuras... ¡Ah! ¡Las monstruosas locuras que tienen en la lengua!... Necesitan tener lenguas sólidas para soportar semejante peso de imbecilidades y colorales tonterías. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!... En fin, Herbert, mi buen Carolus, ¿cuántas veces no los ha oído usted mismo?... Cuando no nos encerrábamos horrorizados detrás de una puerta, era al menos para reventar de risa... Pero ahora ya no podemos reírnos de su elocuencia, que ha hecho llo-

rar a tantas madres... ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!... Que no se les oiga más decir (por desgracia conozco sus frases de memoria):

“La guerra es un instrumento de progreso...”

“En el empleo de la violencia no existe límite alguno...”

“La guerra justifica todos los medios.”

“Es menester que a los pueblos invadidos no les queden más que los ojos para llorar.”

“¡Sobre todo seamos duros!”

“¿Decís que la buena causa santifica la guerra? Yo os digo que es la buena guerra la que santifica todas las causas.” Y eso es de Nietzsche, ¿verdad, verdad, fío Ulrich?

“La guerra es un instrumento de progreso...”

“Alemania, gracias a sus facultades de organización, ha alcanzado una etapa de civilización más elevada que los demás pueblos. La guerra les hará a éstos participar de ella.” ¿Verdad, profesor von Hahn?

“Nosotros no tenemos que excusarnos por nada... Moral e intelectualmente somos superiores a todos, incomparables... Esta vez haremos tabla rasa...” ¿Verdad, profesor Lasson?... ¿No es verdad?

“La *Kultur* no excluye el salvajismo sangriento; sublima lo demoníaco...” ¿No es verdad, Thomas Mann? Y también, ¡oh, horror!, esto que he oído:

“¡Oh tú, Alemania, degüella millones de hombres... y que hasta las nubes, más altas que las montañas, se amontonen la carne humeante y

las osamentas humanas!" ¿No es verdad, señor consejero áulico Heinrich Viererdt?... ¿No es verdad, no es verdad, tío Ulrich?... ¡Sí, sí! Es justo. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!...

Arrastrada por su prosopopeya, Amalia no se había dado cuenta al pronto de que el tío Ulrich, sacado de su letargo por el eco de este furor vengador que estallaba sobre su cabeza, la miraba fijamente con ojos de espanto y abría una boca horrible, que en vano intentaba responderla...

¡De pronto Amalia vió aquello! ¡Vió aquella boca!... Se inclinó sobre ella con una alegría exacerbada... Y levantándose exclamó con un gesto de victoria:

—*En fin, ya no le oiré clamar: «Deutschland über alles!»*

XXI

**Lo que significaba la promesa
del capitán Hyx.**

AMALIA no hubiera sido la dulce y tierna criatura que yo conocía, si después de semejantes transportes, harto explicables en su situación, no se hubiera deshecho inmediatamente en lágrimas y no hubiera recomendado al doctor que cuidara al tío Ulrich como a un pariente amado.

Por lo que a mi respecta, ella me condujo a su cuarto, en donde se encontraban sus hijos, y allí, lejos de miradas extrañas, nos compadecimos de modo adecuado acerca de nuestro infortunio.

Mientras ella suspiraba junto a mí, mis manos acariciaban los cabellos del pequeño Carolus. Dorotea y Heinrich jugaban, ¡ay!, "a la guerra", como si ya no se acordaran de la trágica escena que acababa de tener lugar ante el hombre enmascarado y como si no hubiera en el mundo juego más agradable que ése.

las osamentas humanas!" ¿No es verdad, señor consejero áulico Heinrich Viererdt?... ¿No es verdad, no es verdad, tío Ulrich?... ¡Sí, sí! Es justo. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!...

Arrastrada por su prosopopeya, Amalia no se había dado cuenta al pronto de que el tío Ulrich, sacado de su letargo por el eco de este furor vengador que estallaba sobre su cabeza, la miraba fijamente con ojos de espanto y abría una boca horrible, que en vano intentaba responderla...

¡De pronto Amalia vió aquello! ¡Vió aquella boca!... Se inclinó sobre ella con una alegría exacerbada... Y levantándose exclamó con un gesto de victoria:

—*En fin, ya no le oiré clamar: «Deutschland über alles!»*

**Lo que significaba la promesa
del capitán Hyx.**

AMALIA no hubiera sido la dulce y tierna criatura que yo conocía, si después de semejantes transportes, harto explicables en su situación, no se hubiera deshecho inmediatamente en lágrimas y no hubiera recomendado al doctor que cuidara al tío Ulrich como a un pariente amado.

Por lo que a mi respecta, ella me condujo a su cuarto, en donde se encontraban sus hijos, y allí, lejos de miradas extrañas, nos compadecimos de modo adecuado acerca de nuestro infortunio.

Mientras ella suspiraba junto a mí, mis manos acariciaban los cabellos del pequeño Carolus. Dorotea y Heinrich jugaban, ¡ay!, "a la guerra", como si ya no se acordaran de la trágica escena que acababa de tener lugar ante el hombre enmascarado y como si no hubiera en el mundo juego más agradable que ése.

Como es natural, Heinrich mandaba un submarino que hundía todos los barcos de Inglaterra, y Dorotea se había puesto una servilleta en la cabeza para hacer de dama de la Cruz Roja. ¡Dichosa edad!

Amalia me hizo entonces la confidencia de que a lo primero le había chocado el heroico encarnizamiento que yo había puesto en seguirla hasta su prisión, y que ésta era una de las razones por las que no me había acogido con grandes demostraciones.

Como era muy piadosa, había atribuido su desgracia a la común alegría que habíamos experimentado al encontrarnos en Funchal, y lo consideraba como el castigo que semejante "pecado" tenía que traer fatalmente consigo. Por eso me había mirado mal a lo primero, por la profana conversación a que se había dejado arrastrar tan fácilmente en la misa del gallo.

Sin embargo, Amalia no había perseverado en tan flagrante injusticia. Había podido apreciar que las cosas estaban preparadas desde hacía mucho tiempo, y que aun cuando yo no me hubiera encontrado en Madera no hubiesen acaecido de otro modo.

Esta idea la dejaba ahora en absoluta libertad de expresarme sus sentimientos hacia mí, y no me ocultó que éstos rebotaban agradecimiento y amistad.

Me agradeció sobre todo que no hubiera vacilado en sacrificar mi libertad por ella en el momento en que emprendiera su gran tentativa cerca de su marido.

—Ha salido usted garante de mi buena fe— declaró con ternura—, y se ha ofrecido usted como rehén. Se expone usted a ser mártir. Y todo por mí, que nunca le he causado nada más que dolores...

Yo protesté suplicándola que no se fijara más que en la salvación de sus hijos, así como en todo el bien que podría derivarse de un paso como el que iba a dar si lograba convencer al almirante von Treischke.

—Si sólo se tratara de él—replicó— respondería con seguridad, porque él querrá salvar a los pequeños; pero está toda la camarilla. De todos modos, yo no desespero de hacerles entrar en razón a todos, gracias al ascendiente de mi marido. A ellos no les conviene crearse todos los días, a causa de su intransigencia, enemigos más temibles que ellos y que acaban por disponer de armas más crueles que las suyas. En fin, amigo mío, ¿qué quiere usted que le diga? Haré lo que pueda; pero no dejaré de pensar en usted; sabré que está usted aquí, que vela usted por los pequeños y esto me dará valor para no volver sino con el tratado que nos libertará.

—¿Cree usted que el almirante la dejará volver?—le pregunté yo.

—Sin duda, tratándose de los niños, sí. ¿Y cree usted—me replicó ella—que si el capitán Hyx hubiera podido temer que no volviese, me habría prometido dejarme partir?

Yo no supe qué contestarla, porque lo que acababa de decirme era tan siniestro en lo que a ella le concernía particularmente, que no pude

hacer otra cosa que volver la cabeza para ocultar mis lágrimas. La pobre mujer se daba, pues, cuenta de que la *venganza del Vengador* la necesitaba también a ella. Mas tan horrible pensamiento no la turbaba siquiera en su propósito, al que ahora se entregaba por entero, de volver de allá con su famoso tratado "de humanidad..."

Reflexionándolo bien, toda esta historia me parecía singular. ¿Cómo podría esperar el capitán Hyx que bastaría la gestión de una mujer tan sencilla y tan poco diplomática como Amalia para cambiar de raíz los procedimientos de la guerra submarina de Alemania?

En Alemania había más almirantes que von Treischke, y aun suponiendo que éste cediera, ya sabrían encontrarle un sucesor.

¿No era esto pueril? Y, sin embargo, el capitán Hyx no era en verdad un niño.

¿Entonces?...

¡Entonces su promesa de dejar partir a Amalia me dió miedo!...

¿Qué es lo que ocultaría? ¿Qué significaría exactamente?... Evidentemente yo no hubiera podido decirlo... Pero desde el mismo instante en que me asaltaron todas estas reflexiones, yo concebí que dicha promesa debía tener un sentido oculto, más temible aún que cuanto nos habíamos imaginado...

Esto no pasaba de ser una idea; pero me invadió hasta tal punto el espíritu, que ni siquiera oía lo que me decía Amalia y que me pareció salir de un sueño cuando la doncella vino a decirme que me llamaba el doctor.

Besé las manos de Amalia como toca un fiel con los labios una imagen de santidad, y salí al encuentro del médico de a bordo, que había vuelto a adoptar su afable y triste expresión ordinaria, y que aguardó a que estuviésemos los dos solos para decirme al oído:

—No se vaya de los departamentos privados sin haber visó a la señorita Dolores.

No bien hubo pronunciado estas palabras desapareció, y yo me quedé plantado allí como un bobo. ¡Preciso fué que se entreabriera una puerta y que descubriera yo la asustada carita de la señorita Dolores para que volviera completamente en mí!

¿Qué podría quererme?... Y sobre todo, ¿qué nueva desgracia anunciaba este semblante de espanto?...

Dolores me hacía señas de que me acercara pronto a ella. Yo me precipité a su encuentro y ella cerró la puerta tras de mí.

Entonces me encontré en aquel salón de fumar oriental, en que había descubierto por vez primera a Dolores y a Gabriel. La joven española me rogó con voz trémula que me sentara en el diván en que la otra vez la había visto yo agradadamente tendida, mientras cambiaba tan inquietantes y aterradoras palabras con su prometido y con el doctor.

Dolores alzó una frente inquieta hacia lo alto de la pequeña escalera por donde yo había descendido, y que ponía en comunicación el salón de fumar con la galería de los órganos del vasto comedor.

Entonces advertí que Gabriel se encontraba allí, en el mismo sitio que ocupaba yo la noche en que escuché su conversación. Gabriel se inclinó hacia abajo, y le aseguré a Dolores de que vigilaba y podía estar tranquila por el momento. Podrís imaginaros que tantas precauciones no dejaban de intrigarme de un modo extraordinario, y que estaba impaciente por saber de qué o de quién se trataba.

Sentándose junto a mí, y comprendiendo sin duda mi impaciencia, Dolores me dijo al punto en voz baja:

—Prométame, ante todo, que lo que va a decirse aquí permanecerá absolutamente secreto entre nosotros.

—Se lo juro, señorita.

—Pues bien; sepa usted que mi prometido y yo nos hemos apiadado de esa pobre señora y de sus hijitos. Nosotros creemos que la desventurada no es responsable de nada, y sin embargo, la aguarda una suerte terrible.

—¡Dios mío!—suspiré yo—. ¿No, hay que fiarse entonces de las promesas del capitán Hyx?

—Usted no ha comprendido las promesas del capitán Hyx—repuso ella moviendo tristemente la cabeza—. El capitán ha prometido "no hacer nada" en tanto que la almiranta von Treischke no haya tenido una conversación con su marido, y usted se ha imaginado al punto que por esto mismo el capitán iba a permitir que su prisionera volviera al lado de su marido. Ahora bien; eso es absolutamente falso... Lo cierto es todo lo contrario... ¡El almirante será el que venga aquí!...

—¿Y cómo vendrá aquí?...—pregunté yo atónito, pues no acababa de comprender.

—Es de suponer que vendrá a la fuerza, y que entonces podrá tener todas las entrevistas que quiera con su esposa: *jeso ya no tendrá ninguna importancia!* Y el capitán Hyx habrá cumplido su promesa porque "no habrá hecho nada" antes de que tengan lugar esas entrevistas...

—¿Y entonces?—murmuré yo, casi sin fuerzas, aterrado por una especie de desesperada piedad que veía pintada ahora en el semblante de Dolores.

—¡Oh, entonces...—dijo bajando la cabeza y sin poder reprimir un estremecimiento—yo no sé!... No quiero saber... ¿Es que debo decirle *todo lo que pasa aquí?*... ¡No! ¿Verdad?... ¡Eso, en verdad, no me interesa siempre!... Y además usted ya debe estar informado poco más o menos, puesto que permanece en la prisión... ¡Entonces, imagínese!... *Imagínese que no puede haber verdadera venganza mientras el almirante von Treischke no esté aquí!*...

—¡Horror!...

—¡Horror, sí, porque se sabe que él adora a su mujer y sus hijos!...

—¿Qué quiere usted decir?... ¿Qué quiere usted decir?...

—¿Es que no me ha comprendido usted todavía?...

—¡No me atrevo!... ¡Señor, apiádale de mí!... ¡No me atrevo!...

—Hay que atreverse a todo, sin embargo, después de comprenderlo todo. Dése prisa a com-

prender, porque yo le digo que se le espera... *le digo que vamos a buscarle...*

—¡Es espantoso... espantoso!...

—Sí, sí, espantoso... No por él... No por él, que ha merecido todos los espantos... sino por ella... por ella...

—Entonces, ¿cree usted que cuando él esté aquí se la hará sufrir a ella?...

—¡Hacerla sufrir!... ¡Ah, señor mío! *Tienen ellos que vengar a tantos mártires...*, y en particular a *cierta mártir...*, una mártir cuyo retrato he visto yo en la pequeña capilla y que me parece más femible aún para la señora del almirante von Treischke que el mismo recuerdo de la muerte de Miss Campbell..

Yo estuve aún unos minutos sin poder hablar. La emoción, el terror me ahogaban... Yo veía ya a Amalia horriblemente perdida, presa de aquellos hombres enloquecidos, entregada al sanguinario furor de los Angeles de las Aguas.

¡Ah! ¡Qué razón había tenido al desconfiar de la palabra del capitán Hyx y de su promesa!... ¡Con qué funesta alegría, apenas disimulada, nos había engañado aquel miserable y se había burlado con una frase de la credulidad, la buena fe, la razón y el corazón de Amalia!... Así, pues, para que comenzara la horrible "ceremonia" no se aguardaba sino al mismo almirante...

—¡Señor!— balbucí yo—. ¿Permitirás que se cometa semejante crimen?

Yo cogí las manos febriles de la buena Dolores, que tan humanamente parecía compartir mi angustia, y le dije:

—Para que haya usted tenido el valor...

—Sí—dijo ella interrumpiéndome al punto y moviendo la cabeza—. El "peligroso valor"... Puede usted creerlo, señor...

—Para que haya usted tenido el valor de hacerme comprender, ver y percibir el sentido oculto de unas frases que parecían sumamente claras, preciso es que haya usted pensado que esta peligrosa confidencia podría ser útil a mi infortunada amiga.

—Sí, sí—corroboró ella lanzando una rápida mirada del lado de la escalera.

Gabriel continuaba en su puesto. Este la hizo un gesto tranquilizador; ella prosiguió en voz tan baja ahora, que en algunos momentos más bien adivinaba sus palabras que las oía de verdad...

—Sí. Es posible que usted pudiera hacer algo... En todo caso, usted es el único que podría salvarla...

—¡Hable! ¡Hable pronto!... ¡Yo daré mi vida si es preciso!...

—¡Oh! Yo he adivinado que usted la amaba... ¿Quién no la amaría?... ¡Es tan bella!... Usted no sabrá nunca a lo que yo renuncié diciéndole todas estas cosas y también lo que arriesgo. Ciertamente, me juego la vida... Sí. Que se sepa *en la pequeña capilla* que yo le he dicho todas estas cosas, y mi vida no bastaría para pagar tales palabras... Por lo tanto, haga usted lo que haga, sea prudente. ¡Séalo por usted, por ella, por mí, por todo el mundo!...

—¡Oh, señorita! Yo se lo prometo. Se lo juro...

—En este momento yo traiciono a un hombre admirable, que *con todos sus crímenes* ha salvado más hombres, mujeres y niños que todas las declaraciones de amor universal y todas las infimaciones solemnes de la nación más grande y más independiente del mundo, enviadas de uno a otro continente por cable o telegrafía sin hilos. ¿Me oye usted, señor?... No sólo le traiciono a él... *sino que me traiciono a mí misma*... Y hasta tal punto, que el joven que está allá arriba velando por nosotros y por mi traición, nunca me perdonaría si algún día pudiera apreciar todo mi heroísmo... Si, señor; por ella, que es tan bella, y porque es tan bella *yo me arranco las uñas y los dientes*... ¡Tanto peor! ¡Tanto peor!... Se lo he jurado a la Virgen, cuando esta mujer ha venido a llorar a los pies del capitán y se ha arrastrado en toda su belleza con sus suplicantes pequeñuelos!... He jurado hacer todo lo posible por salvarlos... aun cuando para ello *hubiera que salvar al otro*...

Yo la escuchaba... ¡Oh, cómo la escuchaba! Por fin, a través de tan horribles misterios, empezaba a coger el hilo gracias al cual quizás pudiéramos salir de este laberinto de suplicios... En suma, ¿qué es lo que había que comprender? Había que comprender que nada estaba perdido, es decir, que todo se demoraría mientras *el otro no estuviera aquí*. Había, pues, que *salvar al otro*...

Esta vez Dolores vió que yo la entendía y entonces me dijo:

—El capitán no tiene ninguna razón para re-

fenerle a usted aquí. Usted ha venido aquí por pura casualidad, y además es usted neutral. Por otra parte, él no teme ningún género de publicidad. Al contrario, la busca cerca de ciertas gentes... Hasta la organiza si llega el caso... El único secreto que quiere conservar es el de sus operaciones en el momento en que las realiza... Pero él no desea en modo alguno que no se sepa en el mundo lo que pasa en su navío... Con tal de que ciertos boches se aterroricen está satisfecho. El no solicita la aprobación de nadie. Dice con satisfacción: *Dios y mi bandera negra*.

Dolores se detuvo un instante, suspiró, se enjugó una lágrima en el ángulo de los párpados y prosiguió:

—Vaya a ver al capitán y dígame que desea usted que le desembarque lo antes posible... ¿oye usted?... lo antes posible... pues yo creo que corremos *hacia el otro*... y ya es hora de prevenirle...

—¿Cree usted que el capitán accederá a mi demanda?

—Ya le digo que no tiene ninguna razón para retenerle. Y además él respeta siempre el derecho. Usted tiene derecho a que le desembarque, y él le desembarcará... y entonces...

—¿Y entonces?

—Pues bien, entonces no perderá usted un minuto. Correrá usted al sitio donde se encuentre el almirante...

Aquí Dolores se inclinó a mi oído.

—... y le dirá usted que desconfíe de *todo lo que pueda venirle de arriba*... Le dirá usted, entre

otras cosas, que los seis burgomaestres desaparecidos fueron cogidos por la noche por gentes que venían de arriba y que les metieron en una cárcel aérea que puede correr mucho, puesto que las seis ciudades fueron privadas de sus seis burgomaestres en la misma noche...

—El automóvil-hidroavión!— exclamé yo.

—¡Chis! Por lo tanto... que desconfíe del automóvil-hidroavión... Que desconfíe de todos los aparatos, de los que se deslizan por el aire o por la tierra y de los que corren bajo las aguas. Pero ya no quiero decirle más nada, ni una palabra más...; no, ciertamente, ni una palabra más... Preferiría morir... Ya he traicionado de sobra a los demás y a mi misma... Ahora todo depende de usted, señor; de su habilidad, de su modo de conducirse con el capitán y de su manera de hablarle... *Después de todo, él es hombre*—lo que ella decía era harto propio de una mujer—, y hay palabras a las que un hombre, aun cuando se halle colocado por encima de la humanidad, siempre es sensible... No quiero decirle (es usted demasiado inteligente para que le hablara así) que le "halague usted en su manía". Tal expresión sería desesperante; pero si le digo que se atreva usted a mirar cara a cara su obra delante del Hombre. A él le gusta que uno se interese por su obra, aun cuando sea para maldecirla. Intente usted elevarse un poco hasta él y quizá se lo tenga en cuenta... En fin, lo principal es que le desembarque a usted lo antes posible... lo antes posible...

En cuanto hubo pronunciado estas palabras

Dolores se levantó y Gabriel descendió rápidamente la escalera.

Al mismo tiempo oíanse por todos lados timbres eléctricos.

—¡Márchese! Que no le encuentren aquí con nosotros—me dijo Dolores empujándome hacia la puerta que conducía al departamento de Amalia.

Allí tropecé con el doctor, al que le pregunté lo que significaba aquel ruido insólito de timbres eléctricos. Y él me contestó:

—No es nada. Es el zafarrancho del combate.

obligara a tomar parte, en el fondo de las aguas, en un combate que no me concernía y que era, sin duda, el más peligroso de todos los combates? Al menos así me lo imaginaba yo, y en vano el doctor me volvió a decir para tranquilizarme que "no sería nada".

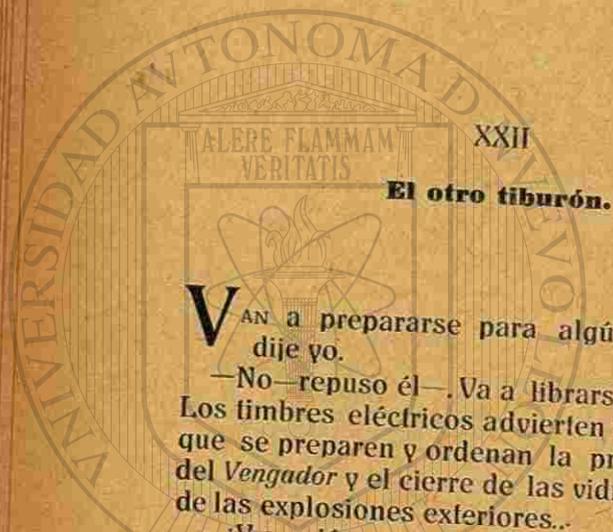
— Han debido encontrar algún submarino alemán al que quieren dar caza. Esto no durará mucho tiempo. Por lo demás, si quiere usted verlo... El espectáculo vale la pena.

Yo me dejé conducir por él a través de los corredores. Me pareció notar que había un gran movimiento en el barco. Los timbres eléctricos no dejaban de hacerse oír, y encontramos grupos de marineros que marchaban presurosos hacia los puestos de la tripulación.

— ¿Comprende usted? Van a la formación— me dijo el doctor.

Pero yo no comprendía en absoluto. Yo no veía la necesidad que tenía una tripulación que se dispone a luchar contra un submarino— cuando cada cual, por consiguiente, debe cuidarse, ante todo, de ocupar su puesto de combate— de ir a perder el tiempo en acudir a la formación.

Acontecimiento más extraño todavía: cuando pasábamos apresuradamente por delante del departamento de los prisioneros— "mi departamento"— se abrió la puerta que daba acceso a esta parte reservada del *Vengador*, y nosotros tuvimos que retroceder a otra galería para dejar paso al desfile de los prisioneros boches. Por lo menos había cierta cantidad de ellos... Yo



VAN a prepararse para algún ejercicio? — dije yo.

— No— repuso él—. Va a librarse un combate. Los timbres eléctricos advierten a los hombres que se preparen y ordenan la protección total del *Vengador* y el cierre de las vidrieras a causa de las explosiones exteriores..

— ¿Y a quién y a qué va a librarse combate?

He de confesar al punto que esta nueva aventura que venía a complicar todas las otras en el momento en que yo tenía el espíritu ocupado de una manera tan particularmente siniestra, se me aparecía, sin duda, como una de las menos deseables. Al doctor no le costó gran trabajo darse cuenta de mi furiosa emoción. ¡Sí, furiosa, porque era la cólera más que el miedo lo que me hacía sublevarme al fin contra tamaña perversidad de la suerte!

¿Por qué este encarnizamiento conmigo?
¿Qué le había hecho yo al cielo para que me

conté sesenta *que se hallaban aún íntegros* y unos treinta a los que les faltaba ya un brazo, ya una mano, ya una pierna... Los prisioneros de mulas precedían a todos los demás.

A la cabeza del cortejo marchaban media docena de fusileros del *Vengador* con el arma al hombro. Detrás, un pelotón de doce hombres, con la bayoneta calada, cerraba la marcha.

—Son los rehenes y los *semi-rehenes*, a los que llevan a ver el resultado del combate. Es su única distracción, salvo, a veces, la pesca con caña... —me dijo el doctor con una seriedad de una tristeza increíble.

Yo no me detuve a tratar de comprender el sentido de esta nueva incoherencia, tanto más cuanto que el doctor había echado a correr gritándome:

—Procuremos llegar a tiempo. Esto se acaba en seguida.

Yo trepé por una escala tras él, y ambos nos encontramos en el cuarto de los instrumentos.

—¿Se puede pasar?—preguntó el doctor a un oficial al que yo había conocido recientemente y que estaba inclinado sobre la pantalla de visión, de que ya he tenido ocasión de hablar.

—¿Cómo no, doctor? Entre pronto; creo que vamos a divertirnos...

No era ésta la primera vez que oía yo a este oficial hablar de aquel modo y con aquel tono divertido. Aquella misma mañana, cuando yo buscaba el camino para dirigirme a la comida del capitán Hyx, me había acompañado un rato, entablando conmigo una conversación en extre-

mo agradable sobre la vida de a bordo desde que el capitán Hyx había descubierto el medio de suprimir el mareo. Tenía una de esas caras bonachonas de *midship* (guardiamarina), iluminada, gozosa y joven, que contrastaba con todo lo que yo había podido encontrar en el *Vengador*.

Me había confesado que había desertado de la marina norteamericana y que lo mismo hubiera desertado de todas las marinas del mundo, a causa de la desgracia que tenía, él, un oficial de marina, de no poder poner el pie en un barco sin sentirse presa de náuseas mortales. El mecánico Mabell, el ingeniero en jefe, del que era amigo desde joven, había sido quien le había llevado allí con la única promesa de "que ya no se marearía nunca". Creo recordar que para justificar más aún a mis ojos su presencia y sus servicios a bordo del *Vengador* me confió vagamente que los boches le habían asesinado algún pariente; pero no podría afirmarlo. En todo caso parecíame que él atribuía escasisima importancia a ese detalle. Me pareció ser de los que dicen de ordinario: "*Basta ser hombre para odiarlos, sin que sea necesario que hayan hecho algo.*"

Como me había hecho una seña animadora con la mano que tenía libre (la otra la apoyaba en un botón de mando), yo avancé unos pasos tras el doctor, sin miedo ya de ser indiscreto.

Entonces vimos en la pantalla un pequeño navío de guerra que maniobraba en la superficie del agua. Debía de ser un *destroyer*. Parecía poseer una gran agilidad, y a cada instan-

te cambiaba de rumbo como si buscara algo.

—¿No será a ese contratorpedero al que vayamos a atacar?—dije yo—. ¿Dónde nos encontramos?...

—Ese es un destroye inglés—repuso el alegre *midship*—. Y en cuanto a decirle el "punto" exacto en que nos encontramos no tengo derecho a hacerlo. Pero si puedo hacerle saber que estamos a sesenta metros bajo el nivel del mar.

—¿Y a quién van a atacar?

—Pues a un submarino boche al que quiere dar caza ese destroye y que ya no se atreve a enseñar su periscopio... *But misfortune never comes single...* (1). El submarino boche debe verse apurado en este momento, pues sus micrófonos le han señalado, sin duda, un submarino a sus flancos, y ya debe poner en duda que se trate de un submarino amigo.

—¿Pero él no les ha visto a ustedes todavía?—pregunté yo.

—Nadie puede vernos. Sin embargo, nosotros, gracias a nuestros faros de luz fría, no le perdemos de vista bajo el agua...

—¿De qué pueden servirles a ustedes sus faros si durante el combate están ustedes tan ciegos como él, toda vez que se ven en la necesidad de mantener cerradas prudentemente sus compuertas por encima de sus vidrieras?

—¿Y nuestros ojos eléctricos?

—Pero eso es para ver la superficie...

—¡Bah! ¿Por qué?... Vemos por encima y por de-

(1) Cuando viene una desgracia nunca viene sola.

bajo... Ya sabe usted que se puede fotografiar el fondo del mar: *Nosotros le cinematografiamos*. Por lo demás, espere usted y lo verá.

Y el oficial me mostró frente a él, fijada en el claveado muro de acero, otra pantalla que yo había tomado a lo primero por una pantalla de recambio, y que se iluminó de pronto tras una orden que lanzó por un tubo portavoz.

Entonces, esta segunda pantalla, a la que iban a parar una decena de hilos eléctricos, nos mostró un submarino que navegaba entre dos aguas.

—Uno de los últimos modelos boches—nos dijo el oficial.

¿Por qué ocultar que yo estaba absolutamente turbado?

Allí teníamos ante nosotros, en el fondo del mar, un gran pez de acero vivo, y mucho más temible que todos los fiburones de la creación. Se advertía el movimiento de las aguas alrededor de su hélice. De vez en cuando, y tras cierta vacilación, el afilado pico del enorme animal picoteaba en una dirección nueva.

—Podrían ustedes creer que ese submarino marcha muy despacio, y, sin embargo, despliega toda su velocidad—nos explicó alegremente el *midship*—. Sólo que, como nosotros marchamos a la misma velocidad que él, no nos parece que se mueve verdaderamente sino cuando cambia de dirección.

—¿A qué distancia estamos de él?

—A un cuarto de milla inglesa exactamente, y nos mantenemos imperturbablemente a esa dis-

fancia, haga lo que haga, intente lo que intente... Y él debe de saberlo. Sus instrumentos no se lo oculfan... Les digo a ustedes que deben de estar poniéndose furiosos todos ellos allí dentro.

—Pero al fin y al cabo—exclamé yo—, si están tan furiosos como usted dice, puede ocurrírseles enviarnos un torpedo, y usted no puede estar absolutamente seguro, después de todo, de que ese torpedo no ha de tocarnos... ¡Mire! ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?—exclamé yo.

—Pues bien—dijo tranquilamente el *midship*—, ahí lo tiene usted: es el torpedo anunciado... *Indeed! It is delightful!* (1).

—¿Un torpedo lanzado contra el *destroyer*?—pregunté yo jadeando.

—¿Contra el *destroyer*? Mire usted dónde está el *destroyer*.

Yo volví la vista a la primera pantalla que se hallaba puesta de plano en la mesa más próxima, y sólo descubrí ya, al ras del horizonte marítimo, una pequeña humareda blanca que se alejaba. El *destroyer* había perdido la pista y renunciaba, sin duda, a la caza o se iba a cazar a otra parte.

—Pero, entonces, ¿ese torpedo es para nosotros?

—*All right!* Pues claro. Para nosotros es, para nosotros. ¡Ya llega, ya llega!

Esto lo pronunció el oficial con un acento inenarrable.

De hecho, se veía llegar perfectamente al

(1) Ciertamente, es delicioso.

torpedo. Este se agrandaba por momentos en la pantalla, haciendo reír al oficial; pero yo advertí que el doctor no se reía.

—Viene a nosotros—declaró el doctor—. No hay error. Quizás fuera ya hora de recurrir a "la deriva".

—¿Es que se cree usted que vamos a desperdiciar el aire comprimido en alejar los juguetes de esos señores? ¡Dejémosles que se diviertan!

En la pantalla, el torpedo se agrandaba, se agrandaba, se agrandaba... No obstante, al agrandar iba alcanzando el borde superior de la pantalla.

—Como ven ustedes—dijo riendo el oficial— pasa por encima de nosotros.

Y luego se dignó explicar a los pobres mortales que éramos nosotros:

—Esos señores "tiran por cálculo", pero no pueden calcular que nosotros nos encontramos a setenta metros bajo el nivel del mar. Eso excede a su imaginación. Creen que estamos, a lo sumo, a su misma altura, porque ellos han descendido a toda la profundidad que pueden descender sin peligro, y todo por rehuir al enemigo, que no les pierde de vista, y al que ellos no pueden ver... aunque lo sienten y lo oyen. Ya saben ustedes que la propagación del sonido en el agua es infinitamente más rápida y más "resonante" que en el aire.

—Sí, sí, ya lo sabemos—dijo el doctor con aire bonachón, a la vez que algo irritado—; pero aquí viene otro torpedo.

—Otros diez mil marcos en tonto—bromeó el *midship*.

Mientras el torpedo venía a nosotros aumentando de tamaño y dándonos la impresión de que iba a penetrar hasta en la sala en que nos encontrábamos, resonó el timbre eléctrico del teléfono.

Alargando el brazo, sin dejar de vigilar sus pantallas, el oficial había descolgado el receptor y escuchaba. Cuando hubo acabado, dijo:

—*All right!... El capitán se impacienta... Por lo demás, vean cómo el submarino se remonta, todo lo de prisa que puede. Sin duda, quiere sacar su "anteojo" para tener noticias del destroyer. El destroyer arriba, nosotros abajo: no es cosa que le hará mucha gracia. Indeed. Pero vamos a acabar con sus angustias...*

Al decir esto, el oficial manipulaba con mano firme diversas manecillas y palancas que se hallaban a su alcance; oprimía botones eléctricos... con el ojo atento a la pantalla vertical.

Ahora era el submarino el que se agrandaba y cuya silueta se deformaba singularmente, no ofreciendo ya aquella forma perfecta de cigarro que tenía momentos antes.

—Nos estamos acercando a él y ascendemos bajo él— anunció el *midship*—. ¡Atención! Vamos a enviarle uno de nuestros torpedos "de caza oblicua en altura".

El oficial se calló. Luego oprimió de pronto un botón eléctrico bajo el cual yo leí la palabra "¡Fuego!"

—El torpedo está lanzado—dijo el doctor—.

¿Va usted a enviarles otro? Si prevé usted un nuevo golpe, el señor y yo podríamos irnos a ver disparar el torpedo en la "cámara de los tubos".

—Miren... Van a saber ustedes tanto como yo.

Nuestros ojos, fijos en la pantalla vertical, nos mostraban un torpedo prodigioso que se deslizaba por el agua con una rapidez mucho mayor que el que habíamos visto pasar anteriormente por encima de nosotros. Este torpedo disminuía rápidamente sin cesar, pero el submarino disminuía también al mismo tiempo de un modo muy apreciable.

—Como ve usted, también ellos ven—exclamé yo—. ¡Huyen del torpedo!

—ilusión de óptica!—replicó el oficial—. Somos nosotros los que nos alejamos ahora del submarino... De todos modos, era un barco hermoso. ¿Saben ustedes que se encontrarán unos sesenta allí dentro? *Sesenta, de los que no escapará ni uno...*

—*Yo prefiero que mueran así*—dijo el doctor en voz baja.

—¡Oh! Y además, ¿en dónde iba a metérseles?

—dijo chanceándose el alegre *midship*—. *Ahora tenemos la carga completa de rehenes... ¡Atención! ¡Me parece que ya está!... Si les tocamos tenemos que oír algo... Imagínense que sus torpedos, del género *whitehead*, no contienen nada más que 75 kilogramos de pólvora, mientras que los nuestros tienen 180 kilos...*

Casi inmediatamente se produjo la explosión. Nosotros nos encontramos como en el centro

de la conflagración, o, para darme a entender mejor, el estruendo vibratorio fué tal en torno nuestro, que yo me imaginé hallarme en el centro de un trueno, lo que, evidentemente, no quiere decir absolutamente nada, pero, sin embargo, traduce admirablemente mi pensamiento.

—Comprende usted ahora por qué, a pesar de nuestra superioridad y la certeza casi absoluta que tenemos de no ser tocados, cerramos sin embargo nuestras ventanas?— me preguntó el oficial, que parecía hallarse en un estado de extraordinaria alegría.

Sin aguardar mi respuesta, dirigió por medio de un tubo acústico a la cámara de los tubos esta única palabra: "¡Enhorabuena!"

Y añadió en inglés, riéndose con excesivo estruendo y mostrando unos dientes terribles:

—*Contentment is better than wealth* (1).

Yo hubiera querido quedarme frente a la pantalla, en la que ya empezaba a discernirse algo entre la súbita confusión en que se había disipado la imagen, hasta entonces clarísima, del submarino; pero el doctor firaba de mí.

—Venga — me dijo —. Venga. *Van a abrir las ventanas...*

Y sin pedirme mi opinión, me hizo descender la escala más rápidamente aún de como la había subido.

—Así, pues — le dije yo mientras le seguía por el corredor —, ese oficial que acabamos de dejar

(1) Vale más la satisfacción que la riqueza.

¿acaba de hundir él solo el submarino? ¿Qué es lo que han hecho los demás?

—Nada, excepto el hombre que ha enviado el torpédo... Es exacto que ese oficial y su "artillero" son, en efecto, los únicos que han combatido. Es una lástima que no hayamos tenido tiempo de descender a la "cámara de los tubos" —añadió el excelente doctor—. Habría usted presenciado la maniobra, que no es nada trivial. ¡Pero otra vez será! Una cosa particularmente interesante es el manejo del mecanismo de la puntería con su "ojo eléctrico", porque aquí, al contrario de lo que sucede en los demás submarinos, en los que los hombres no tienen que ocuparse más que de meter los proyectiles en los tubos, vaciar el agua de éstos después del tiro mediante la succión de las bombas y luego volver a cargarlos para tirar *sin ver* a la orden de fuego, los artilleros del *Vengador* tienen pantallas de "puntería con ojo eléctrico", correspondientes a discos de maniobra para el desplazamiento de los tubos. Nuestros tubos son verdaderos cañones, y los hombres que los sirven verdaderos artilleros...

—Sí, sí; es extraordinario... extraordinario... El oficial arriba, en la cámara de los instrumentos, y el artillero abajo, con sus tubos... Y ahí tenemos sesenta hombres muertos sin que, al fin y al cabo, nos hayamos molestado mucho.

—Es verdad. Al fin y al cabo, esto no molesta, como usted dice...

—Pero entonces — proseguí yo —, ¿por qué todo ese alboroto, todos esos marineros que co-

rían como locos, esos timbres eléctricos que anunciaban el zafarrancho de combate?... ¿Qué zafarrancho de combate? ¿Podría usted decirme lo?

— Ya se lo he dicho... *Iban a acudir a la formación.*

Decididamente, el doctor me irritaba con su formación.

En fin, yo corría detrás de él por los corredores, sin darme perfecta cuenta de mis pasos... Por lo demás, en aquel navío me parecía estar siempre perdido, y cada vez que me encontraba en un sitio que conocía, no podía contener una exclamación.

Así, que volví a asombrarme una vez más cuando descubrí que nos encontrábamos en la inmensa sala de gala, en lo alto de la galería de los órganos, a unos pasos de la gran escalera de mármol de doble revolución. Pero esta vez mi asombro no era injustificado...

Desde el lugar en que nos encontrábamos nosotros, nuestra mirada abarcaba el conjunto de una escena que no tenía nada de trivial. Allí se encontraban dos grupos de hombres alineados como para pasar revista.

El primero, cuya primera fila casi tocaba el gran tapiz de la famosa *Batalla de Ruyter*, estaba formado por todos los prisioneros (indemnes o mutilados) que habíamos visto desfilar por los corredores. El segundo grupo lo constituía la tripulación, vestida de gran gala, *en formación...*

Este segundo grupo se alineaba exactamente detrás del primero. Estaba armado y hubiera po-

dido creerse que se hallaba allí exclusivamente para vigilar al otro grupo, aunque ocupaba aquel lugar, como pronto vimos, por su gusto particular.

Yo calculé que seríamos aproximadamente (entre tripulación y prisioneros) unos quinientos hombres. El más solemne silencio reinaba en la vasta sala, que resplandecía de luces eléctricas...

Detrás de la tripulación, en los primeros escalones de la escalera de mármol, se hallaban los oficiales, cruzados de brazos. Algo más arriba, en el primer rellano de esta escalera, se erguía inmóvil la fuerte silueta del Irlandés. El Hombre de los ojos de muerto, inclinaba la cabeza sobre un pequeño libro, en el que parecía leer oraciones.

Yo no vi al capitán Hyx.

De pronto se apagaron a medias las luces mientras que el tapiz que ocultaba la gran vidriera de fuerte armazón de cobre, se alzaba como había acaecido cuando se me había permitido contemplar por vez primera los abismos del océano y el combate de los atunes y el tiburón. Ahora descubrimos en el centro de las aguas iluminadas *al otro tiburón*, herido también de muerte.

El *Vengador* se había aproximado grandemente al submarino, que sólo era ya un enorme despojo hendido, "estallado", que se hundía, se hundía... descendía... Y nosotros descendíamos con él...

Diríase que también nosotros nos hundía-

mos... Sólo que nosotros habíamos conservado la libertad de movimientos y dábamos la vuelta lentamente alrededor de aquel formidable despojo.

Se distinguían numerosos detalles que atestiguaban que nos hallábamos, en efecto, ante uno de los últimos modelos salidos de los talleres teutones. Así, las dos torrecillas que contenían cañones de 100 milímetros (de creer las últimas indiscreciones que habían llegado a oídos míos en Madera), aparecían muy claramente entre las superestructuras.

Los quioscos, guarnecidos de gruesos cristales que permiten a los oficiales vigilar directamente el horizonte cuando el submarino navega a flor de agua (sobresaliendo tan sólo dichos quioscos), nos mostraban sus impenetrables cubiertas herméticamente cerradas al misterio del drama interior.

Había que mirar por debajo para ver la horrible abertura que acabábamos de practicar en el monstruo de hierro. Y de pronto, aquel lúgubre agujero dejó pasar cosas informes, pesadas, enormes, y residuos indescritibles, como se habían escapado anteriormente las entrañas del vientre abierto del tiburón.

El submarino se vaciaba por la herida prodigiosa que le habíamos hecho.

Y lo mismo que en el caso del tiburón, el mar enrojeció en torno suyo.

También él tuvo un último sobresalto y se revolvió sobre sí mismo.

Y luego vimos aún algo más. La horrible fiera

submarina se dividía suavemente por la mitad... Su herida se agrandaba, se agrandaba... Ya no quedaban ahora más que dos trozos del monstruo, y todo ello se contrajo una vez más... y esta vez vimos que por las enrojecidas aguas se deslizaban "racimos humanos"!

Y nosotros descendimos con los racimos humanos, que descendían lentamente, lentamente...

Habíamos dejado que los últimos despojos de acero continuaran su rápido camino; pero no abandonábamos a los "racimos humanos"...

Estos desgraciados descendían, por lo general, en grupos de cinco o seis, con las manos crispadas furiosamente en las ropas o en los cabellos del compañero. Se adivinaba que la muerte había debido sorprenderles en el gesto supremo, inútil, instintivo que habían realizado para salir de algún callejón en donde se habrían encontrado, aplastado, desgarrado, quedando abrazados en el fondo del agua homicida...

¡Oh! ¡Horror de la muerte en los combates submarinos!... ¡Y ésta era una de las más dulces, puesto que había sido la más rápida!... ¡Ay! ¡Ay! No les había bastado a los hombres la tierra, el aire y la superficie del mar para combatir y matarse: su genio asesino se había sentido ahogado en estos viejos dominios. ¡Aún no había hecho nada, puesto que todavía le quedaba algo que hacer! ¡Ahora puedes estar contento, Caín! Tu crimen ha conquistado el abismo y hace retroceder el límite del mal impuesto por el mismo Dios.

Así pensaba yo mientras descendía también

al fondo del abismo y al fondo de mí mismo, frente a aquellos "racimos humanos".

Y entretanto elevábase el terrible cántico de muerte del *Vengador*... el réquiem que ya había oído yo cierta noche, cántico que me había erizado los cabellos:

"También aquél beberá el vino de la cólera de Dios, cuyo vino será vertido puro en la copa de su cólera. Y aquél será atormentado por el agua, el fuego y el azufre, *en presencia de los santos ángeles y del Cordero*..."

¡Así sea!

Y el humo de su tormento se elevará en los siglos de los siglos y los que hayan adorado la Bestia y su imagen y hayan adoptado la señal de su nombre no encontrarán reposo alguno ni de día ni de noche... ¡Así sea!"

Yo oí al Ángel de las Aguas que decía:

—¡Señor! Tú que eres, que fuiste, que serás, eres justo porque has pronunciado estos juicios: pues ellos han derramado la sangre y por eso Tú les has dado sangre a beber, porque se lo merecen. ¡Así sea!"

Y el Irlandés preguntó:

—Hermanos míos, ¿quiénes sois?

Y toda la tripulación contestó:

"Somos los *Angeles de las Aguas*, que herimos en nombre del Señor."

Y ahora como entonces el Irlandés alzó los brazos y dijo:

—¡Señor! Danos fuerzas para arrojar el Espanto por el Espanto y librar al Mundo del Mal... ¡Así sea!"

Luego elevóse de súbito el canto de los órganos... armonía terrible que me hizo experimentar un nuevo escalofrío hasta en los tuétanos.

Aquello no tenía comparación alguna con el cántico de dolor que había oído yo cierta noche: era el clamor temible de la venganza y de la victoria.

El coro de los ángeles, triunfantes tras la destrucción de los demonios, no haría elevarse bajo los pies del Señor un himno más furioso del amor vencedor de la muerte que esta música que nos llegaba de los órganos en el fondo del Océano...

Los *Angeles de las Aguas*, que habían pronunciado su oración de los difuntos de pie ante los racimos humanos, se arrodillaron para oír aquella música. Muchos de ellos sollozaban. El Irlandés de los ojos muertos lloraba. Yo también.

En cuanto a los prisioneros alemanes, puedo afirmar que no mostraban ni una lágrima. Habíéndose cerrado bruscamente las planchas exteriores de la "ventana", encendiéndose la luz en la gran sala de gala, yo los vi desfilar y pude examinarlos muy de cerca. Jamás he visto rostros más impasibles.

Si se había querido producirles dolor, ellos apenas si lo dejaban ver; quizás, después de todo, no experimentarían ninguno. En todo caso, si alguien había contado con su emoción, vería frustrado su propósito...

—Señor Herbert de Renich, mañana por la noche le espero en la "pequeña capilla"...

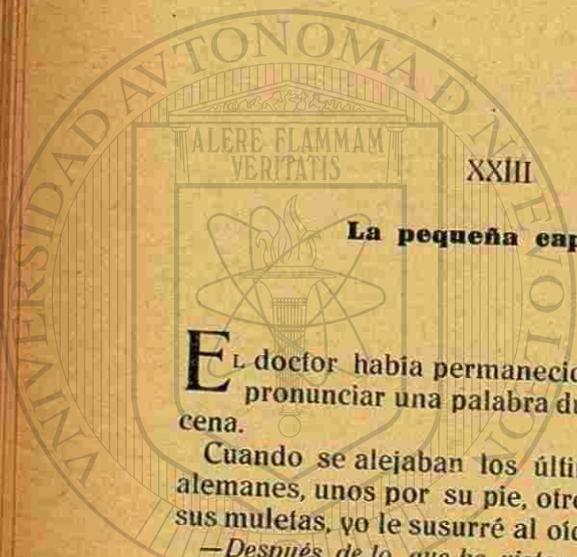
Yo me volví y saludé al capitán HÛx, que acababa de dejar el órgano y se dirigía a su biblioteca por el corredor.

¡Dios mío! ¡Qué pálido aparecía bajo su antifaz! ¡Y qué solemne! Parecía haber crecido. Ya he dicho que era algo grueso; pero esto distaba mucho de restarle majestad. Al contrario, Napoleón I no empezó a tener verdadero aire de majestad hasta que comenzó a estar gordo.

¿Necesitaré deciros que desde que Dolores me había confiado los verdaderos propósitos del capitán HÛx respecto a la almiranta von Treischke yo no había cesado un minuto, a pesar de los acontecimientos más o menos apasionantes que acababan de desarrollarse, de rumiar proyectos de salvación de la pobre Amalia?

¿Necesitaré deciros sobre todo que desde aquel momento yo execraba cada vez más al dueño misterioso del *Vengador*?... Pues bien, ved cómo acababa de experimentar una vez más el supremo poderío de aquel ser odiado... Se hallaba cerca de mí. Acababa de hablarme... Y no sólo no me tiré a su garganta, sino que no sentí el menor deseo de hacerlo... ¡Y le saludé *con sumisa admiración!* Le encontré guapo, a pesar de su antifaz, que hubiera podido volverle ridículo y le encontré majestuoso. Arreglad esto como podáis.

¿Sería simplemente el influjo de una fuerza sobre mi debilidad? Es posible. Y o creo que el



La pequeña capilla.

EL doctor había permanecido a mi lado sin pronunciar una palabra durante toda la escena.

Cuando se alejaban los últimos prisioneros alemanes, unos por su pie, otros con ayuda de sus muletas, yo le susurré al oído:

—Después de lo que he visto aquí y allá, en la prisión blanca y en el espectáculo enrejado, puedo decir que éstos están por encima de la naturaleza humana.

El doctor volvió la cabeza y rectificó:

—Fuera de la naturaleza humana.

Luego pareció pensar en otra cosa. Yo me enjugué los ojos, dominado todavía por la emoción.

La tripulación había seguido a los prisioneros. Ahora la sala estaba vacía. Sólo quedábamos en la alta galería el doctor y yo, más una voz, que oí de súbito sobre mi nuca:

doctor, cuyas contradictorias lamentaciones había oído yo por sorpresa el otro día, se encontraba respecto a él en análoga situación a la mía, respetando las proporciones debidas.

Por eso le odiaba, sin duda, por haberle arrastrado a aquella horrible cruzada submarina; pero no le odiaba más que desde lejos, porque había que ver al doctor cuando se encontraba al capitán Hyx. ¡Qué saludos! Y al mismo tiempo, ¡qué preciosas sonrisas fristes! ¡Qué miradas de abnegación de perro que sigue queriendo a su amo aun cuando el amo es malo!

Extraño tipo era este doctor, muy bueno y muy sincero, pero muy vacilante para todo, con preciosos argumentos espontáneos para contradecir y dar la razón sucesivamente a todo el mundo, e incluso a la misma persona.

No era francés, como me había figurado yo por un momento. Era un belga que había cursado sus estudios en la facultad de Lille. Se llamaba Erystal de apellido y Mederic de nombre de pila. Movía la cabeza sin fon ni son, y siempre parecía estar pesando, a la vez que las llaves de sus bolsillos, el pro y el contra en su cerebro.

El hecho de que el capitán Hyx le hubiera decidido a embarcarse probaba sobradamente la fuerza de atracción y de mando del dueño del *Vengador*... Pero desde que se hallaba a bordo, este buen doctor (no tardé en saberlo) se entregaba a la bebida... ¡Ay! ¿Quién se atrevía a censurarle?

¿Qué iría a suceder en la pequeña capilla?

Esto es lo que me decidí a preguntarle al mismo doctor, así como otras cosas que me abrasaban la lengua y el entendimiento. Así, pues, le rogué a Mederic Erystal que me acompañara hasta mi cuarto y no me soltara hasta dejarme en él: hasta tal punto me sentía presa de aturdimiento y de fiebre.

El doctor me cogió amistosa mente del brazo me hizo entrar con precaución en el ascensor, y en el ángulo de un corredor me dió todos los datos posibles acerca de un innoble individuo con el que nos cruzamos y del que se alejó con disgusto mientras el otro inclinaba hasta sus pies las plumas que ornaban su cabellera.

—Es un saltimbanqui— me dijo el doctor—. ¡Un farsante! Aparte de eso, es un verdadero piel roja de la antigua tribu de los Pannies. Ha trabajado en los circos, creo que en el de Buffalo. Está tatuado de pies a cabeza con dibujos macabros humorísticos, trazados con tinta china por comanches de plazuela, plaga de los arrabales de Chicago. Se hacía pasar en todas partes por el verdugo de su tribu, encargado de torturar a los prisioneros. ¡Patrañas! Lo único que sabe hacer bien es arrancar los dientes con la punta de un sable, cosa que se ve sin ir a América. En lo demás, trabaja de una manera horrible. Mas a pesar de eso, el capitán Hyx, obedeciendo a su lógica inflexible, le contrató como verdugo oficial, creyendo que haría sufrir más que otro que fuera más entendido, en lo que se ha engañado, porque el piel roja es más perezoso que un lirón y siempre está más dispuesto a ha-

cer muecas que a trabajar. Finalmente, ha habido que traer un chino, pero de todos modos, se refiene a ese piel roja que deshonra el navío. A causa del color de su piel de ladrillo aquí le llama todo el mundo "el padre Latuile" (1).

—El padre Latuile! ¡Al fin sabía yo quién era el padre Latuile, que tanto me había intrigado!...

—¿Qué inmundicia!...

—Ah! Yo no solté al doctor. Llegado al departamento de la blanca prisión, cuyo portero hindú nos había abierto la puerta solemnemente con gestos hieráticos (como si hubiera abierto la puerta de un templo, me imaginé yo), empujé a Mederic Erístal dentro de mi cuarto, y mientras él me tomaba el pulso, moviendo la cabeza (como siempre), yo le pregunté a bocajarro si podía tener confianza en las palabras de Dolores.

—¿Qué palabras? ¿Qué palabras?... Yo no quiero saberlas... No quiero mezclarme para nada en ese asunto.

—¿Qué asunto?... No hay ningún asunto—dije yo—. Pero ¿no ha sido usted quien me avisó que la señorita Dolores tenía algo que decirme?

—¿Y qué? Me parece que el encargo era muy natural.

—Muy natural, es cierto. Y también es muy natural que yo le pregunte...

—No me pregunte nada... Déjeme que le tome tranquilamente el pulso...

—¿Puedo preguntarle al menos si tendremos

(1) El padre Lateja.

aún mucho tiempo el gusto de contarle entre nosotros? No he de ocultarle que su marcha me dejaría desolado, a no ser que fuera usted tan bueno que me llevara consigo...

—Yo no me marchó ya—me dijo—. Me quedo a su disposición... Cierito es que debería dejarles a ustedes en Cádiz; pero en Cádiz *él* embarcará a seis doctores. Por lo tanto, es que los necesita (¿qué irá a pasar aún, Dios mío?). Yo he reflexionado en que debe de necesitarlos. Y sin saber por qué, me quedo... al menos creo que me quedaré... En último término, haré lo que él quiera...

—Si; usted no está completamente decidido aún—dije yo con una sonrisa que fué comprendida por el doctor.

—Me encuentra usted *vacilante*—me dijo meneando la cabeza (yo acabé por atribuir esto a un gesto nervioso)—. Si; yo soy siempre algo vacilante... Figúrese usted que ha sido mi "sagrado oficio" lo que me ha hecho ser así... ¡La medicina!... Cosa pintoresca!... Aparte de tomar el pulso, consultar el termómetro y purgar, no me atrevo a hacer nada, créame... ni tampoco a decir nada... Eso sí, una inyección de morfina de vez en cuando para que se me deje en paz y no se me pidan explicaciones... Ahora todo el mundo nos pide explicaciones... Mire, yo comprendo al padre Latuile. Hay motivos para contratarse en el circo Buffalo...

—O en el *Vengador*.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando hube de sentir las. El doctor me miró

con un aire de reproche indecible, y vi brotar de sus ojos gruesas lágrimas. Yo le estreché afectuosamente las manos.

—Conozco sus sentimientos — le dije—. Perdóneme si le he hecho sufrir. Es usted aquí el único que me es simpático, que tiene aún un rostro y un corazón de hombre...

—Pero el doctor se marchó tan emocionado como cuando sorprendí su conversación con Gabriel y Dolores.

—*El único que es un cobarde, un cobarde... un cobarde...* — me dijo sollozando, y desapareció.

Buldeo le sucedió.

—¿Cenará el señor en su cuarto o con los señores prisioneros?

—En mi cuarto. En mi cuarto, Buldeo... Pero tengo algo de fiebre: sólo deseo sopa y un huevo pasado por agua. Dígame, Buldeo; a propósito de esos señores prisioneros hay cosas que no acabo de comprender.

Buldeo me contestó:

—Mañana por la noche está usted citado con el capitán Hyx en la "pequeña capilla". Yo estoy encargado de conducirlo a ella. Entonces lo comprenderá usted todo. *Nosotros no tenemos nada que ocultarle...*

El día siguiente se me hizo interminable. Tan sólo aconteció un incidente sin importancia por la tarde: el doctor, que llega a mi cuarto bastante agitado y me suplica del modo más misterioso que olvide en absoluto (que lo arroje de mi memoria) lo que me había dicho la víspera acerca de los seis médicos que iban a embar-

carse en Cádiz. Sobre todo, yo debía olvidar el nombre de la ciudad española.

En fin, debía de ignorar en absoluto todo cuanto de una u otra forma pudiera ponerme en condiciones de "situar" al *Vengador* en el fondo de los vastos mares. (Yo había pensado que debíamos de haber entrado en el estrecho de Gibraltar y que en algún paraje próximo debió de ser donde encontramos al submarino boche.)

Después de conseguir mi promesa de olvido, el doctor, que me había tomado el pulso pensando en otra cosa (como siempre) y meneando la cabeza, desapareció jurándome una amistad eterna.

Por fin llegó la noche en que Buldeo me introdujo en la pequeña capilla, la cual hallamos al fondo de la biblioteca privada y que comunicaba directamente, según me dijo Buldeo, con el cuarto del capitán. Buldeo me dejó solo.

Esa pequeña capilla era una verdadera alhaja, una obra de orfebrería más que de arquitectura, que reproducía en miniatura (así os la describiré en seguida) la Santa Capilla del Palacio de Justicia de París, esa deslumbrante obra maestra del arte gótico, como dicen los guías.

Las altas vidrieras de color estaban iluminadas por lámparas eléctricas colocadas exteriormente, de tal suerte que la luz que las atravesaba y se difundía por las losas de mármol y el altar parecía luz natural.

A decir verdad, con aquel silencio y aquella aparente inmovilidad y todo aquel esplendor gótico, se olvidaba uno en absoluto del lugar en

que en realidad se encontraba, para no ver más que el gran Cristo que extendía sus brazos mártires por encima del altar, y las rodillas mostrábanse dispuestas a doblarse como en una verdadera mansión del buen Dios en tierra firme.

En aquella capilla maravillosa había cuatro facistoles de gran belleza, cuatro atriles que constituían todo el mobiliario.

En estos cuatro atriles vi yo cuatro enormes libros registros de color verde, con ángulos de cobre, cuyo aspecto brutalmente comercial resaltaba singularmente en aquel marco sagrado.

En cambio fui atraído por un libro de extraordinaria belleza que había sido colocado en el mismo altar, delante del tabernáculo. La cubierta, con incrustaciones de piedras preciosas, representaba por sí sola una suma considerable. Jamás el arte bizantino, en sus días de mayor opulencia, había enriquecido parejamente la palabra escrita del que predicó la pobreza.

Yo alcé la cubierta, sintiendo curiosidad por leer en aquel evangelio esplendente. Pero no bien hube echado una mirada en aquel libro terrible, cuando lo dejé caer retrocediendo y lanzando un suspiro de horror.

Aterrado, deseando únicamente huir, me volví:

—Señor Herbert de Renich, ¿quién le ha permitido mirar en mi *Libro Mayor*?

Ante mí se hallaba el capitán Hux, que me tendía la mano con gesto amigable y sencillo.

XXIV

Lo que fué dicho en la pequeña capilla.

Así, pues, él me tendía la mano.

Esta era la primera vez que tenía este gesto para conmigo, y yo hubiera dado mucho, muchísimo, por que nunca se le hubiera ocurrido tenerlo. No obstante, yo le estreché aquella mano que tan poco deseaba. Esta no se hallaba ni fría ni calenturienta. No ofrecía nada de extraordinario.

Me condujo ante los cuatro atriles y los cuatro libros verdes con esquinas de cobre, de los que pendían cintas de seda que terminaban en pequeños cuadritos de pergamino, sobre los cuales se habían inscrito bien cifras, bien letras de los diferentes alfabetos conocidos tanto en Oriente como en Occidente.

—Señor Herbert de Renich—me dijo, haciendo alusión a mi anterior indiscreción—, antes de mirar en mi *Libro Mayor*, al que yo he depositado en la piedra santa, delante del tabernáculo, porque mi *Libro Mayor* le pertenece a Dios

que en realidad se encontraba, para no ver más que el gran Cristo que extendía sus brazos márficos por encima del altar, y las rodillas mostrábanse dispuestas a doblarse como en una verdadera mansión del buen Dios en tierra firme.

En aquella capilla maravillosa había cuatro facistoles de gran belleza, cuatro atriles que constituían todo el mobiliario.

En estos cuatro atriles vi yo cuatro enormes libros registros de color verde, con ángulos de cobre, cuyo aspecto brutalmente comercial resaltaba singularmente en aquel marco sagrado.

En cambio fui atraído por un libro de extraordinaria belleza que había sido colocado en el mismo altar, delante del tabernáculo. La cubierta, con incrustaciones de piedras preciosas, representaba por sí sola una suma considerable. Jamás el arte bizantino, en sus días de mayor opulencia, había enriquecido parejamente la palabra escrita del que predicó la pobreza.

Yo alcé la cubierta, sintiendo curiosidad por leer en aquel evangelio esplendente. Pero no bien hube echado una mirada en aquel libro terrible, cuando lo dejé caer retrocediendo y lanzando un suspiro de horror.

Aterrado, deseando únicamente huir, me volví:

—Señor Herbert de Renich, ¿quién le ha permitido mirar en mi *Libro Mayor*?

Ante mí se hallaba el capitán Hux, que me tendía la mano con gesto amigable y sencillo.

XXIV

Lo que fué dicho en la pequeña capilla.

Así, pues, él me tendía la mano.

Esta era la primera vez que tenía este gesto para conmigo, y yo hubiera dado mucho, muchísimo, por que nunca se le hubiera ocurrido tenerlo. No obstante, yo le estreché aquella mano que tan poco deseaba. Esta no se hallaba ni fría ni calenturienta. No ofrecía nada de extraordinario.

Me condujo ante los cuatro atriles y los cuatro libros verdes con esquinas de cobre, de los que pendían cintas de seda que terminaban en pequeños cuadritos de pergamino, sobre los cuales se habían inscrito bien cifras, bien letras de los diferentes alfabetos conocidos tanto en Oriente como en Occidente.

—Señor Herbert de Renich—me dijo, haciendo alusión a mi anterior indiscreción—, antes de mirar en mi *Libro Mayor*, al que yo he depositado en la piedra santa, delante del tabernáculo, porque mi *Libro Mayor* le pertenece a Dios

conviene echar primero una mirada a mi *contabilidad ordinaria*, que todavía les pertenece a los hombres...

Su mano me señalaba entonces los cuatro libros verdes, en cuyas cubiertas yo leí: *Libro diario*, *libro copiador de cartas*, *libro de inventarios*, *libro de balances*.

—Con estos libros — prosiguió — he hecho aquél — el libro lujoso de la piedra del fabernáculo —, y sigo haciéndolo, y haciéndolo seguiré hasta que el mismo Dios me envíe su ángel para poner en él la palabra "fin".

Aquí pareció reflexionar. Y yo percibía su silencio como percibía momentos antes sus palabras. Pero ahora, hasta su mismo silencio me inquietaba y me dominaba... De todos modos no iba yo a ponerme a sentir simpatía por aquel hombre monstruoso que era el enemigo más cruel de Amalia y quizás también mío. Cuando reflexiono ahora en todo esto, no puedo explicarme a la verdad mi estado de debilidad de espíritu sino por una fuerza excepcionalmente irresistible que me domeñaba, como domeña todo, y esta fuerza es la sinceridad. Sí; aquel hombre era sincero en su horror. El creía tener razón. ¡Miradle! ¡Oídle reflexionar un instante en esta capilla ante ese Dios al que se atreve a invocarlo...

El capitán Hyx rumia tranquilamente todas las razones que tiene para tener razón, y quizás pide al Señor que me ilumine a mí, Carolus Herbert de Renich.

Me ha soltado la mano. Ahora posa la suya en

el primer libro verde que tiene a su derecha y que lleva la inscripción de *Libro de Balances* y me dice:

—Señor, usted tiene un alma generosa: su loca conducta, en lo que concierne a la señora del almirante von Treischke, lo atestigua; pero de todos modos espero que tan hermosos movimientos, muy naturales en un hombre joven aún, no le impedirán considerar sanamente las tristes y formidables necesidades a que he tenido que obedecer por la venganza de Dios y el honor de los hombres... Señor Herbert, *frente a los crímenes de la Bestia, ¿qué podía hacer yo sino abrir libros de contabilidad?*... Ahí los tiene usted, puede usted hojearlos, todo el mundo puede leerlos... Es una contabilidad honrada que no teme ningún control. ¡Lea! ¡Lea!... (El capitán abrió el libro.) Esta es una contabilidad especial, que no suele verse en el comercio, pero que responde bastante bien a nuestras necesidades. Es un balance de un género absolutamente nuevo que lleva la cuenta no sólo del objeto cambiado, sino también y principalmente de la calidad del propietario del objeto. Pues frecuentemente la calidad del individuo determina la calidad del objeto. *Hay muchas clases de brazos como hay muchas clases de carbón*. Así, el brazo o la pierna, o incluso la cabeza, del almirante von Treischke, son infinitamente más caros que cualquier otro brazo, cualquiera otra pierna o cualquier otra cabeza recién llegada...

¿Cómo deciros el efecto que me producía una "conversación" tan inesperada? Yo había visto ya

demasiado en aquel barco infernal para poder esperar ni por un segundo que era objeto de alguna broma macabra. Por lo demás, el aspecto y el tono del capitán Hyx disipaban para siempre toda idea de broma. El hombre hablaba—yo lo sabía—con la mayor seriedad del mundo. Y acordándome de los consejos de Dolores, me esforcé por “ponerme a la altura”.

El capitán me preguntó muy amablemente:

—¿Me empieza usted a comprender?

—Sí — dije yo estremeciéndome —. Le comprendo en absoluto. ¡Es horrible! ¡Es horrible!

—Tenga usted en cuenta, señor mío, que si no me comprendiera usted ya trataría de consolarme. Lo importante para mí y para el mundo sería que me comprendieran ellos...

—¿Y le han comprendido?...

—Están empezando a hacerlo... De todos modos, por lo que respecta a usted, quisiera, en la medida de lo posible—añadió con una gran cortesía algo afectada (no se me escapó el matiz)—, inspirarle otros sentimientos que no fueran el horror. Si tuviera usted la paciencia, o solamente la buena voluntad, de examinar *el movimiento de nuestro negocio durante los últimos seis meses, vería usted que hemos obtenido resultados apreciables.*

—¿Está usted en correspondencia directa con ellos?

—Sí—dijo el capitán Hyx dirigiéndose hacia el copiador de cartas—. Puede usted juzgar por sí mismo cuanto guste. La lista de Correos no ha sido creada únicamente para la comodidad

de los neutrales. La cosa, vuelvo a repetirle, es hablar a esas gentes como es debido...

Dicho esto, abrió el copiador de cartas y me invitó a examinar las primeras líneas de una correspondencia cambiada con cierto capitán de submarino, muy conocido en Alemania. Yo alcé la cabeza, más emocionado sin duda de lo que hubiera deseado aparecer.

—¡Esto es sencillamente aterrador!—dije yo.

—¿Lo cree usted así?...—dijo el capitán Hyx—. Hay personas verdaderamente extraordinarias, tales como usted, caballero, que tienen el corazón tierno, y suelen escribir que los boches (como dicen los franceses), enemigos de la humanidad, son tan estúpidos como peligrosos, porque son incapaces de concebir otra mentalidad que la suya, y no pueden razonar sobre los demás sino con su razón de boches... Pero esas personas, a cuyo grupo pertenece usted, caballero, son tan peligrosas y también (perdóneme la palabra) tan boches, *a su modo*, como los mismos boches, porque para contestar a los crímenes de éstos les hablan el lenguaje de la humanidad. Entonces son ustedes los que no pueden salir de su intelectualismo. A ustedes es a los que hay que reprochar el que sean incapaces de concebir una mentalidad distinta de la suya... Si no fuera por eso, ustedes hablarían en boche a los boches. Y hablar en boche a los boches es hablar el lenguaje del espanto, el único que ellos pueden entender, el único con que contaban para convencer al mundo..., el único, por consiguiente, con el que puede esperarse que

ha de convencérselos a ellos. Y yo les digo: ¡Vamos a ver! ¡Espanto por espanto! ¡Brazo por brazo, pierna por pierna, ojo por ojo, diente por diente!... ¡Contemos!

—¡Sí, sí, sí, sí!...

—Y yo cuento... Así, pues, vea usted cuál es nuestra situación respecto a los brazos... Mire en el libro de inventarios y en el de balances...

—¡Por favor! ¡Ya le comprendo! ¡Ya le comprendo!

—Y respecto a las manos... las manitas de niños... ¿Sabe usted cuántas manitas de niños nos deben todavía?

—¡Basta! ¡Basta! ¿No querrá usted hacerme creer—exclamé yo fuera de mí—que corta las manos a los niños?

—¡No!—dijo sombríamente el Hombre cerrando el libro con un gesto brutal—. ¡No!... ¡Sólo en lo que respecta a los niños les somos inferiores! Yo no he podido... Se tienen debilidades... ¡Pero tomamos dos pares de manos adultas por cada par de manitas infantiles! ..

Yo me sujetaba la cabeza entre las manos como quien teme por su razón.

—Cálmese—me dijo él—. Cálmese... Necesito de toda su calma, señor neutral.

—¿Y las mujeres?—dije yo jadeando—. ¿Qué hace usted de las mujeres?

—Eso no puedo decírselo todavía, pues la señora del almirante von Treischke es nuestra primera prisionera...

—Usted no se atreverá a tocar a una mujer como no ha tocado usted a los niños... Yo lo

comprendo todo, todo, todo; pero no comprendo que se toque a una mujer, y a una mujer que, por lo demás, no ha hecho nada... que es la primera en llorar los crímenes de los boches... y los de su marido... Usted tiene aquí demasiadas víctimas, siempre dispuestas, para que le sea útil derramar la sangre de una inocente.

Yo me había dejado llevar de mi agitación (por no decir de mi indignación) y no me disgustaba del todo haber encontrado aquel argumento de la *inutilidad* del suplicio de Amalia. Me parecía propio para herir a un espíritu tan positivo y quizás tan *justo en el horror* como el del capitán Hyx. De hecho pude creer que le había hecho reflexionar. Me escuchó hasta el fin sin impaciencia, luego me consideró en silencio con una gran dulzura aparente. Y por último, lanzó un suspiro que me dió mucha esperanza, pues lo acompañó con estas palabras:

—Sí; una mujer. ¡Es horrible!

Ya estaba bien para empezar... Yo juzgué que sería prudente por mi parte no insistir por el momento... Y como su ademán me incitaba a sentarme a su lado en un banco maravillosamente esculpido situado a la derecha del altar, me limité a decir:

—Confío en su justicia...

Y luego, creyéndome como un bobo (¿no me lo había llamado él mismo momentos antes?) que tenía ganada la partida, o en todo caso, que me hallaba en vías de ganarla, decidí mostrar una comprensión cada vez más franca de la grandeza funesta (para los boches) de la san-

guinaria obra de aquel terrible filántropo, y como había sido llevado a hablar de prisioneros, le dije:

—Si los alemanes le han comprendido a usted en su patria como parecen haberle comprendido aquí, puede usted congratularse, en efecto, capitán... (Silencio de éste, que parece no haber oído.)

Entonces repetí moviendo la cabeza (como el doctor):

—Una de las cosas que no me han asombrado menos es la perfecta tranquilidad con que esos señores prisioneros parecen comprenderle a usted...

—Sí, sí, ya lo sé—acabó por decir el capitán.

—*Porque al fin y al cabo, no sólo comprenden su sistema de contabilidad, sino también que están destinados a experimentarlo en persona...*

—Evidentemente.

—Pues bien, permítame que le diga, capitán, que a mí me sorprende eso en extremo.

—Y que admira usted su tranquilo fatalismo. Ya lo sé. Ya lo sé.

—¡Ah! ¿Se lo han dicho?...

—Sí. Lo he leído en el informe diario del doctor o de Buldeo, no me acuerdo ya... (¿Cómo? ¿Hacen informes diarios? Hay que desconfiar!) En fin, que los encuentra usted sublimes de impasibilidad.

—O también irritantes de cobardía—dije yo temiendo haberle dicho algo desagradable.

—En suma, tan pronto le sublevan porque no se sublevan, como le entusiasman porque tienen

el aire de no preocuparse siquiera del suplicio que les aguarda... Pues bien, señor Herbert de Renich: *sepa usted que piensan constantemente en su suplicio, que no piensan más que en eso y que hacen cuanto pueden por rehuirlo, y que lo mejor que pueden hacer para rehuirlo es precisamente permanecer impassibles...* ¡Ah! Los boches son gentes prácticas, mucho más prácticas que sublimes... Conociéndolos bien también aquí, les he hablado en su lenguaje y ellos me han comprendido en seguida, y en seguida he logrado la paz... Señor Herbert de Renich, yo he dividido a los prisioneros en rehenes, semi-rehenes, tercios de rehén y cuartos de rehén... Los rehenes enteros son evidentemente los más felices. Están casi seguros de no ser perjudicados. Su vida, es cierto, me responde de ciertas vidas prisioneras en Alemania; pero estos señores han tomado sus precauciones para que no les sobrevenga ningún incidente enojoso. Ellos mismos han prevenido a la madre patria de la suerte que les estaba reservada. Esto es lo que le explica a usted el aire gallardo de von Busch y la magnífica alegría de von Freemann. Ahora, sepa usted que para lograr ser *rehenes enteros* ha sido preciso que estos señores mostraran una impassibilidad particular. El que flaquea o gime por su suerte y aun por la de los demás, *ése está destinado a pasarlo muy mal, y perdóneme la expresión.*

Pero esta expresión, ¡ay!, yo no se la perdoné... y no pude por menos de apartarme un poco de él en el banco que nos había acogido a los dos...

¿Se dió cuenta él de este movimiento, espontáneo y lamentable?

¿O no lo advertiría?

El tranquilo encarnizamiento con el que siguió explicando su horrible sistema, más bien me inclinaría a pensar que se había dado perfecta cuenta del efecto que me había causado, y poco después, por lo demás, me fué imposible contener un nuevo gesto de espanto...

—¿Le causo horror?— me preguntó él tranquilamente.

—¡Me espanta usted!... ¡Espanta usted a un hombre honrado, señor!... ¡Un hombre honrado que, en último término, se niega a conceder crédito a todas sus locas imaginaciones!... ¡No! ¡No!... Todos esos discursos no me convencerán de la abominable realidad de sus propósitos... ¡Usted quiere amedrentarlos!... ¡Usted quiere amedrentarlos, señor!

—¡Cierto!— repuso el Hombre—. ¡Cierto! Quiero amedrentarlos como han querido amedrentar ellos al mundo asesinando a los pueblos pacíficos del Norte... *Yo les amedrento de forma igualmente seria...*

Y cogiéndome de súbito la muñeca, y oprimiéndomela hasta hacerme casi chillar, añadió:

—¿Es que tengo yo el aspecto de quien bromea?— me dijo con voz silbante—. ¿Ha visto usted si bromeaba ayer, cuando se le ha cortado la lengua a ese sabio ilustre y charlatán?...

—¡No! ¡No!... Yo no lo he visto— exclamé yo aterrado por la súbita exaltación de mi interlocutor—... Eso ha sido *verdaderamente* horrible...

Pero aparte de ése, que podía ser sacrificado y que quizás haya merecido serlo, como advertencia... la venganza de usted no ha sido todavía nada más que una promesa... una amenaza... Dígame que conserve aún una esperanza...

—¿La esperanza de qué, caballero?... Me hace usted una pregunta a la que no he de contestarle. Eso es una cuestión pendiente entre Dios y yo... ¿Qué le importa a usted que ya hayan pagado algunos o que este pago no se efectúe hasta dentro de ocho días o de quince?... El tiempo no influye para nada en el asunto... Pero todos han de pagar, se lo juro... Eso es lo que está claro...

—¡Qué desgraciados!... ¡Qué desgraciados!...

—¡Oh! ¡No se compadezca usted de todos ellos!— me dijo el capitán chanceándose de un modo horrible—... Hay unos que merecen menos compasión que otros... y son los que, *casi tranquilizados acerca de su suerte, se divierten con la suerte de los otros...* Y sobre todo, no vaya usted a creer que tienen que hacer el menor esfuerzo para ver cómo sufren los otros... aun cuando éstos sean amigos, hermanos, compañeros de armas... Ya sé que usted los ha visto en la *ventana enrejada después de cenar*. ¿Le han dado la impresión de no hallarse a gusto? ¿Sí o no?... ¡Conteste!

—¡No! Esto es más espantoso aún de cuanto hubiera podido imaginarse... ¡No! ¡No! No parecían estar a disgusto... ¡Oh! ¡Usted es el demonio!...

Esta última frase se me escapó muy a pesar

mío como una bomba que hubiera tenido dentro de mí. Pero entonces el capitán no pareció molestarse por ello. Hasta se sonrió, rascándose con el índice el ángulo de su boca bajo el antifaz y dijo:

—Caballero, ¿conoce usted la expresión *Schadenfreude*? Es una palabra alemana que no tiene equivalente en ningún otro idioma. Designa, en efecto, un rasgo de carácter que es propiedad exclusiva de los boches (1) y significa poco más o menos esto: "placer que procura la conciencia de haber causado mal a otro", o también "goce de ver sufrir a otro"... Sin duda, según ha dicho Curt Wigand, ese perverso sentimiento existe más o menos pronunciado en ciertos individuos de todas las demás naciones; pero en éstos no aparece en cierto modo sino como el efecto de un estado de espíritu excepcional, de un impulso momentáneo, mientras que los alemanes, por el contrario, padecen verdaderamente una *Schadenfreude* natural y crónica, tan difundida, o para decirlo mejor, tan general, que su lengua, privada de palabras para designar la delicadeza y la galantería, ha debido forjar una con el fin de expresar esa odiosa y malsana satisfacción que procura a las almas bajas y crueles "la contemplación de la desgracia ajena". Ahora bien, cuando a esta contemplación de la desgracia ajena se añade la esperanza de que quizás pueda esta desgracia disminuir la de uno

(1) *Le Petite Histoire* (G. Lenotre).

mismo, imagínese usted lo que se puede conseguir...

—Ya lo he visto. Ya lo he visto. ¡Oh, señor, qué bien los conoce usted!

—No tan bien como se conocen ellos mismos—me replicó el capitán—. No tan bien, según puede usted comprobarlo, como ese Curt Wigand, avisado psicólogo boche, que parece comprender muy bien a sus compatriotas, pero elude el apoyar su tesis con ejemplos; no obstante, una vez encaminado el espíritu por este sendero, por pocos y superficiales conocimientos que se tengan de la historia y las costumbres de los alemanes, estos ejemplos acuden en abundancia a la memoria. Pues la *Schadenfreude* ha existido en todos los tiempos. Por todas partes por donde ha pasado principalmente el prusiano se descubren las huellas de los refinamientos en que se han puesto de manifiesto, ora su prurito nativo de manchar y profanar, ora su ingeniosa ferocidad. En Nuremberg puede verse todavía la famosa madona que inventó un Hohenzollern, Federico, el de los dientes de hierro, según se dice. Antiguamente se encontraba en el antiguo castillo de Berlín. Es una estatua hueca de madera, que se abre como un armario y cuyas puertas y paredes interiores están guarnecidas de puntas de acero. Cuando los jueces a sueldo del mencionado Federico no encontraban pruebas para condenar a un acusado, lo absolvían y lo llevaban ante la madona para que rezara ante ella en acción de gracias. Le empujaban entre los brazos de la estatua,

que, mediante un mecanismo secreto, le acogía en su seno desgarrándole con su abrazo y atravesándole con sus cien puñales. Imagínese los chillidos que salían entonces de aquella siniestra efígie, sacudida por la agonía del desgraciado que se debatía en aquel féretro erguido, desgarrándose él mismo en las cortantes cuchillas... y dígame si la imaginación de un verdugo ha concebido nunca algo que sea comparable en crueldad, en hipocresía y en profanación a ese instrumento de tortura prusiano al que su inventor había dado el aspecto y la plácida actitud de la Virgen misericordiosa. Atrocidad medieval—se dirá—, vestigio de una época fecunda en horrores análogos... Pero en 1814, su general Blücher, acordándose de la madona de Nuremberg, llevaba entre sus bagajes por la Champaña la "jaula de los franceses", gran cajón descubierto cuyo piso estaba formado de cuchillas cortantes y que se hallaba construido de tal modo, que los hombres no podían permanecer en él ni de pie, ni sentados, ni tendidos. El viejo reître se reía de las contorsiones y los gemidos de los prisioneros a los que encerraba dentro.

—¡Qué salvajes! ¡Qué salvajes!

—Señor mío, los salvajes no han cambiado. Los informes oficiales belgas y franceses le atestiguarán que su imaginación para el mal y el sufrimiento y el goce del sufrimiento no ha hecho más que "crecer y embellecerse". ¡No! ¡No! Los salvajes no cambiarán mientras no encuentren otros más salvajes que ellos. ...Y si por casua-

lidad, porque aún hay por el mundo personas bien intencionadas, como usted, señor neutral, que despliegan un celo neutral tratando de conciliar lo blanco y lo negro, la herida y el cuchillo, y quieren que la herida olvide al cuchillo, si por casualidad, llevado de ese buen deseo de olvido y perdón general, se viera usted llevado a poner en duda el testimonio, aun oficial, de los crímenes cometidos por los boches, yo le recordaré los testimonios boches que los glorifican.

"¿Será preciso que la civilización eleve sus templos sobre montañas de cadáveres, sobre mares de lágrimas, sobre esteriores de moribundos? Si." (Mariscal von Haeseler, 1915.)

"No deis cuartel. Sed tan terribles como los Hunos de Atila." (Guillermo II, 1900.)

"Se puede fusilar a los prisioneros... Se puede obligar a los rehenes a que expongan su vida." (Manual del Estado Mayor alemán, 1902.)

"Yo he dado mi consentimiento para que el general en jefe hiciera incendiar toda la localidad y fusilar a unas cien personas." (Von Bülow, al mando del Segundo Ejército, 1914.)

"Todos los prisioneros han de ser ejecutados. A los heridos, con o sin armas, también se les ejecutará. No debe quedar ningún hombre vivo detrás de nosotros." (General Stenger, al mando de la 58.^a brigada, 1914.) ¡Y cuántos y cuántos crímenes más, erigidos sobre el mundo como una verdad, como una religión nueva! ¡La vieja religión nueva que impone al mundo el buen Dios alemán!... ¿Qué dice usted a eso, señor neutral?

El capitán se había levantado. Ciertamente no esperaba que yo le contestara, y yo no tenía nada que contestarle. El capitán Hyx elevó las manos hacia Dios y exclamó:

— He ahí una doctrina que goza de una milagrosa coherencia, y que, a decir verdad, tiene el mérito de no retroceder ante las dificultades morales que hasta ahora eran un honroso obstáculo para todos los pueblos. Esa doctrina, toh boches divinos!, no sólo la habéis concebido, sino que la habéis traducido en actos tras una preparación científica y debe hacerse la justicia de que habéis sabido adaptaros plenamente a ella. Pues bien, caballero, yo he sido tan neutral como usted... Si llevo un antifaz en el rostro es porque conviene a los intereses generales de cierto punto que no se conozca mi nombre y porque yo debo ser el único responsable de mi respuesta al crimen boche... Pero mi nombre es el de un bienhechor de la humanidad. Mi inmensa fortuna ha servido hasta hoy para mitigar el mal en la tierra... Se halla escrito en el frontispicio de todos los hospitales... Pero hoy día me arruino por la tortura. ¡Y creo verdugos! ¡Y desafío a Dios por no ponerse de mi lado!..

Con voz sorda, irritada, prosiguió:

— ¡Es muy bonito fustigar el crimen y pronunciar veredictos infamantes!... Es muy bonito pronunciar fallos contra el crimen, como ese veredicto del tribunal de Kinsale, que después de la catástrofe del *Lusitania* clamaba sobre el mundo: "Este horroroso crimen viola el derecho de gentes y las convenciones de todos los pueblos

civilizados. Por lo tanto, nosotros lanzamos la acusación de asesinato en bloque contra los oficiales del submarino alemán y contra el emperador y el Gobierno de Alemania que les dieron la orden."

— Eso está muy bien; pero no son más que palabras, palabras, palabras... Yo, señor mío, he aportado un hecho... No he perdido el tiempo maldiciendo el crimen: *he querido detenerlo*. Levántese, mire, *tenga el valor de hojear mi contabilidad* y dígame si me he equivocado o si he tenido razón... Aun cuando le cause horror, ¿qué quiere usted que me importe a mí *su repugnancia?*... ¿Es que cree usted que la que yo he sentido por la obra no ha sido más terrible que la suya? Pero la he vencido... y esto es lo principal... Mire, señor, mire... un pequeño esfuerzo..., un pequeñísimo esfuerzo... Acérquese a mi copador de cartas... Ahí... Ahí... Mire esa carta que he recibido en Madera por mediación de la *kommandatur* de Bruselas... Se trata de un proceso... Precisamente en esta semana, dentro de dos días, van a comparecer ante el consejo de guerra más de cuarenta belgas, empleados telegrafistas, acusados de espionaje. Este proceso, uno de los más importantes entre los que se han instruido hasta aquí, *es un proceso de condena de muerte*... Pues bien, señor mío, lea esa carta que me concede su indulto de antemano... Y ahora maldígame. ¿Qué quiere usted que me importe a mí eso?... ¡Dígame usted, señor!..

remordimiento sobre la mano del nuevo dios enmascarado...

Ahora es menester que os diga cómo el Arcángel de las Aguas volvió a convertirse para mí en Satanás, o mejor dicho, cómo se confundió de nuevo con él.

El capitán me había conducido al ábside, situado detrás del altar. Como una joya dentro de otra era este pequeño ábside en aquella pequeña Santa Capilla.

Las altas vidrieras, con su marco de ligeros husos góticos y la esplendente armazón de los rosetones, derramaban sobre nosotros sus rayos de púrpura...

Y el capitán me señaló con el dedo una inscripción cuyas letras de color escarlata acababan de iluminarse en lo alto de las vidrieras: *Remember Miss Campbell* (*¡Acordaos de Miss Campbell!*)

—A ese grito cargan hoy los regimientos ingleses—me dijo—... Con ese recuerdo se pasea el *Vengador* bajo los mares, *quaerens quem devoret...*

Luego me rogó que diera media vuelta, y entonces descubrí detrás del altar dos altos cuadros cubiertos con una gasa negra.

El capitán hizo un gesto, y uno de aquellos velos se corrió, dejándome ver un rostro angelical muy conocido, el de la mártir Miss Campbell.

La luz que penetraba en haces por las vidrieras parecía cubrirla de chorros de sangre.

Yo me estremecí de pies a cabeza. Aquella sú-

XXV

Dos retratos en el ábside.

ESTA VEZ fui yo quien, muy humildemente, como un pobre hombre que no sabe hacer más que horrorizarse, maldecir y admirarse sucesivamente, le tendí la mano. Este homenaje de mi alma esclavizada (y dispuesta ya a admitirlo y a comprenderlo todo desde el momento en que tenía sólidas esperanzas en la salvación de Amalia) fué aceptado por él como una cosa debida y que no le asombraba en modo alguno. Este hombre acababa de aparecerseme en su verdadera grandeza, cerniéndose a alturas prodigiosas como un justo destino a los ojos desencajados, castigando con lógica fulminante los crímenes de la tierra, lo que era absolutamente nuevo en el destino. Su escrupulosa contabilidad dirigía sus golpes.

Todo esto era muy hermoso, y a decir verdad, no me faltaba mucho, como había predicho Dolores, para echarme a llorar de entusiasmo y

bita visión de la santa me recordó las palabras de Dolores respecto a aquel retrato y al de al lado, *más temible todavía.*

El Hombre se había cruzado de brazos ante la admirable imagen de Miss Campbell y hablaba como si estuviera orando:

—Era hija del pastor de una aldea próxima a Norwich. Se ha rendido homenaje a sus virtudes, que la elevaban por encima de las criaturas humanas; pero lo que no se ha dicho bastante es la severidad con que siempre se trató a sí misma. Antes que incurrir en la más leve mentira hubiera preferido morir. *Y por eso ha muerto.* Ha muerto por la franqueza con que confesó que no había querido entregar a sus verdugos a las víctimas inglesas refugiadas bajo su techo... Era muy amiga mía y de mi familia... Nos hallábamos unidos desde hacía mucho tiempo por todo el bien que me había hecho hacer... Cuando me enteré que estaba cautiva y perseguida por alta traición yo me encontraba en Inglaterra. Decidí salvarla costara lo que costase en unión de una amiga mía que la quería tanto como yo mismo. Ambos nos embarcamos en un paquebote que debía desembarcarnos en Holanda. Allí lo teníamos todo preparado para poder presentarnos de incógnito en Bruselas algunas horas después. Por desgracia, nuestro barco tropezó con una mina que nos hizo saltar. Yo resulté herido y fui recogido por un barco pesquero que me condujo a Tilbury, a la entrada del Támesis. En cuanto a mi amiga, de la que había sido separado *y a la que no había de*

volver a ver nunca más, supe después lo que le había acontecido...

El capitán se calló. Yo advertí que se le alzaban los hombros y que el ardiente pecho se le inflaba con el más terrible de los suspiros... Por último, habiendo dominado visiblemente la manifestación, a su juicio indigna, de su humano sufrimiento, pudo continuar:

—Indemne, mi amiga había sido recogida por una barca holandesa que la había conducido a Flesinga. Al día siguiente, merced a un pasaporte falso, se encontraba en Bruselas dispuesta a obrar. Llevaba consigo una suma considerable. Por lo demás, no tenía necesidad de dinero para encontrar cómplices. Pronto se reunieron algunas mujeres dispuestas a morir por salvar a Miss Campbell. *We want leave a stone unturned till we save her* (1), decían. Vestida de enfermera mi amiga pudo penetrar en la prisión veinticuatro horas antes de la ejecución. El plan fué concebido y puesto en práctica pronto. Sólo podía salvársela en el mismo lugar de la ejecución. Se compró al oficial que debía mandar el pelotón de ejecución. Este tendría asegurada la fuga con la de Miss Campbell, y en Holanda recibiría un millón. Los cartuchos serían sólo de pólvora, y Miss Campbell debería hacerse la muerta... No se había olvidado nada más que un detalle, *y era que Miss Campbell no sabía mentir y no se desplomó al tener lugar la descarga...* Se ha di-

(1) No dejaremos piedra sobre piedra hasta que la hayamos salvado.

cho que no tuvo fuerzas para arrastrarse hasta el lugar de la ejecución; pero eso es falso. Fué a él con la frente alta, la sonrisa de los mártires en los labios, los ojos vuelto a Dios... sin haber creído nunca por desgracia en la posibilidad del éxito de nuestros planes y todas nuestras tentativas, y sin haber contribuido a ellos por lo demás en modo alguno... Tanto es así, que al producirse la descarga del pelotón de ejecución no se desplomó, ni se tambaleó siquiera... y no se creyó verdaderamente herida de muerte sino cuando el oficial cómplice avanzó hacia ella, pálido como un espectro, aterrado de verla todavía en pie, y le descargó a bocajarro su revólver, cargado con pólvora, en pleno rostro... Ahora bien, había allí alguien que asistía a la ceremonia oculto tras la cortina de una ventana: era el almirante von Treischke. Este tuvo la impresión de que sucedía algo anormal, y aquel a quien se llama todavía el Terror de Amberes y de Brujas, salió al patio, se inclinó sobre Miss Campbell, se dió cuenta de que no estaba más que desvanecida, y él mismo se encargó de matarla con su propio revólver, esta vez de verdad... ¡Ahí tiene usted lo que ha hecho von Treischke! Y otras muchas cosas más aún... Ahora comprenderá usted, señor, lo particularmente penoso que es para mí oír a un hombre de buen sentido como usted, por neutral que pueda ser, que eleve la voz con excesiva frecuencia en favor de ese monstruo o incluso en favor de algún miembro de su familia...

Esto fué pronunciado de una manera tan lú-

gubre que al punto comprendí que era un error tener esperanza...

Con un gesto de alocada súplica (pues la mera idea de la posibilidad del suplicio de Amalia bastaba para hacerme perder la razón) yo exclamé:

—No es por ese monstruo por quien yo intercedo, bien lo sabe usted, capitán; es por su mujer.

El capitán Hyx se volvió bruscamente hacia mí y yo hube de retroceder ante el fulgor de su mirada y de sus palabras.

—Caballero, ¿es que él ha tenido piedad de las mujeres? ¿Cómo quiere usted que me comprenda si tengo piedad de la suya?... Y yo necesito que él me comprenda. El, sobre todo... Cuando vea lo que no vacilamos en hacer con su mujer para empezar quizás respete a las de los demás... Y cuando haya asistido a todas las operaciones que se realizan aquí, hechas a propósito para ser comprendidas por un boche: cuando haya examinado nuestro gran poderío y nuestro crimen, como usted dice o como usted piensa, quizás el crimen boche arrie su pabellón. Entonces nosotros arriaremos el nuestro, pero no antes... Ahí tiene usted lo que hay que hacer comprender al almirante von Treischke; ahí tiene usted por qué ha de venir aquí y por qué volverá a salir de aquí. Yo tendré mucha más confianza en él para convencer a los señores del almirantazgo después de que haya visto lo que tenemos que hacerle ver, que en su mujer, a la que no creerían.

Yo me quedé aniquilado, estupefacto, ante aquella fulminante revelación a la que, sin embargo, me había preparado en parte la confianza de Dolores...

Así, pues, a aquel hombre extraordinario llegaba con su razonamiento a dejar marchar indemne al criminal y conservar para la tortura a la inocente...

No cabía más que echarse a llorar como un niño y esto es lo que yo hice, murmurando:

— ¡Una mujer!... ¡Una mujer!... ¿No ha dicho usted mismo hace un momento que es horrible hacer sufrir a una mujer?

— Señor neutral—repuso él en voz baja, en la que temblaba su domeñada cólera—... Ahí, junto al retrato de Miss Campbell, hay otro retrato de mujer. Voy a decirle lo que el almirante von Treischke y sus hombres han hecho con esa mujer... El oficial cuya complicidad había comprado ella, cogido *in fraganti*, la vendió, es decir, que denunció el sifio y el pueblo próximo a Aerschoot, adonde habían de ir a buscarla en auto Miss Campbell y él, para desde allí, con los disfraces y los papeles necesarios, franquear la frontera holandesa... En lugar de ver llegar a Miss Campbell, esta mujer y tres enfermeras que le habían prestado su ayuda en aquella aventura formidable, vieron llegar a von Treischke y a su tropa que venía ebria. Entonces comprendieron que todo estaba perdido. Por lo demás, no hubo ningún género de explicación. Fueron arrastradas como animales a la posada, y allí las arrojaron a un rincón. Asistieron a una

orgia como tantas otras que se nos han referido. Ellas querían resistir a sus verdugos... Los miserables enloquecieron de furor, abusaron de ellas, las ataron a una mesa y prendieron fuego a la posada. El recuerdo reciente de las infamias de Aerschoot les inspiraba. He ahí de qué crímenes fué seguido el asesinato de Miss Campbell bajo el mando del almirante von Treischke. He ahí de qué muerte ha perecido aquella mujer, cuyo retrato está aquí, bajo ese velo... Señor neutral, el mundo ha ignorado estas cosas, porque se ocultaron cuidadosamente por diversas razones; pero un testigo ha venido a mí con las pruebas y el último adiós de... de la que iba a morir y de qué muerte por Miss Campbell... Y entonces, entonces, yo juré que nacería el *Vengador*, el que había de vengar a Miss Campbell, al mundo... y a mi mujer!...

El capitán dejó escapar estas últimas palabras, que eran para mí, en efecto, una *temible* revelación, como si le fuera imposible retenerlas más tiempo... Por último, como si se avergonzara de haber cedido como cualquier simple mortal al influjo de su dolor, me soltó al punto la muñeca y yo le vi desaparecer detrás del altar.

Yo me quedé solo en el ábside y me fué imposible abstenerme de acercarme al retrato desconocido, alzar el velo, ver... y reconocerle...

En aquel mismo instante, el Hombre había vuelto a aparecer y me miraba mirar...

— ¡Oh!—exclamé yo—. ¿Es posible? ¡Usted! ¡Usted! ¡Usted!

Pues aquella mujer me revelaba la personali-

dad de su marido... Aquel semblante de precioso perfil, aquella juventud, aquella belleza, aquella risueña lozanía, aquella primavera de la carne y el alma, y aquella obra maestra del arte, todo ello era sobrado conocido, todo ello había sido reproducido para regocijo de la vista en las grandes revistas de todo el mundo. Era el retrato de la señorita de N***, de una de las familias francesas más rancias, más nobles y más ilustres, que se había casado en Norteamérica con un hombre riquísimo que era el filántropo más grande de la tierra.

¿Es menester decirnos más para que os quedéis enterados como yo me quedé entonces y para que comprendáis por qué aquel hombre, ciudadano norteamericano, en unos momentos en que Norteamérica prodigaba inagotables esfuerzos para hacer cesar *por persuasión* los crímenes submarinos, se ponía un antifaz sobre el rostro para salvar oficialmente de todo compromiso a su patria y a sus compatriotas... y por qué el capitán Hyx se llamaba el capitán Hyx (el capitán X) y por qué había inscrito en francés el nombre de su barco, el *Vengador*, armado para todas las represalias y leniendo que vengar a semejante francesa... y por qué la mujer del almirante von Treischke no podía esperar nada de aquel hombre?...

Por lo que a mí me concierne, mi indiscreción y mi curiosidad iban a determinar mi suerte.

—Señor neutral—me dijo el capitán Hyx—, pida usted que la guerra sea corta, porque ahó-

ra que ha visto usted y que está enterado, si durara diez años, durante diez años sería usted mi huésped...

Bajo los golpes que me herían, yo me abandonaba a una especie de delirio... y mi desorden no hizo más que aumentar cuando el capitán Hyx me hizo volver casi a la fuerza delante del altar, frente a la piedra que sostenía su *Libro Mayor*... y cuando le vi provisto de aquel misal infernal, entre cuyas páginas yo no había podido echar una ojeada sin retroceder...

Este libro era un álbum de fotografías, de dibujos, de grabados: fotografías, dibujos, grabados, todo el arte de la reproducción oficial del horror, atestiguada oficialmente durante la guerra...

Cada página del álbum estaba dividida en dos partes: en una se exhibía el horror oficial; en la otra aguardaba la respuesta del «Vengador»...

¡Pero había páginas en las que ya aparecía la respuesta, páginas en las que el «Vengador» había respondido ya!

¡Horror! ¡Horror! Yo reconocí cierta fotografía que había sido tomada delante de mí un día en que fui a dar con cierta ventana enrejada...

¡Oh, Dolores! ¡Cómo le has mentido a tu amante! ¿Por qué haberle dado a entender que el capitán Hyx podía ser capaz de piedad y que no había hecho más que preparar la comedia del miedo?

Sin embargo, tú también le has visto al miserable en el fondo de su pequeña capilla. Le has

visto contar sus crímenes como cuenta un avaro sus tesoros. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cuántos crímenes reales ya... como preparación de los que está fraguando y que han de superar a todos los demás!... ¡Oh, Dolores! ¿Qué lazo de servidumbre o de horroroso agradecimiento te une al capitán Hyx para que mientas así, con tu voz dulce, a tu ardiente e inquieto amante? ¿Por qué le ocultas con tanto cuidado y tan descaradamente a tu querido Gabriel el valor real de la mayor crueldad del mundo?...

Y el Hombre pasaba las hojas y me obligaba a ver, y cuando yo volvía la cabeza me hacía doblarme sobre el libro... sobre el Libro Mayor, que él se lo había dedicado a Dios...

Y el Hombre "enseñaba" mientras que de mi frente caían gruesas gotas de sudor sobre aquellas páginas malditas.

De pronto saltó algunas páginas y yo no me atreví a preguntarle si no se encontraba ya en aquellas páginas la respuesta del Vengador...

Al fin se apiadó de mí.

—Esta página todavía—me dijo—. ¡Será la última!

Entonces vi un dibujo que representaba el cadáver de Miss Campbell, sobre el cual se inclinaba un oficial alemán que tenía en la mano un revólver humeante; y luego, bajo aquel dibujo, la fotografía de varios cuerpos mutilados y casi carbonizados de unas mujeres jóvenes, cuya indumentaria de enfermeras apenas si podía reconocerse aquí y allá.

—Señor neutral—me dijo el Hombre (éstas fueron sus últimas palabras)—, *ya se figurará usted que cuando hayamos reunido a la pareja von Treischke podremos poner aquí algunas breves imágenes. ¡Cuánto trabajo, señor neutral, para el verdugo y para el fotógrafo!...*

¡Oh! ¡El demonio!... ¡El demonio!... ¡El demonio!
¡Yo salgo huyendo de la pequeña capilla!

haber prestado atención a los últimos rumores que llegaban del salón de fumar, en el que von Busch—la bola ígnea—y von Freemann—la Muerte verde—se hacían servir seguramente la penúltima botella de *champagne* para regar la penúltima partida de *bridge*.

El doctor se sentó a mi cabecera y me dijo con la lengua algo pastosa, cosa que advertí en seguida:

—Buldeo nos dejará tranquilos. Acabo de administrarle un fuerte soporífero en un vaso de licor que nos proporcionará la paz a todos. Desconfíe usted de Buldeo, entre paréntesis—añadió—. Por lo demás, ha sido el mismo capitán quien me ha encargado de decirle ciertas cosas; pero no, no me ha encargado que le diga todo... Ese hombre—el capitán—necesita que se le quiera, y por lo demás merece que se le sirva a pesar suyo... Compréndame a medias palabras. Es por su bien por lo que trabajamos todos. No hay que dejarle que se deshonne con esa historia de mujer...

—Ya le comprendo—le interrumpí yo para saber exactamente si me interesaba algo proseguir la conversación—. Se trata de impedirle que cometa un crimen con la persona de la señora del almirante von Treischke, ¿verdad?

—Eso es; me ha entendido usted. *Sólo que es inútil servirse de palabras inútiles.* (Al decir esto se llevó rápidamente a los labios un frasquito que volvió a guardarse en seguida en el bolsillo.) Le ruego que me excuse. Esta noche he tomado un vasito de más de licor, que me exalta gran-

XXVI

El doctor ha cogido la botella de licor y acerca el frasco de cocaína.

QUIERO escaparme [Evadirme de esta horrible prisión submarina] Evitar el abominable drama que se está preparando. Salir de la pesadilla y frustrar los propósitos criminales del monstruo que había tenido la esperanza de convencerme y que por un instante había creído lograrlo.

Eran las cuatro de la madrugada. Al salir de aquella audiencia diabólica yo me había precipitado a mi cuarto, o mejor dicho, a aquella parte de la prisión que tan graciosamente se me había reservado. Allí me había arrojado sobre mi lecho; pero el sueño me había abandonado.

A la puerta sonaron unos golpes discretos.. Yo pregunté: "¿Quién es?", y reconocí la voz sorda y prudente del doctor, que me rogaba que abriera, cosa que hice al punto.

Mederic Cristal parecía muy inquieto y preocupado. El mismo cerró la puerta, después de

demente, y para calmarme tomo un poco de cocaína... ¿me permite?... No hay nada como la cocaína para calmar la irritación del alcohol... y a decir verdad, para lo que tenemos que decirnos, necesito hoy toda mi sangre fría, como pronto verá usted... ¡Decía, pues, que había que evitarle esa historia de mujer!... Así opina también la señorita Dolores y hasta su prometido Gabriel, honorable pareja, como ya habrá usted podido apreciarlo quizás...

—Sí, sí, es cierto.

—Y también opina lo mismo el primer oficial de maniobra, ¿sabe usted?, ese que usted llama el *midship* a causa de su juventud y su leal buen humor... ¿Comprende usted?

—¡Sí, sí!... ¿Entonces el *midship* está también en ello?...

—¡Cómo! ¿Que si está también en ello? ¿En qué es en lo que ha de estar también?... Tiene usted expresiones como para que le rompan brazos y piernas. Habría de tratarse de un *complot* para derribar el trono de España y no hablaría usted de otro modo... El *midship* es de nuestro parecer, eso es todo, y está dispuesto a ayudarnos honorablemente en el honorable asunto en cuestión... Amigo mío, no hay que confundir cerca con lejos.

—¡No! ¡No! No confundamos—me apresuré a decir yo, temiendo haberle contrariado en tan magnífico momento.

—¿Verdad?... ¿Me ha comprendido usted?... Ya he dicho yo siempre que usted era un muchacho inteligente. Ante todo, procedamos con orden.

El capitán está encantado de tenerle a usted a bordo. Me ha encargado de que se lo diga. Una indiscreción que ha cometido usted y que quizás ha sido provocada por él (esto se lo confieso a usted para entre nosotros, porque dado el punto a que hemos llegado, podemos confesarnos muchas cosas) le pone en la cruel necesidad de conservarle a usted a bordo... Esta es una medida extrema que él no le ha ocultado, y que si a usted no le resulta, a él le favorece admirablemente. Advierta usted, mi querido amigo, que usted es *neutral* y que precisamente el capitán se estaba quejando siempre de que no hubiera en el *Vengador* un neutral capaz de anotar con imparcialidad todo lo que pudiera ver y oír. Y ahí tiene usted por dónde ha sido usted designado, mi querido amigo, para ser ese neutral... ese historiador maravilloso, único... En lo sucesivo encontrará usted abiertas todas las puertas, incluso las más cerradas. También he sido encargado de traerle esa excelente noticia... Se acabaron los misterios para usted, aun en el fondo de la cala más profunda, aun en el cuarto de máquinas... ¿Usted debe ser algo ingeniero, verdad?... Parece ser que el otro día echó una mirada extraordinaria a "las bobinas de trabajo de nuestra electricidad reconstituida".

—¡Yo! ¡Yo!—proferí...

—Sí, sí. Parece ser que eso no le pasó desapercibido al ingeniero en jefe, al señor electricista Mabell, que le dijo algo sobre ello al capitán...

—¡Ah!—exclamé yo—. Ahora me explicó ciertas actitudes durante la visita del navío...

—Bien, pues ahora puede estar usted persuadido de que eso ya no tiene ninguna importancia, puesto que le retienen a usted...

—Prefiero morir—murmuré yo.

—¡Cómo! Aún no es para tanto—dijo el doctor llevándose a los labios el frasquito con brusco y rápido ademán y haciéndolo desaparecer luego de nuevo en su bolsillo—... Acabo de tener una larga conversación con la señorita Dolores que podría modificar algo el programa por lo que respecta a usted... Sólo quiero llamar su atención sobre este importante punto. ¡La señorita Dolores "toma todo sobre sí"!... Es cosa convenida... *Fracase o resulte el asunto*, ella será la única responsable... Una mujer puede explicarse siempre con un hombre, a no ser que, siendo ese hombre el capitán Hyx, la mujer sea la señora del almirante von Treischke.

—¡Concretémoslo!—dije yo acercándome a él—. Ha dicho usted: "*Fracase o resulte el asunto*"... Y yo quisiera saber exactamente de qué asunto se trata por lo que a mí respecta...

El doctor me miró con severidad y luego, tras otro sorbo del frasco de cocaína, se decidió a pronunciar la frase:

—¡De su evasión!

Inmediatamente se llevó un dedo a la boca meneando la cabeza. Yo le hice señas de que comprendía y de que podía contar con mi discreción. Entonces él me cogió ambas manos, y como empezara a hablarle de mi agradecimiento, me dijo:

—Resérvelo para la señorita Dolores, con

la que tratará usted luego sobre su evasión...

—¿Y si habláramos un poco ahora?

—No, no. Luego, con la señorita... La señorita tiene un gran corazón en un precioso cuerpecito. Jamás consentirá que el almirante venga aquí y vuelva a marcharse tranquilamente como ha venido, con el recuerdo únicamente del martirio de su mujer y de algunos camaradas...

—¡Es cierto! ¡Esa es una idea de Satanás!—exclamé yo.

—¡Chist! ¡Chis! ¡Qué cargante se pone usted con su Satanás, santo Dios!

—¡La buena de Dolores!

—¿La buena de Dolores?—dijo el doctor con una sorna singular—. ¿La buena de Dolores?... ¡Habría que ver!... No es fácil decidirlo... Su bondad para con usted y la señora almiranta ha sido beneficiada, puede usted creerlo, por el extraño programa del capitán...

—¿De verdad?

—Naturalmente... Ella está enfadada con el capitán porque no la deja vengarse del almirante como lo había esperado siempre. ¡Oh! Puede usted creer que ella contaba con vengarse de esa fiera... Sí; está muy enfadada con el capitán sobre todo desde que conoce todo su programa por una indiscreción del irlandés, porque les haya tenido cautivos a ella y a su novio para que ahora no puedan coger por su cuenta al almirante von Treischke, del que no quedaría gran cosa, estoy seguro, si pudieran acercarse a él... ¡Hum! ¡Hum!

—¿Es que la ha hecho sufrir mucho el almirante? pregunté yo.

—¡Cómo! ¿No conoce usted aún la historia?... Yo creía que se la habría contado el capitán el otro día, a los postres... porque es una historia que le gusta contar a los postres...

—Pero es que la señorita Dolores estaba comiendo con nosotros...

—Entonces sería por eso... Habrá juzgado inútil irritarla más contra el almirante en vista del programa que ya tenía trazado... A no ser por eso no se hubiera usted librado... ¡Oh! ¡Es la historia submarina más pintoresca del mundo!... ¡Y que tiene un gran éxito entre las peras y el queso, se lo aseguro! (Otro sorbo de cocaína.)

Yo me decía: Pero ¿cómo beberá la cocaína en el frasquito y no lo ha vaciado ya? Mas luego advertí que pegaba la lengua al gollete y no tomaba en fin de cuentas a cada vez nada más que una "impresión" de cocaína.

—La señorita Dolores—empezó—era la estancuera más bonita de Vigo; su estanco, coquetón, tenía gran éxito, aumentado más aún por el éxito del bar contiguo, en el que la madre de Dolores, que era casi tan guapa como su hija, servía en copas finas el dorado vino de las Españas... Escúcheme bien, querido amigo; esto no ha de ser muy largo.

—Le escucho, le escucho... De verdad. Le aseguro que no tengo el menor sueño.

—¿Conoce usted Vigo?

—Nunca he visitado la ciudad—dije yo—; pero he hecho escala allí cuando tomaba en Sou-

hampton los grandes vapores de la *Union Castle* que me conducían al Cabo. Nos deteníamos algunas horas en la bahía.

—Eso le bastará para que pueda usted apreciar ahora el valor estratégico submarino de Vigo y sus contornos... y cómo una buena organización submarina alemana, clandestina, misteriosa, solapada e ignorada oficialmente y quizás realmente también por las autoridades locales e indudablemente por el gobierno español, ha podido prestar servicios y puede prestarlos aún a la flota submarina del Kaiser que acecha a los grandes paquebotes en las rutas de Norteamérica y cuyas unidades han recibido la orden de doblar Gibraltar e ir a asesinar al Mediterráneo...

—Perfectamente...

—Las anfractuosidades de la costa en los contornos... las radas desiertas y casi inabordables para otros navíos que no sean submarinos a algunos pasos de la frontera portuguesa, podían y pueden constituir aún maravillosas estaciones de avituallamiento.

—Y eso sin contar las islas—dije yo.

—¡Oh! De las islas no hablemos... Los pocos islotes salvajes de que hubieran podido disponer con absoluta seguridad fuera de la bahía, y que tan bien les hubieran servido, *no estaban libres. ¡Alguien se les había adelantado!*

—¡Comprendido!...

—Bien... Continúo. Vigo no era más que un puerto de los muchos que tenía en España la organización alemana del avituallamiento de

submarinos... Puede decirse que toda la costa española debía de hallarse organizada de este modo con todo secreto o por lo menos puede afirmarse que los delegados alemanes iban a intentar organizarla con esa meticulosa perfección que ponen siempre nuestros enemigos en todas sus empresas, sobre todo cuando se trata de trabajar en la sombra... Ahora bien: Vigo era un punto tan importante para ellos en el Atlántico como Barcelona en el Mediterráneo... sin hablar de Melilla en la costa marroquí... y quizás fuera considerado Vigo el más importante de todos por cuanto que allí fué enviado con todo secreto un gran jefe encargado de dar el último toque a la organización del avituallamiento submarino, jefe que pasó allí varias semanas con todo un Estado Mayor secreto, como es natural... Este jefe, como ya lo habrá usted adivinado, era el almirante von Treischke en persona. Y el subjefe era un joven teniente de navío que se llamaba Fritz y que se enamoró de la linda estancuera... Toda aquella banda se hacía pasar por limburgueses que habían huido de los horrores de la guerra y se alojaban extramuros, junto a la bahía, en un castillo antiguo recientemente restaurado, en el que, de creer a las bellezas fáciles de la ciudad, la gente se divertía de firme... Así, pues, Fritz se había enamorado de Dolores. El hombre se arruinaba comprando cigarrillos de lujo. Von Treischke se divertía con ello y acompañaba a menudo a Fritz al bar, en donde vaciaban en seguida una botella de jerez. En otros tiempos von Treischke, por su parte, se

hubiera enamorado a buen seguro de la madre, que bien valía le pena, pero se dice que quiere mucho a su mujer y que la es fiel... (¿Será posible?... El doctor no se sospecha cuánto me hace sufrir este detalle que para él carece de interés.) Por lo tanto, von Treischke se contentaba con mirar y dar consejos. A él le parecía que su segundo era un bobo porque no precipitaba las cosas según sus deseos, pues Dolores se reía de sus insinuaciones, y hasta hacía la coqueta; pero en el fondo se burlaba en absoluto de Fritz. Ella había adivinado en seguida que trataba con boches y no podía quererlos. Dolores amaba a un francés, un francesito de San Juan de Luz, guapo como ella, algo contrabandista en tiempo de paz y bravo marino de guerra, que sirviéndose de su pesquero, se entregaba a una caza excelente y fogosa de los submarinos de Su Majestad... ¿Está usted?... ¿No se dormirá? ¿No? Ahora es cuando viene lo interesante... (Cocaína.)

—Siga, siga.

—Paso por alto detalles divertidos que el capitán no olvida nunca a los postres y llego al hecho culminante. (Cocaína.) ¡Maldito licor!... Así, pues, el contralmirante le reprochaba a Fritz su paciencia en el combate y Fritz se ruborizaba como una Gretchen ante su primer "novio de ensayo", como se dice en el Bosque Negro. Fritz era un boche muy sentimental, a lo Werther. Sus palabras de amor estaban saturadas de distinción. En el fondo, a mí me parece que no era mal muchacho; pero estaba allí el

von Treischke, que acabó por irritarse por sus modales de damisela.

— Está usted deshonrando al Cuerpo — le dijo —. Esa muchacha debería ser ya suya.

„Todas estas cosas fueron repelidas por la banda del castillo después del horrible suceso y creo que el von Treischke se vanaglorió de ello. Así es que no ignoramos nada de esta historia singular.

„El Fritz le contestó:

— ¡A la orden, mi almirante! ¡Qué más quisiera yo!

„— Déjame conducir tu barquita de amor, so bobo. Yo te traeré la señorita *y no olvides que estás de servicio ordenado.*

„Von Treischke se había mostrado siempre muy correcto con las dos mujeres. La madre de Dolores le consideraba como un hombre serio, demasiado serio quizás, pues, a decir verdad, ella quizás creyera que le hacía algo la corte por galantería mientras Fritz hacía los ojos dulces a su hija. Tanto es así, que aceptó sin desconfianza la invitación que le hizo de ir a dar una vuelta en auto con su hija después de cerrar el estanco y el bar cierta noche magníficamente estrellada.

„Había dos autos, uno conducido por el mismo Fritz y el otro por el *chauffeur* de von Treischke (el cual, entre paréntesis, se hacía llamar allí von Kessel, mientras que el joven Fritz von Harschfeld era conocido por el nombre de Fritz Schnitse).

„Para hacer las cosas convenientemente y de-

jar a salvo la moral, von Treischke se llevó a la hija consigo e hizo montar a la madre con Fritz. Esta pequeña maniobra era, a fe mía, de una habilidad y una hipocresía supremas... Después de un magnífico paseo por el campo y a la luz de la luna, aquellos señores hicieron entrar a las damas en el patio del castillo, en donde los criados, muy correctos y muy dignos, se adelantaron anunciando que la cena estaba servida... ¡Delicada atención!... Luego se presentaron algunos amigos con corteses saludos. ¿Cómo hubieran podido sospechar las dos mujeres la abominable maquinación fraguada por el von Treischke contra ellas?...

„Por lo demás, las cosas siguieron pasando con toda la corrección del mundo, con mucho *champagne* y mucha alegría. Tras lo cual, a la primera palabra que dijo la madre acerca de lo tardío de la hora, von Treischke se puso a su disposición para volver a conducir a las damas a su domicilio. Fritz siguió a su jefe.

„Esta vez von Treischke iba con la madre y ésta vió montar a Dolores en el coche de Fritz.

„— Hay que conceder cinco minutos a los enamorados — dijo riendo el falso Kessel.

„¡Y en marcha!...

„El primero en llegar fué el coche del almirante, que depositó a la madre de Dolores a la puerta de su casa. La mamá se asombró de no ver aparecer el coche de Fritz; pero su jovial y amable compañero le dijo:

„— Me parece que los enamorados han encontrado los cinco minutos muy buenos, pero de-

masiado cortos, y por eso los alargan un poquito. No habrán tomado el camino más corto. Pero pronto llegarán, no tema usted. Yo conozco a Fritz, es un inocentón.

—Y yo conozco a Dolores. Tiene usted razón, caballero; no temo nada...

—Entonces, querida señora, permítame que le dé las buenas noches.

„La madre de Dolores le dejó marcharse. No crea usted que lo sentía. Desde hacía algunos minutos le encontraba cambiado, demasiado alegre, demasiado exuberante, con una risa que le daba miedo. Ella atribuyó esto al *champagne*, que también había mareado un poco a la buena señora. Así que le encantó no tener que recibir a su huésped en su casa a semejante hora ni siquiera por cinco minutos y se instaló en una silla del estanco para aguardar a Dolores, quedándose dormida.

„Von Treischke, por su parte, había tomado el camino del castillo. En cuanto llegó fué a llamar a la puerta de Fritz, en cuyo cuarto sabía que había de encontrar a su lugarteniente y a Dolores, puesto que por orden suya la partida de la joven no había sido más que un simulacro y ella habría tenido que seguirle a Fritz a su cuarto de grado o por fuerza. ¡Atención! Ya llegamos al desenlace” —me hizo notar entonces el doctor, harfo inútilmente, pues yo me guardaba bien en verdad de no interrumpirle y le escuchaba con absoluta normalidad.

Mas no por eso dejó de callarse unos segundos, me miró, miró el reloj, meneó la cabeza,

tomó cocaína y me declaró que se hallaba muy perplejo, porque, al fin y al cabo, puesto que el capitán no me había contado esta historia, que se la contaba a todo el mundo, sería sin duda porque tendría sus razones para no hacerlo...

—¡Pero cómo!—profesé yo muy disgustado—. ¿Es que va usted a dejarme plantado a estas alturas?

—¡A estas alturas, claro que sí! ¡No se me había ocurrido!—dijo meneando la cabeza aquel hombre siempre vacilante—. Lo que sí se me ocurre es que es muy tarde y tengo que ir a acostarme.. Consuélese pensando que la señora Dolores le contará mucho mejor que yo, si lo juzga oportuno, el fin de esa historia que no me pertenece... ¡Allá cada cual con sus responsabilidades!... ¡Buenas noches, mi querido amigo!... ¡Que descansen!

Yo no pude retenerlo, y, después de todo, hizo bien en marcharse, porque yo sentía grandes deseos de decirle cosas muy desagradables, lo que acaso no me hubiera perdonado. Sin contar con que hubiera incurrido en el delito de ofenderme por los modales de un hombre cuyos infortunios domésticos, considerándolo bien, habrían podido perturbar algo el cerebro...

Hay que hacer todo lo posible por salvar a esa pobre mujer, que no es responsable del crimen de los hombres.

—Esa es mi opinión, señor... ¿Le ha dicho el doctor el crimen que ha cometido conmigo el almirante von Treischke? No es ningún secreto... Excepto, en parte, para mi prometido...

—Sólo me ha contado el principio, y he de confesarle, señorita, que me ha dejado en el momento más trágico... Me ha dicho que usted misma me contaría el fin, si lo juzgaba oportuno.

—En eso se le reconoce—dijo ella estirándose en su silla y fumando voluptuosamente—. Ha debido sentirse muy embarazado, vacilante, como siempre, pues el fin de mi historia tiene dos versiones, y él no habrá querido "asumir la responsabilidad" de escoger.

—Justamente. Justamente. Pero yo deseo conocer la versión verdadera—supliqué yo.

—Bien, bien... Se entiende, únicamente, que no ha de contársela usted a mi prometido Gabriel, que no está enterado nada más que a medias... Es absolutamente inútil hacerle saber toda la verdad. El pobre muchacho se pondría furioso... y seguramente dejaría de ayudarnos en el proyecto que nos interesa.

—Se lo prometo. Se lo prometo. Por lo demás, antes de evadirme pienso hablar lo menos posible.

—Tiene usted razón: lo menos posible... Guarde silencio aun con la señora del almirante von Treischke.

XXVII

Fin de la historia de Dolores.

VARIAS horas después me dirigí al cuarto de la señorita Dolores con aire de indiferencia, es decir, como si fuera a visitarla por pura cortesía. Fui introducido en un gabinete encantador, en donde encontré a la señorita con el doctor, que me estrechó la mano y nos dejó inmediatamente.

—Así, pues, ¿estamos de acuerdo y podemos contar con usted?—me preguntó Dolores encendiendo un cigarrillo—. Puesto que nos es imposible conseguir la evasión de esa desventurada, que no accedería a separarse de sus hijos, en semejantes circunstancias sólo tenemos esperanza en usted... Y usted será quien vaya a prevenir al miserable von Treischke la catástrofe que amenaza a su familia si no sabe guardarse personalmente.

—Puede usted contar conmigo, señorita—repetí yo—. Su bondad y su valor serán recompensados, y la Humanidad se lo agradecerá..

—¿Quiere usted que no le hable a Amalia de mi partida?

—Es preferible... Tenga usted en cuenta que no podría usted hacerle comprender el abandono aparente en que la deja, sin hacerle saber al mismo tiempo la suerte que le amenaza aquí y sin desvanecer la ilusión que tiene de que el capitán ha de permitirle pronto abandonar su prisión... Déjela que alimente el mayor tiempo posible esa idea consoladora; yo lo arreglaré todo, y explicaré como es debido las cosas después de su partida, que, entre paréntesis, tendrá lugar esta noche...

—¿Esta noche? ¿Es posible? ¡Dios mío!—exclamé yo extasiado—. ¿Y cómo es eso?

—¡Oh! Pues de la manera más sencilla del mundo... El primer oficial de maniobra tiene que ir a Cádiz a recoger algunos médicos contratados por el capitán... Usted partirá con él en la chalupa... Yo le procuraré un traje completo de marino del *Vengador* y una gorra... El oficial está en la combinación... y de noche todos los gatos son pardos...

¡Bravo *midship!*... Tranquilizado definitivamente, y tan simplemente, en efecto, acerca de mi suerte, no pude contenerme y me arrojé a los pies de la hermosa y valiente muchacha.

—Me salva usted la vida, porque aquí estaba volviéndome loco... También salva usted quizás la vida de Amalia, y acaso también la de sus hijos... Gracias...

—Levántese, señor... Podría entrar Gabriel e imaginarse que me hace usted la corte... ¡Y fie-

ne un pronto!... Le mataría a usted como a un cordero.

No me avergüenza confesar que me levanté más precipitadamente aún que como me había arrodillado, y en seguida, para probar a aquella niña el interés que me inspiraba, así como para satisfacer mi curiosidad y completar mi documentación sobre los extraordinarios acontecimientos en que me veía mezclado tan inopinadamente, le rogué que me contara el fin de su cruel aventura.

—¿En dónde le dejó el doctor?

—En el momento en que ese miserable de von Treischke vuelve al castillo, después de haber dejado a su señora madre en su casa.

—Ya. ¡Pobre madre mía! ¿No le había contado nada de lo que pasó en el castillo?

—No.

—Escuche entonces. El coche en que se encontraba mi madre acababa de partir... y Fritz y yo nos encontrábamos a nuestra vez bajo el arco que teníamos que franquear para salir del castillo, cuando, de pronto, nuestro auto se paró; yo dejé de oír el ruido del motor, y Fritz se apeó; levantó él mismo la tapa del mecanismo, lo examinó y dijo:

—Tenemos una avería fastidiosa; pero voy al garaje a llamar al mecánico, y podremos partir dentro de media hora...

..Yo me hallaba desolada, innecesario es decirlo... No porque pudiera sospechar ni por un instante las malas intenciones de mi compañero que se había mostrado hasta entonces de-

masiado correcto y hasta demasiado amable, para que viniera a inquietarme una idea de esa indole... Y además, después de todo, yo no soy tímida, y un muchacho, por malvado que pueda ser, no me da miedo... Pero ya era muy tarde, o mejor dicho, eran las primeras horas de la madrugada, y yo hubiera querido hallarme ya en mi casa con mi madre, que seguramente estaría muy inquieta.

„No se esté usted aquí bajo esta bóveda; hay mucha corriente—me dijo mi acompañante—... Mire, entre usted aquí mientras tanto...”

„Al decir esto empujó una puerta situada bajo la misma bóveda, y no tuve ningún inconveniente en penetrar en una pieza que, a juicio mío, debía de ser un vestíbulo o recibimiento común para los visitantes del castillo.

„Inmediatamente la puerta volvió a cerrarse tras nosotros, y entonces me di cuenta de que me encontraba sola con Fritz en su propio cuarto, que al mismo tiempo debía de servirle de gabinete de trabajo, pues encima de una mesa había numerosos papeles y grandes sobres, que se desbordaban de uno de esos enormes sacos de cuero que yo he visto embarcar a veces para el servicio postal a bordo de los grandes paquebotes.

„Aquella habitación estaba iluminada por una suave luz eléctrica. La única ventana que había daba al mar, dejando ver sus olas plateadas por el astro de la noche. Yo me volví a Fritz, y al punto me quedé aferrada al verle una expresión completamente distinta.

„Pronto hube de retroceder ante sus manos, que se tendían temblorosas hacia mí.

„—¡Dolores!—me dijo con voz jadeante—. ¡Apíadese de mí! ¡Estoy loco por usted! ¡Perdóname mi audacia; pero si accede usted a amarme podrá usted hacer de mí todo lo que quiera! ¡Y la juro que me casaré con usted y no amaré nunca a nadie más!

„Yo me limité a contestarle:

„—Déjeme marcharme...”

„Había recobrado toda mi sangre fría y no le temía...”

„—¿Marcharse? ¡No! ¡No!—me replicó—. Imposible! Es usted mi prisionera.

„—¿Qué es lo que dice usted?

„El hombre vió mi furor y mi decisión; yo había saltado a la ventana, que estaba abierta a gran altura sobre el abismo, y no dudó que si daba un paso más me vería desaparecer en el vacío...”

„—¡Oh!—exclamó—. ¡Usted no me ama! ¡Nunca podrá usted amarme cuando quiere morir así!... ¡Soy el más desgraciado de los hombres!

„Y al decir esto cayó de rodillas y se echó a llorar... Yo vi cómo sollozaba. Era sincero y digno de lástima... Me compadecí de él y le perdóné su acto incalificable.

„—Déjeme marcharme, Fritz—le dije—. No hablaré de esto a nadie... Piense usted en lo inquieta que debe estar mi madre... Sea razonable... Levántese y ábrame la puerta...”

„El se levantó dócilmente. Seguía llorando como un niño.

„—¿Es que ama usted a otro? me preguntó.

„—Sí, estoy prometida.

„Y añadí para consolarle:

„—Yo no tengo más que una palabra. Habría habido que venir antes.

„—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!... ¿Y me habría usted amado, verdad?

„—Quizás no hubiera sido absolutamente imposible, de hallarse libre mi corazón.

„—¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, Dios mío!—repetía él con esperanza—. ¿Y no hay ningún remedio?

„—No. No. Ninguno... ¡Abrame la puerta!...

„El se dirigió tambaleándose hacia la puerta. Yo le seguía y me disponía a precipitarme tras él... Entonces se volvió hacia mí y, con el rostro inflamado de vergüenza, hubo de confesarme el complot. Me dijo que si yo no obraba con prudencia y no tenía confianza en él, *los otros no me dejarían salir así del castillo...* Había sido el Kessel (el von Treischke) quien lo había tramado todo con sus acólitos, y quien le había proporcionado a él, a Fritz, aquella linda sorpresa amorosa.

„Una vez más me pidió perdón vergonzosamente, confesándome que el Kessel era un hombre todopoderoso, al que era absolutamente imposible desobedecer... No obstante, si yo era razonable... y si accedía a comprender las dificultades de su situación, él me ayudaría a salir del apuro, pues yo era digna de todos los sacrificios...

„—¡Es usted un miserable, por haberse prestado a semejante infamia!—exclamé yo—. ¡Y su

Kessel y todos sus amigos son unos miserables!

„—¡Sí, sí, es verdad!—asintió él—. Pero hay que salir de aquí... Déjeme que mire primero si está abierta la puerta del castillo, y si mis amigos están vigilando en las ventanas.

„—¿Qué va usted a decirles?

„—¡Oh!—dijo él bajando la cabeza—. *Les diré lo que haga falta para que la dejen marcharse.*

„Yo había comprendido lo que entendía él por decirles "lo que hiciera falta". Tamaña cobardía imaginativa para salvarme, cuadraba perfectamente a un joven magnífico que había accedido a deshonrarme *por obediencia*. Así, pues, aquello era cuanto se le había ocurrido para lograr mi salvación: mancillarme. ¡Todo aquello era muy boche! El iría a contarles que yo había cedido a sus deseos, y, satisfechos con mi deshonra, aquellos señores me dejarían pasar.

„—¡Oh! ¡Antes morir!—exclamé yo—. ¿Pero es que no hay muchachas honradas en vuestro país?

„Y como una loca me puse a pedir socorro...

„—¡Gabrieli!...

„Sí; en aquel minuto terrible yo invocaba el nombre de mi amado, que por desgracia no había de traerme la paz... No bien había lanzado este grito hacia él y hacia los cielos, cuando fui contestada por una horrible carcajada detrás de la puerta, y una voz, que oíré durante toda mi vida, ordenó: "¡Abrid!"...

„—¡A la orden!—repuso Fritz, que se había

puesto de pronto más pálido que un muerto.

„Y abrió la puerta. Entonces entró el falso Kessel seguido de media docena de sus cómplices, y como éstos miserables se burlaran de Fritz y de mí con chanzas innobles, él los hizo callar.

„Yo no le había visto nunca mandar con aquel tono. Delante de él Fritz había adoptado la actitud de un soldado, y aunque hablaba en alemán yo comprendí que el Kessel le reprochaba a su subordinado que no hubiera ejecutado “la consigna”.

„Volviéndose hacia la ventana, Fritz iba a explicarles sin duda que yo le había amenazado con arrojarme al mar; pero no tuvo tiempo de hacerlo. Comprendiendo esta vez por la actitud de todos que no me quedaba esperanza de escaparme de ellos más que por allí, hice un movimiento tan rápido de aquel lado que pude crearme liberada de todos los males de la vida. Pero ellos habían saltado también y me arrojaron brutalmente al centro de la estancia, cerrando la ventana.

„Von Treischke se burló de Fritz preguntándole si había contado únicamente con su belleza para seducirme, lo cual volvió a hacer reír a los otros... Pero de nuevo él les impuso silencio, y adoptando su terrible voz de mando le lanzó a la cabeza a Fritz estas palabras en francés, para que yo comprendiera que no podía esperar nada: *Service commandé!*

„Luego, soltando una abominable carcajada, hizo salir a todo el mundo, excepto a Fritz, y salió él también, cerrando la puerta.

„Entonces Fritz, que parecía haberse vuelto loco, se arrojó sobre mí sin pronunciar una palabra. Pero casi inmediatamente se desplomó gravemente herido.

„Yo le había clavado en la garganta las tijeras de bolsillo que llevo siempre conmigo en el estanco y que las había llevado por descuido.

„De su herida brotaba la sangre a borbotones y yo permanecí atónita, aniquilada, sin fuerzas apoyada en la pared, contemplando horrorizada aquel gran cuerpo sacudido por espasmos.

„¿Cuántos minutos transcurrieron? Yo no podría decirlo. Ahora el hombre ya no se movía y yo le juzgué muerto, aunque sólo estaba gravemente herido. La puerta volvió a abrirse. Hubo gritos. Yo me vi agarrada por manos feroces. Volví a oír la horrible voz de von Treischke, que daba órdenes. La ventana fué abierta de nuevo. Von Treischke decía:

„—Puesto que quería ir al mar, irá.

„Al pronto yo no comprendí lo que querían hacer conmigo. Por lo demás, yo no tenía ninguna fuerza para hacerles resistencia y desfallecía de horror y debilidad. Por fin me di cuenta de la cosa. Aquellos hombres me metían en el saco.

„Sí; me metieron en el saco de la correspondencia...”

Al llegar Dolores a este punto en su relato, yo, Herbert de Renich, no pude contener la expresión de mi indignación y sin duda la proclamé demasiado fuerte, pues la señorita se levantó vivamente, se fué a alzar una cortina, pareció

escuchar algún ruido, volvió hacia mí y me dijo:

— Señor Herbert, va a ser preciso que me vaya y me diga adiós. Quizás no volvamos a vernos nunca más... Al volver a su cuarto encontrará usted en su armario un uniforme del *Vengador*. Póngaselo esta noche en cuanto haya cenado. El doctor irá a buscarle y le conducirá junto al oficial de maniobra. Antes de las dos de la mañana estará usted en Cádiz. Haga todo lo posible por que ese miserable de von Treischke escape a la venganza del capitán Hyx si es que quiere usted a Amalia... Por mi parte yo la quiero ya como a una hermana y por lo que a mí respecta deseo olvidarlo todo por ella...

— Usted es un ángel—exclamé yo una vez más—, pues a pesar de lo que ha sufrido sabe usted perdonar... Pero, dígame, supongo que aquellos miserables, después de meterla en el saco, no la arrojarían, sin embargo, al mar...

— Sí, señor. Me arrojaron al mar...

— ¿Y por qué milagro pudo usted salvarse?

— Por el milagro de la Virgen y del capitán Hyx... Pero váyase, váyase... Oigo pasos... El doctor le contará el fin de esta terrible historia... ¿El fin? ¡Oh! ¿Es que puede decirse ya el fin? ¿Es que no seguimos viviéndola en un horror nuevo?... A usted le toca, señor, salvarnos del crimen que se prepara... ¡Adiós!

Yo me marché... Erré por los corredores, sin saber muy bien lo que hacía aquel día. Y luego salí también de los corredores; parecíame que éstos se llenaban a ratos de un largo gemido que me ponía los pelos de punta... ¡Oh! ¡Salir al

fin, salir de aquella pesadilla submarina! ¿Sería cierto que iba a ver de nuevo la luz del día, pura y dulce?... ¿Y la superficie del mar?... ¿Y que volvería a pisar la tierra verdeante?... ¿Y que vería otra vez árboles y caminos, Dios mío?

No obstante, yo no dejaba de reprocharme algo el íntimo alborozo que me producía esta esperanza, pues la realización de este excelente programa iba a alejarme de Amalia... Pero ¿es que el programa no consistía precisamente en salvarla? ¡Sin duda!... ¡Sin duda!... Pero no por eso era menos cierto que ella, la dulce y adorable criatura, se quedaría allí con sus hijitos entregada a las imaginaciones vengadoras de ese loco del capitán Hyx... ¡Y yo iba a tener el valor de ir a verla una vez más antes de mi fuga y de besarle sus bellas manos y de mentirle con mi silencio!... ¡Dolores me lo había aconsejado!... ¡Y ciertamente era preferible!

Así, pues, me fui al cuarto de Amalia y me quedé silencioso junto a ella, estrechándola sus hermosas manos y acariciando los cabellos de sus hijos; pero tan gran infortunio me hizo derramar tal torrente de lágrimas que Amalia comprendió que había alguna otra novedad. Me pidió que me explicara, pero yo me marché sacudiendo la cabeza.

Quando pienso en esta visita no puedo por menos de lamentarla, pues a decir verdad no era nada a propósito para tranquilizar a aquella pobre alma, y mi estúpida emoción debió sumir a Amalia en una inquietud mayor que nunca y en una loca perplejidad. Yo me decía: "Cuando

sepa que he partido, seguramente me tomará por un cobarde..." Y este pensamiento egoísta me impedía vigilar mis gestos y darme cuenta del mal que hacía sin quererlo...

Por fin llegó la noche; yo había echado una mirada en mi armario y había descubierto el uniforme anunciado. Me había guardado de tocarlo temiendo una última visita de Buldeo. Fingiendo un gran dolor de cabeza, le dije al amaible mayordomo que sólo deseaba descansar y que aquella noche no toleraría otra visita que la del doctor.

Solo ahora, en espera del próximo acontecimiento que iba a liberarme, vivía minutos de fiebre, cuando el doctor empujó la puerta, me vió y meneó la cabeza. Parecía más embarazado que nunca.

—El momento es menos decisivo de lo que yo esperaba— empezó por declararme.

Al oír estas palabras, yo me estremecí de pies a cabeza.

—¡Pero cómo!— proferí casi imperceptiblemente— ¿Ha abandonado usted ya el proyecto de hacerme huir?...

—No... no...—repuso él apresuradamente— *Eso es cosa convenida...* Pero se trata de no cometer ninguna imprudencia en el entretanto...

—Eso opino yo también...

Entonces el doctor se inclinó a mi oído:

—La señorita me ha procurado un uniforme del V que yo mismo le he traído antes en mi caja y que ha debido usted encontrar en su armario. Ha hecho usted bien en no ponérselo,

porque aún no se han acabado nuestras fatigas.

—¿Eh? ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¡Tan sencillamente como estaba arreglado todo!...

—Pues bien; sucede que las cosas no se presentan tan sencillamente como parecía al principio.

—Hable... Hable...

—Sepa, pues, que no nos detenemos delante de Cádiz...

—¡Vaya por Dios!... Pero ¿por qué?... Pero ¿por qué?

—Yo no conozco todas las razones. En todo caso, no embarcaremos los médicos. *Porque éstos serán enviados directamente a otro sitio.* El capitán Hyx podría decirnos adónde y por qué... Por lo demás, desde hace algunas horas hay novedades en el aire, sobre todo desde que se ha recibido la correspondencia de Cádiz. Bien listo sería quien pudiera informarnos de esto aparte del capitán...

Yo no pude por menos de interrumpirle.

—En fin, ¿en qué se queda mi evasión con todo eso?—le pregunté, horriblemente inquieto.

—¡Oh! ¡Tranquícese! ¡Cuando yo le digo que eso es cosa convenida!... Pero será en Vigo.

—¡Ah! ¡Ah! ¿En Vigo?

—Sí. ¿No le da igual?... Llegaremos allí dentro de unas horas. Para mí—añadió meneando la cabeza—que hay algo nuevo precisamente en Vigo... ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah! ¡Ah! está el quidi... El capitán Hyx me ha parecido hallarse extraordinariamente agitado, puedo decirselo a usted. La radiotelegrafía especial no ha debido traer-

le muy buenas noticias. En fin, algo hay que no marcha bien; tal es mi parecer. En todo caso, el capitán puede contar con mi abnegación.

—Y yo, señor, ¿puedo contar también con ella?

Claro... ¿Por qué lo duda usted? Desde el momento en que la señorita no ha cambiado de opinión...

—¡Más vale así!... ¡Así que en Vigo montaré en la chalupa como debería haberlo hecho en Cádiz detrás del *midship*?

—Nada de eso. Mire lo que va a pasar... ¿Me oye?

El doctor se dirigió a la puerta, según su costumbre cuando juzgaba útil confiarme algo excepcional. Prestó atención, echó una mirada en el corredor y volvió a mi lado lanzando un suspiro.

—*Escuche. Vamos a rodar sobre el fondo de Vigo.*

—¿Cómo "rodar"?

—Sí; nosotros rodamos por el fondo del mar como en un carruaje. Rodamos sobre ruedas... En suma, que debe ser peligroso emerger, puesto que vamos a rodar y a desembarcar en el fondo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Desembarcar en el fondo?

—Sí; el *midship* sigue estando de servicio; pero esta vez llegará a tierra con sus hombres por el fondo del mar. ¿Comprende usted?

—No. No comprendo... ¿Qué es lo que tengo que hacer durante ese tiempo?

—Pues bien; usted continúa siendo de la expedición, se entiende...

—¡Ah! ¡Ya!

—Evidentemente. Pero como ve usted, la cosa no será ya tan sencilla; por lo menos, a usted no le parecerá tan sencilla. Será preciso que se ponga usted el traje.

—¿Qué traje?

—Pues, hombre, el traje de buzo... ¡Oh, no tiene importancia tratándose de un fondo así! Apenas hay presión. Veinticinco metros de agua sobre la cabeza... Ya verá usted; se sentirá como en su propio cuarto.

Yo ni siquiera le contesté: hasta tal extremo me anonadaba la idea de ir a pasearme por el agua vestido de buzo.

¡Oh, verdaderamente, prefería mucho más la otra combinación!

Para luchar contra mi desfallecimiento, el doctor me daba detalles muy agradables sobre el modo de respiración, etc.

—Nunca, nunca encontrará usted una ocasión semejante... más segura y más tranquila... Quizás sea menos sencilla, pero ofrece más seguridades que la chalupa... ¿Quién podrá reconocerle vestido de buzo? ¡Nadie!

—Lo reconozco. Lo reconozco... Pero tampoco vendrá nadie en mi auxilio si nos extraviamos bajo el mar.

Al oír estas palabras, Mederic Eristal se echó a reír tranquilamente.

—¡Oh! No. No—dijo—. Todo menos eso. En el fondo del mar están señalados los caminos, puede usted creerlo... Por lo demás, por esos caminos fué por donde el capitán Hyx nos trajo cierta mañana a la señorita Dolores.

—¿Sí?

—¡Cómo! ¿No se lo ha contado ella?

—No le dió tiempo a acabar su historia.

—Bueno, pues oiga el fin de su historia... Cierta mañana en que el capitán Hyx se paseaba muy temprano con dos tenientes por el fondo de la bahía de Vigo, en donde trataba de descubrir las reservas submarinas del avituallamiento boche, le cayó en la cabeza un saco que luego se le escurrió entre los brazos. Dentro de aquel saco había algo que se movía. El capitán y sus hombres regresaron apresuradamente con el saco en una de nuestras chalupas submarinas, que por fortuna se hallaba muy cerca... Cuando salieron de la cámara de las escafandras el saco ya no se movía... Le abrieron... y se encontró en él a la señorita Dolores casi asfixiada, pero no ahogada, pues el saco era impermeable... Unas cuantas presiones rítmicas de este servidor devolvieron la vida a la señorita Dolores...

El doctor, sacudiéndome de las solapas y meneando la cabeza, añadió:

—Ahora ya no ignora usted nada de la historia de Dolores. Aplíquesela a usted mismo y comprenderá que con una buena escafandra no sólo puede conservar uno su vida en el seno de las aguas profundas, sino que también puede salvar la vida a los demás...

—Es prodigioso —dije yo meneando la cabeza a mi vez—. El von Treischke no había contado con eso.

—Puede usted decirlo...

—Entonces, ¿él cree muerta a Dolores?

—Evidentemente... Y también la madre creyó muerta a su hija, y murió de haberlo creído así. En Vigo se dió por sentado que había habido un drama de amor, y que la señorita, después de haber herido a su pretendiente, se había suicidado arrojándose al mar. Se buscó su cuerpo durante dos días. Y luego nadie habló más de ello. Ni siquiera el joven Fritz, que no llegó a morir, y que algunas semanas más tarde abandonó el país, casi curado, en compañía del falso Kessel, en un barco neutral que debía conducirle a América o a otro sitio... ¡Ah! A propósito del intento de suicidio de Dolores, sepa usted que Gabriel se lo ha creído indiscutiblemente. Esto es debido a que el capitán Hyx le rogó a la señorita que no contara a su novio la historia del saco, que hubiera vuelto loco de furor al joven contra von Treischke.

—¡Cuántos miramientos con el von Treischke!

—¡Oh! Comprenda usted que al capitán le interesa mucho su venganza personal. Y ésa es la causa de que haya juzgado inútil que Dolores, refiriendo toda la verdad al vasco, excitara más a éste contra un hombre al que él, el capitán Hyx, ha marcado con su sello. ¿Qué hubiera hecho el vasco? Hubiera dado una puñalada. ¡Magnífico! Pero el capitán le reserva otra cosa. ¡Oh! ¡Oh!

—Maldito sea vuestro capitán —exclamé yo—, puesto que es con el suplicio de una inocente como ha de crear la gehena del culpable. ¡Horror! ¡Horror!

El doctor me amenazó con el dedo en la boca.

—No se trata de repetir ¡horror! a cada instante. También nosotros, el *midship*, Dolores, Gabriel y yo, hemos clamado: ¡horror! Y quizás hayamos hecho mal... Se trata de aprovechar los instantes en que nosotros estamos sentimentalmente de acuerdo con usted acerca de ese horror... ¿Está usted dispuesto a huir, sí o no?

—Claro que sí... Claro que sí... ¿Cómo se le ocurre preguntarme semejante cosa?

—¿A huir en escafandra?...

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa!... Eso es otra cuestión...

—Es la única por el momento. Reflexione bien por última vez, y contésteme... *Después quizás sea demasiado tarde...*

—Pero esto es espantoso... espantoso...

—¡Chist!—dijo él de pronto—. ¡Escuche!... ¿Qué ruido es ése?...

XXVIII

Por qué el Irlandés era el más feroz.

OLASE, en efecto, un gran estruendo báquico, a pesar de que era bastante tarde. Eran ¡hoch! ¡hoch!, ¡ach! ¡ach!... ¡hurra!, chocar de vasos y cánticos, entre ellos el *¡Gaudeamus igitur!*

La puerta del salón de fumar debía hallarse abierta al fondo del corredor de la prisión blanca. Pero ¿a qué vendría aquel extraordinario "regocijo"?...

El doctor había entreabierto la puerta de mi cuarto y escuchaba.

—No hay error—dijo—. Debe haber esta noche alguna horrible fiesta...

—Miserio de mí—gemí yo estremeciéndome—. ¿Es que nunca he de oír aquí más que historias de crímenes, gritos de muerte, adioses de reses humanas a las que se prepara para el matadero?...

—¡Oh, señor mío!—cuchicheó el doctor, poniéndome de nuevo un dedo junto a la boca—

—No se trata de repetir ¡horror! a cada instante. También nosotros, el *midship*, Dolores, Gabriel y yo, hemos clamado: ¡horror! Y quizás hayamos hecho mal... Se trata de aprovechar los instantes en que nosotros estamos sentimentalmente de acuerdo con usted acerca de ese horror... ¿Está usted dispuesto a huir, sí o no?

—Claro que sí... Claro que sí... ¿Cómo se le ocurre preguntarme semejante cosa?

—¿A huir en escafandra?...

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa!... Eso es otra cuestión...

—Es la única por el momento. Reflexione bien por última vez, y contésteme... *Después quizás sea demasiado tarde...*

—Pero esto es espantoso... espantoso...

—¡Chist!—dijo él de pronto—. ¡Escuche!... ¿Qué ruido es ése?...

XXVIII

Por qué el Irlandés era el más feroz.

OLASE, en efecto, un gran estruendo báquico, a pesar de que era bastante tarde. Eran ¡hoch! ¡hoch!, ¡ach! ¡ach!... ¡hurra!, chocar de vasos y cánticos, entre ellos el *¡Gaudeamus igitur!*

La puerta del salón de fumar debía hallarse abierta al fondo del corredor de la prisión blanca. Pero ¿a qué vendría aquel extraordinario "regocijo"?...

El doctor había entreabierto la puerta de mi cuarto y escuchaba.

—No hay error—dijo—. Debe haber esta noche alguna horrible fiesta...

—Miserio de mí—gemí yo estremeciéndome—. ¿Es que nunca he de oír aquí más que historias de crímenes, gritos de muerte, adioses de reses humanas a las que se prepara para el matadero?...

—¡Oh, señor mío!—cuchicheó el doctor, poniéndome de nuevo un dedo junto a la boca—

¿Qué diría usted si se hubiera encontrado en la frontera belga en el momento de la invasión?

En aquel instante apareció Buldeo en el corredor y nos dirigió un pequeño y rápido saludo. Se había puesto la corbata blanca y el *smoking* de las grandes noches; ofrecía también sus grandes aires de mayordomo en jefe y llevaba entre los dedos una increíble cantidad de botellas de *champagne* vacías.

—¿Qué hay?—le preguntó el doctor—. Me parece que esos señores hacen mucho ruido.

—Es que les han anunciado la visita del Irlandés—repuso Buldeo—. ¡Hay en el aire “saludos del capitán Hyx”! ¿No ha leído usted el último comunicado de a bordo, después de la correspondencia de Cádiz? Mire, señor doctor, cójame el comunicado del bolsillo del *smoking*. Ya ve usted que no tengo las manos libres. Están bebiendo y cantando. ¿Qué quiere usted? Se dan ánimos. Y hasta el último instante se esfuerzan por mostrarse más firmes unos que otros y por asombrarse unos a otros, con la esperanza de que semejante actitud se les tendrá en cuenta al final, a costa de los que ya se estremecen para sus adentros y no pueden sostener un vaso sin temblar. Eso forma parte del programa... Sin contar con que von Busch y von Freemann ya saben a qué atenerse.

—Yo creía que eran *rehenes enteros*—dijo el doctor.

—Sí; pero sus cartas han llegado demasiado tarde a su destino. *Los personajes de cuya vida respondían con la suya, ya habían muerto...* ¿Com-

prende usted? Tengo el honor de saludarles, señores...

¡Yo había comprendido! ¡Ah! ¡Ya no les importaba hablarlo todo delante de mí, ahora que se me creía clavado a aquel barco infernal!

Volvimos al cuarto, y, a pesar de hallarse cerrada la puerta, se oían aún ¡hoch! ¡hoch! lejanos que me causaban un extraordinario malestar.

—He aquí algo que le reanimará—me dijo el doctor meneando la cabeza y recorriendo con la vista el papel que había cogido del bolsillo de Buldeo.

Era una cuartilla doble, cubierta de finos caracteres dactilografiados.

A la cabeza se leía: “Comunicado de la noche del... a bordo del *Vengador*.” Luego: “Nuevos informes oficiales sobre la actividad de los alemanes en Bélgica.” Después: “Interview de nuestro corresponsal especial en el Havre con el señor secretario del ministro de Justicia, Carton de Wiart.”

Y leímos:

“El señor secretario del ministro de Justicia, Carton de Wiart, ha tenido la bondad de poner a nuestra disposición numerosos informes, algunos de los cuales permanecen todavía inéditos, y que contienen hechos tan concretos como los precedentes.”

“Para darles una idea exacta de lo que sufrieron los infortunados belgas, voy a transcribirles los últimos informes que han llegado a nosotros, no sobre las grandes matanzas de Dinant, Lovaina, Termonde, Aerschot, Malinas y tantas

otras ciudades, crímenes que son universalmente conocidos y que han sido incluso hasta confesados desde que Alemania los ha calificado de *errores trágicos*, sino de la pequeña localidad de Schaffen, en la que, pretextando siempre que los paisanos habían disparado contra las tropas alemanas, pronto se contaron veintitrés víctimas; dos hombres fueron enterrados vivos, un pasante de notario fué quemado vivo, y doscientas casas fueron incendiadas.

„El cura fué hecho prisionero, y le sacaron a culatazos al jardín del presbiterio. Los soldados alemanes le rodearon, befiéndose de él, le insultaron y le anunciaron que iba a morir.

„En Schaffen ha sido también donde los alemanes obligaron a los prisioneros civiles a entrar en la casa del burgomaestre, que estaba ardiendo.

„Por un azar extraordinario, fué soltado el cura, pero después de que un soldado le blandió sobre el pecho su puñal, y sus compañeros—mientras andaba doscientos cincuenta pasos para llegar al presbiterio—le molieron a latigazos a cada diez metros.

„Un compañero del cura de Schaffen, llamado Bucher, fué rematado a culatazos porque no podía caminar a causa de los malos fratos que había sufrido.

„Y lo mismo ocurrió por todas partes; preciso es que se sepa.

„En Bélgica se han cometido crímenes sin ninguna justificación. Se han arrasado ciudades sin ningún motivo; con una crueldad incali-

ficable, han sido mutilados mujeres y niños, de los cuales hemos visto fotografías...”

Y el comunicado del *Vengador* terminaba con estas palabras en tinta roja:

«A consecuencia del comunicado de nuestro corresponsal revelándonos el trabajo realizado por el ejército alemán en Schaffen, y considerando que este trabajo no ha sido pagado aún con nada equivalente; considerando que este hecho anormal no podría prolongarse sin escándalo ni peligro para la obra del Vengador, la dirección de esta obra tiene el sentimiento de hacer saber a los señores prisioneros de guerra que cuatro de los más ilustres de entre ellos serán designados antes del alba para pagar en breve esta deuda y saldar el balance relativo a la nueva cuenta que nos hemos visto obligados a abrir en nuestros libros para la pequeña ciudad de Schaffen.

—¿Qué dice usted a eso?—me preguntó el doctor cuando hube terminado la lectura y le devolví el papel con manos temblorosas.

Pero tampoco tuve tiempo de responderle en seguida. Un pequeño grupo pasaba por el corredor.

Mi curiosidad se había despertado demasiado para que yo pudiera resistir a la aguda y malsana necesidad de ver incluso cosas que me causaban horror.

Un piquete de marineros, con la bayoneta calada, desfilaba silenciosamente por delante de nosotros (ya no se oía a lo lejos ningún ruido, ningún *hoch*, ningún hurra), y escoltaban primeramente a von Busch—la bola ignea—y a von

Freemann—la Muerte verde—, el uno más rojo que nunca y el otro tan verde como el gorgonzola algo pasado. Luego venían cuatro personajes atrozmente pálidos, que habían cenado alegremente no lejos de mí aquella noche famosa en que el *herr professor*, el tío Ulrich, se había servido por última vez de su lengua para pronunciar tan hermosos discursos...

Detrás de este desfile de condenados marchaba silenciosamente el Hombre de los ojos muertos, el siniestro Irlandés.

—¡Ah! ¡Este acude a todas las fiestas!—exclamé yo.

Y no pude contener el impulso de precipitarme sobre él para preguntarle:

—¿Es a la muerte adonde les conducen ustedes?... Es a la muerte, ¿verdad?

—Si le interesa, puede usted venir... Sabrá usted tanto como ellos... Nosotros no tenemos nada que ocultar a nadie...

—¡Atroz! ¡Atroz!...

Pero él desapareció en el recodo del corredor, riéndose horrorosamente.

Yo volví a entrar en mi cuarto.

—¡Me voy! ¡Me voy!—le dije al doctor—. Ya está decidido. ¡Bien decidido!... Sí, sí. Quizás dependa sólo de mí la salvación de todos los otros.

—Eso es mucho decir—dijo el doctor con una placidez que me dejó helado.

—¡Me voy!... Aun cuando sólo fuera por no ver más, por no oír más a ese horrible Irlandés...

—Sí; ése es sin duda el más feroz de todos—me confesó Mederic Eristal.

—¿Y por qué? ¿Lo sabe usted?

—Sí, sí. No es ningún secreto.

—¿Le han asesinado también, sin duda, mujer e hijos, padre y madre?

—Más aún, más aún.

—¿Cómo más aún?

—Lo que le digo. Más aún. Yo le conozco muy bien. Yo fui quien se lo indiqué al capitán Hyx en los tiempos en que el capitán buscaba un segundo "a la altura". Le dije: "Puede usted coger a éste; no tendrá misericordia y le hará volver a usted al camino verdadero si acaso flaquea usted." Y el capitán me contestó: "Ese es el hombre que yo necesito... Un hombre que sea capaz de matarme si perdonara." Y le contrató. La cosa quedó arreglada en seguida.

—De todos modos—le interrumpí yo—, ¿quiere usted decirme lo que le habían hecho los boches?

—¡Oh, sí, perfectamente!... Ahí tiene usted un hombre que a la edad de seis meses fue abandonado en el arroyo por su madre, que le encontraba demasiado feo; un hombre que no ha podido casarse nunca por esa misma razón (añadida al hecho de que no tenía un céntimo); en fin, como suele decirse, un paria... Un pobre hombre *querido a las lágrimas*. Un corazón sin amor que algunos años antes de la guerra llenó de súbito de un amor inmenso por una perrita, el único ser en el mundo que no le encontraba demasiado feo y que le amaba... Por un suspiro de su perra el Irlandés hubiera dado la Tierra y algunos otros planetas; hubiera dado

todo el sistema solar y de propina los goces del Paraíso... Pues bien, *los prusianos le han matado su perra... ¿Comprende usted?... ¡Es cosa de risa!...* Un gracioso pomerano que pasaba por Ostende, adonde el Irlandés se había retirado, se le llevó la perrita *en la punta de la bayoneta*. Así, pues, el Irlandés está aquí *para vengar a su perra*. ¿Comprende usted?

—Sí, sí.

—Pero ¿qué fiene usted? ¿Por qué pone esos ojos de espanto? ¿Qué busca usted en el fondo del armario?

—¡Mi traje! ¡Para evadirmel... ¡Para marcharmel... ¡Oh! ¡Marcharmel...

—Muy bien. Pero no olvide que encima de ese traje hay que ponerse el otro, el de buzo.

—¡Sí, sí! ¡Marcharmel...

—¡Ya se ha venido usted a razones! Vuelvo a repetirle que no se corre ningún peligro con el equipo de buzo.

—¡Qué importa!... ¡Oh, qué importa!... *Por el fondo del mar, por donde usted quiera... ¡Partirl...*

XXIX

Comienza mi evasión.

CINCO minutos después ya había revestido el uniforme de los marineros del *Vengador*. Mederic Eristal me consideró unos instantes en silencio; luego pareció reflexionar profundamente, como siempre, mientras yo le oía agitar sus llaves en el bolsillo; después frunció el ceño y, por fin, se dignó hablar:

—¿Sabe usted—me dijo—que es una cosa muy grave la que vamos a emprender?

Inmediatamente yo experimenté el temor instintivo de que aquel hombre, eternamente vacilante, se arrepintiera de una de sus raras decisiones y renunciara a cooperar a mi fuga en el preciso instante en que yo había decidido intentarla. ®

Y quizás no me equivocara en absoluto al temer un acontecimiento de ese género, pues él agitaba y agitaba sus llaves sin cesar bajo su ceño fruncido; según todas las apariencias, pensaba al mismo tiempo "pros" y "contras" en la

balanza eternamente inquieta de su pobre cerebro de hombre de ciencia que ya no creía en Dios desde que habían martirizado a su hija, y que tampoco creía en la ciencia.

—¡Partamos, partamos!— dije yo alocado—. Quizás me esté esperando ya el *midship*...

—Se dice muy pronto partamos, partamos, partamos... Pero en este momento, en este supremo momento, permíame que me pregunte por última vez si me equivoco o si tengo razón.

—¡Tiene usted razón!— afirmé yo con desesperada anterioridad.

—¡Escúcheme bien!— dijo él con un suspiro—. Quiero que me preste usted el juramento de no sentir ninguna curiosidad por lo que hay o lo que pueda pasar en las islas Cies.

—¿Qué islas Cies?— pregunté yo algo aturdido.

—¡Vaya un viajero!... ¡Vaya un viajero!— dijo el doctor chanceándose y dejando oír un gran estrépito de llaves—. El señor ha hecho escala en Vigo, pero el señor ignora lo que son las islas Cies... Pues bien, amiguito mío; procure ignorarlas siempre, es lo mejor que puede usted hacer. O, mejor dicho, haga cuanto pueda por conocerlas el menor tiempo posible. Eso es todo lo que le pido por la cabeza de sus padres o por la suya propia, y por la de la señora del almirante von Treischke, que, sin duda, le es a usted más querida que todas las otras juntas, pues yo tendré fe en el juramento de un enamorado de su especie, un enamorado por puro sentimiento, es decir, de la especie más noble.

Yo hubie ra podido preguntarme si se estaría

burlando de mí; pero vi que estaba demasiado preocupado para entregarse a una chanza miserable.

—Sepa usted— me decía —, sepa usted que va a abordar por el fondo del mar a una de las islas Cies... *Insulae Siccæ*, que decían los antiguos. Grupo de islas salvajes, desiertas, puntos perdidos en el mar frente a la rada de Vigo..., tan desiertas como las Desiertas del grupo de las islas Madera, puede usted creerlo. Pues bien, me hará usted el obsequio de no preocuparse siquiera de saber a cuál de estas islas abordará usted, ¿verdad, mi amiguito?... Eso no es un secreto mío, es el secreto del propietario. El propietario tiene derecho a hacer lo que quiera en su propiedad. Es el *jus abutendi*. Tiene el derecho de usar y de abusar. A nosotros no nos importa. *El puede transformar una isla desierta en plaza de la Concordia. ¿Quién podría replicarle? Pero yo he de decirle a usted que aun cuando encontrara un obelisco en las islas Cies (insulae Siccæ) más le valdrá que no se dé usted cuenta. ¿Comprendido?*

—Comprendido— repuse yo al punto, singularmente impresionado por el extraño lenguaje del doctor.

De pronto recordé cierta alusión que había hecho Mederic Eristal a ciertas islas en las que los alemanes habían querido establecer depósitos secretos destinados al avituallamiento de sus submarinos y al hecho de que habían tenido que renunciar a ello porque "otros" se les habían adelantado.

Yo me imaginé fácilmente que el doctor habría podido designar así las islas Ctes; su lenguaje no fué ya un misterio para mí. Sin duda el capitán Hyx habría comprado o alquilado aquellas islas para crear en ellas un punto de apoyo para sí mismo, un puerto secreto para su *Vengador*... y entonces me pareció muy natural que Mederic Eristal me pidiera que cerrara los ojos en la medida de lo posible al abordar a un sitio tan "reservado" y que exigiera de mí el juramento de mostrarme por consiguiente tan "reservado" respecto a aquel lugar como el lugar mismo.

—He comprendido tan bien — le dije —, que no veo ningún inconveniente en prestarle el juramento que me pide sobre la cabeza de quien a usted le plaza. Y ahora que ya está usted tranquilizado, doctor, hablamos.

—¡Hum!... Me parece, en efecto, que vamos a poder partir — me contestó Mederic —; pero puesto que nos quedan aún cinco minutos por delante, quizás no le parezca a usted inútil que le diga cómo han de pasar exactamente las cosas. En cuanto haya usted llegado a la isla, el mismo *midship* tendrá la bondad de despojarle de su escafandra, y luego le dirá el santo y seña. Gracias a este santo y seña atravesará usted la isla rápidamente sin obstáculo; pero no mire ni a la derecha ni a la izquierda en cuanto sea posible. Entonces llegará usted a un puertecito insignificante que se llama la Espuma y en el que se encontrará una miserable barquichuela de pescador; no lejos de allí verá usted una cabaña aisla-

da encima de una roca. Dará usted cinco golpes en la ventana, que se abrirá. Dirá usted el santo y seña y ya no tendrá que ocuparse de más nada... Sobre todo, no haga ninguna pregunta. De la cabaña saldrá un pobre pescador que le hará montar en su barca. Izará su vela, y en camino para Vigot. Si el viento no fuera propicio, no se apure usted. El pobre pescador lleva un motor de petróleo en su pobre barca, que está provista de una pequeña hélice bajo el timón. ¡Perfectamente!... Así, pues, ya está usted informado, y, después de todo, la cosa no es tan complicada como ha podido parecerlo. Y ahora, ¡adelante y ánimo!

Salimos del cuarto y del corredor de la blanca prisión sin ningún incidente. El centinela que se hallaba a la puerta no puso ningún inconveniente al paso del doctor y de su compañero, que llevaba el uniforme de los marineros del *Vengador* y una boina cuidadosamente inclinada sobre el ojo izquierdo, ocultando su tercera parte del perfil...

El corazón me palpitaba extraordinariamente y eso que aún no me encontraba más que al principio de la empresa. No obstante, me sentía lleno de fuerza y de voluntad para salir de allí. Llevábamos cinco minutos deslizándonos por las galerías libres y desiertas, cuando el doctor se detuvo, y, tendiéndome la mano, me dijo:

—Ahora, ¡adiós y buena suerte!

—¿Cómo "adiós y buena suerte"? ¿No irá usted a dejarme plantado aquí, supongo yo?

—Sí, sí. *Yo he terminado ya mi misión en lo que*

me concierne... Lo demás no me incumbe a mí. ¡Si le parece a usted que no he hecho bastante!... Servidor de usted.

Y giró vivamente sobre sus talones; pero yo le atrapé por la ropa. Estaba enfurecido.

—¡Pero cómo! ¿No me conduce usted junto al *midship*?

—Al *midship* le encontrará usted en el cuarto de los buzos, y nunca hablamos convenido que yo iría al guardarropa de los buzos... ¡Ya es bastante que me hayan visto salir de la prisión al mismo tiempo que un marinero!... Pero yo diré que no le conocía y que no me ocupaba de usted... Y sobre todo, no me contradiga nunca en este punto, cualesquiera que sean los acontecimientos.

¡Le hubiera estrangulado! Aquel hombre no pensaba más que en sí mismo, en su miedo, en su responsabilidad. Haciendo lo que hacía, que era honorable, no quería, sin embargo, correr el riesgo de que el hombre al que traicionaba (el amigo del corazón de oro y el antifaz de terciopelo) pudiera reprocharle su traición... ¡Puf! ¡Puf! ¡Puf!...

—Bueno—dije yo dominando mi cólera—, dígame al menos por dónde tengo que pasar para ir a ese guardarropa... exactamente; si no, estoy perdido. Sin que sea un reproche, doctor, podría usted haber prolongado un poco su misión en lo que le concierne...

El doctor meneó la cabeza, se encogió de hombros y me dió con gran precisión sus últimas instrucciones.

—Cuando llegue usted al guardarropa, empezará usted por vestirse, cogiendo el último traje de los buzos de estribor, y eso sin preocuparse de nadie.

—¡Pero yo qué sé! ¡Pero yo qué sé!

Mas él huyó como alma que lleva el diablo.

Ahora a mí me tocaba obrar con prontitud e inteligencia para salvar los inconvenientes de semejante abandono. Si los otros cómplices habían contado únicamente con el doctor para meferme en mi escafandra, mi aventura se presentaba singularmente peligrosa, y rápidamente podría convertirse en trágica.

Pero mi incertidumbre no duró ante ciertos rumores de dolor que empezaron a llegar hasta mí, primero solapadamente y luego en ráfagas súbitas, por el corredor en que me había abandonado el doctor.

Así, pues, me encontraba en la parte más *sensible* del barco, en la que se estremecía casi continuamente y donde se verificaban los ritos sangrientos de aquella monstruosa religión del Tallón, que paseaba el capitán Hyx en el seno de los mares por la supuesta salvación de la humanidad. Esto me dió nuevos ánimos para huir. ¡Huir! ¿Qué eran los misterios del templo antiguo junto a los misterios del templo submarino? Terror inútil en aquellos tiempos, es cierto, terror artístico puro junto al horrible terror útil del capitán Hyx. Por lo que a mí respecta, profano horrorizado, aterrado de haber visto los libros santos de contabilidad al fondo del Tabernáculo, pedí a Dios que dirigiera mis pasos

sin desfallecer hasta el cuarto de los buzos

De hecho llegué a él guiado por una especie de luz interior y por el agudo recuerdo, súbitamente despertado en mí, de los caminos que había seguido cuando lo había visitado por vez primera con el capitán y Amalia.

El vasto guardarropa estaba vacío. Una hilera central de lamparillas eléctricas distribuía una suave luz.

Mis pasos fueron guiados por aquellas palabras de Mederic: "El último traje de buzo de estribor."

Los trajes especiales, fabricados con una mezcla de ciertos cauchos y de cierta tela impermeable, preparado todo ello a propósito para soportar presiones considerables, colgaban de las paredes de acero, alineados con un orden perfecto. Junto a cada uno de ellos veíanse las planchas de cobre destinadas a acorazar el pecho y el cuerpo y a conservar el equilibrio, defendiéndole contra el empuje de las aguas.

Debajo de cada equipo se hallaba colocada en un escabel la esfera de cobre, provista de pequeñas ventanas de cristal por delante y a los lados, en la cual podía moverse la cabeza cómodamente y dirigir la mirada a todos los puntos del horizonte submarino.

Junto a la esfera había una lámpara eléctrica que se sujetaba a la cintura. Bajo el escabel, las pesadas botas, con suelas de plomo, que se sujetaban a las espinilleras mediante aros de cobre... En fin, en el piso de hierro, el depósito de aire comprimido que se ponía cada buzo a la

espalda, como una mochila, y que, por medio de tubos que comunicaban con la esfera, le permitía pasearse libremente por los fondos submarinos... pues en otro tiempo los buzos no eran sino esclavos encadenados por los tubos que comunicaban con una bomba de aire libre, aparato que databa de la infancia del arte.

Entretanto, siguiendo las instrucciones del doctor, al oír rumor de voces allá, al otro extremo del guardarropa, había levantado apresuradamente la pesada esfera y me la había colocado encima de los hombros.

Así reposaba en lo alto de mi traje, que estaba rematado por un cuello de cobre perforado; sólo que mi emoción y mi inexperiencia eran tales, que me había colocado la esfera (después de haber introducido en ella la cabeza, como es natural) del revés... Y sin duda hubiera resultado el buzo más apurado del mundo si no se hubiese acudido al punto en mi ayuda.

Con bastante prontitud me dieron la vuelta al objeto, y entonces descubrí ante mí la cara bonachona y alegre del *midship*. Esto me tranquilizó en el acto. Yo sabía que aquel hombre no me abandonaría en el fondo del océano. Por otra parte, me estrechó vigorosamente la mano enguantada ya de caucho, y sin preocuparse de la media docena de hombres que había traído consigo y que ya estaban en vías de vestirse al otro extremo del guardarropa, se puso a atarme sólidamente todas las correas, satisfaciendo así mis ardientes deseos; me atornilló la esfera y las botas, me suspendió del pecho las planchas de

cobre como formidables condecoraciones, me ató la lámpara eléctrica a la cintura y me sujetó el depósito de aire comprimido en la espalda, después de haber experimentado previamente su presión. Y en fin, me puso de pie (pues yo me había sentado en el escabel) y me dió un bastón terminado en un fuerte pico de hierro.

Luego, después de haberme hecho algunas muecas de picardía a través de mi pequeña ventana, que se hallaba defendida por una rejilla de hierro, y hasta de haberme sacado la lengua con malicia, él se ocupó en seguida de su atavío, que pronto quedó terminado, pues parecía estar muy acostumbrado a aquella clase de indumentaria.

Yo permanecía inmóvil, clavado al suelo por mis suelas de plomo, pero comprobando con satisfacción que respiraba con toda normalidad en mi esfera de cobre.

Luego, a un silbido del *midship*, llegó un equipo con unos carritos bajos que nos remolcó a todos a una cámara absolutamente desnuda y bastante estrecha, en la que nos dejaron solos.

Un minuto después, un silbido peculiar nos anunciaba la llegada del agua.

El agua fué subiendo, subiendo... Una ligerísima sensación de frescura me subía al mismo tiempo a lo largo de las piernas, siguiendo el nivel del agua.

Pronto este agua llegó a la altura de mis pequeñas ventanas; yo creí que me iba a entrar en la boca, e instintivamente la cerré. ¿Sería fonto?... Siempre se dice eso después, pero allí hubiera querido yo veros.

Uno de mis compañeros (¿sería el *midship*?) se acercó a una plancha y oprimió un botón o una palanca y súbitamente se abrieron las puertas del mar... mientras una escalera de hierro se "desplegaba" automáticamente y venía a colocarse en el umbral de aquella puerta, posando su último tramo en el fondo submarino. Así se comunicaba con el mar profundo en el seno del *Vengador*, siguiendo un sistema que no suele ser el de los submarinos ordinarios.

Yo avancé detrás de los otros, y aunque ya me lo esperaba, pues el principio de Arquímedes no es un secreto para nadie, me quedé sumamente asombrado de la facilidad con que podía moverme en el agua, a la vez que del equilibrio y la firmeza de mi paso, debido a mis suelas de plomo y a las placas de cobre.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXX

Paseo bajo el mar.

Qué espectáculo me aguardaba en el umbral de las puertas del mar! Yo había creído que descenderíamos en las sábanas de agua iluminadas por la potente luz fría de los faros submarinos del *Vengador*; pero me había engañado totalmente.

El *Vengador* debía tener sus razones (las razones de su capitán) para no señalar su presencia delante de Vigo ni encima ni debajo de la superficie del mar. Sea como fuere, esta circunstancia nos permitió gozar de un paisaje de una delicadeza incomparable *bajo la luz magnífica de la luna*.

Yo hube de pensar necesariamente que debíamos encontrarnos en un fondo muy alto, escogido para esta maniobra de desembarco bajo el agua y, en realidad, podíamos percibir por encima de nuestras cabezas el argentado centelleo de las olas al entrechocarse bajo la luna y su espuma de plata.

Yo había descendido el último. Tras nosotros oímos cerrarse las puertas de hierro y nos volvimos... La escalera había desaparecido. Luego caminamos con bastante rapidez para alejarnos del navio y yo me volví de nuevo. El vientre inmenso del *Vengador* parecía reposar directamente en el fondo del mar... No era así, sin embargo, pues de pronto echó a *rodar* suavemente en sentido opuesto al nuestro. Mi lámpara eléctrica, que proyectaba entonces su claridad en una parte de su base, me permitía descubrir una increíble cantidad de ruedecillas, sobre las que se deslizaba el *Vengador* al lento impulso de sus hélices o de sus turbinas.

Yo contemplé largo rato cómo se sumía delante de mí en el misterio de las aguas con una lentitud que debía tener por objeto evitarnos un peligroso remolino, y me pregunté si sería posible que volviera a verle nunca...

El fin de esta aventura, o mejor dicho, lo que yo juzgaba el fin, me parecía tan prodigioso como su principio, y me hallaba tan estupefacto de haber salido de ella como lo estaba de haberla vivido.

¡Oh! ¡Oh! ¡Reflexiones vanas! ¡Alegría harto pronta! ¡Hay aventuras de las que no se sale nunca!

De pronto sentí que me tocaban en la espalda. Era uno de mis compañeros que me advertía que ya estábamos en marcha. (¿Sería el *midship*?) Yo les seguí. ¡Qué camino de cuento de hadas!

Sin daño alguno hubiéramos podido apagar los largos haces de nuestras lámparas, que re-

corlaban crudos triángulos en el elemento líquido, y hubiésemos podido ver aún con bastante claridad para orientar nuestros pasos: tal era la fosforescencia que había aquella noche en el mar y tales los destellos de luna en la espuma de las olas.

Yo no sentía ya miedo. No. Veíame en camino para salvar a Amalia y en camino para la ruta más bella del mundo. Varias veces observé que los compañeros que me precedían se inclinaban para examinar a sus pies algo rosado y brillante a la vez, y luego proseguían su camino.

Esta maniobra acabó por intrigarme.

Y yo también me incliné y miré atentamente con una rodilla en tierra y apoyado en mi pico aquello que habían examinado mis compañeros. ¡Cuál sería mi alegría y mi asombro al reconocer dentro de una enorme caracola una concha rosada de las llamadas de Bahamas, porque se encuentran principalmente en las orillas de esas islas... y algo más allá una concha roja de las llamadas del Cabo. En estos moluscos, tan grandes como la cabeza de un hombre es donde se fallan los camafeos.

Disponíame ya a arrancar la prestigiosa voluta del lecho del mar, en que parecía hallarse incrustada, cuando uno de aquellos señores buzos me hizo soltar la presa y me dió a entender por gestos adecuados que hacía mal en entretenerme en aquella operación prohibida. Y el hombre me mostraba otros moluscos, nácares, haliótides (tan buscados, entre paréntesis, por los campesinos bretones), pero que eran her-

mosos como haliótides de China, con su nácar rosado, irisado o verde, y que no sólo salpicaban el camino, sino que le *jalonaban* con intervalos casi regulares.

Como los guijarros de Pulgarcito en el corazón de la selva profunda, o mejor aún, como las piedras miliars de los antiguos o simplemente nuestros mojones kilométricos, aquellos enormes moluscos habían sido llevados allí e incrustados en el suelo para señalar el camino que debíamos seguir por el fondo de las aguas...

Y así recordé las palabras del doctor: "No tema usted perderse. Nuestros caminos submarinos están bien señalados."

Llevábamos ya media hora caminando por aquella especie de luminosa planicie submarina, en la que se reflejaba la luz de la luna y la argentada espuma de las aguas, cuando súbitamente tuvimos que descender de un modo bastante rápido y brutal.

Allí fué donde nuestros férreos bastones nos fueron de gran utilidad. Dejamos a nuestra izquierda un verdadero bosque de fucos, de algas, que se erguían ante nosotros ofreciendo el aspecto de ramas verticales, estremecidas al menor soplo, es decir, al menor movimiento del agua...

Por último llegamos a una especie de circo de basalto. Por encima de nuestras cabezas irguéronse rocas amenazadoras como si fueran a desplomarse y aplastarnos. Ya no se percibía la claridad lunar, ni la superficie argentada de las aguas que reflejaba la luz de la noche. Ha-

bíamos descendido lo suficiente para que yo pudiera apreciar una mayor presión del elemento ambiente y una dificultad mayor para movernos... No obstante, conservábamos aún perfecta libertad de movimientos, aunque éstos eran algo pesados. Únicamente me parecía que avanzábamos con más prudencia y circunspección.

Y de pronto, después de haber dado la vuelta a un enorme farallón, nos pusimos a escalarle, hollando paso a paso escalones regulares, tallados en la roca por la mano del hombre, y al borde de los cuales corría una barandilla de hierro a la que nos aferrábamos... hasta llegar a cierto rellano de granito, *¡en donde nos hallamos frente a un ascensor!*

Ciertamente, desde que yo había salido de Madera en circunstancias harto inesperadas, había tenido muchos motivos de asombro; pero a decir verdad, éste no fué el menor... Y sin embargo, si se piensa bien... ¿Qué de extraño tiene ver descender un ascensor al fondo del mar para buscar a unos buzos y sacarles al aire libre?... Esto no es más que un juego para la ciencia y aquel instrumento era la cosa más trivial del mundo. Sin duda...; pero bajo el mar, yo me encontraba como un niño que no ha viajado nunca...

Yo tomé sifio con mis compañeros en la vasta jaula. Las puertas fueron cerradas con cuidado. Uno de nosotros oprimió un botón eléctrico, sobre el cual había inscrito un número (como en los hoteles o en todo inmueble que se respeta) y empezamos a subir lentamente, lo que nos

evitaba las molestias de un cambio brusco de presión.

Las puertas del ascensor eran fuertes vidrieras que nos permitían ver el lado vertical del farallón y el movimiento en espiral de las aguas que desplazábamos.

Dentro del ascensor giraban en torno a nosotros, con alocada rapidez, colorados pececillos iluminados por el resplandor de nuestras linternas, y yo me entretuve en atraparlos como si fueran moscas...

Por el movimiento espasmódico de los hombros de mis compañeros, comprendí que mis gestos infantiles habían desencadenado, bajo la piel de caucho y la esfera de cobre, el regocijo de los buzos. Entonces me reproché llamar la atención de aquel modo y decidí hacerme olvidar en la medida posible, sobre todo ahora que nos acercábamos, a mi parecer, al fin supremo.

Y, sin duda, fué también para recomendarme más discreción en mi modo de comportarme bajo el agua, por lo que uno de ellos, como sin darse cuenta, me aplicó *in continenti* su bastón de hierro en el dedo gordo del pie izquierdo, que siempre lo he tenido particularmente sensible. Yo grité de dolor a mis anchas, persuadido de que nadie podía oirme; pero no lamenté el incidente, seguro de que me las había con el *midship*, que era un buzo al que se le reconocía en aquellos modales, y me felicité de haberle descubierto.

ban estatuas. Parecían esperar. ¿El qué? Evidentemente que el ascensor volviera a ponerse en marcha. Pero desgraciados, *¿y si por casualidad el ascensor no volviera a ponerse en marcha?...* ¿Habéis pensado en eso? ¿Eh? ¡Hatajo de brutos!... ¡Hatajo de brutos inmóviles!...

Yo tenía la injuria en los labios porque estaba furioso, no sólo contra ellos, sino contra mí mismo, que me había dejado arrastrar a una empresa tan loca... y me irritaba en general contra la humanidad entera, que no sabe lo que imaginar para aumentar los peligros de vivir...

Pero ¿qué es lo que oigo?... Cierta silbido... Ya no es el agua que entra: ¡es el aire que vuelvel...

¡Así, pues, ya hemos llegado!

Y ¿qué es lo que veo allá arriba en la oscura noche? ¡La lunar!...

No es ya su claridad difusa, sino su disco preciso en forma de queso... Y yo me echo a reír... ¡Estoy contento!...

Poco a poco el agua va saliendo de nuestra caja muy dulcemente, y de pronto sacamos la cabeza del agua, luego el busto, y por último les llega el turno a las piernas...

¡Con qué alegría (me imagino yo) se desatornillan mutuamente mis compañeros sus cabezas de cobre!...

Yo no me muevo... Espero... ¡Ah! ¡Ah! No me había engañado. El buzo que me ha puesto su bastón en el pie izquierdo, como si no se diera cuenta, es el *midship*.

Me guiña el ojo y se rasca la punta de la nariz de una manera graciosísima. ¡Hace falta tener

XXXI

Extraña... extraña visión.

DE pronto el ascensor se deluvo y yo empecé a preguntarme lo que significaba aquella prolongada inmovilidad y si acaso iríamos a quedarnos suspendidos así mucho tiempo entre la superficie del agua y el fondo marino.

Sólo entonces acudió a mi inquieto espíritu la hipótesis de un accidente de mecánica, y la importancia de tal hipótesis hizo que el corazón me diera un salto bajo mi doble piel: la mía y la de caucho...

¿Qué sería de nosotros si el aparato no pudiera ponerse de nuevo en marcha?... ¿No estaríamos condenados a morir en aquella caja después de haber agotado el aire de nuestros depósitos?

¿Qué pensaban de esto mis compañeros? Yo trataba de adivinar en ellos la misma angustia; pero nunca les había visto tan impasibles, o en todo caso tan inmóviles.

Apoyados en sus bastones de hierro semeja-

buen humor para hacer el sallimbanqui en semejante momento y con tamaña responsabilidad!

Pero las puertas del ascensor se han abierto a una pequeña sala vaciada en la roca y amueblada del modo más somero con cofres y taburetes.

Mis compañeros sólo tienen que dar tres o cuatro pasos para hallarse en los taburetes y allí acaban de desprenderse del equipo submarino.

¡Ah! ¡Qué pronto queda hecho!.. El *midship*, que me ha conducido él mismo a un taburete, les ha dado algunas órdenes que yo no he comprendido, quedándonos solos nosotros dos en aquel reducto de trogloditas. Después de haberse liberado él, me quita a mí la esfera y me despoja de mi piel de caucho y mis botas con una rapidez sumamente amable y con alegría...

¡Ah! ¡Es un hombre este *midship*!

Cuando pienso en todas las vacilaciones del doctor me considero muy feliz, a la verdad, de que la segunda parte del programa haya sido confiada al *midship*.

Este me dice:

—No hay tiempo que perder... ¿Comprende usted? Cuanto antes estemos en Vigo mejor será para usted y también para mí...

—¿Es que viene usted a Vigo conmigo?..

—¡A fe que sí!.. Se trata de beber un *cocktail* en un sitio que no sea el bar del submarino... ¡Oh, no crea usted que me quejo! ¡No me quejo, no!.. Yo creo que allí la vida es bella... y que al

comandante del *Vengador* le sobra razón para hacer farsas a los boches. (¡Farsas! ¡Llamaba farsas a aquello!) Por mi parte yo tengo la particularidad de que, marino de nacimiento, pero no pudiendo soportar la superficie del mar a causa del balanceo, puedo prestar servicio por debajo del agua... ¡Es magnífico!.. ¡Es magnífico!.. De todos modos, ahí dentro son demasiado tristes, demasiado sentimentales... ¡Es una tripulación de cuáqueros!.. El capitán toca en el órgano aires de iglesia y sale lloroso de su pequeña capilla bajo su negro antifaz... Los únicos verdaderamente alegres de toda la tripulación son el padre Lafuile y el Chino... Pero dígame usted, ¿es que esos son una sociedad para mí?.. En cuanto me han contado sus imaginaciones de suplidos, se acabó... La primera vez tiene gracia... Pero luego se harta uno... Así que, querido amigo, le invito a tomar un divino *cocktail*, pero un divinísimo *cocktail*, en el bar de Santiago de Compostela, en la esquina de la calle Real y la de Santa Marta, junto a la iglesia, a dos pasos de la plaza de la Constitución... Allí hay un bendito bar propiedad de un bendito Jim, ex campeón de la marina inglesa, el cual le demostrará a usted que tiene algunas cualidades fuera del *ring*, y que sus puños boxean admirablemente detrás del mostrador con los cubiletes de estaño. ¿Estamos? Pero no se lo dirá usted a nadie... El capitán lo sentiría...

Al decir esto, me ponía en pie como si yo fuera un muñeco articulado, me plantaba la boina y añadía:

—Inútil es volver a hablar de nuestro asunto. Estamos absolutamente de acuerdo de antemano. Sepa que yo cuento con usted para que no se desmenuce de pronto a esa pobre señora... No. Tratándose de una mujer no estaría bien... Yo no estoy por eso. Los otros, al fin y al cabo, son combatientes que han tenido mala suerte, eso es todo. Y también han hecho lo suyo. Pero esa pobre señora... No. No... ¡Arreglése para que el marido no se deje pillar! Así nos evitaremos historias... Tanto más cuanto que en el *Vengador* todos están furiosos contra ella. Ya se lo ha dicho el doctor. ¡Benditos Angeles de las Aguas!... Se ha de hablar mucho de ellos cuando se termine la guerra... ¡Ah! Voy a darle el santo y seña. Esta noche es *Jerusalén y la Ciudad Celeste*... ¡Son unos cuáqueros, lo que le digo!... No se olvide del *cocktail*...

El *midship* me condujo fuera de la caverna por una estrecha escalera tallada en la tierra, hasta llegar a un ángulo del farallón que era barrido por una brisa marina, bajo cuya caricia estuve a punto de desmayarme de felicidad.

Pero ¿no era aquél el momento de dominar los nervios? Yo me rehice contra las emociones tanto físicas como morales, e hice que se me indicara el camino, de modo que no pudiera extraviarme.

—Querido señor Herbert, no se extraviará usted si se mete usted por ese barranco y no sale de él hasta llegar al fin... Ya ve usted lo sencillo que es... Marchando a buen paso atravesará usted la isla en una hora; después ya sabrá usted lo que hay que hacer.

—Sí, sí. La pequeña cabaña...

—Eso es. La pequeña cabaña del barquero... el pescador de algas, ¿sabe usted?... No hay error posible; es la única morada de la rada, y además, siempre hay por detrás montones enormes de algas... cosa excelente para los pulmones débiles... Nosotros las llevamos siempre a bordo del *Vengador*... Es lo que nos proporciona ese ambiente de aire marino, aun después de inmersiones de tres días...

—¿Y debo esperarle allí para partir, señor?

—Evidentemente... Sólo disponemos de la barca del pescador para ir a Vigo a escondidas... y yo estoy cada vez más dispuesto en una noche como ésta a ser de la partida... ¿Se ha olvidado usted ya del *cocktail*?...

—Bien, señor, le esperaré... Pero no se retrase mucho...

—No, no. Se lo prometo—repuso—... ¡Oh! En cinco minutos veré lo que resulta; luego mando un radio al capitán HÛx y le alcanzo a usted... Jim es el que va a pasmarse al verme...

—Entonces, hasta luego... donde el barquero...

—Adiós... ¡Ah! Una palabra aún... El doctor ya ha debido prevenirle... ¿Eh?... Nada de indiscreciones... Atraviése la isla con anteojeras...

—A ciegas...

—*All right! Va bene!*—me dijo el alegre *midship*, y nos fuimos apresuradamente cada cual por su lado.

Pero en cuanto yo dejé de oír el ruido de sus pasos me detuve, y antes de meterme en el fondo de aquel barranco que me había indicado, caí

de rodillas para dar las gracias a la Providencia.

¡Ay! Desde que ya no sentía pesar sobre mí el peso formidable de mi prisión acuática ardía en deseos de realizar ese gesto; pero ¿no es cierto que siempre nos causa una vergüenza secreta el manifestar ante un tercero los movimientos más hermosos de nuestra alma?... ¿Orgullo, debilidad, modestia, humildad, necio respeto humano?

¡En fin, Dios mío, gracias te sean dadas! Y también a ti, naturaleza encantadora! ¡Yo junto las manos ante tu esplendor nocturno! No se veía allí, no obstante, bajo mis rodillas, más que algunas rocas abrasadas por el viento del mar, y en el horizonte algo de espuma levantada por el soplo de Neptuno y sobre mi cabeza la mirada postrera de Diana y Venus, que palidecían al aproximarse la aurora... Pero nunca se me había aparecido tan hermosa la tierra como desde que me había librado de la opresión de un elemento enemigo, y no me bastaba con todo mi corazón cristiano, ni con todos mis recuerdos paganos, ni con el pensamiento de todos los dioses del mundo para celebrar esta misa íntima, en la que mi alma abrazaba *la superficie de la tierra...*

Cuando me levanté temí haberme retrasado, y sin tomarme el cuidado de enjugarme mis lágrimas de agradecimiento, me precipité en el fondo del barranco... Este formaba un camino bastante estrecho, en el que difícilmente hubieran podido cruzarse dos carros en sentido contrario y cuyas abruptas paredes me limitaban

inmediatamente la vista a derecha e izquierda.

He de confesar que no me disgustaba, en modo alguno, esta disposición de los lugares, puesto que se me había recomendado *que no viera nada*. Así no tendría que hacer ningún esfuerzo para cumplir mi promesa, y tan sólo deseaba que mi camino siguiera siendo igualmente profundo hasta el fin... Por lo demás, estaba admirablemente conservado; la calzada estaba pavimentada con una grava uniforme, y pronto descubrí los dos menudos rieles de un ferrocarril de vía estrecha.

A lo primero no me crucé con nadie. No tuve que contestar a ninguna voz. En el fondo de aquel túnel reinaba una profunda obscuridad. Pero por encima de mi cabeza pasaban fulgores extraños, y fugaces llamaradas abrasaban la parte de la noche que yo podía percibir, es decir, la larga franja que se extendía entre las dos líneas paralelas de los altos taludes rocosos que se alzaban a ambos lados de mi camino como dos pantallas impenetrables.

Unas veces las llamaradas eran verdes; otras, azules, y parecían lanzadas hacia la bóveda celeste por las abiertas fauces de un prodigioso crisol.

Yo apresuré más el paso; parecíame haber penetrado en el camino prohibido de un infierno misterioso y no me atrevía a alzar la cabeza hacia aquellos fulgores aéreos... acordándome de las palabras del doctor y del *midship*: "Haga todo lo posible por no ver nada; atraviése la isla con anteojeras."

... ¿Y oír? ¿Tenía derecho a oír? ¿Qué eran aquellos sordos estruendos que estremecían la tierra? En algunos sitios me sobresalté como si hubiera sido alcanzado yo mismo de rechazo por algún choque...

¿En qué obra se trabajaba, pues, en las islas Cies (*insulae Siccæ*)? ¿Tendría derecho a preguntarlo?...

De súbito se produjo un estrépito subterráneo que me hizo echar a correr con el propósito ridículo, pero instintivo, de ponerme en salvo. Así deberían correr los desgraciados sorprendidos por la cólera de la tierra en las calles de Mesina, durante un terremoto...

Pronto tuve que detenerme... sin aliento... Me pasé las manos febriles por la sudorosa frente. ¿No debería haber llegado ya? A mí me parecía que llevaba ya una hora corriendo así como un loco. Consulté mi reloj. ¡Habían transcurrido diez minutos! Mi oído fué sorprendido aún por una explosión a la que sucedió inmediatamente un absoluto silencio. La tierra ya no retumbó más. Tampoco se vieron más resplandores, ni rojos, ni rosados, ni azules, ni verdes. Ya no hubo más que la aurora, que seguía disipando la noche, y a mí me pareció que con la aurora toda la isla accedía al fin a descansar de su trabajo nocturno.

Yo reanudé mi camino, más tranquilo, y creía que ya no tendría que temer ningún incidente, cuando tuve que pegarme, o mejor dicho, precipitarme contra la rocosa pared para no ser aplastado por un minúsculo tren eléctrico lan-

zado como una flecha por la vía estrecha y que pasó ante mis narices sin ruido, como la sombra de un tren, como el fantasma de un tren.

¿Cómo no habría sido aplastado? Todavía me lo estoy preguntando.

¿Es que no había nadie en aquella máquina para ver a un viajero en la vía y avisarle con un silbido? Yo no había visto a nadie... En primer lugar, no me había dado tiempo... y además, quizás no fuera nadie allí dentro. Los trenes fantasmas pueden pasarse muy bien sin maquinistas.

Pero ¿por qué acude a mi pluma la palabra fantasma?... ¡Oh, Dios mío! Simplemente porque con la extraña aurora, que confundía de modo singular las cosas de la noche y el día, pude creer que había penetrado de súbito en el reino misterioso e indefinido en que se mueven los fantasmas...

Y así vi (¿cómo no poder verlos?), vi de pronto ¡soldados!... Pues bien, os juro que creí ver *fantasmas lentos de soldados*. En el fondo de aquel camino obscuro tenían el uniforme gris que les prestaba la gris aurora...

Y tenían gestos de soldados; pero *lentos, lentos, lentos*. ¡Qué lentos! Sobre todo, los artilleros... ¡Ah! ¡Allí presencié el desfile más extraño de mi vida!...

Ciertamente, sin ser artillero ni aun conocedor de ese arte, yo no confundiría la artillería ligera con la artillería pesada, y si hubiera visto ante mí artillería pesada no me hubiera extrañado de su lentitud. Pero ante mí tenía una artillería *ligera y lenta*. Tenía, pues, derecho a estar algo

asombrado. Bien sé que no tenía derecho a ver... Pero desde este punto de vista (aquí está bien decirlo) la conciencia no me hacía ningún reproche. Yo no había hecho absolutamente nada por presenciar semejante desfile. Había sido él, el desfile, quien había venido a atravesarse en mi camino. No tiene nada de extraordinario explicar cómo habían pasado las cosas... Yo había llegado a una parte del barranco en que éste se ensanchaba mucho, mientras que las paredes casi desaparecían, y entonces me di cuenta que me encontraba en una encrucijada. Mi camino era atravesado por otro, y por éste es por donde pasaba el desfile de los artilleros lentos de los cañones ligeros.

¡Oh! ¡Qué maniobra tan singular y silenciosa, pues no se oía ninguna orden!... De vez en cuando un jefe hacía una seña por encima de su cabeza... con lo que parecía ordenar a los artilleros que fueran más despacio todavía...

Y todos aquellos artilleros se deslizaban de rodillas o avanzaban sobre el vientre, con una lentitud de larvas, empujando o arrastrando sus cañones ligeros...

Cuando por casualidad algún artillero se ponía en pie y avanzaba andando, lo hacía descomponiendo el movimiento, o mejor dicho, con precauciones de artrificio que padece de las articulaciones.

En fin, ¿qué podría decirlos? En el curso de esta terrible aventura yo he visto muchas cosas extrañas; pero ninguna me ha parecido tan extraordinaria ni me ha herido tanto el espíritu

como esta maniobra *de la artillería lenta*, deslizándose en silencio con sus cañones ligeros a la claridad fantasmal de una aurora en las islas Cies (*insulae Siccæ*).

Sin embargo, lo que acababa de ver quizás fuera poca cosa junto a lo que pronto iba a oír.

Yo no tuve paciencia para esperar a que acabaran de pasar los artilleros. Unos movimientos tan lentos podían durar semanas, y ya se acercaba el día, y quizás el alegre *midship* me estaría esperando ya en la pequeña rada desierta, en el fondo de la cabaña del barquero.

Los artilleros lentos no prestaban ninguna atención a mi presencia. Evidentemente me habían visto, pues yo no había cometido la necesidad de hacer ningún movimiento de retroceso, que inmediatamente hubiera despertado sospechas. Mi uniforme del *Vengador* debía darme derecho a hallarme allí. En fin, ellos estaban demasiado ocupados con el cuidado de avanzar lentamente, lo más lentamente posible —pensé yo—, para que tuvieran tiempo en interesarse por mis actos y mis gestos.

Aproveché el momento en que entre dos baterías quedaba un espacio libre y pude pasar muy tranquilamente, o lo aseguro, sin correr el riesgo de ser aplastado.

¿No habéis visto alguna vez en el campo, en medio de un camino, toda una teoría de orugas que marchan pegadas unas a otras, deslizándose con un movimiento imperceptible, uniforme, regular? ¡Yo acababa de atravesar uno de esos trenes de orugas, de artilleros-orugas!

¡Yo había reanudado mi carrera! ... ¡Y corría!.
 ¡Corría sin volver la cabeza! ¡Ah, no!... Ya era bastante haberlos visto una vez sin quererlo..
 Un cerebro algo menos sólido que el mío y algo menos preparado, por todo lo que había percibido a bordo del *Vengador*, hubiera quedado trastornado en un rincón para toda la vida...

XXXII

En donde oigo hablar por primera vez de la Batalla Invisible y de lo que en ella aconteció.

PUDE advertir (mientras corría) que las paredes del camino se elevaban, se elevaban enormemente y de un modo en absoluto amenazador, aplastante... Las paredes se convertían en montañas a mi derecha y a mi izquierda... Ya no me encontraba en un camino hundido, sino en un verdadero desfiladero... y hube de respirar algo, pues el camino ascendía. Mas de súbito volvió a descender, vino un recodo y yo me hallé ante la grandiosa dulzura del mar matinal y lechoso.

Apresuré el paso, pues en lo alto de una roca descubriría la pequeña cabaña del pescador, rodeada de montones de algas...

Otro recodo y me encontraría al fondo de la rada. ¡Y me encontré! Pero ¡cuál no sería mi asombro al descubrir a una gran muchedumbre en aquella playa rocosa que se me había descrito como absolutamente desierta!...

¡Yo había reanudado mi carrera! ... ¡Y corría!.
 ¡Corría sin volver la cabeza! ¡Ah, no!... Ya era bastante haberlos visto una vez sin quererlo..
 Un cerebro algo menos sólido que el mío y algo menos preparado, por todo lo que había percibido a bordo del *Vengador*, hubiera quedado trastornado en un rincón para toda la vida...

XXXII

En donde oigo hablar por primera vez de la Batalla Invisible y de lo que en ella aconteció.

PUDE advertir (mientras corría) que las paredes del camino se elevaban, se elevaban enormemente y de un modo en absoluto amenazador, aplastante... Las paredes se convertían en montañas a mi derecha y a mi izquierda... Ya no me encontraba en un camino hundido, sino en un verdadero desfiladero... y hube de respirar algo, pues el camino ascendía. Mas de súbito volvió a descender, vino un recodo y yo me hallé ante la grandiosa dulzura del mar matinal y lechoso.

Apresuré el paso, pues en lo alto de una roca descubriría la pequeña cabaña del pescador, rodeada de montones de algas...

Otro recodo y me encontraría al fondo de la rada. ¡Y me encontré! Pero ¡cuál no sería mi asombro al descubrir a una gran muchedumbre en aquella playa rocosa que se me había descrito como absolutamente desierta!...

¿Y cómo hubiera podido descubrir en el agua de la rada la canoa, la barca que me estaba destinada, entre aquellos dos vapores, aquel remolcador, aquellas canoas y aquellas chalupas de movimiento incesante?...

Al extremo de un promontorio vi parado el pequeño tren eléctrico que había estado a punto de aplastarme. Entre este tren y el muelle, si puedo expresarme así al hablar de un puerto natural en el que la mano del hombre apenas había tenido que intervenir, se advertía un continuo ir y venir de hombres cargados con fardos... ¿Qué fardos?... En un principio no pude determinar su naturaleza.

Yo me consagré a acercarme lo antes posible a la cabaña del barquero, en donde pensaba encontrar, con mis dos palabras de contraseña, un refugio seguro contra todas las indiscreciones, y donde esperaba encontrar también lo antes posible al *midship*, pues me temía que todo aquel movimiento insólito viniera a alterar algo nuestros planes.

Y este temor, como ahora se verá, no era, por desgracia, sino harto justificado.

Imaginaos que en el mismo momento en que había escalado aquella especie de pedestal en que se alzaba la cabaña del barquero, y cuando me disponía a penetrar en ésta, sólo tuve tiempo para arrojarme a un lado al reconocer recostado en aquella cabaña, con los brazos cruzados y contemplando el espectáculo de las aguas, en una actitud de Napoleón en Santa Elena, ¡al capitán Hyx en persona!...

¡Y con su antifaz sobre el rostro, como siempre!

¡Yo huyo!... ¡Yo huyo!...

He ahí por qué iba tan de prisa hace un momento el pequeño ferrocarril, tan de prisa, que había estado a punto de aplastarme... ¡Conducía al capitán Hyx!... ¡Ah! Ciertamente, los maquinistas deben volverse locos cuando el capitán Hyx quiere ir pronto a algún sitio...

¡Así, pues, también el capitán había dejado el *Vengador!*... El acontecimiento debía de ser extraordinario... ¿Qué sucedía?... ¿Qué sucedía, pues, aquella noche, o mejor dicho, aquella mañana, en las islas Cies?...

¡Y yo que no debía ver nada! Algo aturdido por la precipitación con que me había escapado de aquella roca que sostenía al capitán Hyx y a su fortuna, me confundí sobre la dirección que debía tomar para llegar a un camino solitario, y me hallé metido de pronto en aquel ir y venir de hombres cargados, de que os he hablado antes.

Entonces no sólo pude distinguir de qué se trataba, sino que también pude oír suspirar, gemir y quejarse a los mismos fardos. ¡Misero de mí!... ¿Es que en estos años de horror, en que la tierra se desgarró como en los peores siglos de la barbarie, no podré yo dar un paso bajo la bóveda de los cielos ni en lo más profundo de los mares, sin encontrar carne humana en jirones, sin oír el suspiro del Dolor?

¡Más heridos aún! Heridos en camillas, a los que se transporta con precaución desde aque-

Los vaporcitos de allí, que los han traído, hasta aquel pequeño ferrocarril que se los lleva!

¡Pero cómo! ¿Estoy o no estoy en España? Pero España no está en guerra... ¿De qué batalla desconocida vienen aquí esos soldados que suplican con gestos ensangrentados que se les dé un vaso de agua?...

De pronto, me dan un golpecito en el hombro... Yo me vuelvo: ¡es el Irlandés!... Sí. El segundo del *Vengador*... El teniente Smith... Mi emoción es indecible. Si me ha reconocido estoy perdido. Pero yo tengo la esperanza suprema de que no haya visto en mí más que a uno de sus marinos, a causa de mi uniforme.

Por lo demás, el Hombre de los ojos muertos no me mira. Me designa un puesto entre dos camillas, y yo no vacilo un segundo en aceptar la tarea de enfermero. Ya veremos adónde me conducirá esto... Con tal que sea algo lejos del fiero Irlandés, me conformo por el momento.

No lejos de mí reconozco a dos marineros del *Vengador*, que transportan un herido que acaba de desembarcar... Y este herido es un boche que ha recibido un bayonetazo en el vientre y que declara en idioma boche y sujetándose las entrañas, que no puede salvarse con semejante herida, que es preferible que le dejen morir tranquilamente en un rincón del camino mirando el sol... Y en efecto, antes de expirar, el desgraciado mira al sol por última vez, con una expresión de amor inconmensurable y desesperada, que yo no olvidaré en toda mi vida. Y una cosa que tampoco olvidaré nunca es que este

soldado fué sostenido para ver mejor el sol y para respirar mejor por vez postrera entre los mismos brazos del teniente Smith.

¡Oh, sí! El Irlandés ha realizado este acto caritativo. Yo no me esperaba esto en él. Pero no me detuve a felicitarle, y me dirigí apresuradamente, con mi camilla y mi herido, hacia el pequeño ferrocarril.

Allí creí que iba a poder escaparme; pero he aquí que el hombre que estaba al otro extremo de la camilla, y que tenía un galón de lana roja en los brazos, me ordenó permanecer junto a él y al herido en el pequeño ferrocarril.

Ahora bien, el pequeño ferrocarril se puso al punto en marcha; pero no a la loca velocidad que yo le había visto. Iba lleno de heridos y hacía todo lo posible por no sacudirlos demasiado...

¡De pronto, descubrí en una pasarela al *midship*! El me vió y me reconoció casi en el acto. Me pareció que mudaba de expresión al descubrirme, y esta creencia no contribuyó nada a calmar mi inquietud, aunque, por el momento, el Irlandés hubiera desaparecido de mi horizonte.

No obstante, el *midship* se acercó a mí, y sentándose en un rincón, en el que no podían verle los otros, me habló en voz baja. El alegre *midship* ya no estaba nada alegre.

—¡Vaya un contratiempo!— me dijo—. ¿Cómo no ha conseguido usted partir antes?

—¿Eh?— repuse yo entre dientes—. ¡Me he visto detenido por el desfile de una artillería de una lentitud!...

—¡Santo Dios!— juró él—. ¿Ha visto usted la *artillería lenta*?

—¡Oh! Bien a pesar mío!...

—Tanto peor... Tanto peor— dijo él.

—Pero, en fin, no ha sido culpa mía— razoné yo, costándome gran trabajo contener mi rabia contra la injusticia perpetua de las cosas y de los hombres.

—Es verdad. Usted no lo ha hecho a propósito, ni nosotros tampoco... Y además, ¿quién hubiera podido prever que atacarían ellos primero?...

—Pero ¿dónde se han batido?— pregunté yo, siempre entre dientes y harlo ya...

A lo que el *midship* me replicó también entre dientes:

—¿Es que quiere el señor que le explique el misterio de la Santísima Trinidad?

Y levantándose por juzgar, sin duda, que esta conversación había durado ya bastante, me dejó bonitamente plantado.

Casi inmediatamente paróse el pequeño tren eléctrico, y yo observé que nos encontrábamos en la intersección de dos caminos, en aquel mismo sitio en que yo había sido detenido demasiado tiempo por el desfile de la *artillería lenta*. Recibimos la orden de descender, y yo tuve que volver a colocarme en mi puesto de camillero, empezando a sacar del tren los heridos. Allí nos aguardaban otros hombres, que nos ayudaron.

Poco después entramos en vastos cuarteles, en cuyos patios podíamos ver maniobrar muy dulcemente a algunas baterías de aquella *arti-*

lería lenta, que seguía intrigándome de un modo indescriptible.

De nada me servía decirme que había jurado no ver nada, pues me veía obligado a abrir los ojos para encaminar mis pasos, ya que se me obligaba a andar, a formar parte de aquel extraño cortejo.

Había grandes salas que parecían haber sido convertidas recientemente en salas de hospital. Allí la primera persona con quien tropecé fué con el doctor. ¡La camilla se me escurrió de las manos, y él me reconoció!

Su palidez tornóse extrema, miró vivamente en torno suyo, me hizo una seña perceptible para mí sólo, seña que me ordenaba seguirle, dió órdenes para que se instalara a los heridos en las camas, empujó una puerfecita y me hizo entrar en una pieza estrecha, en la que delante de un espejo la señorita Dolores terminaba de anudarse a la frente un velo blanco con una *cruz negra*, que la convertía en una de las enfermeras más encantadoras que he visto en mi vida.

¡*Artillería lenta!* ¡*Cruz negra!* ¡*Heridos misteriosos de la Batalla Invisible!* ¿Qué pensar? ¿Qué creer?... Y en cuanto a mí, ¿habría de seguir aún mucho tiempo metido en aquella aventura inexplicable?...

—¿Pero dónde se baten?... ¿Pero dónde se baten?— pregunté yo con voz sorda.

Al reconocermé, Dolores soltó una sorda exclamación y huyó. En cuanto a Mederic Eristal, me susurró, temblando como un niño:

—No se mueva de aquí... Voy a tratar de salvarle *aún*... Pero sea prudente, y silencio...

Y desapareció.

La puerta que me separaba de la vasta sala de los heridos era delgada y estaba provista de cristales opacos... Yo no veía nada; pero percibí... suspiros, gritos agudos de dolor...

Por último, oí muy claramente las siguientes palabras, pronunciadas en francés con acento inglés: "¿Estaba usted ya allí cuando los boches han intentado apoderarse de la cota seis metros ochenta y cinco?... Ha sido un verdadero combate de gigantes... Habían traído artillería pesada..."

Cuando el doctor volvió a buscarme yo debía tener una mirada singular, pues me preguntó con aterrada precipitación:

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?...

—Nada, doctor, nada. Pero ¿podría usted decirme dónde se encuentra la cota seis metros ochenta y cinco?...

Al oír estas palabras yo le vi retroceder como si hubiera recibido un choque terrible, y entonces le tocó a él poner ojos de espanto. Mirándome, pues, como un loco, me dijo con voz ahogada:

—¡Desgraciado!... ¡Desgraciado!... ¿Quiere usted callarse, desgraciado?... Sobre todo, no le diga usted a nadie, ni siquiera al *midship*, ni siquiera a él, lo que acaba de decirme a mí... A nadie... A nadie... Venga... Sígame... Será mejor... Será mejor que no vea usted más nada, que no oiga usted más nada... Sígame los pasos, sin darme a entender...

Así salí de la sala y del cuartel; así volví a

montar con él en el pequeño tren eléctrico que había acabado de traer heridos y que nos condujo al otro extremo de la isla; así volví a encontrarme en el farallón donde me había arrodillado al salir del ascensor submarino; así descendí de nuevo a la sala subterránea, guardando de los buzos del *Vengador*.

—Pero ¿adónde me conduce usted?—exclamé yo de súbito, viéndole acercarse a mí con ciertos aparatos para pasearse bajo el agua, que yo creía haber experimentado ya suficientemente.

—¿Eh?—me dijo al oído—. No sea usted niño. Que viene gente... *Le conduzco a bordo del «Vengador»*... Y sobre todo olvídense de la cota seis metros ochenta y cinco si estima usted su vida...

Yo hubiera querido protestar, pero no tuve tiempo... Mederic Eristal me había puesto ya la esfera de cobre en la cabeza y el teniente Smith, el Irlandés, hacía su aparición en la cámara de los buzos...

De estos dolorosos minutos que precedieron a mi retorno a bordo del detestado navío no he conservado sino un recuerdo sumamente vago.

Mi inmersión en el traje de buzo, luego en el ascensor, después en el mar y, por último, mi reingreso entre los prisioneros, atendido siempre por el doctor, transcurrieron, a mi parecer, en una especie de mal sueño que se prolongó tanto más cuanto que Mederic Eristal me administró, en cuanto me encontré en mi cuartito del *Vengador*, un vigoroso soporífero, del que no salí, según creo, hasta pasados dos días.

sos de Luxemburgo, casi en mi casa! ¿No? ¿Sería posible?

Pero el *midship* puso coto a mis manifestaciones y súplicas de explicación.

—No hay que perder un minuto... *Los otros están ya a la obra...* Sólo que no creo que puedan penetrar en Zeebrugge, aun disfrazados como van, hasta dentro de algunas horas. Mientras que usted no tiene que tomar ninguna precaución. Corre usted a Brujas mismo, que está cerca de aquí, va usted a la *kommandatur* y, dice que quiere ver inmediatamente al almirante von Treischke, que es una cuestión de vida o muerte para él y para su mujer... Ese es el mejor salvoconducto... Tanto más cuanto que ese querido bandido debe tener curiosidad por tener noticias de la señora almiranta. ¿Comprendido?

—Comprendido. ¿Y qué deberé decirle?

—Todo y nada... Todo lo que pueda salvarlos a él y a su mujer y nada que pueda perjudicarnos a nosotros. ¿Comprendido?

El alegre *midship* no me había hablado nunca con un tono tan severo. Sólo por esto podía juzgarse de la gravedad de la situación.

—Escuche—dije yo—; quisiera que concretara usted...

—No hay que perder el tiempo en discursos... No obstante, quedamos de acuerdo en que ha sido usted, usted solo, querido señor Herbert de Renich, quien merced a su astucia se ha deslizado en esta caja voladora y ha logrado venir a avisar al almirante que se pusiera en guardia. Sólo que además de eso tendrá usted que tener

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXXIII

En Zeebrugge.

Aquí los papeles del señor Herbert de Renich están bastante confusos, lo que se debe evidentemente al estado de espíritu que le dominó a consecuencia de su frustrada evasión. No obstante, algunos días después logró abandonar el *Vengador* por vía aérea (en aquel curioso hidroavión que él ha descrito) y gracias a la complicidad del *midship*, que le encerró en una caja de herramientas. La continuación de las Memorias del señor Herbert de Renich nos permite comprender la misión tan temible para el almirante von Treischke que había encargado el capitán Hyx al *midship* y a sus hombres.

—¿En dónde estamos?—exclamé yo.

—En Bélgica—me contestó la voz del *midship*.

Anquilosado como estaba, salté fuera de mi reducto como esos diablos de juguete que salen disparados por un resorte cuando se destapa su caja.

¡En Bélgica! ¡Estamos en Bélgica! ¡A dos pa-

también la imaginación suficiente para que no se cause ningún perjuicio a mis hombres... ¿Comprende?

—¡Ah! Sí, sí. Ya empiezo...

—Ya era hora. Suceda lo que suceda, nada de prisioneros, ¿eh? Suceda lo que suceda... En el fondo ésta es la parte menos difícil de su tarea, pues no le costará mucho trabajo hacer comprender al almirante que si se toca a mis hombres la suerte de la señora almirante quedará decidida inmediatamente. Por lo tanto, si en algo estima la vida de su mujer (y la de sus hijos, le añadirá usted) y si quiere ayudarle a usted a salvarla, no tiene que hacer nada más que una cosa: ocultarse... Que no se le vea más, que no se oiga hablar más de él... por lo menos durante algún tiempo. Lo mejor que podría hacer sería tomar un tren, sin decir nada a nadie, para un destino desconocido. ¡Adiós y buena suerte, padrecito! Ahí tiene el camino. Brujas, quinientos metros.

Y su dedo me indicaba una pendiente tras la planicie en que había aterrizado el autobús volador.

—¡Ah!—dijo aún—. Aquí estamos en el parque de una propiedad privada. Para salir siga el muro, y al llegar a la verja grítele al centinela: "¡Hyxi!", y le dejará pasar.

Yo me volví aún y le cogí la mano.

—Vele por ella, vele por ella... Haga por su parte cuanto pueda por ella—le supliqué.

—Señor—me dijo con impaciencia el *midship*—, sólo de usted depende el salvarla. Pero

la matará si permanece usted un segundo más aquí...

Yo corría ya.

Cinco minutos después había pasado la verja sin obstáculo y me encontraba en el camino de Brujas, a lo largo del canal de Gante.

Yo pensaba que algunos meses antes mi buena mamá, al entrar los boches en Luxemburgo, había venido a refugiarse con la vieja Gertrudis en un convento de esta ciudad en otro tiempo tan tranquila; pero pronto había tenido que huir de aquellos lugares deshonrados por una furiosa soldadesca siempre de orgía en espera del combate y de la muerte. Tras lo cual, y habiendo recibido buenas noticias de Renich, en donde todo estaba tranquilo, no había encontrado mejor solución que reintegrarse a nuestros penates con su criada...

¡Pobre mamá!... La última carta que había recibido de ella había llegado a mi poder en Madera. En ella se quejaba de no tener noticias mías desde hacía mucho tiempo. A causa de los boches se veía en la necesidad de hablar con precaución de la abominable tragedia que desolaba la tierra, y ella seguiría creyéndome alejado de todo ello! ¡Oh! Si hubiera sabido... Sin duda habría muerto de inquietud y de horror. ¡Me quería tanto! Pero yo contaba con que dentro de unos días tendría la alegría de estrecharla contra mi corazón y referirla, al abrigo ya de las aventuras, todas las que había tenido que atravesar para llegar hasta ella...

¡Mientras tanto era preciso que sin perder

un segundo llevara a cabo mi temible tarea...

Serían aproximadamente las cinco de la mañana cuando topé con mi primer *Werda*? (¿quién vive?) y cuando hube de responder a las preguntas del primer jefe de puesto alemán.

El *feldwebel* (sargento) me hizo conducir inmediatamente a un oficial que se encontraba en la casita de un esclusero en la confluencia de los brazos de Zeebrugge y Ostende del canal de Brujas. Este oficial me preguntó qué uniforme era aquel con que me veía disfrazado, a lo que yo le repuse que no podía contestar a esa pregunta sino delante del mismo almirante von Treischke, que era de absoluta urgencia que viera sin tardanza al almirante y, en fin, que se trataba de una cuestión de vida o muerte para él y para otros muchos.

Entonces el oficial telefoneó a la *kommandatur* y luego me pidió mis documentos. Yo no tenía ninguno. Todos mis documentos de identidad, en efecto, se me habían perdido en el mar durante mi prolongada estancia en él antes de aferrarme a los flancos del *Vengador*.

Declaré que era súbdito luxemburgués y que mi decisión demostraba la lealtad de mis intenciones. Me registraron y no me encontraron ningún arma.

Me preguntaron cómo había llegado hasta allí y por dónde y de dónde venía en último término. Yo volví a contestar que no podía responder nada antes de hallarme delante del almirante.

En fin, di muestras de tal impaciencia, de tal

agitación, afirmando que cada segundo de retraso podía ocasionar una catástrofe terrible, que tras una última llamada telefónica me condujeron a la *kommandatur*.

Allí fui entre dos guardias de corps que no me quitaban ojo y a los que les habían dicho: "Mucho cuidado con él; es posible que esté loco."

¡Ah Brujas, Brujas! ¿Qué habían hecho de ti, Brujas la Muerta?... Ellos te habían hecho revivir, los bárbaros. ¡Y cómo!

¡Ah los beguinatos! ¡Ah el muelle del Rosario! ¡Ah la paz sagrada de las viejas calles adormecidas!... Todo ello revivía, revivía, desde las primeras horas del día con un estrépito incesante de botas y botas... Y autocamiones y cañones y cajas de artillería que desfilaron por el sonoro pavimento con la menor lentitud posible...

Pero dejémonos de lamentos poéticos, ¿verdad? Cada cosa a su tiempo. Este no es el momento adecuado para mostrarse un soñador sentimental.

En la *kommandatur* me encontré frente a cierto *hauptmann* (jefe) que me interrogó con aire enfurecido y me trató de *dumm* (idiota).

Pero yo le repliqué con una súbita y excesiva sangre fría, que pareció producir un excelente efecto, que él sería el responsable de la muerte del almirante y de otras muchas catástrofes incalculables... Y añadí:

—Yo sé que el almirante está en Zeebrugge. Telefonéele que venga en seguida con una es-

colfa muy numerosa o que dé órdenes para que vaya yo a buscarle sin tardanza. En fin, puede usted añadirle que le traigo noticias de la señora del almirante von Treischke.

Tras esta declaración me crucé de brazos y me callé como quien no tiene más nada que decir y ha hecho cuanto estaba en su poder para prevenir una desgracia.

Cinco minutos después, que a mí me parecieron siglos, volvió el indigno *hauptmann* y me dijo que iban a conducirme a Zeebrugge en automóvil, pero que tenía que dejarme vendar los ojos, y que si mi conducta ocultaba malos propósitos, "siempre había tiempo de fusilarme antes de que acabara el día". ¡Magnífica perspectiva para un neutral! ¿Verdad?... Yo me dejé vendar los ojos por un *feldwebel* que entró en el entretanto y que me sacó a la calle tirándome de la manga...

Lo mismo les hubiera sido aguardar a que estuviera en el auto para vendarme los ojos; pero aquellas gentes tenían que cumplir como brutos y al pie de la letra una consigna mal interpretada. Al fin me encontré en el auto y en seguida percibí que paríamos a buena marcha. El trayecto no fué largo.

Pero lo que sí fué larga fué la espera en una pequeña celda como las que se ven en las cárceles y en la que se me había encerrado después de quitarme la venda sin darme la menor explicación.

Allí pasé encerrado varias horas.

Deciros, describiros mi estado de ánimo, mi

rabia impotente, mi desesperación, al pensar en lo que iba a pasar fatalmente a bordo del *Vengador* si el Irlandés se apoderaba del almirante, es cosa que no he de intentar. Básteos saber que había llegado al paroxismo de esos sentimientos cuando al fin se abrió mi puerta.

Entonces apareció un joven teniente de navío, que sacó tranquilamente un revólver de su bolsillo, lo colocó encima de una mesita al alcance de su mano y, sentándose en un escabel, me dijo:

—Estamos solos. Nadie le oirá. Es preciso que me diga usted a mí lo que se ha negado a decir a todos y lo que diría usted al almirante von Treischke.

—¡Imposible! ¡Imposible!—exclamé yo—. Pero ¿es que no le han dicho ustedes al almirante que le traía noticias de su mujer?

—¿Quién es usted entonces?—me preguntó el oficial clavándome una mirada terrible.

—Yo soy de Renich, en Luxemburgo, señor, y conozco desde la infancia a la señora del almirante von Treischke.

—¡Bah, bah!—exclamó él—. Pero ¿no es usted, no sería usted...?

—Yo soy Carolus Herbert, simplemente.

—¡Carolus...! ¡Carolus Herbert de Renich!... ¿Es usted Carolus Herbert de Renich?—clamó el otro como un loco—. Ah, bien, bien! ¡Ah, bien, bien!...

Y desapareció llevándose el revólver.

Yo estaba aún estupefacto de la emoción que había desencadenado con la mera pronuncia-

ción de mi nombre delante del oficial, cuando éste volvió.

— Señor — me dijo —, voy a conducirlo a usted adonde se encuentra el almirante. Voy a conducirlo yo mismo. Se le van a vendar los ojos de nuevo. No interrogue a nadie. No hable a nadie.

Heme ya en el auto. Por fin voy a ver al almirante y podré esperar que no he de llegar demasiado tarde.

El motor ronca; el teniente de navío se ha sentado a mi lado y yo le oigo dar algunas órdenes en alemán. Ya hemos partido. ¿Adónde vamos? Yo creía que llegaríamos en algunos minutos, y resulta que llevamos más de una hora devorando el camino. Yo me arriesgo a hacerle una pregunta al oficial y él me responde que no llegaremos hasta el anochecer.

— Pero entonces — exclamé yo —, ¿es que el almirante no estaba en Zeebrugge?

— No — dijo él.

— Tanto mejor. Cuanto más lejos esté de Zeebrugge mejor será. Ahora, señor, quisiera hacerle una pregunta: ¿se sabe que usted y yo vamos al encuentro del almirante?

— No, señor Herbert de Renich; nadie lo sabe y todo el mundo cree al almirante en Zeebrugge.

— Esas son buenas noticias, señor, y me tranquilizan por completo. Así que he de permitirle hacerle un pequeño ruego. No he comido desde hace muchas horas, y si no le molestara procurarme algún alimento...

El oficial me acercó al punto unos emparedados de que se había provisto, y hasta anochecido no nos detuvimos nada más que para pronunciar algunas palabras de contraseña y tomar alguna consigna.

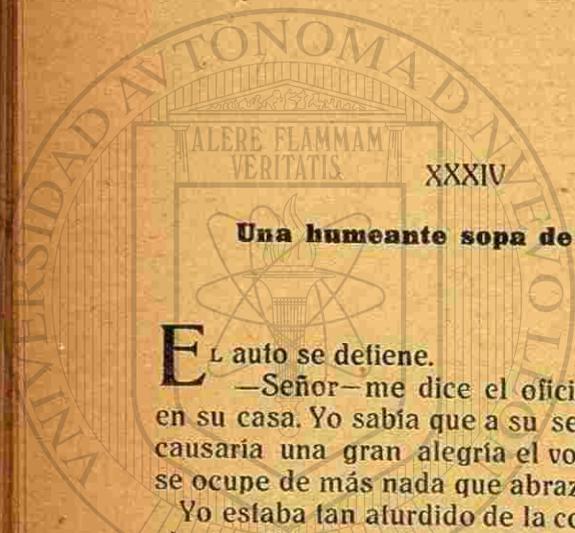
Sólo al anochecer pude quitarme la venda, y cuál no sería entonces mi estupor al verme en pleno Luxemburgo... ¿Qué significaba esto?

¡En pleno Gutland! ¡En pleno Gutland!... He ahí las últimas casas del Meigen, y ahora corremos hacia Mondorf, y allá, a lo lejos, se recortan en el cielo crepuscular los ribazos que me ocultan el Mosela, y Renich!...

¡Y Renich!... ¡La tierra de mi infancia y de mi amor!... ¡Y de mi dolor!... ¡La tierra en que espera mi madre... o, mejor dicho, en que no me espera!...

Pero ¿qué es lo que iremos a hacer en Renich? ... Y he aquí las primeras casas, los viejos edificios, achacosos como abuelas, de mi querido Renich.

He aquí la casa de mi madre, con sus plantas trepadoras en torno a las ventanas engastadas de plomo. He aquí la piedra del umbral hollada por las generaciones de mis antepasados (yo pertenezco a una familia muy antigua). ¡He aquí la pesada puerta, el sonoro llamador!



Una humeante sopa de puerros.

EL auto se desfiene.

—Señor— me dice el oficial—, está usted en su casa. Yo sabía que a su señora madre le causaría una gran alegría el volver a verle. No se ocupe de más nada que abrazarla.

Yo estaba tan aturdido de la cosa que me dejé plantar allí sin replicar palabra.

El auto se alejaba ya.

—A fe mía— exclamé cuando recobré el aliento—, ya se explicará todo esto.

Y con las rodillas femblosas, tambaleándome de alegría, así el llamador de la vieja morada y lo alcé tres veces.

Gertrudis fué quien vino a abrirme. Yo sólo tuve tiempo de descubrir su toca y su gorro. Ella lanzó un grito, dejó caer la linterna y huyó como una loca.

Yo recogí la linterna del suelo, cuyos cristales se habían roto, aunque no se había apagado, y después de cerrar la puerta corrí detrás de la

criada jurándole que no se las había con mi fantasma, sino con mi persona viva.

Pero ella ni siquiera se volvía a mirar, y después de atravesar el patio se precipitó literalmente en el comedor. Al entrar yo en él casi al mismo tiempo que ella, descubrí a mi madre, que también se puso a lanzar gritos y a alzar los brazos en el aire. Delante de mi madre, que se hallaba sentada ya para cenar, reconocí encima de la mesa la vieja sopera de fayenza con dibujo de flores en la que tantas veces había comido yo la sopa de puerros, plato que adoro. ¡Esta sopera aparecía humeante y odorante! ¡Miserero de mí! ¡Qué dulce y confortadora hubiera podido ser para los apetitos del alma y el cuerpo esta hora de retorno! ¡Ay! Yo me había creído que mi madre se levantaba para tenderme los brazos; pero no. Abandonando mesa y sopera retrocedía hasta la pared y parecía apartarme con sus dos manos suplicantes, como si yo hubiera sido una aparición temible.

—¡Pero cómo, madre mía!— exclamé—. ¿No me conoce usted?

—¡Tú, hijo mío, tú...— repuso ella—. Desgraciada criatura, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Quién te ha traído aquí para tu pérdida y ¡ay! para tu castigo? ¡Huye! ¡Huye sin perder un segundo!... No sigas un instante más bajo este techo. ¡Teme la venganza del hombre al que has ultrajado!

A lo primero, oyendo estas palabras, viendo aquella inesperada mímica, tropezándome con aquella acogida tan poco en consonancia con la que yo había esperado encontrar, me quedé

parado, atónito. Al fin, como la misma Gertrudis se pusiera a chillar y quisiera arrastrarme a la fuerza fuera de la casa, sin darme tiempo siquiera a abrazar a mi madre, acabé por decir con el tono de una consternación sin límites:

—¿Qué venganza?... ¿Qué castigo?... ¿A quién tengo yo que temer?... ¿A quién he ultrajado? ¿Qué crimen he cometido, en fin, para ser recibido de este modo, a la hora de la cena, en casa de mi madre?

—Carolus—me dijo mi pobre madre castañeando literalmente los dientes—. ¡Lo sabemos todo!... ¡Ah! Nos lo ha dicho él!... ¡Y nos ha hecho pasar aquí unas horas!... Pero la casa está vigilada... Abrazame y vete... Yo rezaré por ti.

—¿Cómo?—exclamé yo recobrando fuerzas con mi indignación—. ¿De qué es de lo que se trata?... ¿Quién es el que me odia? ¿Por quién está vigilada la casa?...

—¿Y lo preguntas tú?

—Pues claro. Yo no comprendo absolutamente nada de esas historias... Yo he obrado siempre de buena fe por todas partes desde que estoy en el mundo, y no he hecho daño a nadie ni de un lado ni de otro... En fin, a partir de la guerra he puesto especial cuidado en mis actos, como era mi deber... ¡Yo soy neutral!

—¡Eres neutral, eres neutral!—gimió mi pobre madre con voz sorda—. *Pero esa neutralidad no ha impedido raptar a la mujer del almirante von Treischke...*

—¿Eh? ¡Mamá! ¿Qué es lo que dices?

—¡Oh, pobre hijo! No intentes negar... A una

madre se le puede decir siempre la verdad. El corazón de una madre tiene tesoros de indulgencia, aun para las faltas más graves.

Yo me ahogaba, literalmente me ahogaba... La convicción de mi ignominia que tenía mi madre, el espanto con que la vieja Gertrudis consideraba a un maldito de mi especie, sin dejar de persignarse, el sentimiento personal que tenía yo de mi virtud inútil... ¡Oh! ¿Cómo no iba a ahogarme?... ¡Pero no sólo con un ahogo moral, sino con un ahogo físico, físico!... Sólo tuve tiempo para arrancarme la corbata... Un segundo más y hubiera rodado por la alfombra...

Así, pues, he ahí lo que aprendía de regreso a mi país: yo pasaba por haber raptado en Madeira a la bella Amalia Edelman, la señora de von Treischke.

—En fin, mamá—exclamé—, tú me conoces: ¿cómo has podido creerme capaz de semejante crimen?...

Había tanta fuerza en mi protesta, tanta inocencia en mi voz, que mi madre me abrió por fin sus brazos, y yo pude precipitarme a su regazo, llorando como un niño.

—De todas las desgracias que me han perseguido desde mi partida—declaré entre dos sollozos—, la mayor sin duda ha sido la que me aguardaba a mi llegada...

Entonces le tocó a mi madre acariciarme, y hasta la misma Gertrudis vino a presentarme excusas, pero yo rechacé a esta última violentamente.

—¿Quién es el que os ha informado tan agradablemente respecto a mí?

—¡Ay!—repuso mi madre (pues de tal modo había rechazado yo a Gertrudis, que la pobre criada sólo tenía ya fuerzas para llorar)—. ¡Ay! El mismo almirante von Treischke ha sido quien vino aquí a contarnos la cosa con multitud de detalles y amenazas terribles. Desde entonces, nosotras somos tratadas como prisioneras. El nos hace vigilar por dos criados que nos ha impuesto. No nos permite recibir ninguna correspondencia que no haya sido visada previamente por su policía particular, y nos abre todas las cartas. Sin duda nos cree cómplices tuyas en esa turbia historia... Pero, en fin, ya que por tan extraña casualidad te encontrabas tú en Madera cuando tuvo lugar la desaparición de su mujer y de sus hijos, y que desapareciste al mismo tiempo que ellos, debes de tener una idea de lo que ha sido de ella.

—¡Una idea!... ¡Ah, madre mía!... Ya lo creo que tengo una idea de lo que ha sido de ella... Yo, que paso por haber raptado a Amalia, no he cesado de perseguir a sus raptos, y si hoy me encuentro aquí es para salvarla. Ahí tenéis lo que podéis decir de mi parte al almirante von Treischke, si aún tenéis ocasión de verle.

Dicho lo cual, sin esperar siquiera a saborear el efecto producido por tan sensacional declaración, y persuadido de que en cuanto me entrevistara con el almirante se acabaría aquel funesto error, esperando que ya tocaba al término de mi mala fortuna, me desprendí dulcemente

del abrazo apasionado, aunque tardío, de mi anciana mamá, y me precipité sobre la humeante sopa que había confeccionado Gertrudis... una famosa sopa de puerros, cuyo aroma me embriagaba desde hacía cinco minutos, a pesar del nuevo aspecto trágico que habían parecido tomar las cosas para mí por un instante.

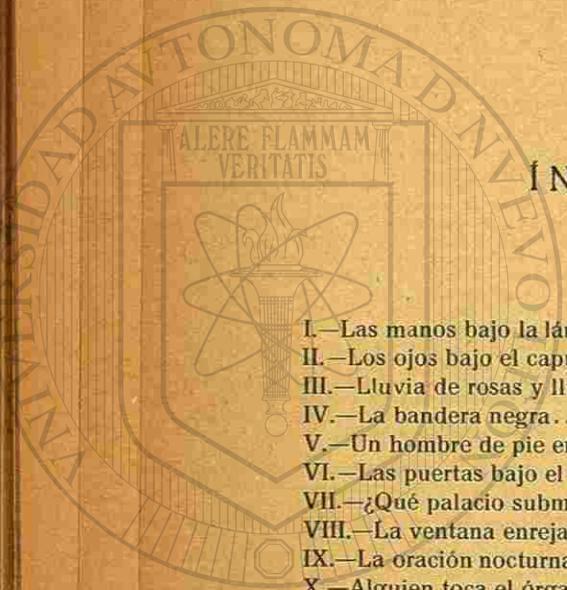
—Siéntate, mamá... Tengo apetito, y ante todo vamos a comer la sopa de Gertrudis, como en otros tiempos, como si nunca hubiera habido guerra o como si ya se hubiera terminado..., y sobre todo como personas que tienen la conciencia tranquila, lo cual siempre es un consuelo, aun en los tiempos que corren.

Tras lo cual, cuando absorbía mi primera cucharada, después de haber paseado una mirada humedecida por todas las viejas cosas que me rodeaban, por el viejo aparador, el arca, los viejos cubiertos y los abollados cacharros de cobre que guarnecían las paredes, y cuando me disponía a dar gracias a la Providencia por el cuidado que había tenido de llevarme tan felizmente al puerto después de semejantes borrascas, oí una voz que decía:

—¡Perdón, caballero! ¿Podría usted decirme qué ha hecho usted de mi mujer?

Yo me volví. Ante mí tenía una cara harto antipática: la del propio señor almirante von Treischke, llamado *el Taciturno* (1).

(1) Léase la continuación en *La Batalla Invisible*. M. Aguilar, editor.



ÍNDICE

	Páginas.
I.—Las manos bajo la lámpara.....	5
II.—Los ojos bajo el capuchón.....	12
III.—Lluvia de rosas y lluvia de lágrimas.....	15
IV.—La bandera negra.....	24
V.—Un hombre de pie en el mar.....	28
VI.—Las puertas bajo el mar.....	33
VII.—¿Qué palacio submarino es éste?.....	42
VIII.—La ventana enrejada.....	48
IX.—La oración nocturna.....	56
X.—Alguien toca el órgano.....	62
XI.—Dolores y Gabriel.....	66
XII.—No es el confort lo que falta en las prisiones del <i>Vengador</i>	85
XIII.—La tranquilidad de Amalia me aterra.....	101
XIV.—Con el cerebro del revés.....	111
XV.—El capitán Hyx me invita a comer.....	132
XVI.—El capitán Hyx.....	139
XVII.—Visión sobre el abismo.....	151
XVIII.—Súbita emoción del capitán Hyx.....	158
XIX.—Una promesa del capitán Hyx.....	177
XX.—El tío Ulrich pasa otro mal cuarto de hora...	183
XXI.—Lo que significaba la promesa del capitán Hyx.....	189

INDICE

355

	Páginas.
XXII.—El otro tiburón.....	202
XXIII.—La pequeña capilla.....	220
XXIV.—Lo que fué dicho en la pequeña capilla....	229
XXV.—Dos retratos en el ábside.....	246
XXVI.—El doctor ha cogido la botella de licor y acaricia el frasco de cocaína.....	258
XXVII.—Fin de la historia de Dolores.....	272
XXVIII.—Por qué el Irlandés era el más feroz.....	291
XXIX.—Comienza mi evasión.....	299
XXX.—Pasco bajo el mar.....	310
XXXI.—Extraña... extraña visión.....	316
XXXII.—En donde oigo hablar por primera vez de la Batalla Invisible y de lo que en ella aconteció.	329
XXXIII.—En Zeebrugge.....	338
XXXIV.—Una humeante sopa de puerros.....	348



UJA

DAD AUTÓNOMA DE
CIÓN GENERAL DE

